

Entre madres, padres e hijos

Relatos y entrevistas



Ana Jusid
Coordinadora



Ana Jusid



Soy Ana Jusid

Ya soy una persona grande para no decir vieja.

A lo largo de mi vida di clases, escribí poesía, novela, obras de teatro, notas periodísticas, etc.

Pinté y expuse, asesoré sobre temas de mujer y madres adolescentes en diversos organismos nacionales e internacionales, fui docente universitaria y, de alguna manera, sigo siéndolo.

En la actualidad continúo con todas esas actividades.

Querría que la vida fuera más larga y que todos a quienes hoy quiero y amo, continuaran conmigo en ese vivir.

Pero ya sabemos que todo se acaba, antes de que eso suceda, tengo mucho para hacer todavía, entre otras cosas, seguir trabajando con los estudiantes de la Universidad de Quilmes haciendo libros.

Título: Entre madres, padres e hijos

Subtítulo: Relatos y entrevistas

Año: 2020

Coordinadora: Ana Jusid

Compiladores: Ana Jusid y Manuel Eiras

Entrevistadoras/es:

Micaela Belén Alvarez, Timoteo Barceló Massone, Esteban Céspedes, Jorge Di Benedetto, Bruno Diglio, Matias Figueira, Abigail Herrera, Lucía Ibarra, Mauro Domingo Loricchio, Milagros Mafucci, Agustina Marchetta, Alan Maximiani, Juan Parisi, Tomás Rappa, Manuel Rodríguez, Sofía Sánchez, Jeremías Vazquez, Victoria Malvina Satta, Matías Semenchuk, Samuel Vargas Rodríguez

Relatoras/es:

- SER NIETO: Lucas Vadura
- SER MADRE Y SER PADRE: Jorge Di Benedetto, Ana Jusid, Vanesa Saúl
- SER HIJE: Annette Caicedo, Ivana Daniela López Saracco, Florencia Pimazzoni, Luis Romero, Vanesa Saúl
- RELATOS DE CUARENTENA: Jorge Di Benedetto, Ivana Daniela López Saracco, Vanesa Saúl

Editora: Ana Jusid

Ayudantes: Carolina Pirota, Cala Losicer, Patricia Kitroser, Victoria Piedecabras

Diseñadora: Lúlu Carnelli

Seminario Taller de Expresión, Creatividad y Escritura

Docente: Manuel Eiras

Diplomatura en Ciencias Sociales

Director: Luciano Grassi

Departamento en Ciencias Sociales

Directora: Nancy Calvo

Vice-Director: Daniel González

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Alejandro Villar

Vice-Rector: Alfredo Alfonso



**Universidad
Nacional
de Quilmes**

Índice

A. PALABRAS INICIALES	5
Agradecimientos, Ana Jusid.....	6
Prólogo, Ana Jusid.....	7
Miradas entre fotos que hablan, Manuel Eiras.....	13
1. SER NIETO	16
Lucas Vadura, Abuelos.....	17
2. SER MADRE / SER PADRE	24
Jorge Di Benedetto, No me lo iba a perder.....	25
Ana Jusid, El primer baile.....	28
Estás creciendo.....	33
Vanesa Saúl, <i>Ser madre</i>	38
3. SER HIJE	40
Micaela Belén Alvarez, La historia de Luis.....	41
Timoteo Barceló Massone, Ahora me interesan otros temas, la metafísica, la literatura.....	48
Annette Caicedo, Viejos son los caminos.....	61
Esteban Céspedes, Arreglar el auto.....	70
Jorge Di Benedetto, Nací en Avellaneda.....	71
Bruno Diglio, Después de la tormenta siempre sale el sol.....	79
Matias Figueira, Si no tenías documentos te detenían.....	86
Abigail Herrera, Una vez cada tanto, mi mamá hacía milanesas...91	
Lucía Ibarra, Tu abuela Irma no nos dejaba estar juntos.....	98
Ivana Daniela López Saracco, Ivana no llores querida.....	104
Mauro Domingo Loricchio, Educar con el ejemplo.....	111
Milagros Mafucci, Memorias del desconcierto.....	121
Agustina Marchetta, La velocidad es una debilidad.....	125
Alan Maximiani, Jugaban con tu necesidad.....	135
Juan Parisi, Nací en Don Bosco.....	140
Florencia Pimazzoni, ¿Manual para ser hija?.....	151

Tomás Rappa, No podés cambiar la pasión por nada.....	160
Manuel Rodríguez, Las huellas de un errante.....	173
Luis Romero, Migración.....	187
Sofía Sánchez, El desafío mío era relacionarme con la gente.....	196
Vanessa Saúl, Papá aparecía y desaparecía.....	216
Jeremías Vazquez, Había festividades en las calles.....	222
Victoria Malvina Satta, Tuve que salir a trabajar.....	235
Matías Semenchuk, El jardín fue la mejor época.....	239
Samuel Vargas Rodríguez, Dictadura: Testimonio de un extranjero...244	
4. RELATOS DE CUARENTENA.....	247
Jorge Di Benedetto, Lo esperado.....	248
El Abuelo “Titanes y Sofistas”.....	251
Ivana Daniela López Saracco, Crees en la vida eterna.....	255
Vanessa Saúl, Contar el aislamiento: El miedo.....	258
B. PALABRAS FINALES.....	262

A. Palabras iniciales

Agradecimientos

Ana Jusid

Agradezco a la Universidad Nacional de Quilmes por apoyar la continuidad del proyecto para hacer libros con los estudiantes.

A las autoridades del Departamento de Ciencias Sociales.

A mis queridos Alfredo Alfonso, Daniel González y Fabiana Capello, quienes siempre me han apoyado durante mi estadía en la Universidad desde que ingresé en ella en el año 2003 y hasta la actualidad.

Al joven profesor y escritor Manuel Eiras y a los estudiantes del taller bajo su dirección.

A los profesores Sara Pérez, Jorge Flores y Luciano Grassi, por alentarme en los proyectos.

A mis colaboradoras personales Carolina Pirota, Cala Losicer y Patricia Kitroser y Victoria Piedecasas, quienes estuvieron conmigo en tiempos diferentes del proyecto.

A los estudiantes que se atrevieron a transitar esta experiencia, en particular a Annette Caicedo y Florencia Pimazzoni, quienes han tenido que enfrentarse a la muerte de sus padres durante el proceso de escritura sobre la vida de ellos.

A la joven y brillante licenciada en comunicación y amiga Giuliana Zoco, que estuvo conversando con los estudiantes, contándoles su experiencia y su conocimiento sobre el género entrevista.

También me agradezco poseer un rasgo: no abandonar el sueño, aunque el sostén de éste no se mantenga siempre al mismo nivel ni con la misma fuerza. Perdón por esto que acabo de escribir, lo digo sin falsa modestia. Fue posible continuar este sueño a pesar de la rutina y de la pandemia, porque detrás había una institución que sostenía el proyecto y personas que soñaban conmigo.

Y vuelvo a insistir en la UNQUI y en todos a quienes nombré más arriba. Sin ellos y sin la universidad, este libro no hubiera llegado a ver la luz.

Prólogo

Ana Jusid

Este libro que tienen ante sus ojos es el segundo de una idea que surgió hace ya más de cinco años, en el marco del seminario-taller de “Expresión, creatividad y escritura” que daba en la Diplomatura en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Quilmes. El primer libro se llama *Entre abueles y nietes*¹. En este momento hago esfuerzos mirando hacia el pasado y trato de recordar cuál fue la razón por la cual propuse hacerle entrevistas a los abuelos. Tal vez alguna conversación alrededor de la familia probablemente fue algo así.

¿Cómo hacer una entrevista? preguntaron los estudiantes. Les di algunos tips acerca de cómo realizarlas, por ejemplo: les propuse que hablaran poco, que escucharan mucho y que orientaran al abuelo o abuela hacia más o menos los temas siguientes: la infancia, la migración, la adolescencia, el amor, etc. Conversamos mucho, los estudiantes se sentían con temor. Traté de infundirles confianza en sí mismos y los tranquilicé diciéndoles que se manejaran con calma, despacio y que hicieran preguntas como las siguientes: “¿Y eso cuando fue?, o ¿qué pensaste en tal situación?” y les dije que seguramente los abuelos hablarían mucho. Por lo general los abuelos no están acostumbrados a ser preguntados sobre sus vidas, al revés, ellos están siempre en la posición de dar y de escuchar, por lo tanto, la generación de un espacio donde sucediera lo contrario, podría dar resultados increíbles.

Y así fue. A la semana siguiente, un estudiante llegó con la tarea hecha, le pedí que leyera el escrito en voz alta. Lo más conmovedor de esa lectura, fue un momento cuando el estudiante leyó la siguiente frase dicha por su abuelo: “¿Mi vida importa en la universidad?”. Esa frase me conmovió hasta las lágrimas, porque ya se sabe que a la tercera y a la cuarta edad se la excluye, se la deja de lado, no se le da atención en relación a su economía y su sociabilidad, todo lo contrario. Tienen que arreglarse como puedan. Entonces me puse en la piel de

1. Jusid, Ana (coordinación), 2018, *Entre abueles y nietes*, Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

ese abuelo o abuela que, con emoción y asombro le pregunta al nieto si a alguien le va a importar su propia vida. Fue muy movilizadora esa pregunta. En las semanas siguientes fueron llegando otras entrevistas y la mayoría de ellas tenía un tenor semejante a la primera.

Yo trabajaba en ese momento como columnista en Radio Nacional y, por suerte, tenía un espacio no sólo en la noche (que ya estaba pautado) sino también en la trasnoche, menos rígido. Este último, lo aproveché para leer esos textos. Y me asombré cuando me di cuenta de que no estaba equivocada. En los textos había mucho más de lo que se evidenciaba. A partir del primer día de la lectura en la radio, los teléfonos comenzaron a sonar para hacer algún comentario sobre lo leído, referido a sus propias vidas o la de sus abuelos, o suegros, o conocidos, y entonces pensé: “estos textos son mucho más que un ejercicio en una materia de la universidad, esto es algo que trasciende hacia otros, que incluye a otros”, y ahí se me ocurrió pensar que podíamos hacer un libro. Armamos un pequeño grupo para trabajar. Nos vimos algunos domingos en mi casa. Esos encuentros no sólo sirvieron para pensar en el libro, sino en los propios escritos de los estudiantes que participaron de ese grupo -más allá de las entrevistas-, es decir, que esas reuniones funcionaron también como taller literario y así surgió el capítulo llamado “Ser nieto”, donde algunos incluyeron pensamientos propios sobre sus abuelos y contaron historias de su relación con ellos. Más tarde apareció la posibilidad de otro capítulo “Ser abuelos”. Trabajamos, a veces, sin ilusión, y otras con mucha esperanza, y yo me propuse que ese libro tenía que salir sea como fuera, aun haciendo una campaña entre nosotros mismos para financiarlo, si es que no lográbamos lo que finalmente sucedió, que fue el apoyo del departamento de Ciencias Sociales, que no sólo financió la impresión del libro, sino que posibilitó el trabajo de edición y diseño.

Finalmente, el 10 de diciembre de 2018, se presentó el libro en la Rosa de los Vientos, con una asistencia muy nutrida, y una emoción que llevó al llanto a la mayoría de los que participamos de ese acto. En algún sentido el sueño estaba cumplido.

Escrito comienzos del año 2019

Ya nos habíamos reunido Manuel Eiras² y yo para compartir algunas ideas de lo que suponíamos que deberían ser los primeros pasos del grupo.

Cruzamos una serie de conceptos y finalmente acordamos que trabajaríamos un libro con entrevistas, que los estudiantes realizarían a sus padres/madres. Ahora, mientras lo escribo, pienso que hay mucha relación entre esto que imagino como nuevo libro y el anterior: *Entre abuelos y Nietes*³.

En principio, a simple vista, la relación se da por el sólo hecho de que estamos en la cadena de la vida, en la historia de cada estudiante. Así como, en el libro anterior, había que indagar en el eslabón antepenúltimo de la vida, ahora tocaría el penúltimo. Alguna ilación directa debe haber seguramente entre los abuelos y sus hijos, así como la hay entre los padres y los hijos. Esos padres a quienes se entrevistará son “producto” de aquellos abuelos, y los estudiantes son “producto” de sus padres. Hay sin duda algo de complicidad, de sentimientos reconocibles, de formas, de gustos, de opiniones, en los que cada uno –cada estudiante- se debe sentir como pez en el agua. Y eso hace, a la entrevista que van a sostener, más hermosa y también más riesgosa. Porque los seres humanos intentamos siempre cubrir aquellas cuestiones que consideramos falencias o defectos, obscenidades y pecados de los padres.

Para ejemplo, basta observar qué ha sucedido con muchos de los torturadores de la dictadura. Para comenzar debo decir que hay muy pocos hijos varones que hayan reaccionado contra su padre represor. En cambio, sí hay varias hijas⁴ mujeres de represores que han renegado de sus padres, que han hecho pública su historia y con una inmensa valentía.

Para no perderse, estoy hablando del tema de las entrevistas a miembros muy cercanos de nuestra familia, entonces, cuesta mucho reconocer los lados considerados negativos, problemáticos o secre-

2. Manuel Eiras, profesor del Seminario-Taller de expresión, creatividad y escritura a partir de finales de 2017.

3. Todos los estudiantes de la comisión deberían leer este libro.

tos de nuestros familiares más cercanos. Hay cosas de las que nunca se habla. Hay verdades guardadas para siempre. Pasan a veces varias generaciones hasta que en alguna saga familiar algo se filtra que hace que la historia, incluso, se vuelva a contar de una manera muy diferente. La pregunta que podría hacerse es: ¿estamos dispuestos a develar lados ocultos? ¿sirve para algo? ¿es constructivo? ¿qué precio se paga por el descubrimiento de aquello que no quiere decirse ni contarse, sobre lo que no quiere hablarse? ¿hay un precio? Tal vez se produciría mucho dolor, mucha vergüenza, mucho pudor. Por ejemplo, los inmigrantes provenientes de Europa en la época del nazismo y el fascismo, la mayoría de ellos- nunca ha querido hablar de lo vivido, sólo algunos en el final de sus vidas se han atrevido a contar algo. Entonces, si nos hubiéramos visto enfrentados a realizar entrevistas a estas personas, ¿hubiera sido lícito indagar adonde ellos no querían llegar? ¿hubiera tenido sentido? Se podría decir que sí, que es lícito llegar al conocimiento de la verdad, pero parte de la verdad, es también esa tremenda necesidad de silencio que habla más del horror, de la tragedia, de la culpa, que miles de palabras.

Todo esto que estoy pensando es para que se tenga en cuenta la dificultad de entrevistar a seres muy cercanos, para que se cuente con la posibilidad de que grandes agujeros negros persistirán, a pesar del deseo del entrevistador de que se abran. ¿Habrà que abrirlos de otro modo? ¿Habrà que estudiar cuestiones más genéricas? ¿Habrà que imaginar lo no contado? Creo que todo esto es posible. La entrevista es un acercamiento, es una relación entre el entrevistador y entrevistado, es una relación profunda que al decir del sociólogo italiano Franco Ferrarotti, es una interacción social completa entre ambos, donde el conocimiento circulará entre los dos y donde el entrevistado, de alguna manera, terminará entrevistando al entrevistador. Esto

4. Analia Kalinec, hija de Eduardo Kalinec, alias doctor K, un conocido torturador que cumple cadena perpetua; María Laura Delgadillo; Liliana Furió, hija del exteniente coronel Paulino Furió, condenado a perpetua; Erika Lederer, hija de Ricardo Lederer, el obstetra que ayudó a parir a buena parte de los hijos de desaparecidas; María Eugenia Vergera, otra miembro del grupo, que tiene doble condición: es sobrina de un represor y a la vez esposa de un desaparecido.

es más cierto cuando se realizan entrevistas para construir historias de vida. O sea, en procesos más largos, pero aún en una o dos entrevistas –las historias de vida llevan varios meses para su realización, a veces años-, aparecerá este rasgo de conocimiento del uno sobre el otro y viceversa. Vuelvo a repetir, la entrevista es una relación. Y cuanto más profundo sea el conocimiento entre ambos, mejor será la entrevista. Esto, el hecho de intentar trabajar sólo con una o dos entrevistas, la torna todavía más responsable, porque en muy poco tiempo se intentará llegar a ciertas profundidades, para lo cual el entrevistador deberá seducir a su entrevistado para que éste tenga ganas de contar. Con un desconocido, como no corre el amor previo, se está más cómodo siendo una página en blanco.

Quiénes son los padres a quienes se entrevistará. Más o menos a priori se puede decir que son personas de alrededor de 50 años que transitaron una Argentina revuelta, opresora, con dictaduras, también con democracias y que pasaron la escuela secundaria en la época de la dictadura. ¿Quiénes eran esos padres-madres en ese momento? ¿Qué recuerdan, qué pensaban, qué piensan ahora? ¿Qué piensan de sus padres, cómo viven el presente, cómo ven el futuro, cómo ven a sus hijos, cómo se enamoraron, cómo estudiaron y trabajaron, cómo jugaban cuando eran chicos, a qué jugaban, qué sabían del mundo, qué saben ahora, cuántas veces han ido al teatro o al cine o a alguna muestra de pintura o a ver un ballet, cuántos libros han leído, cuántos paseos o vacaciones, amores y desengaños, su salud y la enfermedad, tienen sueños, proyectos, qué comen?

Esas entrevistas servirán para generalizar algunos aspectos, pero también son un conocimiento en sí mismas, es decir, no habría que caer en esas generalizaciones vacuas que ocultan al entrevistado y sólo ayudan a confirmar teorías previas portadas por el entrevistador. Aquí vamos al revés: de lo abstracto a lo concreto y de lo concreto a lo abstracto, como dice la dialéctica, valorizando como conocimiento verdadero, como conclusiones verdaderas las palabras de los entrevistados. Estas entrevistas también podrán ayudar a imaginar cuestiones de política.

Cuando digo cuestiones de política, me estoy refiriendo, fundamentalmente, a cuestiones de política sociales, culturales y de participación social-esto último lo deseo y lo pienso hace mucho tiempo.

Las personas siempre quieren ayudar, colaborar; pero en la organización actual, pero quienes pueden y quieren participar están lejos de quienes lo necesitan, están aislados unos de otros. Fijense qué impresionante como participa la gente como cuando por televisión se informa de alguna necesidad. La reacción de los ciudadanos es increíble. Recuerdo en este momento a un muchacho que con su familia decidió acampar en el Parque Rivadavia en el barrio de Caballito, para llamar la atención sobre su necesidad de tener un trabajo digno, una vivienda, y algo para comer. Inmediatamente se resolvió todo, obviamente es una locura suponer que los millones de personas necesitadas van a acampar en el parque, en cambio, si hubiese un modo más centralizado para la participación, en todos los aspectos posibles no digo que va a disminuir por ello la desocupación porque tiene razones estructurales, pero, tal vez algunas cuestiones podrían tener alguna solución.

¿A dónde vamos? Sueño muchas cosas, pero todo dependerá de la constancia y de cómo se empuje hacia adelante esos sueños a pesar de caídas no dejar de lado el camino que se decidió seguir esto es como la fábula de la tortuga o de las hormigas más vale el trabajo que el talento y hay que preocuparse menos por el punto de llegada y más por el tránsito. Siempre resulta apropiada la frase de Machado “*camionante no hay camino, se hace camino al andar*”.

Escrito comienzos del año 2019

Llegamos al final. Correcciones, ediciones, reescrituras, reflexionar juntos, hablarse por teléfono. Fue un año difícil para todos, nadie sabe tampoco como será después.

A continuación y casi como si fuera un coro se pueden leer “historias verdaderas” de padres, madres, hijos del conurbano sur trabajadas todas ellas por estudiantes de la UNQ.

Ana Jusid

Miradas entre fotos que hablan

Manuel Eiras

En el Seminario - Taller de Expresión Creatividad y Escritura I para trabajar con entrevistas exploramos también otros géneros. Siempre intentamos mezclar tipos de lenguajes, experimentar con las palabras y las imágenes¹. A veces, en esos cócteles aparece la entrevista como método más eficaz para llegar a lo que queremos llegar. Otras veces, los temas y ejes propuestos nos llevan a intervenir de otra manera las formas de expresión. La constante tiene que ver con convencerse de que los resultados (sean los que fueran) suelen estar condicionados por determinantes indirectos. Me gustaría, entonces, hablar medio solapadamente de cuatro poemas sobre fotografías para referirme a las entrevistas que integran este volumen.

Fotografías en el pasado

Este es un libro lleno de voces. Es un libro para escuchar. Los y las estudiantes tuvieron que hacer eso: escuchar para escribir. Y en la escritura seguro oyeron otras cosas.

Los lugares y los contextos varían en cada entrevista. Hay varios pasados y de esa mezcla que resulta de la reconstrucción de cada historia familiar se conforma una impronta general, colectiva. Hablan los padres y las madres de los y las jóvenes que nacieron (en su mayoría) en democracia. Nos llega el eco pulcro de la última generación que vivió la dictadura. Y lo que se escucha son las respuestas a preguntas que les hicieron sus hijos/as.

En ese sentido, los y las estudiantes también tuvieron que leer su pasado dentro del pasado común. O sea: tuvieron que reescribir las voces de su historia.

Hablar con nuestros ancestros siempre es un ejercicio de reconstrucción de memoria personal. Escribir sobre esa relación particu-

1. Resulta oportuno decir que en la materia se anotan estudiantes de la Diplomatura en Ciencias Sociales, la Tecnicatura Universitaria en Producción Digital y la Licenciatura en Artes Digitales.

lar, sobre el intercambio de palabras y de recuerdos con un padre o con una madre es animarse a reconstruir una parte importante de la propia identidad. Los autores y las autoras de este libro tuvieron esa valentía. Esta recopilación contribuye a la “borrosa permanencia de figuras” (como escribió Giannuzzi) pero además, siendo los/as entrevistadores/as hijos/as, la cuestión autobiográfica rebalsa de sentido por las palabras.

Foto 1965

Un poema de Fabián Casas empieza así: A las cosas no les importan los mortales. Pienso ahora que a las palabras tampoco les importan los mortales. Leo las entrevistas de este libro y todos los protagonistas me parecen tranquilos, como los de la foto del poema de Casas. El poema termina así: *y te juro que parecíamos tranquilos / en ese simulacro del papel y de la luz. Pero bien podría pensarse acá en el simulacro del papel y de la voz.*

Entre las muchas preguntas que surgieron, cuando trabajábamos el cuestionario previo a ir a realizar las entrevistas, recuerdo una: ¿cómo habrá sido la vida de mi madre/padre antes de que yo naciera? De una manera extraña se trataba de indagar en tiempos propios que no vivimos y en experiencias ajenas que nos constituyen.

Sala vacía

Las palabras dichas por padres y madres a hijos e hijas nos sueñan levemente distorsionadas por los ruidos del presente y su luz tenue nos ilumina de una manera distinta. Las preguntas pretenden restaurar una fotografía de un tiempo vivido e imaginado a la vez. Ver los rostros entre las palabras ayuda a orientarnos y en su contribución a la falsa cercanía insisten en conmovernos.

¿Qué decimos cuando en silencio vemos o escuchamos a nuestros padres/madres? ¿Qué dice eso que percibimos de nosotros mismos? Cuando era joven Borges no sabía que iba a perder la vista antes que la vida. No sabía cómo íbamos a mirar las fotos en que aparece con su rostro ciego. Quizás tampoco sabía que no iba a tener hijos. Lo

cierto es que en 1923 publicó un poema que dice: *Los daguerrotipos / mienten su falsa cercanía / de tiempo detenido en un espejo / y ante nuestro examen se pierden / como fechas inútiles / de borrosos aniversarios.*

El mérito de los y las estudiantes en este caso tiene que ver con trabajar desde la escritura con una sensibilidad especial, “publicable”, la imagen que devuelve ese espejo en el que se miran o por el que alguna vez pasó su reflejo. A cada uno le estoy completamente agradecido por dejarme ser testigo de ese proceso.

Una foto del momento

¿De qué (tiempo) se habla en estas entrevistas?

preparo una eternidad / esa foto tomada por la amistad de tus ojos / la ceremonia no fallida de mi vida / siempre dirá que estuve viva en un lugar que amaba

Hay algo fastuoso en ese poema de Juana Bignozzi que tiene que ver con una forma de celebrar lo vital sin desestimar lo imperfecto. Las cosas que hicieron o les faltó hacer a los padres y madres protagonistas de estas entrevistas importa menos que todo lo que dicen, todo lo que sus hijos transcriben. Ahora es eso, su voz traducida, lo que tenemos acá para pensar en todo lo demás.

Las entrevistas se mueven como fantasmas del tiempo. Nacieron antes de ser realizadas: las charlábamos en las clases, nos preguntábamos qué preguntar, escuchábamos lo que otro preguntaba o contaba sobre la historia de sus progenitores, sobre sus relaciones. En algún momento los/as estudiantes se sentaron a charlar con sus padres y/o madres y escucharon sus voces. Después las siguieron escuchando en desgrabaciones y escrituras. Y ahora esas voces perduran y se renuevan en cada lectura que se haga de este libro. El instante en el que hablan es siempre el mismo, pero nunca dicen lo mismo.

Manuel Eiras

1. Ser nieto

“ Como siempre queda algo en el tintero, este texto sobre sus abuelos, cuyo autor es Lucas Vadura, estudiante del departamento de sociales, quedó escondido en algún rinconcito y no apareció en el libro –Entre Abueles y Nietes-. Quiero pensar que no era ése su destino y que, en cambio, nos abrirá las puertas a modo de presentación, para este nuevo libro –Entre Madres, Padres e Hijes-. Es por ello que este es el primer capítulo, y es la llave para introducirnos en los apartados siguientes.” **Ana Jusid**

Abuelos
Lucas Vadura



Cuando murió mi abuela paterna no sentí nada.

Yo era un preadolescente y ella una mujer que había estado enferma desde siempre. No habíamos armado un vínculo intenso, aunque sé que me quería mucho.

Me sentí muy mal por no sentir nada. Quería tener ganas de llorar, de estar triste, pero no... nada.

La culpa era doble, o triple, porque hacía pocos días había muerto Lucho, mi perro, y por él sí había llorado y sufrido a mares... pero por mi abuela absolutamente nada.

Quedaron mis dos abuelos maternos, con los que en parte me había criado. Con ellos pasé de la pre-adolescencia a la incipiente juventud, y ellos estuvieron presentes para mí como yo para ellos. Compartimos muchas cosas.

Con mi abuelo Luis, la pasión por la política como instrumento para transformar la vida. Él era anarco-sindicalista, fundador del Sindicato de Luz y Fuerza, y un hombre que por haber nacido en 1917 había vivido la historia casi completa del siglo XX: los gobiernos peronistas, los golpes de Estado de los que tanto hablábamos, especialmente el de 1976, cuando vio desaparecer a muchos amigos, compañeros, y con el que casi ve desaparecer a su yerno: mi papá.

Mi abuelo Luis era un tipo de convicciones firmes, y como hombre “de antes” era terminante y rígido en muchos modales y actitudes.

Era, asimismo, divertido, muy compañero de sus nietos, y afectuoso a su forma. Excelente carpintero: nos hacía casas enormes de madera, mucho mejor que cualquiera que se consiguiera en aquel momento, incluso ahora, en las jugueterías.

Nos armaba todo tipo de implementos para jugar con nuestros autos, nuestros muñecos, o lo que fuera que hiciéramos.

Se dedicaba mucho a nosotros, tenía un espíritu lúdico increíblemente juvenil y era tramposo como nadie.

Incluso nos alentaba y nos cubría cuando íbamos a hacer alguna travesura, siempre y cuando él no fuera la víctima, instancia en la que se ponía rabioso.

Mi abuela, Blanca, era totalmente distinta. Casi analfabeta, una vida de sumisión histórica y de servir como ama de casa y como madre, representaba el amor y la ternura en persona.

Su mejor manera de demostrar amor era en la cocina, y cocinaba con una dedicación que jamás volví a ver: era su manera de amarnos a todos.

Tampoco recuerdo fideos o flanes más ricos que los suyos.

No cuidaba con locura y quería que fuéramos a dormir todas las veces que fueran posibles, algo que con mi primo repetíamos casi todos los fines de semana cuando éramos chicos hasta que empezamos a crecer, empezaron a quedar las travesuras y los juguetes a un costado juntando polvo, en una soledad cruel, en el encierro, en la oscuridad de un arcón, una caja, o una bolsa.

Empezaron las salidas, los romances, las noches con amigos, y ya no fuimos más a dormir a su casa.

Ella sentía cierto abandono de nuestra parte, sobre todo de mi primo, que cargaba con la pesada cruz de ser el nieto que les había dado su hija muerta.

Mi tía, que había sufrido tormentos psíquicos desde muy joven, se tiró de un décimo piso cuando él tenía dos años.

Esa era una carga con la que mi primo tuvo que lidiar desde ese momento y el motivo por el cual él era el nieto preferido. Cuando empezó a crecer no toleró todo lo que mis abuelos ponían en él y fue esfumándose lentamente hasta desaparecer de sus vidas. Fue una herida profunda y dolorosa para ellos.

También me tocó crecer y no fui más a dormir, pero iba seguido a comer.

Organizaba reuniones sorpresa de todos los primos en su casa y fracasaba. Ahí empecé, sin buscarlo y sin quererlo, a ocupar el lugar de nieto grande preferido: al fin de cuentas era el que estaba, el de carne y hueso. No era el que querían que estuviese, pero sí el que estaba.

Hablaba por teléfono con ellos prácticamente a diario y aprendí lo que era la ternura y la desesperante soledad.

Sin embargo, recurrentemente, me aclaraban que los nietos preferidos eran otros. No lo hacían por maldad, ni siquiera se daban cuenta y como lo sabía intentaba que no me hiciera daño, pero inevitablemente lastimaba.

Seguí creciendo y ellos envejeciendo. Para mi abuelo pasé a ser el único de sus nietos que siguió su legado de militancia, de amor a los trabajadores y a las causas revolucionarias y mi palabra empezó a tener valor en las reuniones familiares: ya no era un niño y amaba al comunismo.

Para mi abuela, las palabras de amor y afecto que tanto necesitaba llegaban casi con exclusividad de mi boca y mis oídos eran los que la hacían sentirse escuchada, entonces empecé a ser más fundamental cuando ella se volvía más vieja y más vulnerable.

Empezaron a enfermar. Mi abuelo sufrió la amputación de un dedo del pie, luego de otros dedos del mismo.

Le cortaron la pierna entera tiempo después.

Eso lo condujo a un deterioro mental pronunciado, depresión, terror a la muerte que empezaba a rondar la casita de Banfield.

Inevitablemente llegaron las señoras que cuidan, los problemas de plata, las disputas entre los hijos, los viejos resentimientos ocultos que siempre se negaban, y la tensión desgastante.

Mi abuela fue corrida de su cama a otra habitación, mi abuelo no toleraba la falta de su pierna, su estado de inutilidad, y a nadie alrededor.

Ella empezó a sentir que perdía su lugar en el mundo. Hizo de todo en su desesperación y cuando nunca se había caído en su vida, cuando era sólida y dura como una escultura de mármol, se cayó de forma tonta y se rompió la cadera.

Empezó el principio del fin para ella y para todos.

Fueron muchos meses de clínicas, de geriátricos de rehabilitación que no surtían ningún efecto, de internaciones y externaciones y deterioros cada vez más pronunciados.

De dividirse entre Villa Urquiza y Banfield, de ir y venir y que nadie esté conforme y todos reclamen algo de mala forma.

Acompañé a mí abuela cuando ya estaba entubada y con severas dificultades respiratorias.

Le agradecí por todos los años y los cuidados, no sé si me escuchó, si todavía había vida dentro de ese cuerpo que se pudría lentamente.

Cuando nos avisaron que había muerto nadie se sorprendió. Hubo incluso alivio, ella estaba sufriendo tanto... y en realidad el alivio era para los que viajaban mucho, reclamaban mucho y sufrían también.

Volví a no sentir nada, a no poder llorar, a no entender por qué no estaba triste.

Mi abuelo no fue al velorio y tampoco quiso que el cortejo fúnebre pasara por su casa para que él saliera en su silla de ruedas a despedirse y dejarle una flor.

Me enojé mucho, pero lo entendí: negarse a despedirla era negarse a su propia muerte.

Inmediatamente empezó un vertiginoso, progresivo y exponencial colapso y en menos de seis meses mi abuelo estaba internado. Pasó de tener un pequeño problema pulmonar a no reconocer a nadie.

Cuando entré a la habitación a verlo, sonrió como un nene cuando le dan un juguete nuevo.

No supimos si me reconoció o no, pero me abrazó con una fuerza que no sabíamos que todavía tenía.

No hubo charla posible, su cerebro ya no respondía y me costaba pensar que era él quien estaba encerrado en esa clínica y en ese cuerpo.

Murió unos días después.

No fui a su velorio. Estaba muy enojado con él por todo lo que le había hecho en los últimos tiempos a mi abuela, muchas cosas que por respeto a ellos y a mi prefiero no escribir, aunque las recuerdo con mucho dolor.

Fue en la única partida que sentí algo y no era tristeza, no era dolor, no era angustia: era rabia.

Durante muchos años me cuestioné la falta de sentimientos ante

las muertes de mis abuelos.

Si era una forma de protegerme, si era un mecanismo de defensa o si era que la vejez y las clínicas nos van preparando y endureciendo el corazón, o si era mi incapacidad para sentir, expresión de la frialdad de mi corazón sombrío.

La familia estalló en mil pedazos y la casita de Banfield estuvo intacta desde el día que se cerró la puerta hasta cinco años después, en los que varios intentos de ocupación movilizaron a los hijos, delegando en los nietos, encargarse de vaciar la casa, repartir lo útil y ubicar lo inútil, e iniciar el proceso de venta.

Cuando entré, a pesar del polvo y la oscuridad, vi las cenizas de mi abuelo en un rincón de soledad desde hacía cinco años. Recorrí los lugares de la casa que tantas veces había transitado de niño y adolescente, y me vi a mi mismo corriendo, jugando, charlando con mis abuelos.

Intento reprimir el llanto ahora, como lo hice en ese momento, pero es en vano. Cuanto más grande me vuelvo, más difícil me es mostrarme sólido, entero, de una pieza.

La vida nos va fragmentando lentamente, y cuando queremos darnos cuenta somos la unidad de muchos pedazos sueltos, algunos encajan, y otros están rotos.

Me traje las plantas que sobrevivieron a cinco años de abandono, con las macetas que había hecho a mano mi abuelo.

La azalea que Luis y Blanca amaban está en mi jardín, y me regala hermosas flores todas las primaveras.

Cada vez que se abren los veo a ellos sonriendo y pienso que felices estarían de verla florecer un año más.

A menudo se me aparecen en sueños. Al principio me angustiaba y me despertaba en la madrugada para no poder volver a dormir.

Me acompañaban unos días sentimientos dolorosos.

Poco a poco me di cuenta de que en mis sueños no aparecían en cualquier momento, que los soñaba cuando los necesitaba o cuando ellos podían aportar claridad o tranquilidad en momentos duros.

Muy seguido me descubro pensando que ahora podría disfrutar-

los verdaderamente, porque ahora puedo ponerme en su lugar, y antes era demasiado joven para entenderlos.

Y aunque ya es tarde, comprendí que sus apariciones en mis sueños son una forma de tenerlos conmigo un rato más.

2. Ser madre / ser padre

No me lo iba a perder

Jorge Di Benedetto

Hubo varias situaciones que confluyeron para que con 58 años tomara la decisión de convertirme en estudiante universitario. En un reportaje al escritor español José Luis Sampedro él sostiene con énfasis que tenemos que volver a aprender todo de nuevo. Que el conocimiento es fundamental para dejar de ser esos “buenos borregos” que hemos sido hasta ahora y que una de las maneras de cambiar las cosas que no nos gustan de una sociedad es a través de la intervención en la realidad mediante la profundización de un pensamiento crítico.

Cuando iba a trabajar a La Plata, los mediodías solía ir a almorzar al comedor de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social donde estudia Sofía, mi hija menor. Carla, la mayor, ya estaba terminando la carrera de Diseño Industrial en la UBA. Fue allí que observé cómo aún las nuevas generaciones todavía mantenían encendida la llama del fuego que ilumina los porvenires. Fue entonces que me pregunté: ¿cómo era que me había perdido todo esto pudiendo haber estudiado de joven? ¿Cómo dejé pasar esta oportunidad, si yo no era menos que nadie?

Durante un tiempo esas preguntas y otras tantas me daban vueltas en la cabeza. Finalmente, el último empujoncito me lo dio Armand Carrizo, un compañero del centro cultural donde compartimos cultura y militancia que se nos fue el año pasado. Cada vez que nos veíamos me decía: ¡vos tenés que venir a la UNQ! y me daba detalles de cómo le iba en la carrera de Licenciatura en Historia. Hasta que un día me pudo convencer y siempre le estaré agradecido. Si para algo ha servido mi experiencia es para que pensemos que todos tenemos la posibilidad de mejorar en lo personal como también el mundo que nos rodea, en este sentido y a pesar de la socialización de la cultura y de la educación, pienso, como dice Antony Brey, que nos invade la sociedad de la ignorancia, porque es donde aparecen nuevas formas de incomunicación, a mí entender un tanto peligrosas. Ahora bien, a pesar de esto, sigo siendo un optimista gramsciano y por voluntad mantengo la esperanza de que todo sea sólo consecuencia de un momento de metamorfosis en el que nos hallamos inmersos, como un capítulo pasajero de nuestra convulsionada travesía, que sigue sien-

do ignota, pero convencido de que sólo esa conciencia crítica nos llevará hacia una mejora ecológica, social y cultural de nuestra especie. Como padre de dos jóvenes mujeres y en tiempos de nuevos paradigmas, de militancias y de compromisos, he procurado de-construirme sobre algunas estructuras sociales que aún persisten en mi subconsciente. Ellas me han ayudado con su frescura a no convertirme en ese árbol seco que ya no tiene hojas para dar, sino todo lo contrario, me han reciclado las ganas de asombrarme cuando abro la ventana a ese nuevo mundo que me muestran. Debo reconocer que la Universidad me brindó sus herramientas para esto y me enseña a saber que todos tenemos algo para decir y no importa en qué momento de nuestras vidas.

Por último, y ahora como estudiante, este año la pandemia y esta nueva incertidumbre, han hecho lamentablemente que no pudiéramos cursar de manera normal. Pero más allá de esto, creo que la desgracia nos enseñó que aquello que parecía una rutina simple casi autómatas y naturalizada -ésta de encontrarnos con los compañeros en un aula o en el bar o con los profesores compartiendo un debate- no tiene forma de ser sustituido virtualmente porque la comunidad humana siempre será irremplazable.

Hasta el año que viene compañerxs y gracias a todxs.

El primer baile

Ana Jusid

No puedo guardarme la emoción que me produjo el baile de agosto. Hacía rato que los chicos venían maquinando organizar algo y se me acercaban en silencio y secreteando a la salida de la escuela. Me decían que querían preparar un asalto y que yo no me preocupara por nada, que ellos pondrían la comida y la bebida. Yo no debería anunciártelo pues, supuestamente, era una sorpresa para vos. Pasó todo el primer cuatrimestre sin novedad. Llegaron las vacaciones de invierno y se quedaron con las ganas.

El cumpleaños de Yamila, que fue a principios de agosto, les sirvió de experiencia y a partir de ese día Federico y vos comenzaron a preparar el primer y memorable baile del grado.

Me pediste permiso para hacerlo en casa. Me sentí orgullosa: pensé que era estupendo poder participar. Te dije que la casa era chiquita y me contestaste que eso no era ningún problema.

Una semana antes de la fecha fijada, Federico vino a dormir para arreglar con vos la fiesta. Se encerraron en tu cuarto y probaron todas las canciones y discos hasta que por fin se decidieron e hicieron un gran plan: baile, juegos compartidos, volver a bailar y otra vez a jugar.

Vos hiciste las invitaciones y Federico se encargó de reunir en un sobre el dinero que iba poniendo cada uno.

Yo había pedido ayuda a alguna otra mamá o papá, porque sentía temor de hacerme cargo de tantos chicos juntos, pero justamente ese día nadie podía y, como “ante lo hecho-pecho”, resolví que yo no sería el impedimento para hacer la fiesta.

A la salida de la escuela los junté a todos y les dije:

- Chicos, estoy sola para cuidar a treinta, les pido que se comporten delicadamente, que no hagan lío ni en la calle ni en el colectivo-

Por supuesto que todos me escucharon seriamente y asintieron, pero ni bien terminé de hablar, las nenas se lanzaron a correr y a tocar timbres. Sí, las nenas, no podía creer lo que veía.

Una señora salió furiosa de una casa, los anteojos le bailaban en la nariz debido a su alteración, dijo que todos los días pasaba lo mismo y que iba a ir a quejarse a la escuela, que ella estaba enferma y

que había tenido que levantarse sobresaltada de la cama; que era una gran falta de respeto, que eran maleducados y quién sabe cuántas cosas más.

Volví a reunirlos, les pregunté si querían continuar con las fiestas y que si era así, iban a tener que hacer un esfuerzo para actuar de tal modo que la gente no se sintiera agredida.

La orden duró cien metros. Llegamos a la parada del colectivo y empezaron a empujarse para hacer fila.

Le diste tu mochila a Mariano y varios más hicieron lo mismo. El pobre casi no podía andar. Lo vi flaquito, con todo ese peso a cuestas y pensé que se iba a caer. Te dije unas cuantas cosas, pero mucho no te importó. Esteban se metió y me dijo: “Es cuestión de él si decide llevar varias mochilas aunque el peso sea grande, no es tu problema”.

Palabras lógicas. Aclaraban un límite. Fijaban el lugar del uno y del otro, ¡qué claridad!, pensé por un instante. ¡Qué bárbaro!, parece un adulto psicoanalizado. Pero en realidad Mariano y Esteban no eran adultos, apenas dos niños que estaban entrando en la pubertad y yo tu mamá, y si veía algo extraño en lo que estaba sucediendo tenía que decirlo y explicar lo que a mí me parecía. Por un lado, vos y todos los que cargaban a Mariano y, por otro lado, él.

Respuestas tan cerradas como la de Esteban me llamaron la atención. Después descubrí que vos también las tenías en muchas oportunidades. El día que los hice pelearse a vos y a Federico, cuando me viste caminar por la casa, en la noche, de un lado a otro hablando sola, tratando de dilucidar el porqué de mis sensaciones tan encontradas me decías: “parála, mamá, ¿por qué hacés tanto lío por una pavada?, ¡qué complicados son ustedes, los grandes!, ¿vos qué crees, que por eso voy a dejar de ser amigo de Federico?, ¡no!, mañana lo veo, nos vamos a dar la mano y amigos de vuelta. No pasó nada.”

¿Cómo explicarte todo el mundo de imágenes y de preguntas que se me venían a la cabeza y que yo necesitaba resolver para seguir adelante? ¿Cómo contarte que esas respuestas rápidas no me convenían?.

Cuando llegó el colectivo fue catastrófico. Treinta chicos, cada

uno sacando su boleto y el colectivero que quería arrancar y la gente que, cansada del trabajo, regresaba a sus casas y se asustaba del griterío y los empujones. El plan de ustedes era hacer avalanchas; los varones contra las nenas y viceversa. ¡Qué lío! Se apelotonaron en la mitad del colectivo y nadie podía moverse. Para que la gente descendiera cómoda, hubiera tenido que volar por sobre las cabezas. ¿Cómo abrirse paso por dentro de una bola?

“¡Cuidado, che Demián!, no te tires sobre esa señora”, y pum, te caías sobre ella. Romina gritaba: “¡Chicos pórtense bien, el colectivero nos va a echar!” En las banquinas saltaban para tratar de alcanzar el techo con las cabezas. Algunos sonreían cómplices acordándose, seguramente, de ellos mismos o identificándose a través de sus partes más juguetonas. Otros no pudieron soportar el bullicio, las risas y las picardías.

Sentí una especie de bronca y pena. Bronca porque por un lado hubiera querido que todos fuesen admirados por los adultos, que pensasen: “¡Qué chicos tan educados!, ¡Qué bien que se portan!, ¡Parece mentira!” y que agregasen frases comunes: “¡oh!, los chicos de esta época”, “Sí, los tiempos han cambiado, antes, en nuestra época, usted veía subir a un chico al colectivo, derecho, sin empujar a nadie, no hablaba, respetaba a los mayores. Ahora todo se ha perdido.”

¿Pero eso era bueno?, ¿eso era lo bueno?, ¿qué era lo que yo quería? ¿Que me miraran a mí con admiración?

Bronca porque sentí que el futuro mundo de ustedes estará determinado por nuestra actitud actual. Si lo fresco, lo risueño, lo pícaro está tan atacado desde afuera, ¿cómo liberar todo ello?

Pena porque pensaba: ¿cómo harán?, ¿cómo harás para que la espontaneidad de ahora se transforme en fuerza, en decisión, en pensamiento profundo, en actitud crítica? ¿cómo harán para que la vida no sea un transcurrir estéril?

Al bajar, todo fue un embrollo, éramos muchos y yo tenía miedo de que alguno se quedase en el colectivo. Mientras bajaban iban cantando canciones de hinchada. Una señora que estaba con un bebé dijo:

-¡Por fin bajan!-

No sé si hice bien o mal, pero no lo soporté, la miré fijo y le dije: ¿Usted no se da cuenta de que tiene un hijo que dentro de diez años será igual a estos chicos?

Mientras esperaban que yo abriera la puerta del edificio, ustedes se pegaban un poco, saltaban y cuchicheaban.

Llegamos a casa, fuiste directo a los discos que hace varios años estás reuniendo. Darío y Diego sacaron sus cassettes. Federico me dio la plata y Marianita R. decía “¡Esto es inusitado, inusitado! ¡Es la primera vez que nos pasa, tanto tiempo queriendo hacerlo y no habíamos podido y esta es la primera vez!” Hablaba casi gritando, los ojitos le brillaban y me puse muy contenta.

No todos se atrevieron a bailar: unos decían que no les gustaba, entonces elegían canciones, manejaban el grabador o el equipo de música. Otros se fueron a jugar al truco. Yo me peleaba para que el volumen no fuera tan alto que molestara a los vecinos y para que no se asomaran a la ventana.

No quería ir a comprar la comida que había encargado mientras no me asegurara de que se comportarían como yo consideraba que era correcto. Tres nenas me acompañarían. Salí del departamento, cerré la puerta y me quedé escuchando: ¿subirían el volumen?, ¿gri-tarían?, ¿dirían tonterías por la ventana?, ¿podríairme tranquila? En eso estaba cuando descubrí que vos y no sé quién más estaban del otro lado de la puerta haciendo lo mismo que yo. También ustedes querían asegurarse de que yo me fuera rápido.

Tomado de “*Cartas a mi hijo en la edad del pavo*” de Ana Jusid, 1985-86, Buenos Aires. Inédito.

Estás creciendo

Octubre 1985

Te miraba hoy con el pantalón largo verde y la camisa color ladrillo y me resultaba difícil darme cuenta de que eras el mismo que hasta hace poco no se bañaba nunca y andaba todo el día con un pantalón de gimnasia azul.

Ayer me preguntaste qué período de tu vida me gustaba más, te dije que todos. Cuando eras bebé me fascinaba contemplándote y sentía un gran deseo de besarte, lamerte, comerte y no dejar de mirarte nunca. Luego, cuando comenzaste a caminar y a hablar sabías de memoria varias canciones y me desbordaba de admiración. Te veía hermoso, con el pelo muy rubio, como plumitas, corriendo todo el día de un lado para otro. Más tarde llegó la época del jardín de infantes en Guayaquil y, al igual que a todas las mamás, me costaba entender que estuvieses desprendiéndote de mí. Después vino el inicio de la primaria en México y tu miedo a que la escuela se inundara o se incendiara. Y ahora, acá, en Buenos Aires.

Ayer me dijiste que pensabas que esta etapa tuya era la que más me gustaba. Es cierto y no es cierto. Me encanta verte crecer, aunque también me produce tristeza sentir que el tiempo se va yendo. Me dijiste, también, que este año se te había pasado volando, que recordabas todos los minutos y las horas de los quince días que habíamos estado en el mar juntos varios meses atrás y que eso te producía pena: Si el tiempo pasa tan rápido, cada vez más rápido, pronto voy a tener hijos- dijiste.

Tenía mucho miedo frente al comienzo de la pubertad, miedo a no entenderte, y cuando veo ahora que no nos va tan mal, me pongo contenta.

Recuerdo un día que salimos al centro con Mónica para vernos con un amigo. Yo le preguntaba a ella qué tal me veía, si estaba bien vestida y si la ropa me quedaba bien. Me preguntaste por qué insistía tanto y te dije, cual si fueras mi amigote y no mi hijo, que el amigo a

quien íbamos a ver me gustaba.

Al salir de la confitería preguntaste: - ¿de verdad te gustaba ese hombre, mamá?

- Sí- te contesté.

-No se notaba, porque mientras todos hablaban y contaban sus cosas vos estabas leyendo el diario.

-¿Sí?

-Sí

Y ahí empezaste a contarme qué tácticas utilizaban ustedes para levantarse a una chica y a darme consejos sobre cómo debería actuar yo. Se me produjo una especie de enloquecimiento, todo me daba vueltas y tenía muchas ganas de vomitar, hasta que pude entender por qué diablos me sentía así: tu edad y mi fascinación me confundían.

Era hermoso poder comunicarme y entenderme con vos, ¿cuándo antes hubieses advertido que yo preguntaba cómo me veía? Pero no daba una conversación de esa naturaleza entre madres e hijos, yo pensaba así. Las náuseas funcionaron de semáforo, como si alguien me dijera “Ojo, estás metiendo la pata hasta el fondo”. Tengo más ejemplos de esa confusión.

Dos o tres días después del domingo que salimos con Mónica hice que te pelearas con Federico, porque sentí que estabas muy sumiso en una discusión con él. Y yo aparecí entre ustedes dos como dirigiendo la riña de gallos. Y como si fuese una niña no quise ir en el mismo colectivo con él, porque me había quitado la palabra. Cuando vos ya estabas con un pie en el estribo exclamé en voz alta:

- ¡No subas! Yo ahí no viajo

Te diste vuelta rápidamente y me dijiste:

- ¿Qué te pasa, te volviste loca?

Subí con bronca, tenía ganas de seguir peleándome. Darío me decía que yo era una “peleonera” y que la culpa de todo había sido mía. De repente, como en un flash, me di cuenta de que Federico sólo tenía diez años. Le acaricié el pelo y por supuesto él me quitó la mano bruscamente, pero a mí ya no me molestó.

Ese día estuve dando vueltas por la casa hasta las doce de la noche pensando en qué me había equivocado.

Esta edad tuya y la de tus amigos me encanta y me turba. Quizá, después de todo, no había sido tan malo meter la pata ya que eso me permitía reflexionar sobre lo que estaba pasando.

Días más tarde tuve que hablar con el padre de una compañerita de tu grado sobre una feria del plato que estábamos organizando y le comenté que me inquietaba no saber cómo llevar adelante la relación con vos. Me dio consejos y me advirtió sobre los peligros de mi actitud. Me enjuició y habló sobre la necesidad de ponerte límites y no sé cuántas cosas más por el estilo.

¿Era que yo le daba demasiadas vueltas a todo?, ¿los demás no se enfrentaban a este tipo de cosas?, ¿ya tenían todo pensado?, ¿cómo hacían?

Claro, me contesté, todos están en pareja y tienen con quién comentar, preguntarse, reflexionar y yo estoy sola y vivo en un permanente soliloquio.

¡Extrañé tanto a las dos secretarias de la oficina donde trabajaba en México, con quienes todas las mañanas comentábamos sobre nuestra vida cotidiana! Aquí ¿con quién podría hablar de todo eso?

Semanas después, en la reunión de educación sexual que se hizo en la escuela a raíz de la proyección del audiovisual “Estás creciendo”, yo conté lo que Esteban y vos habían estado conversando: que a los once o doce años salía semen y que eso era parecido a la menstruación y que seguramente en la cancha de Argentinos Juniors (que estaba cerca de la escuela) por las noches había una parejita joven cogiendo y qué terrible era eso porque ya podrían ser padres.

Ahí, muerta de miedo, metí la púa y dije con voz de sabionda

- ¡Ah, sí! Fisiológicamente puede ser que estén preparados, pero psicológicamente no; ante lo cual, vos me preguntaste si acaso yo era tarada. Recordaron que Dieguito, quien varias veces había visto el audiovisual, les comentó que en una parte de la película se dice que no tenían que asustarse si al despertarse se encontraban con la cama mojada. Vos dijiste que el semen era una leche y Esteban agregó que

no, que era un líquido transparente. Reflexionaste en voz alta y te preguntaste cómo lo reconocerías entonces. Yo comenté que tenía un olor muy característico y que la eyaculación iba acompañada de sensaciones muy particulares.

Esteban dijo:

- ¡Qué horror, qué asco, qué horrible!

Intervine diciendo que era hermoso porque eso permitía el amor entre un hombre y una mujer. Y ahí Esteban empezó a volar:

- Gordo, ¿te imaginás? Unos espermatozoides enormes, millones de espermatozoides siguiendo a un óvulo que corre, inmenso, y todos salen de la cama, de ese líquido transparente y lo persiguen...

Me pareció bien dejar rienda suelta a la fantasía y que pudieran decir todas esas cosas. Me acordé de cuando yo era chica y de la cara que ponía mi mamá cuando yo volaba un poco. La única información sobre la sexualidad que había a mi alcance era un libro sobre el parto sin dolor. A través de él yo tenía que intuir, adivinar el resto. En esa época los chicles para hacer globos llegaban de EEUU. Una prima me los traía de regalo y yo los utilizaba para pagarles a quienes me dijeran por dónde salían los bebés: ¿por el ombligo?, ¿por el agujerito para hacer pipí?, ¿partían la panza con una tijera?, ¿por el recto?

Ahora es distinto y puedo escucharte y meterme un poco en tu mundo, pero realmente no sé hasta dónde es posible hacerlo siendo vos varón y yo mujer. No entiendo.

De todo eso hablé en la reunión de la escuela, pero la conversación giró alrededor de las características generales de la pubertad, de las modificaciones de los comportamientos, de las demandas de los padres y los hijos, de la necesidad de comprender y acompañar a los hijos, entenderlos, estimularlos, etc.

Me acordé de esas sentencias que salen en el diario Clarín, en la última página, bajo el título “lo importante”: “No actuar atolondradamente”, “Callar los errores ajenos”, “Ser realista y no vivir fabricando castillos en el aire”. ¿Por qué hago la asociación? Porque esas frases son tan obvias y tan generales como las cuestiones que se trataron en la reunión. Todo el mundo sabe que a los hijos hay que entenderlos,

guiarlos, acompañarlos, pero concretamente, ¿qué significa eso?

Me sentí muy sola. Salí nerviosa de la reunión y pensé que tal vez escribiendo me aclararía algunas cosas.

Sé que vos también estás contento con esta etapa mía, como yo con la tuya.

Estamos en octubre, hay una temperatura muy agradable. Miro por la ventana y siento que no tengo ganas de irme nunca de este departamento, ahora que ya conozco todos sus rincones. Escucho música mientras te escribo y también el ruido del agua enjuagando las sábanas en la pileta. Son las dos de la madrugada. Vos estás durmiendo.

Tomado de "Cartas a mi hijo en la edad del pavo" de Ana Jusid, 1985-86, Buenos Aires. Inédito.

Ser madre

Vanesa Saul

Mis hijos nacieron en el mes de mayo.

Un varón de cabellos como el fuego y una niña con cabellos como la noche.

Amo a esos chicos como nunca antes había amado a nadie. Hoy, cuando miro hacia atrás en el tiempo, siento que ellos me parieron a mí.

En mis planes, en mi deseo como mujer, nunca estuvo el de ser madre. Al contrario, desde muy niña sentía terror a que eso sucediera alguna vez. Sin embargo, ese miedo fue mutando a otra cosa, algo más bueno ocupó su lugar.

Mis hijos me fueron mostrando el camino: de a poco fueron despejando las piedras dejándome las señales, como las migas de pan en el sendero del bosque del cuento de Hansel y Gretel.

Con ellos aprendí a cantar para calmarlos en las noches por los dolores de panza o por alguna raspadura en las rodillas al jugar; a contarles cuentos e inventar historias para dormir; aprendí a poner sobre el mantel a cuadros rojos el pan recién horneado que después untaba con manteca y espolvoreaba con azúcar; aprendí, que ser madre era volver sobre los pasos de mi propia memoria familiar, de los olores, de sabores, de cocinar las recetas de mi mamá y de mi abuela; aprendí con los ojos cerrados el camino que los llevaba de ida y vuelta a la escuela; a conversar con otras mujeres sobre la crianza, (me hice experta en dientes de leche, en dolores de oídos, en carnets de vacunas, en tomar la temperatura para medirles la fiebre, en preparar baños de vapor con hierbas para despejar los bronquios). Aprendí a confiar y dejarlos viajar solos, tomar el tren o el colectivo; volví a aprender con ellos sobre el amor, la amistad y el desamor, a estar y a no estar cuando se hace necesario.

Ser madre para mí implicó sumergirme en un caos cotidiano, sentir mi cuerpo agotado, enfrentarme conmigo misma, darme cuenta que ese caos cotidiano es único e irrepetible.

3. Ser hije

La historia de Luis

Hija: Micaela Belén Alvarez

Padre: Luis Alvarez



“ No recuerdo nada de mi infancia ”

Luis tiene 60 años y actualmente se encuentra con grandes problemas laborales: trabajaba en una vidriería hace más de 20 años. Es padre de cuatro hijos y tiene dos nietos. Perdió hace tres años a su compañera de vida, pero afortunadamente pudo escaparse un rato del dolor y logró formar pareja nuevamente.

Una tarde de sábado, recién llegado de trabajar, con su chop de cerveza en la mano, buscando relajar los miedos a los que puedan enfrenarlo las preguntas, se sumerge en el mar de sus recuerdos. Es un hombre introvertido, él mismo se describe así. Se muestra confundido, ahogado en vivencias que no sabe cómo ordenar, pero aún así entre risas, accede a responder y contarnos parte de su vida.

Belén: - ¿Dónde naciste?

Luis: -Nací en Capital, pero me crié en Santa Fe. Me fui, bah, me llevaron a los 9 años. Mi abuela decidió llevarme a vivir a su casa. Viví un tiempo con ella, luego con tías, primos, etc. Viví un poco en cada lado.

B: - ¿Y tus padres?

L: - Se separaron cuando yo tenía 1 año. No tengo presente haberlos visto juntos jamás. Ni siquiera de forma casual, sólo sé que no se cruzaban. Supuestamente no estaban separados cuando nací, pero la verdad, no sé, no tengo recuerdos de haberlos visto juntos. Nunca entendí muy bien la historia de ellos. Imaginate, a mí me enseñó a cuidar mi hermano mayor. Logré disfrutarlos más de grande, viví un tiempo con mi mamá y otro con mi papá, que fue al que más disfruté porque era más libre. Mi mamá siempre fue violenta, me pegaba. Y mi abuela, que fue la que me crió, mientras estuve en Santa Fe, no era de golpearme, pero sí de amenazarme. Era una persona manipuladora, muy autoritaria.

B. - ¿Y tus hermanos?

L: -Nosotros somos cinco hermanos. Soy mellizo con una mujer Liliana. De todos modos, nunca fuimos unidos. Crecimos todos separados. Recién, de grandes, pudimos restablecer vínculos, y hasta ahí no más, porque no nos vemos seguido. Todos crecimos en lugares

diferentes. A veces vivíamos un tiempo juntos, pero después nos volvíamos a separar.

B: - ¿Si tuvieras que describir tu infancia en una palabra cuál elegirías?

L: -Desastrosa (hace un pequeño silencio). No porque lo haya sido en sí, cosa que es muy probable, sino, porque no recuerdo nada de ella. Tengo recuerdos muy remotos y desordenados. Comienzan a aparecer ellos recién más llegada mi adolescencia, a los 16 años, que fue cuando decidí abandonar Santa Fe y venirme a Buenos Aires.

Pasamos, junto a mis hermanos, parte de nuestra infancia en un orfanato, nunca supe bien porque motivo. Recuerdo que mi papá fue un día fue y retiró a mis hermanos, pero a mí no. Hasta que un día me adoptó una familia evangelista, pero cuando quisieron a llevarme a vivir con ellos en Holanda, mi abuela intervino y no permitió que yo viajara. Ahí creo que mis posibilidades hubieran sido otras. En ese momento, calculo aproximadamente que yo tenía 8 años, donde mi abuela decide llevarme con ella a Reconquista. Pasé de estar a punto de viajar a Holanda a cosechar algodón (risas).

B: - ¿Cuándo y por qué decidiste abandonar Santa Fe?

L: -Estuve en Santa Fe hasta los 16 años que me escapé porque quería ver a mi mamá, mi papá y mis hermanos. Mi abuela no me dejaba venir a Buenos Aires. Hasta que un día en complicidad con una tía, planeé mi escape (risas). Yo trabajaba en una mueblería: Recuerdo que cobré, me fui a sacar el pasaje, al otro día me levanté como todos los días para ir a trabajar a las 6:30 de la mañana, pero era mentira, en realidad me iba a tomar el micro. Prácticamente es como si yo hubiera empezado a vivir con mi papá que tenía su casa en Ezpeleta. Claramente él no sabía que yo me había escapado porque yo supuestamente iba a volver a la casa de mi abuela, tenía la plata del pasaje de vuelta guardada, pero uno de mis hermanos, Juan Carlos me la gastó. De todas formas, aunque la idea era que yo volviera, una vez que me instalé en lo de mi viejo ya no me preocupaba volver, mi preocupación era poder quedarme. De hecho, me esforcé mucho para estar acá. No conseguí trabajo enseguida, por eso salía a la calle a ven-

der churros, galletitas, helados. Me la rebuscaba, bah, como siempre.

B: - ¿Alguna vez odiaste?

L: -Últimamente si, ahora que estoy grande empecé a odiar. De chico, jamás. Ni siquiera tuve rencor aún sabiendo que no tuve los mejores padres. Sin embargo, ahora estoy sintiendo odio por mi patrona porque no le importa saber que ella me perjudica con las malas decisiones que toma respecto de la empresa. El cobrar mal y fuera de término me provocó contraer muchas deudas.

B: - ¿Tenés alguna pasión?

L: - Por supuesto que sí, el fútbol y el club de mis amores, Boca Juniors.

B: - ¿Qué tipo de adolescente fuiste?

L: -Muy tranquilo y para algunos demasiado. No salía, era muy callado, retraído. Era un pibe que soñaba con ser jugador de fútbol. Con un amigo nos hemos presentado a algún club, pero nuestro objetivo era jugar, no pasar por toda la preparación física. Entonces, por eso, dejamos. Seguimos jugando entre amigos y campeonatos, pero nunca de manera profesional. Aún de grande la sigo rompiendo (se ríe).

También durante mi adolescencia me tocó realizar el servicio militar y la verdad que para mí fue una linda experiencia. Hay gente que me dice que la pasé bien porque lo realicé en otra provincia, en Chubut y no acá. Allá nosotros debíamos permanecer ahí dentro, nos daban de comer, no salíamos. Me gustó porque aprendí muchas cosas ahí. También comprendo que yo tuve una buena experiencia y que por eso me gustó.

B: - ¿Qué edad tenías durante la última dictadura militar que sufrió nuestro país? ¿cómo la viviste?

L: -Tenía 21 años. La verdad es que no estaba al tanto de lo que estaba pasando como sí lo estaba mucha gente. A mí no me jodieron nunca, no era consciente de lo que sucedía. Obviamente después si supe que hubo mucha gente que verdaderamente la pasó mal.

B: - ¿Lograste alguno de los objetivos que tenías cuando era chico?

L: -Considero que no los logré porque vos fijate, la edad que tengo y aún la estoy luchando. El trabajo que no sale, no hay. No tengo la tranquilidad que debería tener a esta edad. Ahora tengo muchos objetivos también, algunos son los mismos que tuve de chico y, con los años, fueron apareciendo nuevos, pero siendo que a medida que estoy más grande me está costando un poco más largarme. Tengo miedo a proponerme algo y no llegar a que se concrete.

B: - ¿Cómo te consideras como padre?

L: -No sé, si bien me falta mucho, les di dentro de mis posibilidades todo lo que pude darles. Considero que mi rol como padre también está condicionada por lo que yo pasé con mis viejos. El no haberlos tenido presente, no me dejó ver qué era ser un buen padre. Igual no creo haber hecho las cosas tan mal, aunque eso deberían decirlo mis hijos. Lo que todo el tiempo pienso es que si estuviera en mis manos intentaría protegerlos de aquellas cosas malas que yo pasé y que no me gustaría que ellos pasen, como perder un hijo y perder a la persona con la que estuviste toda la vida. Si bien hoy yo formé una nueva pareja, a veces me pesa un poco el pensar que lo hice demasiado rápido y que me fui sin haber antes ayudado a mis hijos a acomodar las cosas en mi casa. Quizás debería haberme dado tiempo porque siento que al irme les solté la mano.

B: - ¿Te arrepentís de algo?

L: -Me hubiera gustado hacer otras cosas. Poder tener a la familia bien, hacer más de lo que hice. Me cuesta un poco pensar en esas cosas, de hecho, muy raras veces reflexiono sobre mis actos. Nunca me pongo a pensar y cuestionarme si de lo vivido aprendo o no. No me gusta arrepentirme de nada, pero si hago mal trato de no repetir mis actos. Si tuviera la posibilidad de hablar con mi yo pequeño, o sea con Luis chiquito, le diría que estudie y le diría también que cuando quiera irse de Santa Fe, que se vaya.

B: - Más allá de los problemas económicos que hoy puedan aquejarte, ¿sentís que sos feliz?

L: -Sí, sí, estoy aprendiendo de a poco a disfrutar de las cosas que me pasan gracias a las personas con la que estoy. Cosas que ante ni se

me ocurrirían ahora las hago y la paso bien, me gusta. Por ejemplo, con Ana, mi actual pareja, hemos viajado somos de salir a bailar, al teatro, ir a la plaza a tomar mates. Sin ir más lejos hace unos días fuimos a una fiesta de los jubilados y la pasamos genial.

Considero haber crecido a lo largo de todas las cosas que me fueron pasando. Hoy me encuentro viviendo etapas que para mí eran impensadas. Espero que el día que esté mejor, tranquilo económica y laboralmente, poder aprender a disfrutar un poco más cosas que me pasan.

B: - ¿Cambiarías algo de tu vida?

L: -Sí, por empezar hubiese estudiado algo. Sé que quizás no tuve posibilidades de hacerlo, pero sabiendo todo lo que hoy tengo a causa de la falta de oportunidades y de siempre trabajar para otra persona, hubiera tratado, aunque sea, de lograr algo mejor. Hubiera estudiado algún oficio que me guste. En algún momento quise ser abogado.

B: - ¿Hay alguna persona que sea indispensable en tu vida?

L: -Mi hermano mayor. Él es quien en este momento de mi vida me está dando una mano tremenda. Jamás hubiese imaginado que sería él quién estaría firme junto a mí, porque es mucho mayor que yo y somos muy distintos, pero, sin embargo, sé que cuento con él como con ninguna otra persona.

B: - Describime a Luis.

L: -Soy introvertido, me dejo influenciar porque quiero que el otro se sienta bien, es por eso que evito todo el tiempo ir al choque y tampoco puedo estar en ambientes conflictivos, me pone mal. No me gusta para nada el conflicto y a veces dejo de lado lo mío para evitar que el otro pase un mal rato. De algún modo, evitar el conflicto me suele traer mayores conflictos porque siempre acabo no resolviendo nada.

B: - ¿Considerás tener grandes logros?

L: -Por supuesto que sí. En primer lugar, ustedes mis hijos son un logro para mí y después haber estado 35 años con una persona también lo es, al menos eso considero yo.

B: - ¿Nunca intentaste sentarte a ordenar un poco tu historia?

L: Trato, todo el tiempo. En cuanto intento hacerlo siempre hay un momento en que se me mezclan las edades, las épocas. Debería buscar ayuda en algún profesional que pueda poner un orden a mis recuerdos y también ayudarme a recordar aquello que hoy intento y no aparece. Hay una etapa de mi infancia que se encuentra censurada, como si no hubiese nada.

Finalizada las preguntas Luis se sumerge en el silencio. Es que jamás en su vida había sentido que alguien podía llegar a preguntarle y tener interés en parte de su historia. Me manifiesta que se ha quedado pensando en cosas que jamás se había cuestionado y que se va con el objetivo de poder recordar más y reflexionar sobre sus experiencias.

**Ahora me interesan otros temas,
la metafísica, la literatura...**

Hijo: Timoteo Barceló Massone

Madre: Lara Eugenia Massone



Timoteo: - Para empezar, podés describirte en pocas palabras: tu nombre, tu edad, lo que te parezca relevante a vos para hacer una presentación de tu vida.

Lara: - Mi nombre es Lara Eugenia Massone, tengo cuarenta y ocho años, y me describo como una persona rebelde, curiosa, activa y creativa. Soy artista plástica y trabajo en docencia, en nivel secundario y terciario, hace veinticinco años. Este es mi año número veintiséis. Como artista visual creo que trabajé toda la vida.

T: - ¿Te sentís satisfecha con eso?, ¿o te hubiera gustado hacer otra cosa?

L: - La verdad es que siempre tuve la vocación de dibujar y de pintar, desde muy chiquita, pero también soñé con ser profesora de educación física, porque me gustaba la gimnasia artística. Cuando uno es chico le gusta de todo. Iba a danza, iba a Bellas Artes a pintar, y bueno. Desde los seis años empecé Bellas Artes y seguí, seguí y seguí hasta que me recibí de Profesora Superior en Pintura, y después hice también el Profesorado Superior de Escultura, y al mismo tiempo empecé a hacer exposiciones, y bueno, fue como que todo me fue llevando. No tuve que estar pensando qué seguir. Ahora de grande pienso más en qué seguir que cuando era chica. Ahora me gustaría estudiar otras cosas, me interesan otros temas, como la metafísica, todo lo que es místico, me gusta la literatura, me gustaría hacer cine, me gusta el yoga, hice el Profesorado. Pero no porque no me guste más la docencia o pintar, sino porque me gustaría sumar. Por ejemplo, la docencia, para mí, por lo menos de nivel secundario, cumplió su ciclo. Ya no tengo la paciencia que tenía antes. Los adolescentes son muy intensos, muy dinámicos, continuamente te desafían, que por un lado es muy positivo, porque no te aburrís nunca, siempre tenés diferentes personas, por lo cual siempre tenés diferentes problemáticas, y un mismo contenido lo podés dar de diferentes maneras todos los años, y eso está buenísimo, pero por otro lado necesitás volcar una energía que no sé si tengo ya a esta altura. Diferente es con el nivel superior. Ahí se maneja otro nivel de comunicación.

T: - ¿Tenés alguna anécdota de tu paso por la docencia?

L: - Tengo millones (se ríe). Una, por ejemplo: yo desde siempre, en la primera clase les hago hacer una carta de presentación a cada alumno sobre los gustos, su vida, lo que me quieran contar, como si fuera la presentación hacia un conocido o un amigo. Y una vez estuve en una escuela muy pobre, acá en el conurbano bonaerense, y cuando leí las cartas, una dice “soy tal persona, estoy sentado en un renglón del aula”. Me impresionó, porque uno no tiene esa expectativa tal vez de ese tipo de chicos. Después, qué sé yo, mil.

T: - ¿Cuáles fueron las personas significativas de tu infancia o de tu adolescencia?

L: - Mi mamá, mi papá y algunos escritores, como Artaud, algunos pintores, como Van Gogh...

T: - ¿Cómo los conociste?

L: - Porque mi mamá tenía una gran biblioteca y en la parte de abajo estaban los libros de pintura, y yo me sentaba de chiquita a mirar, y me imaginaba las escenas de los cuadros y cómo serían esos personajes en la realidad.

T: - ¿Cuál es el primer recuerdo de tu infancia que se te ocurra?

L: - En la plaza, en la hamaca, con mi mamá. También pasaba mucho tiempo jugando con las muñecas, leyendo y pintando.

T: - ¿Te acordás de algún cumpleaños que hayas festejado de chica?

L: - Sí, un montón. Del primero que me acuerdo, es uno que mi mamá invitó a todos los compañeritos de la escuela, y lo festejamos en el parque de adelante de mi casa, cuando vivía en Quilmes centro.

T: - ¿Cuándo viviste en Quilmes centro?

L: - Hasta los siete años. Mi mamá vivía atrás, donde era la casa de la tía Carolina. Después, adelante había una casa. El parqucito de adelante, que ahora no existe más, porque es un garage, tenía una reja bajita (antes las casas tenían una reja bajita, y estaba la casa de adelante, la casa de atrás, y había una paredesita desde mi casa hasta la casa de adelante, ni siquiera había puerta ahí, y entrabas y salías), y en ese parquesito de adelante festejamos. Corríamos, y vinieron mis compañeritos y compañeritas de la escuela. No me acuerdo si era jar-

dín, o primero o segundo grado. Éramos chiquitos.

T: - ¿Ahí ya estaban separados tus papás?

L: - Sí.

T: - ¿Con tu papá festejaste algún cumpleaños?

L: - No (casi imperceptible).

T: - ¿Nunca? ¿Ibas a visitarlo en tu cumpleaños, por lo menos?

L: - Me compraban una torta. Pero de tan chiquita no me acuerdo. De más grande, cada cumpleaños de cada hijo compraba una torta, de él (*su padre*), le festejaban, pero los de Leandro (*su hermano*) y mío, solo compraban una torta, y soplábamos la velita el fin de semana que nos tocaba.

T: - Como niña, ¿estarías orgullosa de la adulta que sos hoy?

L: - Sí, porque veo que me crié en una familia con un montón de limitaciones, o con un montón de patrones que por lo menos los veo. Y porque mi mayor orgullo es poder haber construido un hogar, y no solamente una familia.

T: - Con respecto a la dictadura, durante la cual fuiste niña/adolescente, cómo la notabas en tu día a día?

L: - Yo tuve un papá que fue montonero, por lo cual en el día a día, aunque no lo notaba conscientemente, todo el terror que tenía mi mamá de algún modo me marcó. Y después, una vez, yo vivía en Sarmiento y Primera Junta, cerca de ahí estaba la escuela Comercial Uno, y un día, yo tendría seis o siete años, salgo a la calle (era el setenta y siete) a comprar a la verdulería de la esquina, que mi mamá me dejaba, y veo un montón de militares formados de un lado de la calle y del otro, con FAL, o sea, yo veo la espalda de los de la primera fila y los del otro lado de la calle mirando para acá. Y uno de esos policías o de esos soldados, cuando ve que yo vengo de atrás, se da vuelta y me dice que me vaya adentro, y eso me lo acuerdo, y mi mamá, blana del miedo me dice que entre. Eso es lo que recuerdo en serio de la dictadura. Todo lo demás me lo contaron. Mi papá, por ejemplo, como estaba escondido, nos venía a buscar de vez en cuando y nos llevaba a casas que no eran de él. Eran de algún amigo, cosas así, medio raras.

T: - ¿Él estaba estudiando en esa época?

L: - Él estudiaba derecho, sí. Pero dejó de estudiar.

T: - ¿Por qué? Las universidades seguían abiertas durante la dictadura.

L: - Sí, mi mamá, por ejemplo, estudiaba en Filosofía y Letras y un día entraron los policías o los soldados... Bueno, porque viste que estaban como vestidos de soldados... (no le sale la palabra "militares").

T: - Militares, sí.

L: - Militares. Bueno, y mi mamá se tuvo que esconder en un baño aparte (que no se usaba) y bueno, no la encontraron. Pero ahí mi mamá también dejó un tiempo porque era un peligro ir a la facultad y después volvió.

T: - Sobre todo en Filosofía y Letras, ¿no? Era como un nido de subversivos (la entrevistada se ríe), de gente que pensaba.

L: - Sí. Aparte, en mi familia había muchos que eran montoneros, o de izquierda. De la Juventud Peronista eran: mi mamá, mi tía Graciela, mi tío Martín, el papá de Diego (mi primo) que está desaparecido, Mónica, y mi papá. Mi mamá dejó porque nos tenía a nosotros chiquitos.

T: - ¿Y con respecto a tus amigos o amigas? Sé que los padres de Julia están desaparecidos. ¿Eso cómo lo viviste en su momento? ¿Ya eras amiga de Julia?

L: - No. Yo a Julia la conocí en Bellas Artes y de grande, a los diecisiete años. Y esto que te estoy contando, yo tendría siete años. O sea, cuando yo la conocí a Julia, debería estar Menem, o el anterior. Pero no había dictadura ya. Cuando tenía trece años asumió Alfonsín. Yo estaba en segundo año de la secundaria.

T: - Y con respecto al momento actual, con el gobierno de derecha que tenemos, y que tiene unas medidas un poco autoritarias o represivas, habiendo vos vivido una época de dictadura, ¿qué opinás de que se refiera a la época actual como dictatorial? ¿Te parece acertado o desubicado?

L: - Yo creo que no va a volver nunca la época militar. En la época militar no te podías juntar, no podías salir después de las doce de la noche, había un terror en la calle (hace énfasis en la palabra "terror").

Terror, se llama terrorismo de Estado. Si bien este gobierno tiene...el anterior también tenía algunos temas. Acá, por ejemplo, Aníbal Fernández... (reflexiona) Yo no lo sé fehacientemente, en realidad hablo a boca de jarro, pero son manipuladores, y le hacen dar miedo a la gente para conseguir cosas materiales, o para conseguir favores políticos. Pero eso pasó toda la vida, a la derecha, a la izquierda. Bueno, con Menem no sé, pero con...

T: - ¿Con Perón?

L: - Perón fue populista hasta que se murió Evita, y gracias a Perón el pueblo adquirió derechos que hoy parece increíble que no los hubiésemos tenido. La mujer no votaba, por ejemplo, por lo cual yo no tengo una mala impresión de Perón en ese sentido. Sí, Perón fue un Perón con Evita, y cuando se murió Evita fue el Perón que fue siempre, digamos.

T: - Un militar.

L: - Un militar, exactamente. Y traicionó a todos los peronistas. Hoy sí, hay alguno, pero no le llega a los talones al miedo que teníamos. Hay desaparecidos hoy en día.

T: - ¿Como Santiago Maldonado?

L: - Claro. Bueno, ahí tenés el claro ejemplo. Que hay, sigue habiendo. Lo que no hay es en la cantidad, o en la...

T: - En la impunidad de ese momento. En ese momento era la regla.

L: - Claro, era la regla. Y aparte vivíamos con miedo. Inclusive los chicos. Si no hacías lo que había que hacer, te podía pasar algo terrible. Hoy no se vive así. Yo no creo que ustedes lo vivan así.

T: - No, yo de hecho no me lo puedo imaginar. Por eso te pregunto, vos como niña cómo lo vivías. Porque, además, al ser niña, no habías vivido primero una época linda, y luego una dictadura. Es como que creciste en eso.

L: - Sí, crecí con la dictadura. Y bueno, vos fijate que mi generación es una generación que acepta, que no piensa mucho (son los menos). Ahora la generación de ustedes viene de vuelta a rebelarse, pero nosotros quedamos con bastante miedo, no somos muy rebel-

des. Queremos vivir tranquilos, no meternos mucho en nada. Bueno, Julia porque tiene los padres desaparecidos, y lo milita. Y tengo un montón de amigas que militan, porque también dentro del grupo de artistas o de gente creativa, la gente es más rebelde, igual que yo. Yo digo, yo soy rebelde (*hace énfasis en la palabra "soy"*). Inclusive tengo miedos, pero soy rebelde y soy valiente. Porque valiente no es el que no tiene miedo, sino el que lo supera. Yo soy valiente, porque me rebelé ante eso que viví, y aprendí ese modo de vida, pero un montón de gente de mi generación, no. O sea, mi grupo es un grupo, dentro de todo, privilegiado en ese sentido. Son grupos que son o kirchneristas, o anti-kirchneristas (*exagera las palabras*), pero hacen algo, dicen algo, expresan algo. Tienen un lugar que es político.

T: - Te expone más eso.

L: - Sí, pero no es la mayoría de mi generación. La mayoría son gente que quiere su bienestar individual, en general bastante egoístas, y votan al mejor postor. Eso les quedó como una marca registrada de mi generación, y fijate que nuestros amigos, o la gente que vos conoces de mi edad, en general no son muy rebeldes, o les quedó mucho miedo.

T: - No, de hecho, reprimen o atacan al rebelde ellos mismos. No es que se quedan mirando para otro lado.

L: - Claro, pero más bien. O, por ejemplo, se quedan con él "y, si están desaparecidos, algo habrán hecho". Ahora, si "algo habrán hecho" eso justifica la desaparición de personas, ¿entendés? O la tortura. Éste que vive acá al lado, Antonio, es uno de los que dice "por algo será". Viste que en esta casa vivía una chica que desapareció. A mí lo que me decía mi mamá, que me pareció bastante importante, es que era tan terrible, tan terrible lo que pasaba (*hace énfasis en los "tan"*), que nadie se lo podía imaginar. Entonces había mucha gente que era ignorante de lo que pasaba. Y cuando vos le decías "están torturando a mi hija", o "están torturando a mi vecina" (*chista con la lengua*), no te creían, porque la verdad es que era rarísimo que pasara algo así, a ese nivel que pasó. Yo porque lo viví de adentro, pero esa gente se quedó con "y bueno, algo habrán hecho". Porque antes también estaba lo

bueno y lo malo (*acentúa ambas palabras*), había que ser correcto. Si vos eras incorrecto... Un artista, por ejemplo, era un loco. Cuando yo iba a Bellas Artes te preguntaban “bueno, y cuando seas grande, ¿qué vas a hacer?”, “y, artista”, “no, pero de verdad”. O sea, vos tenías que terminar Bellas Artes e ir a la facultad. Ser creativo no era una cosa que estaba valorada. Bueno, justamente porque la gente que es creativa es rebelde y no la podés manipular. Si bien es manipulable también, lo es menos. Pero la gente prefiere ser manipulada, correcta, y vivir tranquila. Por eso ahora no garpa tampoco la violencia, o que el gobierno torture a la gente. Porque cambiamos. Nos sirvió para eso. Somos gente mucho más civilizada, entre comillas. Lo que se hace, se hace por abajo, y se miente, en todo caso. Se debe torturar a alguna gente, seguramente, pero no es la tortura o el terrorismo de Estado que vivíamos antes. Me pregunto si no hubiera habido dictadura, si hoy habría lugar para tanta libertad. Para mí, ahora, yo lo vivo como una libertad terrible, a lo que vivía. No digo que ahora no haya... Seguro que no hay libertad en un montón de cosas.

T: - ¿Vos decís que en ese momento había gente que no se daba cuenta de lo que pasaba?

L: - Había gente que no se daba cuenta de lo que pasaba (*con voz indignada*). Es muy terrible. Ahora porque pasó, pero en ese momento nadie se imaginaba que estaban torturando a alguien. Las locas de los pañuelos eran las locas de los pañuelos. Eran locas para la sociedad en general.

T: - Qué curiosa la similitud entre las “locas de los pañuelos” de ese momento y de ahora, ¿no? (Madres y Abuelas de Plaza de mayo-feministas) ¿Se podría decir que hoy de nuevo no nos estamos dando cuenta de qué esté pasando, salvando las distancias?

L: - Más bien, pero a otro nivel, eso es lo que te quiero decir.

T: - Hoy en día sigue habiendo gente que no sabe. El caso Maldonado es un ejemplo muy icónico. Muchos insisten con que fue un montaje. Por supuesto que es discutible porque desde los dos bandos hacen montajes y crean realidades, entonces es difícil ver el límite.

L: - Lo que hay que ver es la dirección. Cuando vos ves política

tenés que ver adónde van. Todo lo demás, es el nivel de evolución que tenemos. Robar, roban todos. Todavía no tenemos el nivel de evolución de no robar. Qué se yo, los suizos no roban. Nosotros sí. La que trabaja en una oficina roba las biromes que el dueño compra para las secretarias, ¿entendés? Se lleva a la casa y se las regala a la hija para que las lleve a la escuela. En la escuela pública todo es robado. Yo tengo que llevar mi borrador porque el borrador de la escuela dura cinco minutos, y somos profesoras y profesores les que robamos eso, entonces no podemos pretender que el presidente no robe. Todos roban. A otro nivel igual, ¿no? Cada uno tendrá su nivel de moral y ética. Ahora, yo lo que tengo que ver es la dirección en la que va. Si yo ya viví la dictadura, y viví lo que es el neoliberalismo, y viví lo que es un populismo, y sé lo que es la izquierda y la derecha, yo tengo que ver adónde van, sus metas. Lo que te digo cuando alguien es adolescente o niño, ¿yo qué le voy a pedir a un bebé? ¿qué me haga un triatlón? No, pero que vaya levantándose. Si tengo que ir a la primaria, y la primaria queda a la derecha, yo tengo que ir a la derecha. Si después la secundaria queda a la izquierda, no sé cómo vas a llegar, pero vas a ir para esa dirección. No me importa qué persona sea, o cómo se llame. Me importa qué dirección tenga ese grupo de políticos. Y si ese grupo va para el lado de la izquierda, si en este momento el populismo es más de izquierda que el neoliberalismo, a mi entender, es más humano, aunque no sea lo ideal. Es lo más correcto para este momento. Lo ideal sería que tengamos otros valores ya, que la gente no tiene. Por ejemplo, el valor de que el otro esté bien, para que yo esté bien también. El valor de la cooperación, el valor de trabajar todos juntos, de que todos estemos bien, de que haya trabajo para todos, de que el trabajo sea algo que te guste, de ver qué tipo de inteligencia tenés y después elegir el trabajo. Nuestra educación, por ejemplo, cuando Sarmiento trajo a todas las maestras, trajo maestras con cierta ideología, todas mujeres, que no tenían hijos, que educaban a los chicos para ir a trabajar. Tenías que saber leer, escribir y hacer cuentas. No sé si había una historia reflexiva o crítica como la que te enseñan hoy, entre comillas, ¿no? (irónica) Hoy ya no es más así, entonces todo está

en crisis. La educación, la Iglesia, las religiones, todo lo dogmático está en crisis. Tiene su parte buena y su parte mala. Para mí, su parte buena es que podemos replantearnos a partir de un ser humano más evolucionado, con valores más nobles. El tema es que hay dos valores: el amor y el temor. Nosotros vivimos en el temor. Si viviéramos en el amor, confiaríamos. Fe quiere decir confianza. Cuando uno tiene fe, tiene confianza. Bueno, si uno tuviera confianza en que el otro no te va a robar, no te va a matar, sería otra historia.

T: - Y, pero si uno mismo roba y miente, teme que el otro va a hacer lo mismo.

L: -Claro. A mí me parece que lo más importante es que a la vida vinimos a aprender y a crecer, a ser cada vez mejores. ¿Qué quiere decir mejor? Quiere decir vivir en bienestar, sentirse bien, y eso es lo que yo trato de inculcarle a mis hijos y a mis alumnos. A mí me tocó una historia ni mejor ni peor que la de otros. Me tocó la historia que me tenía que tocar para que yo pudiera ser mejor persona. Me parece que lo más importante es no tener ni miedo ni vergüenza de verse a uno mismo lo más objetivo posible, escuchar lo que te dicen los demás, ser reflexiva. Hay dos valores que yo valoro, valga la redundancia, de mí. Uno es la benevolencia, siempre pensar bien del otro, porque yo creo que los pensamientos construyen, porque son energía, porque son frecuencia, y porque está comprobado, por ejemplo, en maestras o en profesores, que cuando vos mirás a los alumnos subestimándolos, o sea, dándoles menos valor que el que tienen, los alumnos dan menos, y son peores que cuando vos entrás pensando que son unos genios.

T: - ¿Los predisponés?

L: - Sí, los predisponés. Aunque ellos no lo sepan. Porque vos lo pensás. A mí a veces me juega en contra, porque no me deja poner en valor ciertas cosas negativas, que vienen a enseñarme algo, entonces también hay que mirarlas. No existe lo malo y lo bueno. Eso me parece que es algo importante, la objetividad en el sentido de reflexiva, no de verdad o falsedad, ya que no hay verdades o falsedades, no existe eso. Pero sí hay que tratar de verse a uno mismo y hacerse una au-

tocrítica o una reflexión, como para ser permeable. Y las cosas van cambiando, y me parece que lo más importante es tener el estado de felicidad continuamente. Aunque uno tenga que llorar o estar triste, hacerlo dentro de un estado de felicidad, de amor. Y ese me parece que es el desafío de esta vida para mí, que es salir del temor. Hay niveles igual. Yo lo veo, por lo menos, y creo que lo estoy trabajando, y que por eso formé un hogar, y no solamente una familia. Yo veo que mis hijos tienen amor, y las problemáticas que se dan, tienen más que ver con el amor que con el temor, y se expresan. Eso me parece algo positivo. Creo que eso es lo más importante que puedo decir.

T: - Y específicamente como madre, ¿qué podés decir? ¿Qué significa para vos ser madre hoy, después de veintidós años?

L: - Yo creo que al principio no sabía qué era ser madre, que fui madre porque había que completar algo, digamos. Por una cuestión hasta egoísta, te diría. Siempre pensé en un hijo como una experiencia. En algún punto hasta fui inconsciente, lo desvaloricé. Después cuando los hijos estuvieron en la vida, creo que ese amor es el sentimiento más fuerte y más profundo que uno puede tener, porque es una mezcla de amor, de temor, de responsabilidad. La dictadura es el miedo y ser madre es el amor, justo lo contrario (*remitiendo a una pregunta previa*). Creo que para aprender no hay nada mejor que tener un hijo. Para aprender todo (*hace énfasis en la palabra todo*), porque pasás por todos los estadios: por el mayor amor, por el mayor temor, por la mayor responsabilidad, porque ese hijo, si vos no le das de comer, se muere. Si vos no le das amor, se muere. Es una vida que estás poniendo en el mundo, que es totalmente vulnerable. Y plantearse también adónde traje a esta persona. Después, como yo tengo la filosofía de que mis hijos me han elegido a mí también, bueno, compartimos la responsabilidad, pero bueno, eso es una fe, digamos. Es algo que yo siento, no sé hasta qué punto será verdad o no. Y ahora que los tengo, yo no sería yo si no tuviera a mis cuatro hijos. Inclusive si no hubiera tenido a mi primer hijo Yo soy, gracias a mis hijos (*hace énfasis en la palabra soy*). No creo que hubiera aprendido tanto sin ellos, porque no te queda otra. Es un límite. Todo el tiempo te presentan

límites, y no podés no ver, no podés decir esto no lo tomo. Es mucho esfuerzo. Salís del lugar del medio. Yo, lo que veo, por ejemplo, es que la gente que no tiene hijos habla desde un lugar totalmente egoico. A la gente que tiene hijos también, tal vez, les cueste salir del ego, pero están corridos, porque es tan fuerte el amor y la responsabilidad por un hijo, que te corrés del centro. Lo más importante son ellos, antes que vos. Eso es muy fuerte. Lo que yo te decía antes, para mí, ¿para qué vivimos? Para aprender el amor. Y el amor es benevolencia, cooperatividad. Yo soy igual al otro, no soy mejor que el otro, y yo estoy por el otro, y para el otro, y somos un conjunto. Acá los hombres no viven solos. Solos, se mueren. El hombre, la mujer, solo, sola, se muere, no existe. Siempre es social, y venimos a aprender eso. Por eso en la escuela yo siempre digo: es más importante que aprendan lo social que la trigonometría. A mí no me importa que aprenda trigonometría el pibe, porque de última lo puede aprender después de la escuela, o lo googlea. Ahora, lo que le da el profesor es la experiencia. La experiencia a partir de, obviamente, algo que le esté dando objetivamente como contenido. Pero lo más importante no es lo que te da objetivamente, que te explique cómo aprender a escribir. Lo más importante no es que te explique las reglas de la gramática, o que tiene que tener un inicio, un nudo y un desenlace. Lo más importante es que él te está dando su experiencia. No solo por lo que te dice, sino por todo lo que transmite, a nivel energético, a nivel acciones, eso es lo que el tipo te da. Antes, las maestras estas que venían de Estados Unidos no te daban todo eso. Ellas no tenían hijos, no tenían familia, eran una computadora. Por eso la computadora nunca puede reemplazar al hombre, porque el hombre es otra cosa, es energía.

T: - ¿Cómo te sentís siendo madre de cuatro hijos?

L: - Yo siento que es lo mejor que me pasó en la vida. Me divertí un montón, me divierto un montón, aprendí un montón, conocí lo que es el amor incondicional. Creo que lo más importante de ser madre es sentir ese amor tan profundo, esa solidaridad, esa empatía con el otro, aparte de que es impresionante que alguien viva adentro tuyo. Eso a mí me impresionó mucho. Y después la conexión y el

amor. Yo estoy totalmente satisfecha con las personas que son mis hijos, porque son los cuatro diferentes, si bien los cuatro son varones -que podrían coincidir en algo- son cuatro personalidades diferentes, que plantean cuatro desafíos diferentes, que resuelven cosas diferentes, y a la vez tienen muchas cosas parecidas, porque se criaron en el mismo ambiente. Me parece que tal vez me excedí un poco en número, porque me doy cuenta que a veces estoy cansada ahora, pero a mí me encanta tener una casa grande, llena de hijos, llena de amigos de hijos. No tengo nada en contra de ellos, o de la relación que tenemos.

T: - Bueno, eso es todo. Gracias por responder.

L: - De nada, gracias a vos.

Viejos son los caminos

Annette Caicedo



— *Hola, veterano, ¿cómo estás?*

— *Aquí hija, sobreviviendo nomás, y cansado de esta vida.*

Esa es una de las últimas charlas que recuerdo con mi padre, cuando me llamaba por WhatsApp. Y seguramente siempre estuvo así: sobreviviendo. Él tenía cincuenta años o cincuenta y uno, quizá, es algo que no sabré con certeza. Según mi madre siempre fue menor que ella y aumentó su edad para conquistarla.

José Caicedo Sánchez nació y creció en el suburbio de Guayaquil, solía contar que su familia era muy pobre, y que pedían las cabezas de pollos en las avícolas para preparar el almuerzo. También recordaba sus años mozos en las discotecas, y decía que era un buen bailarín, con pasos de electrónica envidiables. Cuando presumía, yo lo molestaba.

— *Ya estás viejo. Mira lo veterano que estás.*

— *¿A quién le dices viejo? Mira esta pinta nomás. Mijita, viejos son los caminos. Tu padre tiene para rato todavía.*

Desde entonces ese siempre fue nuestro saludo, desde el amanecer hasta despedirnos, incluso en las llamadas a distancia le decía:

— *Viejo, ¿qué hubo?*

Y con un largo suspiro casi como un quejido me respondía

— *Nada, vieja. Lo mismo de siempre.*

Seguido de eso nos gozábamos y nos recordábamos que no estábamos tan viejos.

A mi padre sólo los amigos le decían Pepito, pero al final de sus días era más conocido como Bola de Humo. Trabajó de lo que pudo desde los quince años, y por la misma edad se sumergió en las drogas para sobrellevar su rutina, o de eso quiso convencerse. Su infancia fue muy turbulenta, según él recordaba. Siempre se escondían de su padre. Él llegaba ebrio y los maltrataba, también lo hacía con su madre y abusaba de ella. Los relatos de mi padre, eran con mucho odio, pero a su vez, con los años, culpaba la infidelidad que tuvo su madre con su tío. Llegó a pensar muchas veces que su padre enloqueció por ella. Pero no sólo se quejaba de su infancia, sino de su pobreza, y cada día pasó lamentándose de no ser alguien en la vida, como siempre

anheló. Sin embargo, con quejas y todo aprendió algo de mecánica.

Aprendió a medias y se las ingeniaba como podía. Era normal ver sus autos llenos de cables, instalaciones directas, o piezas sobrantes cada vez que desarmaba un auto. Pero mis recuerdos relacionados con ese rubro son más amigables. Cuando era pequeña lo acompañaba a su trabajo, me metía abajo del auto con toda la ropa blanca que encontraba y me gustaba ver cómo sacaba las piezas para controlarlas. A medida que fui creciendo perdí el interés y empecé a sentir vergüenza por su aspecto desaliñado. Solía ir por mí al colegio después de trabajar con la cara manchada de grasa, los pantalones rasgados, los pulgares asomando de sus zapatos, y sacudía su mano entre la multitud para que yo pudiera verlo.

Con el tiempo la vergüenza quedó de lado y sentía coraje cuando iba por mí al colegio, porque su actitud era tan impredecible. Pocas veces iba sonriendo o de buen humor. A veces estaba enojado y me hacía papelones porque demoraba en salir, pero hubo un día distinto. Una tarde él estaba feliz, le había ido bien en el taller mecánico, sujetó mi mano, compró mote con cerdo, comimos y caminamos las diez cuadras para coger la 83 que nos llevaba a casa. Todo el camino me contó de su día, no se molestó en preguntar por el mío. Le gustaba mucho que le escucharan, pero no tenía el hábito de escuchar. Así que conversar con él resultaba ser un caos.

Mi padre manejó desde muy joven y en el andar tuvo muchos accidentes: vueltas de campana, se estrelló varias veces, se fracturó en otras ocasiones, pero poco le importaba, él no podía vivir sin un auto, hasta para ir a la tienda manejaba. Una vez le pregunté:

— Viejo, ¿no te da miedo seguir manejando?

— Toca aquí—me dijo mientras palpaba un pequeño vidrio en su codo derecho. Este vidrio me lo hice manejando el carro de la señora Lourdes.

Si Dios quisiera llevarme ya lo hubiese hecho hace rato, pero él aún no me quiere del otro lado, mijita. Estoy vivo de chiripa.

Tenía un sentido de humor extraño, pero así lo admiraba. Lo veía valiente, pero más de una vez con los accidentes se asustó, yo lo sé.

A pesar de todo intentó enseñarme a manejar. No resultó del todo bien, en lugar de frenar, aceleraba y aceleraba más en curvas y para estacionar era un desastre. Con idas y venidas me estrellé dos veces, así que desistió de enseñarme hasta que fuera mayor. A los trece años tuvo un accidente en un auto que rentó. Ese día dejó mal estacionado el carro afuera de casa, en aquellos tiempos el barrio tenía lomas muy empinadas, entonces era necesario poner el freno de mano y él además ponía piedras en las llantas de atrás para que no se deslizara. Un 24 de mayo del 2009 se olvidó de poner las piedras.

Estaba apurado y sólo llegó a bañarse, y como era taxista pasaba mucho tiempo fuera de casa. Ese día me encomendó cambiar los cd's que tenía en el tablero del auto y minutos después sentí que el carro se deslizó. En ese momento tenía la mitad del cuerpo adentro y la otra intentaba salir. Fueron minutos largos que intenté tirarme, huir, pero no lo conseguí. Desperté abajo del auto, mirando la llanta girándose con brusquedad.

Nunca recordé cómo me tiré, pero estoy segura que lo hice, ya que todo el lado derecho de la espalda estaba lleno de moretones y en la pierna derecha tuve un desgarre que aún conservo. Mi padre salió con el champú en los oídos y me gritó: ¡Analí! ¿¡qué hiciste!?

Estaba confundida y no le respondí.

Seguido de eso gritó una vez más: ¡Lárgate de aquí!

Me alejé del auto sin chistar. Recuerdo a mi madre ayudándome a subir las escaleras y consolándome mientras me limpiaba las raspaduras. Lo duro vino después porque terminé yendo dos años a terapia física. Él nunca estuvo presente.

Ser hija de José Caicedo era a veces frustrante, pero tenía sus días buenos. Eran pocos, y cada vez menos con el tiempo. Él por su parte me decía

— ¿Cuántos hijos no desearían tener un padre?

Agradéceme. Deberías agradecer que tienes un padre.

Nunca supe si me lo decía en serio o si realmente esperaba las gracias, sin embargo, nunca respondía y me alejaba.

Reiteradas veces me pregunté por qué era hija de mi papá, y

mientras seguían pasando los años me lo preguntaba más. Siempre eran malos tratos, pocos gestos de cariño, pero la excusa era que sus padres nunca le dieron cariño y él no sabía cómo darlo.

En el colegio las cosas se pusieron peor, mi madre decía que los estudios y el amor no eran una buena combinación y a mi padre le bastaba con que yo no quede embarazada, entonces siempre estaban sobre mí. Y cuando crecí la mejor idea fue ponerme en un colegio femenino los seis años de secundario y pobre de mí que me hiciera lesbiana, recalcan.

Un día llegué una hora tarde del colegio. Quería participar en un deporte y me quedé viendo un partido, les dije. Pero realmente me quedé charlando con un amigo de la infancia.

Llegué a casa y mi padre vociferando empezó:

— Pobre de ti que me salgas con tu domingo siete, te me vas de la casa. Maldigo el día que tuve hijas mujeres, Dios mío. Maldito el día que tuve hijas mujeres.

Una vez más no respondí y fui directo a mi cuarto.

Hay recuerdos que existen en mi memoria porque me los contaron. Mi madre decía que mientras él me cuidaba me hacía jugo de sandía y él tomaba cerveza, y así estábamos en la hamaca juntos hasta dormir. Esa es la versión que me dieron cuando era pequeña, a medida que crecí la versión se transformó en algo terrible, pero prefiero ese recorte.

Desde los siete años entendí que mi padre era una persona que nunca iba a terminar de entender. Un ser sin instrucciones. A veces me pregunto qué sé de él.

Sé que le gustaba comer, pero no era buen cocinero. Le gustaba viajar y los días de playas eran sus favoritos. Era muy fan del picante y el cuerpo le bailaba con cualquier ritmo movidito.

— Mira el sabor que tiene tu papi, mija— decía mientras daba unos pasitos de salsa

Sí que tenía sabor. Le gustaba mucho la música en especial el vallenato. Algunos días tarareaba a Binomio de oro, entonces empezaba:

Un osito dormilón le regalé
Y un besito al despedirse ella me dio
Ese fue el día en que yo más me enamoré
Pero ahora mi alegría se acabó
Si me llevo a morir
no la culpen a ella
culpen a mi corazón
que se enamoró sin conocerla.

Y siempre la música fue nuestro lenguaje. Cuando supe que murió me retumbó la melodía que él me cantaba mientras me hacía coquillas. En los días que se iba la luz encendían muchas velas y yo tenía la manía de jugar con mi sombra. Por tal motivo recibí regaños más de una vez, ya que mi madre decía que era malo jugar con las sombras porque después te orinabas en la cama o no sé qué. Eran esas enseñanzas supersticiosas que heredó de su padre. Entonces mi padre empezaba a contar historias de terror o leyendas que pasaban en el campo y luego hacía una sombra de su mano y cantaba:

*La araña te va a picar, agárrala por detrás.
La araña te va a morder, sujétala por los pies (...)*

Luego con las coquillas se me iba el mal sabor de las historias de terror. Creo que es el recuerdo que más amo con él. Y así como hay recuerdos que atesoramos, hay otros tantos que nos asustan.

Mucho tiempo tuve miedo. Miedo a que nos hiciera algo por sus alucinaciones. Su relación con las drogas y el alcohol destruyó nuestra familia a pasos agigantados. Una vez se enojó mucho porque no quería la comida que sirvió mamá, y en un arrebato de ira la tiró. La sopa quedó impregnada en los cuadros de la pared, chorreaba por el mantel de la mesa y se fundió con mis poros. Y mi sopa quedó llena de lágrimas.

Esa fue la primera vez que mis padres se separaron, pero duró poco porque a la semana estuvo de regreso.

De regreso para más arrebatos de locura.

En casa había cosas que no se podían tocar: ciertos libros, fotos, papeles, el cajón de documentos, el último cajón de la cómoda y la escopeta que estaba en la pared de la refrigeradora. Tampoco se podía contar los vicios de mi padre, porque para mamá eran cosas de casa y eso debía quedarse en casa. Y aquí estoy sacando todo.

El viejo no seguía reglas y un día pasado de dosis, agarró la escopeta, deambuló desnudo por la casa, la cargó y empezó a gritar en la ventana:

— *Déjame en paz. No me sigas. Vete, vete, vete.*

Aquella noche no podía dormir porque los vecinos tenían una pachanga eterna y yo estaba en el baño, entonces escuché un tiro. Era mi padre disparando por la ventana. Traté de ir en silencio a la cama con el corazón en la mano, pero él lo notó y me apuntó. No supe si hablarle o quedarme quieta, pero por fortuna salió mi madre, encendió la luz y le quitó el arma.

Ese día supe que era peligroso.

Los ultimátum de mamá eran cada vez más estrictos, pero la situación en casa era de horror. Parecía que ya no había salida para nosotras. Con mi hermana más de una vez le decíamos a mi madre que ya no podíamos estar con él en casa, pero se iba un tiempo corto y volvía. Se calmaba unos días y el terror volvía con fuerza a tal punto que en casa los cuchillos estaban escondidos. Él por su parte prometía una vez más que iba a cambiar y así siguió sujeto de sus falsas palabras. Recuerdo que una vez tuvo sobredosis y salí corriendo a pedir ayuda. A mi tío no le importó, sólo dijo que estaría bien. Esa vez zafó. La familia de mi padre estaba de adorno, una vez mi madre fue a hablar con ellos por la insostenible situación en casa y sólo le dijeron:

— *Ése es su paquete. Nosotros no nos haremos cargo de él.*

Allá ustedes verán.

Era nuestro paquete.

Mi padre era una molestia para ellos y mi madre no quería que pareciera una molestia para nosotras. En sus días de sobredosis él me miraba perdido, no me reconocía, apenas sacaba una palabra y con

las justas intentaba caminar.

Desde que tengo memoria he llorado a mi padre, y mi madre me daba unos santos coscorriones por estar chillando. A días de irme del país mi madre me dijo:

— Tú te vas, Anne. Y él no cambió.

Ese hombre nunca va a cambiar. No le importamos.

Era la tercera o cuarta vez que veía llorar a mi madre. Sólo pude abrazarla y llorar con ella.

Ser hija de mi viejo era difícil. Nunca sabías qué iba a pasar y no había seguridad con él. Los días eran de miedo y sobresalto. El hogar parecía una pesadilla y mi madre estaba consciente de ello.

Hoy quiero recordar a mi viejo con la canción de la araña y con la promesa de volvernos a ver. Quiero recordarlo con la última vez que lo vi en la terminal de Guayaquil a minutos de viajar a Lima.

Fue el último abrazo y la última vez que lloró a mi lado

— *Te juro que voy a cambiar, hija.*

Esta vez es de verdad. Te lo prometo. pero créeme, necesito que me creas.

Acongojada sólo le dije:

— *Te creo, viejo. Quédate tranquilo, pero pórtate bien, ¿sí?*

En ese momento me sentí como la niña de siete años que creía en sus promesas por primera vez.

El veterano era muy parlanchín, y en cada descuido estaba rebuscando hasta las ollas ajenas para saber qué cocinaron o estaba pegado a algún cigarrillo envuelto en una bola de humo.

Muchas veces intentó cambiar. Se internó un tiempo, visitó alcohólicos anónimos, intentó dejar las drogas, y las malas juntas, pero ya los años de vicios le habían pasado factura.

En la última llamada de WhatsApp que tuvimos me prometió que estaba cambiando, una vez más le dije que le creía y respondió:

— *Gracias, mijita. Eres la única que me cree.*

Perdóname por todo lo que te hice.

Te amo, te mando un besote y un abrazo hasta que nos veamos.

Esa llamada fue muy extraña. Él jamás se disculpaba, decía que

su orgullo no se lo permitía y que pedir perdón era rebajarse.

Los últimos meses que supe de él estuvieron atravesados por muchos altibajos y más de una vez intentó suicidarse, pero todas y cada una de ellas sin resultado. Al final encontró la misma forma que juró no hacer porque su padre lo hizo: ahorcarse.

Sólo que él lo hizo lejos de todos con sus malas rachas encima y vaya saber Dios con qué cosa en la cabeza. Cuando me enteré que murió no podía creerlo y pensé que era una de sus mentiras, pero en mi memoria sonaban las risas y varias cosas, entre esas una plática:

— Tú *mami* me salvó.

Yo no sé cómo estoy vivo, *mijita*.

Yo quería *morirme* nomás.

Esa vez mis reacciones estaban nulas. Nunca sabía qué iba a decirme el viejo.

Ahora sólo sé que ser hija de él fue todo un revoltijo que me dejó como un cedazo roto del que aún intento reponerme.

Arreglar el auto

Hijo: Esteban Céspedes

Padre: Héctor Céspedes



Esteban: - Nombre, Edad, Fecha y lugar de nacimiento.

Héctor: - Héctor Céspedes, 51 años, 19 de octubre del 67, Avellaneda, Bs As.

E: - A los 10 años, ¿qué creías que ibas a hacer en la edad adulta?

H: -Mecánico. Cuando llegaba el fin de semana, con mi viejo solíamos lavar el auto y si tenía alguna falla mecánica lo arreglábamos nosotros. Era como una costumbre en esa época, un hobby, arreglar o lavar el auto.

E: - ¿Qué te inspiraba a la hora de ir a la escuela?

H: - Si podía evitar ir a la escuela lo evitaba, en principio fue por obligación, por la inercia y disfrutaba estando con mis compañeros, ya después del primario, en el secundario con orientación en mecánica eso sí me interesaba porque era lo que a mí me gustaba y me motivaba más.

E: - ¿A qué dedicabas los tiempos libres durante la primaria y el secundario?

H: - Durante el tiempo libre estaba poco tiempo en mi casa, me juntaba con mis amigos del barrio a jugar al futbol, la payana, el trompo, la rayuela, el indio, pelota-paleta, mancha envenenada, etc. Siempre al aire libre, después de almorzar, sino me quedaba a hacer siesta, era salir a jugar en frente del colegio, en la plaza o en algún lugar abierto.

E: - ¿A qué edad empezaste la universidad?

H: - A los 36 años, en el año '94.

E: - ¿Cuál era el clima político en esa época?

H: - El clima político no nos tocaba mucho, hoy en día por ejemplo, la universidad y muchos espacios públicos están muy politizados. Sí, había centros de estudiantes que administraban, pero la realidad es que los alumnos no estábamos enterados sobre las corrientes políticas de los centros, obviamente cuando se acercaban las elecciones te enterabas por los medios como ahora.

E: - De los momentos vividos con tu padre, ¿cuál es el que mayor satisfacción te genera?

H: - Obviamente el de mi crianza cuando fui chico y mi forma-

ción, porque fue el momento en el que podía estar relajado sin responsabilidades, como cuando íbamos de vacaciones con la familia y podía verlos disfrutando y disfrutar con ellos.

E: - ¿Qué rol ocupaba tu madre en lo que a la crianza se refiere?

H: - Mi mamá es la típica ama de casa que no trabaja y ayuda. Su rol fundamental fue la crianza de nosotros, yo y mis seis hermanos, llevarnos y traernos de la escuela, cocinarnos y demás. Durante un tiempo también lo ayudó a mi papá con su taller de muñecos en la confección.

La motivación de mi mamá hacia nosotros siempre fue educarnos para ser honestos, porque ella es una mujer religiosa y se preocupó mucho por inculcarnos eso, que no robemos, que nos portemos bien y que ejerzamos la religión.

Nací en Avellaneda

Hijo: Jorge Di Benedetto

Madre: Beatriz Trillo



Jorge - ¿Cuál es tu nombre?

Beatriz - Me llamo Beatriz Trillo.

J: - ¿Dónde naciste?

B: - En Avellaneda.

J: - ¿Dónde?

B: - En mi casa.

J: - ¿Cuándo?

B: - El 20 de noviembre de 1938.

J: - ¿Quiénes eran tus padres?

B: - Concepción Fernández y José Trillo.

J: - ¿Qué recordás de ellos en tu infancia?

B: - Bueno, ellos eran cuñados.

J: - ¿Cómo es eso?

B: - Sí, los dos estaban casados con hermanos y fallecieron casi juntos.

La primera mujer de mi papá murió al tener un bebé, una nena que se llama Genoveva, es la Veva. Como mi papá era viajante ella quedó al cuidado de una tía que no se la dejaba ver.

J: - ¿Se la escondían?

B: - Sí, se la negaban, entonces mi papá se dio por vencido, recién la pudo ver de grande cuando esa tía se murió.

J: - ¿Y tu mamá?

B: - Ella quedó viuda con una nena que era la Chonchi. Después de un tiempo, como ellos vivían en el mismo barrio, se casaron y tuvieron al Sito, a mí y al Alfredo. Nos crió a los tres y a la Chonchi.

J: - ¿Se querían ellos?, ¿había amor?

B: - No sé si había amor, lo que se dice amor; eran viudos con hijos y dijeron vamos a unirnos y se unieron.

J: - ¿Se peleaban?

B: - Alguna vez, algún berrinche hubo, pero tu abuelo no estaba nunca.

J: - ¿En qué escuela estudiaste?

B: - En la 31, la que estaba en Gutiérrez.

J: - ¿Te costaba estudiar?

B: - Sí, me costaba bastante.

J: - ¿Te pegaron alguna vez?

B: - Sí.

J: - ¿Por qué?

B: - Un día estaba asomada subida arriba de un banquito hablando con Pepe, el papá de Jorge, un vecino, yo estaba agarrada de la chapa.

J: - ¿La pared era de chapa?

B: - Sí, entonces se me movió el banquito y me quedé colgada agarrada de la chapa que me cortó las manos, entonces fuimos al hospital, pero no llegaron a darme puntos, mi papá no se enteró.

Y un día, yo estaba con la Mimi, una amiga que el papá se había muerto en aquel accidente del tranvía que se cayó al Riachuelo, entonces ella sin querer hizo este comentario frente a mi papá y sin preguntarme lo que me había pasado ahí nomás me dio un cachetazo que hasta la ligó mi amiga que estaba sentada al lado mío.

J: - ¿Y otro caso te acordás?

B: - Ah sí, un día, yo todavía no había tomado la primera comunión, no tenía pecado, ¿qué pecado podía tener?. Sin darme cuenta me puse en la cola para comulgar y cuando llegué a casa le cuento a mi mamá, me empezó a correr por toda la casa, yo me metía debajo de la mesa, me escondía en el baño para que no me la diera, me quería matar.

J: - ¿Festeban cumpleaños?

B: - No; me acuerdo de reyes, ahí había regalos, cocinitas, cacero-litas. Era mi mamá la que se encargaba de todo eso.

J: - ¿Vacaciones?

B: - No, una vez fuimos el Sito y yo a Miramar con la colonia.

J: - ¿Quién te había llevado?

B: - La Municipalidad.

J: - ¿Qué edad tenías vos?

B: - Y... tendría 13 años.

J: - ¿En la época de Perón?

B: - Sí, había un sector para chicos y otro para chicas, lo que me

acuerdo que una chica lloraba, lloraba porque decía que yo le hacía recordar a la madre, resulta que le alcahuetearon a la coordinadora y me mandaron como si fuera a la dirección, ¡lo que caminé para llegar hasta ahí!

J: - ¿Algún paseo?

B: - íbamos con la Chonchi a los lagos de Palermo, en esa foto estoy con el vestido de la comunión que me lo habían acertado.

J: - ¿En qué iban?

B: - En colectivo, ya para esa época había. También íbamos mucho a Quilmes al río, en el 8 colorado, era lindo íbamos al recreo de Independiente o al de Luz y Fuerza, que también estaba.

J: - ¿Te peleaban tus hermanos?

B: - El Sito siempre me hinchaba.

J: - ¿Quién era más vago de los dos varones?

B: - Los dos. El Sito tuvo un hijo y se lo ocultó a la abuela, entonces el primer año al José se lo crié yo hasta que blanqueó el asunto.

J: - ¿Cómo fue eso?

B: - Y el hermano de ella (por la novia) lo amenazó y se tuvo que casar con la Cristina.

J: - ¿Se hablaba de política en tu casa?

B: - No, pero eran peronistas, en la cocina había un cuadro de Evita y Perón.

J: - ¿Eran franquistas?

B: - No, no lo podían ver a Franco.

J: - ¿Entonces se hablaba de política?

B: - No, muy poco. Me acuerdo sí del bombardeo a Plaza de Mayo, porque los aviones pasaban por el Dock Sud, en un momento tiraron una bomba y una vecina que salió a la calle se tiró contra la pared

J: - ¿Cómo se llamaba la vecina?

B: - La "Novia"

J: - ¿Cómo la novia?

B: - Y era el apodo que tenía en el barrio.

J: - ¿Ibas a la iglesia?

B: - No, no éramos de ir, salvo algún casamiento o comunión de

alguien.

J: - ¿Trabajabas de chica?

B: - Sí.

J: - ¿Dónde?

B: - En una fábrica de soldaditos de plomo que quedaba a una cuadra de mi casa.

J: - ¿Qué edad tenías?

B: - Unos 14 años.

J: - ¿Cuánto tiempo trabajaste?

B: - Cinco años más o menos, iba de 7 de la mañana hasta las 2 de la tarde y la abuela no quería saber nada, pero igual yo le daba la plata a ella.

J: - ¿Cómo conociste a papá?

B: - Enfrente del Club había un bar donde todos venían a mirar la televisión, era una locura y se ponían a verla desde la vereda y yo lo bichaba a tu papá y él me miraba también.

Un día, una amiga en común nos presentó, nos hizo el gancho como se decía antes, y un día le mandé una carta y así empezamos.

Después de 4 años nos comprometimos y al año nos casamos.

J: - ¿Qué significaba tener un hijo para vos?

B: (piensa)

J: - ¿Un deseo de ambos?

B: - Sí, claro, construir una familia. Me acuerdo que cuando naciste estabas azul y me dijeron que te diera un beso porque estabas delicado y te llevaron a la incubadora. No te podía ver y... no sé..., sería al tercer día que me vinieron a buscar unos médicos o enfermeros no sé y me sacaron de todo.

J: - ¿Tenías una infección?

B: - Sí, y zafé, era común el riesgo de morir en el parto en esa época.

J: - ¿Y tu enfermedad?

B: - Me la detectaron cuando vos tenías 5 años.

J: - ¿Cómo fue?

B: - Me sentía muy cansada y me agitaba, después de unos aná-

lisis me detectaron la válvula mitral del corazón obstruida, resulta que había tenido fiebre reumática causada por una gripe mal curada en algún momento. Me operó el Dr. Santos en el Sanatorio Otamendi. Después anduve bien y al año más o menos, perdí un bebé, después hice un tratamiento con inyecciones y tuve a tu hermana (Adriana).

J: - ¿Qué te acordás de cuando nos mudamos a Lomas?

B: - Tu papá vino un día diciendo que había comprado un terreno en Lomas, fue una sorpresa y empezamos a construir la casa y nos mudamos en el año 1971.

J: - ¿Qué te acordás de la época de la dictadura?

B: - (piensa)

No sabíamos nada hasta que nos enteramos que estaba desapareciendo gente, bah ya se empezaba a saber, pero al final. Me acuerdo que Adriana nos decía cuídenlo a Jorge que anda con los comunistas o que eras comunista. A tu papá también le gustaba la política, iba a las reuniones de los radicales de Balbín y un día le dije que aflojara con ir tan seguido.

J: - ¿Él era antiperonista?

B: - No, no recuerdo eso, no creo

J: - ¿Y Malvinas te acordás?

B: - Sí, teníamos miedo que te llamaran a vos.

J: - ¿A quién votaste en 1983?

B: - No me acuerdo, pero puede ser a Alfonsín.

J: - ¿Cuál fue para vos el mejor gobierno a partir de 1983?

B: - Y... el de Kirchner. Me acuerdo que vino Cristina (vecina) y me dice: Bety, ¿se enteró? van a dar la jubilación por ama de casa?. Y yo le digo, pero si yo nunca trabajé.

J: - Pero sí que trabajaste, mami, pintabas soldaditos de plomo y estabas en negro.

B: - Sí, pero eso no cuenta.

J: - Sí que cuenta, mami. Como ama de casa siempre trabajaste, eso para mí tenés que verlo como un acto de justicia.

B: - ¡Es cierto!

**Después de la tormenta
siempre sale el sol**

Hijo: Bruno Diglio

Madre: Karina Demarchi



Bruno: - ¿Te gustaría presentarte?

Karina: - Claro que sí, me llamo Karina Demarchi y tengo 45 años. Nací en Quilmes, actualmente estoy cansada y tengo dos maravillosos hijos: Bruno y Guadalupe.

B: - ¿Qué es lo primero que recordás de tu infancia?

K: - Por suerte tuve una infancia hermosa, aunque los mejores recuerdos están en la adolescencia. Cuando era chica, vivía con mi papá, mi mamá y mi hermano, que tiene 3 años menos que yo. Vivíamos en una casita de barrio e íbamos al colegio a tres cuadras de casa.

B: - ¿Era un colegio público o privado?

K: - Era un colegio público, como también el secundario, que lo hice en el Normal de Quilmes. Recuerdo que íbamos y volvíamos de casa caminando, nos iba a buscar mi mamá que era ama de casa, mientras que mi papá trabajaba de empleado.

Por suerte siempre trataban de darnos todo lo que podían, nunca nos faltó nada, por más que era todo con mucho sacrificio, por ejemplo, nunca faltaba el regalito de Navidad, Reyes o en los cumpleaños.

B: - ¿Se vivía bien?, ¿seguro?

K: - En la infancia no te dabas cuenta, pero ya en la adolescencia, sí. Ya en el profesorado de inglés iba de noche, volvía tarde a casa y sin embargo nunca me robaron, tampoco sentía que alguien me perseguía o algo parecido. Lo único malo es que había mucho acoso callejero, ya desde ese entonces. Con 13 o 14 años íbamos a gimnasia y desde los autos nos gritaban cosas, en el colectivo tenías que tener mucho cuidado porque era un acoso constante.

B: - Cuando vos o alguien se sentía acosada en la calle, ¿hacían algo? ¿Qué opinas de los chicos en la actualidad?

K: - No. Teníamos miedo de hacer algo, ahora las chicas están más vivas, antes nada que ver, teníamos que cuidarnos muchísimo entre nosotras. Siento que ahora las chicas si algún desubicado les dice algo, se animan a contestarle, antes no pasaba.

Eso sí, cuando era chica, nunca se te iba a pasar por la mente que alguien te podía robar o mucho menos secuestrar cuando caminabas por la calle.

Y después, siento que los jóvenes, ya sean chicos o chicas, están avanzando muchísimo. Son abiertos a nuevos pensamientos, son inteligentes y no tienen miedo a decir lo que piensan, algo que antes era complicado porque tampoco había muchos recursos como redes sociales.

B: - Hablando de la calle y lo que sería tu pre-adolescencia, ¿estaban mucho tiempo afuera de casa?

K: - Sí, estábamos muchísimo. Hasta los 16 más o menos, jugábamos en la calle, a la paleta, al fútbol, andábamos en bici, jugábamos al carnaval con los chicos del barrio. Quizá no eran mis amigos cercanos, pero siempre que uno salía afuera, salíamos todos.

Estábamos mucho en la puerta de las casas del barrio, tenía una amiga que tenía un kiosco cerca de la casa y jugábamos a muchos juegos de mesa mientras tomábamos mate, era hermoso.

Ya en mi adolescencia, tengo recuerdos más lindos que en la infancia. Acá ya tenía mi grupo de amigos cercanos, que eran de la secundaria y también dos amigas del Liceo de inglés. Ya con 16 años salí a bailar por primera vez, con mis amigos del colegio. Salíamos todos los fines de semana, sábados y domingos, que nos encantaba y la pasábamos súper bien.

También algo que me olvidaba, fue sobre la primera vez que fui de vacaciones. Esto habla un poco de cómo estaba el país en ese momento, porque como mi familia no tenía plata para irnos de vacaciones, me había ido con un vecino que era un año menor que yo y como sabía que yo no podía darme el lujo de ir, decidió invitarme.

B: - ¿Los abuelos decían algo, tenían algún problema con que vayas de vacaciones o salgas a bailar?

K: - La verdad que no, en tanto a salir, lo único que me decían que no le gustaba que salga los viernes, ya que estaban empezando a ponerse de moda los bares que después se hacían boliche y estaba como “mal visto”.

También algo me quedó de la adolescencia es que después de salir a bailar, volvíamos solas a las siete de la mañana en colectivo y mi mamá no tenía problema, estaba tranquila, eso que no existía

el celular, no sé cómo hacía. Es increíble, porque hoy en día, no se me ocurriría que Guada vuelva en colectivo a la madrugada, mucho menos dejarla ir 15 días de vacaciones con unos vecinos que recién conocemos...

B: - Y contáme, ¿a qué edad conociste a papá?

K: - Conocí a papá a los 18, en Electric Circus y desde ahí estamos juntos. Justo, cuando nos conocimos, papá le pidió una lapicera al barman y anotó mi número en su brazo. Nos conocimos un sábado y el martes - miércoles ya me llamó por teléfono de línea, obvio, porque no teníamos celulares y arreglamos un punto de encuentro para vernos que era la plaza de Quilmes. Y bueno, así nos conocimos, salimos como amigos a bailar, a tomar algo y después de unos meses nos pusimos de novios.

B: - Durante ese período de 18-19 años, ¿trabajaste?

K: - Sí, empecé a trabajar cuando estaba en el secundario, porque mi mamá era ama de casa y mi papá empleado, entonces no tenía plata para comprarme ropa o cosas que me gustaban, siempre vivíamos con lo justo, aunque nunca me haya faltado nada.

Así que, en el verano, con 16 años empecé a trabajar en una Farmacia, acomodando los productos, limpiaba e incluso vendía cuando me necesitaban. También hacía manualidades, como llaveritos, peluches, piñatas para cumpleaños, carteles y se los vendíamos a los cotillones, también los vendíamos por nuestra cuenta en los días festivos, la verdad nos iba bien con eso (ríe).

Ya para los 18 me había recibido de profesora en el Liceo Británico de Quilmes y había empezado a dar clases. Tenía muchísimos alumnos por suerte, había puesto cartelitos por todo el barrio y también mi mamá me ayudaba hablando con los vecinos o cuando iba al almacén les comentaba a todos, que estaba dando clases.

B: - Entonces, ¿te fue bien?

K: - Por suerte sí, trabajaba todo el tiempo, toda la mañana y toda la tarde hasta las ocho de la noche, aproximadamente. Me encantaba porque ya tenía mi plata, además de hacer lo que me gustaba que era enseñar inglés.

Di clases por mucho tiempo, después a los 25 me casé con papá, me quedé embarazada de Brunito y había dejado de hacer el profesorado de inglés, que había empezado para ampliar el conocimiento, digamos, porque trabajaba con muchos chicos de inglés y tenía muchísimos alumnos.

Es más, por ejemplo, en el 2000, en una época muy difícil para el país, que había mucha inflación y que todo estaba caro, papá había muchas veces que no tenía trabajo manejando el camión y muchísimas veces comimos con lo que ganaba por inglés.

B: - ¿Ahí ya podríamos hablar del progreso que fueron teniendo?

K: - Claro, porque estuvimos muy mal. Si yo te compraba algo, ya sea pañales, ropa o juguetes, era con mi plata, porque papá estaba muy complicado.

Por suerte cuando vos tenías dos o tres añitos, el país estaba repuntando con Néstor Kirchner.

Papá tenía un camión que le había dejado mi suegro cuando murió, y ya para ese entonces, tenía trabajo. Lo que no te conté, fue que, entre trabajo, ahora y esfuerzos, como el de vender nuestro autito, pudimos comprar un segundo camión e incluso pagarle a un chofer para que lo maneje. Eso fue en el 2003, más o menos, ese mismo año nos fuimos de vacaciones por primera vez como familia a Las Toninas, ya que, en el 2000, 2001 y 2002 no pudimos. Así que bueno, esto sirve que nunca te olvides que después de la tormenta, siempre sale el sol.

B: - Qué linda reflexión, ma. Algo que tenía ganas de preguntarte, pero que estaba esperando a que hagas un breve resumen de tu historia, era acerca de la dictadura. ¿Vos no llegaste a vivirla, no?

K: - Cuando empezó la dictadura, en el 76, yo tenía apenas 2 años. O sea, yo no viví tan de cerca la dictadura, porque fue en mi niñez. Lo que sí te puedo contar es que hubo cosas que no me voy a olvidar más. Por ejemplo, cuando empezó la guerra de Malvinas, en el 82, yo tenía 8 años e iba a segundo grado. Iba al colegio 83, el que está en Urquiza y Pellegrini, iba y volvía en micro. Pero en ese momento, ese día, las maestras iban y volvían del aula, hablaban entre ellas, estaban ner-

viosas. También me acuerdo de ruidos de helicópteros, aviones e incluso patrulleros.

Lo que menos me iba a imaginar era que se venía una guerra. La abuela no me contó nada, con 7 u 8 años ya te puede contar, pero ella decidió no decirme nada.

Las maestras llamaban a la casa de los chicos que tenían teléfono para avisarles que los vengan a retirar y yo estaba muy asustada.

B: - ¿Te acordás si en las escuelas después de la dictadura se habló sobre ese tema?

K: - Sí, buena pregunta porque el vivirlo en la niñez no tenía la inmensidad de lo que estaba pasando en ese momento y el colegio fue una buena forma de darme cuenta, con el paso del tiempo, de lo que había pasado. Aunque en el primario no se habló nada, quizá por miedo o anda a saber por qué. Ya en la secundaria se habló mucho de lo que pasó en la dictadura, sobre todo con los casos de chicos adolescentes que estaban en el centro de estudiantes o estaban metidos en la política y desaparecían. Fue fuerte porque yo siempre fui a colegios públicos donde había centros de estudiantes y donde votábamos listas. Desde primer año a quinto, nos hablaron sobre el sufrimiento de los estudiantes en general, de las desapariciones, de cómo censuraban muchas cosas, como por ejemplo libros, y cuando llegaba la fecha, hacían actos de reflexión.

B: - La última pregunta y terminamos, ¿esto lo hablaste con tus viejos?

K: - No, no. No tenía mucha comunicación, ni en ese tema ni en ninguno. Hablábamos mucho entre compañeros. Tenía muchas amigas y también muchos amigos varones, entonces entre nosotros hablábamos sobre todos los temas posibles. Ya te digo, ni de sexo hablé con la abuela, a lo sumo me habrá contado sobre la menstruación y nada más.

Yo me compraba, cuando podía, algunos libros, porque me encantaba leer, sobre la adolescencia, el sexo, sobre cualquier cosa, y nos prestábamos entre todos, porque claro, no había internet, no había nada. Solamente sabíamos de alguna chica que había tenido su

primera vez y era oh, de no creer. Era todo muy tabú, había cosas que nuestros papás tampoco nos contaban y nosotros nos preguntábamos.

Por suerte la sociedad avanzó en muchos aspectos y hay mucha comunicación entre padres e hijos, y cada vez son menos los temas “tabú” que existen.

B: - Así que con esto terminamos, ma. Muchas gracias por la entrevista.

Si no tenías documentos te detenían

Hijo: Matias Figueira

Padre: Sergio Raúl Figueira



Matías - Para comenzar quisiera que te presentes. ¿Cómo es tu nombre? ¿Dónde y cuándo naciste?

Sergio - Mi nombre es Sergio Raúl Figueira, nací en Bernal el 12 de noviembre de 1965.

M - ¿Consideras que tuviste una buena infancia? ¿Cambiarías algo?

S - Tuve una excelente infancia con una gran familia y grandes amigos y no cambiaría nada.

M - ¿A qué jugabas de chico? ¿En dónde?

S - De chico jugaba al fútbol, bolitas, carreras con carritos a rulemanes. Todo lo hacíamos en la Plaza del Maestro en Bernal, una época que podías estar mucho tiempo en la calle sin ningún problema. Llegaba de la escuela, comía y al rato a la plaza hasta las 17hs, a tomar la leche y después un rato más en la calle, siempre con el grupo de amigos.

M - ¿A qué colegio fuiste?

S - Hice la secundaria en la EET N° 5 Paula A. de Sarmiento en Don Bosco, el colegio tenía zonas precarias, de ahí el apodo de "El Chaparral". Un gran nivel educativo, la relación con los docentes era muy buena y se trabajaba para mejorar el establecimiento (hacer veredas o cortar el pasto). En mi casa tenía el control de las notas y si hacía falta iba a preparar las materias con profesores particulares. Pero igual me llevé varias materias que en general me preparaba solo.

M - ¿Cómo era la relación con tus compañeros de colegio?, ¿tuviste algún problema con alguno?

La relación era excelente, nunca tuvimos problemas entre compañeros, en un colegio industrial formás un grupo muy cerrado.

Ahora, lamentablemente, con el paso de los años fui perdiendo contacto con mis compañeros de esa época, no tengo relación directa, sólo por redes sociales.

M - ¿Cómo te llevabas con tus profesores?

S - Muy bien, con alguno más exigente me ponía nervioso, con otros tenía la confianza de un amigo, como era un colegio industrial, con alguno podía haber algún golpe. Estas cosas quedaban dentro de

la intimidación de la división, te pegaban en las manos con alguna regla, o si no prestabas atención o hacías algo mal había algún golpe de puño en el brazo, para esa época era algo normal, y si ibas a tu casa y decías algo te retaban porque no se podía hablar de los profesores, siempre tenían la razón.

M - ¿Le tenías miedo a algo?

S - No, no había por qué tener miedo. Era una época muy tranquila donde no había a qué temer, se podía salir a la calle tranquilamente, de noche no pasaba nada, íbamos caminando a la madrugada a cualquier lugar y no pasaba nada.

M - ¿Cómo eran las relaciones familiares?

S - Una relación hermosa, muy buenos padres, con mucho diálogo, pero también con los límites que corresponden. Con mis tres hermanas nos llevamos muy bien, la familia siempre tiene prioridad, todo se puede hablar.

M - ¿Qué aprendiste de tu papá?

S - Realmente todo. El respeto, la educación, lo que realmente corresponde a una persona de bien, ser trabajador.

M - ¿Fumabas?

S - Empecé a fumar a los 20 años, me vieron por la calle, en general se fumaba en los boliches. Me advirtieron sobre los problemas que me traería en ese momento y en el futuro.

M - ¿En dónde y cómo conociste a tu mujer?

S - La conocí en un club, dentro de un grupo de amigos, ya hace 35 años. Después de un tiempo de estar saliendo me invitaron a comer a la casa y luego vino a comer a casa. Previamente les avisé que traería a mi novia a comer.

M - ¿Cómo te enteraste de que ibas a tener un hijo?

S - En los dos casos fueron sensaciones hermosas, de felicidad, alegría. Lo más lindo que me pasó. Luego de cuatro años de casados vino el primer embarazo y 4 años después el segundo.

M - ¿Te interesa la política?

S - Me gusta la política en general, si bien no adhiero a ningún partido en particular, en épocas que estudiaba en la UTN milité para

la Unidad Socialista. Por supuesto que el gobierno de Macri es lo peor que viví. El largo gobierno de Menem tenía ideas similares, pero éste último gobierno paralizó la industria por completo. Tienen como similitud el gran endeudamiento del país.

M - ¿Deporte favorito?

S - Mi deporte favorito es el fútbol, hincha y socio de Argentino de Quilmes. Lo conocí casualmente un sábado que me llevaron a ver un partido y me enamoré. Ya hace más de 40 años que lo sigo y no lo voy a dejar nunca. Entrar al estadio es entrar a tu propia casa con amigos, familia.

M - ¿Trabajás de lo que siempre quisiste? ¿o en tu infancia querías otra cosa?

S - Siempre trabajé relacionado a la parte técnica y electrónica, tanto en telefonía, redes de datos o sistemas de seguridad con cámaras. Todo se fue sumando con el tiempo, empezando por un laboratorio de electrónica dedicado a centrales telefónicas, luego instalación de redes de datos y por último circuitos cerrados de TV, obras en cableados de alimentación 220V.

M - ¿Qué edad tenías en la dictadura militar en 1976?

S - Cuando comenzó la dictadura tenía 10 años, no tenía mucha conciencia de lo que pasaba. Ya por el año 1980 se notaba el control militar y policial en las calles, como hacerte bajar de un colectivo para revisarte a vos y todas tus pertenencias, todo lo pedían con bastante violencia. Si no tenías documentos te detenían, había que decirles a dónde ibas y de dónde venías.

M - ¿Qué recordás de la guerra de Malvinas?, ¿hiciste la colimba?

S - No hice la colimba. Todo se resolvía a través de un sorteo, a cada terminación de DNI le correspondía un número de sorteo, de acuerdo con la cantidad de personas se establecía un límite, la hacían a partir del 200 o del 300 en adelante. Se escuchaban los sorteos por radio, como si fuera un partido. Saqué número bajo. De todas maneras, la revisión física en la ciudad de La Plata se hacía sin excepción. De Malvinas, en ese momento, los medios de comunicación mostraban otra cosa de lo que sucedía realmente. Ponían frases como

“estamos ganando”, nunca nos contaron que pasaron hambre, frío, maltratos. Acá juntábamos alimentos, ropa, frazadas, etc. creyendo que todo les llegaría a los chicos en las islas, mucho tiempo después nos enteramos de que nunca sucedió. Lo que más hay que recordar es a nuestros héroes.

M - Para finalizar, ¿cambiarías algo en tu vida?

S - No cambiaría nada de mi vida, la pasé muy bien y en algún momento malo siempre estuvieron familia y amigos.

**Una vez cada tanto,
mi mamá hacía milanesas**

Hija: Abigail Herrera

Padre: Eliseo Herrera

Madre: Rosa González



Sentados en la mesa del comedor frente a la televisión, prendida a la luz arriba de nosotros, brazos cruzados y mucha seriedad en las caras de los entrevistados, se acomodan inquietos por la extrañeza de ser entrevistados. Cabe aclarar que, como nunca, sentí nervios de estar frente a ellos. Muy bien, comencemos.

Abigail: - Bueno, la primera pregunta es ¿qué hacían en sus ratos libres en la infancia? ¿cuáles eran sus pasatiempos favoritos?

Eliseo: - En nuestros ratos libres jugábamos a la pelota con mis hermanos y los patrones del campo, un tiempo era para trabajar y otro para jugar. También ayudábamos carpiendo la quinta de mi mamá, que eran dos hectáreas más o menos, hortalizas y choclos.

A: - ¿Y vos, ma?

Rosa: - Yo jugaba a que hablábamos al teléfono con las latas de picadillo, en cada punta poníamos una lata y lo uníamos con el hilo, mi hermano más chico se iba más lejos y yo acá, y hablábamos por teléfono. Eso, y después nos subíamos a los árboles...

A: - ¿Eran muy traviosos? ¿tienen alguna anécdota para contar?

E: - Bueno, de travesura me acuerdo que tenía la costumbre de sacarle la mamadera a mi hermano Rubén, unos tres años menor que yo. Iba por la ventana, le sacaba la mamadera y la tomaba todo yo, lo dejaba llorando y decían “este chico no se llena”, hasta que me descubrieron.

A: - ¿Qué comida les gustaba mucho?

R: - A mí la cola de iguana (reímos todos). Sí, se cocinaba en las brasas. Es parecida a la carne de pollo. O el tatú, bichos bien sanos. Algo que sí me acuerdo ahora, es que una vez cada tanto mi mamá hacía milanesas, y cuando hacía... puf. En la condición en la que vivíamos no podíamos darnos el lujo de comer todos los días, entonces comíamos una vez al mes.

E: - En mi niñez, no recuerdo que me haya gustado una comida en especial. Tampoco me acuerdo de que me haya hecho falta algo, gracias a Dios, siempre tuvimos leche, la carne y el pan. Porque hasta los 12 años yo sufrí del hígado, comía algo y me hacía mal. Hasta el

agua, sólo podía tomar tres tragos cada dos horas. Si tomaba un vaso de agua, lo devolvía todo. Era horrible.

R: - ¿Qué?

E: - Pero Dios me sanó, hoy tengo 51, y estoy bien.

A: - Creo que después de treinta años de casados, mamá recién se está enterando de esto, (*miradas atravesadas y risas nerviosas*). ¿Cómo eran los festejos de Navidad y Año Nuevo?

E: - Para mí eran los más lindos de la vida, porque nos reuníamos toda la familia, los hermanos mayores y menores. Era lindo porque en la Iglesia nos daban regalos, un paquete bien grandote, lleno de golosinas. Y nosotros que vivíamos en el campo, la golosina recién la teníamos cuando mi papá vendía el algodón, que cobraba y tenía plata para comprar.

R: - Yo no iba a la Iglesia, así que en eso no coincido. Pero sí que lo que más me gustaba era la familia reunida, por ahí que había algunas diferencias, uno contra otro o así, pero llegaba Navidad y se reunía toda la familia. Se hacía pan dulce, se comía bien, era fiesta para nosotros.

A: - ¿Recibías regalo de Navidad?

R: - No. No recibía regalos, pero veía a la familia juntos y como que no eran necesarios los regalos. Tampoco teníamos noción de recibir regalos, esas cosas no.

A: - ¿Hay alguna canción que recuerden de su niñez, adolescencia o juventud?, ¿alguna canción que les haya gustado mucho?

E: - (*cantando*) Yo quiero tener un millón de amigos...

R: - Yo, la primera que sacó Luis Miguel (*entre risas*).

A: - ¿No se acuerdan los nombres?

E: - Yo sólo sé que es de Sergio Denis.

Después de informarme, al parecer, para mi viejo, Roberto Carlos es igual a Sergio Denis.

A: - ¿Hay algún momento de la infancia que les gustaría revivir?

E: - De mi parte, los tiempos en donde enlazábamos los terneros y los domábamos. Teníamos que llevarlos donde estaba mi mamá esperando para ordeñar la vaca.

A: - ¿Vos, ma?

R: - Yo no me acuerdo.

A: - ¿Nada de nada?

R: - No, no me acuerdo (*entre risas tímidas*)

A: - ¿Tienen alguna anécdota con sus padres que puedan contar?

E: - Yo sí. Más o menos a los 13 años, mi papá me enderezó para toda la vida. Me junté con un primo que me estaba llevando por mal camino, a tocar las cosas ajenas y, cuando mi papá se enteró que era yo, me dio cinco latigazos que después no me podía poner una camisa, nada. Mi mamá me curaba las heridas, pero hasta hoy en día le doy gracias a mi viejo porque nunca me pegó ni siquiera un chirlo, porque yo tenía ese problema de salud. Sin embargo, cuando se enteró de que yo hice eso, cobré. Y me enderecé para toda la vida.

A: - ¿Vos, ma? También si hay algo que recuerdes de tu vieja que te gustaba mucho.

R: - Los consejos que ella me daba. Los consejos que ella me dio me sirvieron toda la vida. Por ejemplo, no andar con hombres casados. Que los hombres que estaban casados ya tenían familia, tienen hijos que, como joven, si yo me metía con ellos, iba a destruir una familia. Y eso siempre me quedó. Cuando mamá tenía que castigarnos, nos castigaba. Tengo que reconocer que tenía sus razones, tal vez, las maneras no eran las mejores, pero bueno. Había cosas en casa que no podíamos hablar, no las hablábamos, nos criamos así. Y los últimos recuerdos son cuando nos juntábamos a la tarde a tomar mate, así yo podía hablar con ella, podíamos charlar, tener comunicación. Eso me gustó, porque nunca podíamos hacerlo. Trabajábamos todo el día, llegábamos a la noche ya cansados, comíamos y ya a dormir otra vez. Porque al otro día a las cuatro de la mañana teníamos que despertarnos, los sábados también. Los domingos tal vez nos quedábamos en casa, no teníamos mucho tiempo así para poder disfrutar y hablar.

A: - Si pueden decir en una palabra cómo definirían a sus viejos, ¿cuál sería?

E: - Trabajador. Siempre mis viejos trabajaron para que no nos falta nada.

R: - Para mí, si tendría que definirla en una palabra sería...(pensando)

E: - De carácter. Era una mujer de carácter.

R: - Sí, y fue bueno que sea así también. Ella fue nuestro papá y mamá. Si ella no trabajaba era porque mis hermanos mayores no le dejaban, ya no querían que trabaje. Querían que se quede en casa, lo que sí le pedíamos es que nos tenga la comida lista y el agua caliente para bañarnos.

A: - Cambiando de tema, ¿ustedes vivieron la dictadura militar? ¿se acuerdan de haber visto algo?

R: - Yo no, nada.

E: - Yo tenía como 5 años cuando vivíamos acá en Buenos Aires, y por el tema de la dictadura que estaba todo complicado, nos volvimos al Chaco. Tenía como 7 años cuando volvimos al Chaco. No vi nada, gracias a Dios. Pero mi viejo sí, porque él viajaba para trabajar mientras vivimos en Buenos Aires, entonces le tocó ver cosas muy feas. Nunca quiso contarnos a nosotros, pero quiso que volviéramos a Chaco para resguardarnos a nosotros de cosas que podían llegar a pasar.

A: - Y en lo que es la provincia, ¿no se veía lo que acá en Buenos Aires sí?

E: - Como ser muerte y esas cosas no, pero en tiempo de los militares había un control estricto de la policía hacia la gente, pedían documentación y sólo podíamos estar en la calle en el pueblo hasta las diez de la noche. Si te agarraban después de esa hora y sin documentación, te llevaban a la comisaría. Como ocho veces caí en la comisaría por ese motivo.

A: - Cuando vinieron a Buenos Aires más adelante, ¿cuál fue su impresión de ella?

E: - Bueno, como todo provinciano, uno se admira por los edificios altos, de los aviones. Y por mi parte tenía de seguro que, si yo quería tener algo acá, tenía que laburar mucho y privarme de muchos lujos para conseguirlo.

A: - ¿Vos, ma?

R: - Bueno, yo era la primera vez que venía a la ciudad. Había ido

a Santa Fe, pero no era como Buenos Aires. Sí me acuerdo que cuando viajábamos en los trenes, la cantidad de gente, todo eso me...

A: - ¿No te habías subido antes a un tren?

R: - Sí, pero eran muy diferentes. Acá eran más modernos. Cuando nosotros vinimos acá, paramos en San Isidro, imagínate, casas hermosas, el río... Nosotros vivíamos en una casita de chapa hasta que pudimos alquilar.

A: - ¿Qué es lo que más les costó de instalarse en Buenos Aires?

E: - Bueno, lo que más costó para mí, es tener la propiedad de uno. Teniendo la primera casa es más fácil, porque después ponés en venta esa, igual todo requería sacrificio, y privarse de muchas cosas, de muchos alimentos, de no comer asado tan seguido, en vez de comer mucha milanesa, comprar picada y hacer picada con arroz, ahorrando para poder hacer la casa. Tu mamá es la que hacía la economía con la plata que yo le dejaba.

R: - Lo que más me costó fue la inseguridad que hay acá en Buenos Aires, yo veía que no era lo mismo que estar allá en el pueblo, que vos podías andar tranquilo.

A: - ¿Cómo tomaron sus familias que hayan decidido venir a vivir a Buenos Aires?

R: - Y... no sé (riendo).

E: - Lo que pasa es que como ya éramos un matrimonio, no nos podían decir nada, ya eran decisiones personales. Nunca supimos cómo lo tomaron ellos. Cuando mi papá vino a visitarnos nos dijo que no entendía cómo podíamos vivir así, que vivir acá no era vida, pero nosotros ya estábamos acostumbrados. Una cosa es trabajar ocho horas acá, y otra es trabajar dieciséis horas por día allá para ganar mucho menos, una miseria vamos a decir. Para que te des una idea, nosotros teníamos que trabajar 10 horas para que nos paguen 10 pesos, 1 peso la hora estaba, y cuando vinimos a Buenos Aires, trabajábamos ocho horas y nos pagaban 40 pesos. Esa diferencia había.

A: - Entonces lo que los llevó a tomar la decisión de vivir en Buenos Aires fue el tema de poder progresar...

E: - Exactamente.

R: - El tema del trabajo, que ya no había tanto...

A: - Última pregunta y no los molesto más, si tuvieran que elegir a alguien para volver a ver, ¿quién sería?

R: - ¿Alguien para volver a ver? Yo, mi mamá.

**Tu abuela Irma no nos dejaba
estar juntos**

Hija: Lucía Ibarra

Padre: Sr. Ibarra



Lucía: - ¿Qué hacías o quién eras antes se tener hijos?

Padre: - A los 17 trabajaba en un kiosco con Víctor, un amigo de la familia. En ese tiempo andaba de novio, a escondidas, con tu mamá. El kiosco se vendió, porque era un trabajo de mucho tiempo y como era nuestro, nos cansamos y lo vendimos.

A los 18 fui a trabajar con mi tío Tito, en un bar que tenía él en Ciudadela. Seguía de novio con tu mamá (*vuelve a recalcar*) a escondidas. Trabajé ahí hasta los 22 haciendo de todo, arreglaba cosas, atendía a la gente, me la rebuscaba.

A los 22 empecé a trabajar en el hotel, fui recomendado por mi mamá. Era un trabajo por una semana, porque era pintar unas paredes y puertas. Al tiempo me dijeron si quería trabajar permanentemente, porque necesitaban gente que tuviera el trabajo seguro.

Tomé el trabajo hasta el día de hoy (*se ríe*)

Después de trabajar volvía a la casa de Aude (*mi abuela*) mientras construía su propia casa. Estudiaba la carrera de maestro mayor de obra y trabajaba en el hotel.

L: - ¿Por qué andaban a escondidas con mamá?

P: - Porque mamá andaba con otros chicos. La iba a buscar a la escuela y veníamos de la mano hasta dos cuadras de su casa, me soltaba la mano y se iba a su casa.

Después de eso Karina quedó embarazada, fui a hablar con tu abuelo, Esteban, y le conté que estaba embarazada, que no me iba a borrar; y tu abuela Irma no nos dejó estar juntos.

Como yo sabía que tu abuela está medio loca, le iba a querer hacer un aborto porque ellos conocían a alguien que los hacía. Entonces fui a buscarlo al tipo de los abortos y lo amenacé que lo iba a denunciar si llegaba a hacerle el aborto. El hombre me dijo que no lo iba a hacer, que esté tranquilo y nunca más lo volví a ver.

Después fui a hacer la denuncia porque no me dejaban casarme con ella y un día llegó el patrullero a la casa de tu abuela. Me contaron que golpeó las manos y salió Irma, quejándose con un sobrino de ella. Mientras a tu mamá la tenían encerrada en la casa porque no la dejaban verse conmigo.

Cuando volvía a casa, para poder comunicarme con ella (*se sonríe al recordar*) tenía un reloj que hacía sonido cuando lo apretaba, así hablábamos a través de la rejilla del baño y cuando la encontraban la retaban (*comienza a reírse a carcajadas*).

Un día me llamó el Concejo y me preguntan qué quería hacer, y le dije que me quería casar, ellos me dijeron que entonces tenía que levantar la denuncia. Entonces cuando me dicen que sí, al otro día levanté la denuncia.

Trabajé tres veces más para poder pagar la ropa del casamiento y el salón para la fiesta. A mí me daba igual lo de la fiesta, sabía que era para los padres de tu mamá, yo sólo me quería casar (*se detiene al recordar*). Es más, ese día del casamiento se llovió todo.

Al tiempo, volví a la escuela para terminar el secundario. Mientras trabajaba, construía la casa y vivíamos en la casa de la abuela. Y cuando Mati (*su hijo mayor*) tenía 4 años, nos vinimos a casa.

L: - ¿Y antes de ser novios?

P: - Ni siquiera nos mirábamos, la pasaba en mi casa escuchando música a todo lo que daba, jugaba al fútbol en Defensa y Justicia, después ingresé en Independiente. No seguí jugando en Independiente porque empecé a trabajar en el centro de exposiciones en Recoleta, con tu abuelo. Y el dueño me dijo que sí quería ir a trabajar a Villa Gesell durante el verano. Así que le dije que sí y como en ese tiempo no había celulares y me llegó tarde la carta para el fichaje, no me enteré de la fecha que fichaban.

Cuando volví, en marzo, no pude entrar a jugar porque obviamente no estaba fichado, pero me habían dicho que podía seguir yendo a entrenar, pero como yo quería jugar no seguí yendo.

Después entré a la Mecánica de la Armada, era flaco, después del primer mes era un esqueleto (*se empieza a reír*). Tenía 15 años, pero estuve 6 meses metido ahí adentro, de los cuales 3 meses estuve encerrado en el calabozo porque me portaba mal, los otros 3 meses salía los fines de semana. Estuve 2 meses en la Armada, donde lo único que aprendí fue a diferenciar las navajas y un día nos tocó revisión médica y me detectaron pie plano y me rajaron.

Después me anoté en la Aeronáutica y como era mitad ejército mitad mecánica, entré. Era en Córdoba y como era muy lejos y estaba solo, a los 2 meses lo dejé, me acuerdo que a las 3 de la mañana nos levantaban y nos metían en una piscina para que aprendiéramos a flotar.

L: - ¿Y de más chico?

P: - De chico hacía más cagadas. Un día quemé un ropero del hotel donde vivíamos. Porque adentro del ropero había un toca disco y yo me ponía a jugar con el tocadisco; ponía el disco y lo hacía girar con el dedo, y un día prendí una vela sobre el tocadisco y se prendió fuego toda la ropa.

Una vez, no me acuerdo qué cagada me mandé, pero la abuela se había ido a bañar, y había una mesa en el medio del comedor, el abuelo se sacó el cinto y me corría alrededor de la mesa y cuando me estaba por agarrar me escondía debajo de la mesa (*mueve una silla*) o entre las sillas para que no me agarre (*se ríe a carcajadas*).

L: - ¿Recordas algo de cuando fueron a Ezeiza con la abuela?, ¿qué pasó?

P: - Cuando fuimos a Ezeiza a ver a Perón y estábamos caminando en la ruta (*se rasca la cabeza*) no llegábamos más y decían que había mucho lío entonces nos volvimos, y cuando volvimos al hotel, mi papá la cagó a pedos a tu abuela, porque había ido conmigo, me acuerdo que habían discutido. Y después mi mamá se enteró de eso y dijo “ah sí, tenías razón”.

Durante la dictadura vivíamos en Callao, a tres cuadras del Congreso. Una noche escuchamos ruidos: pa pa pa (*hace un ademán con la mano como de pistola*) y con los chicos que vivíamos en el hotel queríamos ver qué pasaba, cuando estábamos por salir nos agarran y nos cierran las puertas y nos meten adentro. Se escuchaban bombas y disparos casi todas las noches.

Después no me acuerdo mucho de eso.

Entrevista de Lucía Ibarra a su Madre

Lucía: - ¿Qué hacías o quién eras antes de tener hijos?

Madre: - Transcurría el año 1810 era una triste lavandera (*nos reí-*

mos del chiste). Era una dulce niña que vivía con una bruja de madre, porque me tenía cagando, mi casa era tipo regimiento porque a las 7 de la mañana nos levantaba y tenías que tender la cama, desayunar e ir a la escuela. Después de volver de la escuela comía y tenía que hacer las cosas de la casa, tenías que acarrear el agua para limpiar, después dormía la siesta un rato, obligatoriamente, eso sí, tenías que no hacer ruido, porque donde hacías ruido se levantaban y te pegaban.

Hacía la tarea, después de merendar te tenías que bañar y podías ver la tele, pero depende de lo que había en la tele y lo que te dejan. Yo miraba la Familia Ingalls, que era lo que había y mi mamá me dejaba, después ibas a hacer los mandados y a veces nos mandaban a la avenida a comprar, quedaba a quince cuadras de casa, y si comprabas algo mal te retaban o te lo mandaban a devolver.

Después a los 12 fui a la Técnica, iba a la mañana, estaba todo el día y a veces al mediodía nos íbamos a la casa de una amiga a pasar el rato. Me rateé dos veces y nos juntábamos en la casa de la chica que era mi amiga.

En ese entonces mi hermano más grande jugaba al fútbol en la cancha barrial y mis padres estaban en la comisión de padres, y en ese transcurso salía con un chico que se llamaba Juan Carlos, que era amigo de mi hermano más grande, dos años después nos peleamos con Juan, después picoteaba por ahí.

Repetí segundo en la Técnica y no quería ir más, entonces mi mamá me obligó a ir a la escuela nocturna. Volví con el chico anterior y andábamos más o menos, pero tu abuela no lo quería.

L: - ¿Cómo conociste a papá?

M: - En ese entonces me llevaba con tu tía, iba a su casa a pasar el rato, un día fuimos a bailar, en ese entonces seguía saliendo con distintos chicos, pero nada serio. Ese día salimos a bailar y nos pusimos a salir con tu papá.

L: - ¿Por qué no le dabas bola a papá?

M: - Porque en ese momento éramos amigas con Irma y no le prestaba atención, aparte era reservado, te saludaba y después se iba a escuchar música o se iba.

L: - ¿Por qué se pelearon con Moni?

M: - Porqueeee es un pelotudo, éramos como mugre y uña, y en ese tiempo había asaltos, yo iba a todos lados con él, es más, el novio que tuve primero era amigo de él, y cuando me puse a salir con tu papá nos distanciamos y cuando tuve a Mati nos peleamos porque él lloraba y se enojó. Nos peleamos y agarré a Mati y me fui a la casa de tu abuela.

L: - Cuando papá volvió a estudiar ¿qué hacías?

M: - Cuando papá volvió a estudiar fuimos juntos un año, y un día un pibe me arrastraba el ala y tu papá lo encaró y nunca más me volvió a hablar el pibe.

Ivana no llores querida

Ivana Daniela López Saracco



Mi nombre es Ivana López Saracco. Nací el 10 de febrero de 1987 en Avellaneda, un mediodía. Fui la tercera cesárea de mi mamá. En esa época se decía que, habiendo tenido otras anteriores, cada hijo que naciera sería por cesárea. En la edad de los “¿por qué?”, quería ver esa cicatriz y mi mamá con mucha prudencia y con cara de fastidio –porque ella era muy discreta para todo- subió su remera y dejó que viera en su panza la cicatriz que iba desde la ingle hasta el ombligo.

Fui la última hija de mi papá (22 de noviembre de 1930 - 2017). Nació en la ciudad de San Francisco, Córdoba. Cuando contaba su historia siempre decía que, durante su infancia en el colegio, lo reprendían todo el tiempo. Le decían “Pillo”. Tenía un perro llamado “Cinco” al que quería mucho. En sus recuerdos, con tristeza nos decía: “un día mi vecino se enojó y me lo mató”. Tal vez el perro había hecho algo -no recuerdo mucho la historia- pero sí recuerdo cuando él la contaba. No terminó la primaria: siempre remarcaba desde qué temprana edad había comenzado a trabajar. Pienso que si se hubiera dedicado a estudiar, como alguno de sus hermanos, hubiera sido ingeniero metalúrgico ya que sabía mucho de máquinas, metales, barcos, etc. Estaba orgulloso de su imagen. Era buen mozo y a sus veinte años, ya siendo padre, muchas mujeres grandes querían salir con él. Fue muy pintón. Como se dice, siempre elegante. Sus allegados le decían “Sapo”.

Yo siempre les pedía a mis padres que me contaran cómo se habían conocido y los escuchaba atentamente. A él le encantaba fanfarronear su conquista: un día vio caminando a la que sería mi madre. Llevaba puesta una pollera muy linda y él se fascinó con su figura y con sus piernas. Ella iba acompañada por su hermana, iban al teatro.

Un año después volvió a verla por la misma zona y se dijo a sí mismo “esta vez no se me escapa” y la invitó a tomar un café.

Él siempre contaba algún detalle cada vez que yo le pedía que hablara sobre su historia de amor. Me contó que la familia de mi mamá había contratado a un detective porque no querían que saliera con él. No lo querían, pero respetaban a mi mamá, sin embargo, no dejaron de contratar al detective, contaba mi abuela Olimpia. Me lo decía des-

de su edad avanzada a mis 9 años, lo hacía con palabras breves ya que él era mi papá y aun así ella me decía que no lo aceptaban, que habían estado totalmente en desacuerdo con esa relación. Pero fue mi mamá la que tomó la decisión dejando atrás una relación de 5 años y su carrera universitaria para estar con él y formar entonces su familia. Creo que la mayoría llama a esto “AMOR VERDADERO”.

Cuando mi mamá me contaba parte de su historia podía ver la convicción con la que había tomado su decisión. Su prometido era un futuro médico y hasta habían compartido un viaje en familia a la playa - eso era un momento trascendente para cualquier familia- pero me dijo que con él era todo aburrido, siempre igual, en cambio en las salidas con mi papá se podía divertir. Entiendo que era feliz con él.

Pero no todos eran momentos tan felices.

Él ya tenía una vida pasada. Mi mamá se enteró de esto en cierto punto de su enamoramiento. Se enteró de la otra parte de su historia ya hecha con su esposa Olga, conocida como Coca, y de mis 5 hermanos. Cuando estaba embarazada de Fiona, la menor de mis otros hermanos, es cuando mi papá conoce a mi mamá, con sus 24 años y él, ya con una familia hecha decide y elige al amor de su vida.

A raíz de todo esto, que no fue un conocimiento de sus vidas de forma transparente, como a veces creemos o imaginamos, o como si se contara un cuento o una novela, ella iba descubriendo la vida de mi papá mientras iba viviendo su historia. Una de las tantas anécdotas durante mi infancia fue la del momento en que a mi papá lo internaron un día al borde de la muerte, contaba que estaba con un dolor terrible y lo internaron de urgencia. Era un ataque al páncreas y pudieron salvarlo. En esa desesperación el amigo llamó y le dio aviso a Coca, pero también se enteró mi mamá; él decía, con gracia, pero con preocupación por lo que pudiera suceder en esa situación, “se me juntó el ganado”.

Son varias las anécdotas por recordar, algunas más graciosas y otras más incómodas como la que acabo de contar recién. Pero cuando importa la lucha por la vida misma, una situación poco ubicada tiene otro entendimiento para todos, sin rencores ni malestar alguno

porque lo que importa es que el ser querido salga adelante.

Fue en aquellos momentos de mi infancia, cuando me pude enterar cómo se conocieron, qué es el amor.

“¿Qué es tener novio?” Le preguntaba a mi abuela mientras la acompañaba en sus tardes de novela y de otros programas de TV que marcaban una etapa importante en la vida de las personas, por ejemplo, el programa “Yo me quiero casar ¿y Usted?”.

Veía y escuchaba cómo la gente se quería conocer con el otro. A pesar de que mi abuela era viuda me contaba con felicidad, cómo vivió su matrimonio y con sus caricias me daba a entender el agrado de tener amor. Pero yo era muy chica y tan sólo me generaba curiosidad cómo nacíamos y cómo se formaba una familia.

Ellos me veían crecer: yo siempre charlatana, lo que aprendía lo contaba en el colectivo rumbo a la escuela; hablaba, por ejemplo, de San Martín. Bien me acuerdo que me levantaba del asiento y me acercaba a la gente hablando de su historia. Yo no sabía que eran ya historias clásicas porque para mí era algo nuevo. Pero me encantaba. También me veían escribiendo en mi diario íntimo o en alguna agenda.

Cuando veía a mis amigas les mostraba todo eso, que para mí era mi mundo.

Entre mis fotos, mis propias historias y otras, siempre me pregunté qué es lo que hace que la gente quiera contar sus historias.

Fotos

Tengo 25 años, todos juntos en familia con una sonrisa en el rostro, con una mano sujetando a la persona más amada.

Tanto ella como él me enseñaron lo mejor de la vida: el amor.

Uno se puede perder, puede atravesar problemas económicos, rechazos de otras personas, pero nunca deja de ser amor. Te golpea, te maltrata, te endulza la vida, te enloquece, te deja, te lleva, te trae por las mejores sensaciones que el ser humano pueda vivir.

Una vez le escribí un poema a mi abuela, donde le decía que es su ejemplo el que quiero seguir: aprender las caricias que me dio y el aliento en verme como una artista.

También mis padres escuchándome siempre, viéndome reír, llorar, o aquel abrigo dado en mitad de la noche cuando me destapaba, o aquellas otras de desvelo cuando me sentía mal, pero siempre estaban. Los amé, los amo con todo mi corazón. Me hicieron bien, también mal, pero puedo decir que en sus miradas encontré la verdad y el mejor ejemplo para todo el resto de mi vida, que debo enfrentar sola.

Lloro, lloro cuando quiero llorar, cuando recuerdo que las cosas andaban mal y que no estaba en mis facultades poder solucionar aquella aflicción. Me encerraba en mi cuarto a escribir en mi agenda, a dar vueltas en mi mundo. Aquello que había brillado ya no brillaba más.

Te enterás que tu hermano se droga, después que sufre una enfermedad. Qué tu mamá está sosteniendo la casa con todas sus fuerzas y que tu papá ya no tiene ese carisma auténtico. Algo pasa, pero nadie lo nota y no sabes cómo pedir ayuda.

Había que afrontar con fuerzas esas luchas que se aproximaban. Hay que estar alerta, prevenir y ocuparse, así fue en la adolescencia cuando todo es un caos.

Vino un tiempo difícil para la familia. Mi hermano se drogaba y alcoholizaba mientras se le iba desarrollando una esquizofrenia, a mi mamá le costaba sostener la casa y comenzó a haber enfrentamientos con mi papá.

Durísimo fue para mí saber de la enfermedad de mi hermano, también de su vida con las drogas. Mi hermano siempre había sido un referente para mí (me lleva 5 años). Hubo un antes y un después en mi vida en ese momento. Pero allí estuvieron mis amigas acompañándome siempre.

Hubo un tiempo en que no soporté más y me fui a Mar del Plata a vivir a la casa de una prima.

Hubo varios acontecimientos, unos más duros que otros y el sostén siempre fue mi mamá con su calma y amor. Se dependía de una entrada fija que mi mamá tenía por herencia y de su propia jubilación. Ella venía de una familia cristiana y mantuvo la fe hasta el último día de su vida. Entre mi papá y mi mamá se potenciaban las

dificultades.

Me fui a vivir con una amiga y al poco tiempo recibí un llamado de mi mamá pidiéndome ayuda para hacer las compras, se había dado un duro golpe en el suelo y quedó con problemas en el lado izquierdo del cuerpo y en el habla. Una época difícil que afronté volviendo en poco tiempo a casa.

Mi mamá

Beatriz Noemí Saracco (10/07/42) me enseñó todo, hasta a respirar en situaciones donde sentís que no hay salida. Me regaló el don de la paciencia, el entendimiento, la prudencia, muchos valores a través de su ejemplo. Ella fue maestra, le faltó un año para recibirse en la Universidad de la Plata en Ciencias de la Biología. Tenía un perfil hermoso. Muy amada por sus padres; ella amaba a los suyos; era una persona que con una mirada te decía más que con mil palabras.

Mis momentos con ella eran mi ida a la escuela y la vuelta a casa, a veces, muy de vez en cuando, como un regalo, íbamos a Burger King o a Musimundo a comprar música. Es increíble cómo recuerdo esos detalles, pero era algo fuera de lo normal, me dejaba ver y elegir lo que me gustaba ¡qué amable era!. No puedo evitar emocionarme cuando hablo de ella y también trato de recordar sus palabras “Ivana, no llores querida”.

Mi papá

Mi papá era un buen padre, pero era una persona difícil de tratar, a pesar de que era sencillo llegar a él. Mi papá trabajaba mucho y cuando regresaba siempre lo hacía con regalos o chocolates. Todos mis dibujos eran para él, que los guardaba en su portafolios y pasados los años fue conservándolos, me los mostraba y decía que siempre los tenía consigo.

Había tardes que las pasábamos juntos y me contaba historias. Yo estaba a su lado y me contaba al oído y podía imaginar pajaritos –él imitaba el canto de los pájaros- esa era la mejor parte. Cada vez que terminaba una historia, quería que me contara otra.

No todos fueron momentos felices.

Hubo violencia ejercida de mi padre hacia mi madre, hubo golpes muy fuertes. Mis hermanos y yo no podíamos evitarlo, no quería que mi papá estuviese, no soportaba ni una discusión más. No sé cómo, no me pregunten por qué, se pudo sobrellevar una vida en paz y digna. Ella, mi madre, tenía una mirada muy aferrada a Dios.

El 15 de febrero de 2015, me dan la noticia, un día después de haber ido a visitarla. Ya no podía hablar.

Después de su muerte, mi papá entró en una tristeza enorme. No dormía, no comía y a mí me costó hasta el último día de su vida volver a verlo. Lo hice para darle una cucharada de comida, rompí en llanto.

Educar con el ejemplo

Hijo: Mauro Domingo Loricchio

Madre: Claudia Adriana Depalma

Padre: Jorge Vazquez



Esta entrevista de vida parecía diferir de las charlas diarias que tengo con mi viejo. Si bien cambian los roles y el posicionamiento de cada uno, particularmente yo tenía un nerviosismo interno diferente a otros trabajos.

Sin embargo, no podía dejar pasar más tiempo y aquel viernes fuimos por una cerveza al bar de a la vuelta. Antes de ir, como desde el primer día en el que se enteró que iba a ser entrevistado, decía que no tenía nada para contar más de lo que yo ya sabía.

- Mirá que no sé qué decir, eh...

Yo lo tranquilizaba, le decía que sería una entrevista de vida, autobiografía y que se explayara de la forma que quería.

Por experiencia con respecto a otras entrevistas y, además, por saber cómo es, sabía que luego de la primera pregunta se vendría una catarata de idas y vueltas. Finalmente, fueron tres horas enriquecedoras, porque no sólo tocamos temas que leerán a continuación, sino que se sumaban charlas cotidianas, consejos de cómo cada uno debía enfrentar tal o cual cosa, comentarios sobre nuestro querido Boca Juniors (estábamos en víspera de una final) y demás. No les voy a mentir, entre medio lo llamaron alrededor de tres veces, ¡es un tipo muy solicitado!... mientras hablaba me hacía señas con la mano para lo que espere y yo ahí reafirmaba mi elección de elegir hablar con él.

Como presentía, terminé adentrándome en temas desconocidos para mí, lo que jamás hubiésemos tocado si no hubiera sido de esta forma. Por eso, en vez de seguir contando yo y haciendo más larga esta introducción, que comience a hablar él...

Mauro: - Contame sobre tu infancia

Claudio: - De la infancia tengo buenos recuerdos, tuve una infancia feliz. No hay nada que me haya marcado. Los recuerdos que tengo son todos lindos, con mis amigos, mi familia, la primaria, las cosas que hacíamos con los chicos, mismo la adolescencia fue una etapa muy linda.

M: - No existían las herramientas que hay ahora para entretenerse... ¿qué hacías?

C: - Y no. En la infancia nos juntábamos en una esquina de Wilde, había muchos terrenos baldíos, casas en construcción y siempre teníamos espacios de tierra donde jugábamos a la bolita, al hoyo pelota, al trompo y bueno, fútbol, pero de chiquito no tanto. Siempre teníamos algo para hacer, con qué divertirnos y con qué jugar. Siempre en comunicación con los chicos, había veces que nos peleábamos, pero a los dos minutos estábamos jugando otra vez. Como no había celular, yo salía del colegio a las 17 hs. Y María, mi vieja, me esperaba con la leche, yo ni bien la terminaba ya arrancaba para afuera, hasta las 22 hs que me iba a buscar a una esquina, a la otra o me gritaba por que como era todo baldío se escuchaba.

M: - ¿Y la adolescencia?

C: - La adolescencia fue mayormente fútbol. Empecé a los 10 años, me fui a probar a Arsenal e íbamos en bicicleta desde Wilde hasta la cancha que queda en Sarandí. La realidad es que no había tantos miedos como ahora, entonces íbamos paseando. Me acuerdo que Adrián, mi papá, me había regalado una multiuso... había salido ¡me acuerdo! Un modelo naranja fluo, asiento con respaldo y volante palomita, parecía una moto, era hermosa, yo solo la tenía en el barrio. Bueno después dejé de ir al club porque me quedaba muy lejos, aparte me la pasaba jugando en el barrio. Luego, empecé a parar en la iglesia, a dos cuadras de donde vivía y ahí sí jugábamos todos los días y los domingos campeonato. Después me fui a probar a Independiente, pero sí, era más que nada fútbol.

Por otro lado, en séptimo empezamos a ir a los asaltos, si bien con los chicos íbamos a la tarde a la escuela, conocíamos a todas las chicas de la mañana, nos hicimos amigos Carlitos y yo, nos invitaban a los asaltos que organizaban ellas así que íbamos a todos los asaltos.

M: - ¿Escabiabas ahí?

C: - ¡Nooooooo! Todo jugo y gaseosa. No había alcohol, a las 12 am terminaba y nos volvíamos a dormir. Bailábamos muy poco pero la pasábamos lindo. Después empecé la secundaria, seguía jugando al fútbol con mis amigos pero ahí los fines de semana. Porque en ese momento, en la semana a la mañana tenía taller y a la tarde tenía clase,

iba todo el día durante tres años.

M: - ¿A qué escuelas ibas?

C: - A la Siam Di Tella, en Piñeyro, Avellaneda. Me acuerdo que fui a hacer el examen de ingreso al Palá, que era una de las escuelas técnicas más reconocida de Avellaneda y ya eran los últimos días para ingresar al colegio. Me acuerdo que fui con un amigo, era uno de los pibes del barrio y que también jugábamos en Arsenal y no había estudiado nada, al contrario que yo. En el examen, él se sentó al lado mío, le hice todo el examen. Nos teníamos que sacar 22 para entrar, el sacó 23 y yo 21. Le hice toda la prueba a él y me quedé afuera.

Después mi papá consiguió, de última, en la Siam Di Tella, el mejor colegio técnico que había.

M: - ¿Por qué decidiste irte para el lado técnico industrial?

C: - Mirá mi viejo en ese entonces me aconsejaba que estudie comercial se llamaba en esa época o nacional. Un bachiller. Pero como Ángela, mi hermana, estudiaba eso y yo veía que se mataba leyendo, quise irme para el lado industrial, no tenía idea de lo que era, pero para no estudiar... Después me terminó saliendo el tiro por la culata porque tenía que estar más tiempo en el colegio que mi hermana.

Pero tuve la suerte de tener una familia que no me exigió estudiar nada, me dieron a elegir. Cuando entré a la técnica, estaba la modalidad que una vez recibido, al técnico lo mandaban a laburar a la fábrica Siam Di Tella, pero después cambiaron las reglas. A partir de la modificación con el ciclo básico no alcanzaba, pusieron cuatro años más de ciclo superior y de noche, no había a la mañana, la verdad que ahí me jodieron. Yo seguí un tiempo post cambio. En el año 1978, quedé libre porque me agarró hepatitis, tuve que dejar de ir a jugar a Arsenal también, todo. De noche no me fue tan bien con las materias, porque ya había empezado a trabajar, hacia frenos de bicicleta a la mañana.

M: - ¿Por qué empezaste a trabajar?

C: - Y... se ve que ya había cambiado la cabeza, ya estaba en la adolescencia y me gustaba ir a bailar, me gustaba salir, me gustaba tener mi plata básicamente. No quería pedirles plata a mis viejos, aunque

Adrián trabajaba, sabía que era para que nunca nos falte nada en la mesa y si me faltó algo en un momento, no me di cuenta. Los problemas que ellos tenían, nunca nos enterábamos, ni mi hermana ni yo.

M: - ¿Cómo se llevaban entre ustedes?

C: - Bien... la verdad que no me puedo quejar de mi familia. Mis viejos y mi hermana siempre estaban, nunca nos faltó nada, comida por lo menos, porque a otra cosa no le dábamos importancia. Por eso digo que fui feliz siempre.

M: - ¿Eras de hablar las cosas que te pasaban con tu viejo?

C: - Cosas que me pasaban no tanto, pero sí de cómo íbamos a edificar mi futura casa por ejemplo me contaba cosas de Italia, que jugaba al fútbol... pero cosas privadas nunca le conté, ni a mi viejo ni a mi vieja, siempre traté de arreglármelas solo. La verdad es que no había la comunicación que puede haber hoy entre padre e hijo. Adrián se dedicaba a laburar desde las 4 am hasta las 17 pm y cuando llegaba se ponía a edificar la casa, así que mucho tiempo para hablar no teníamos. Pero que estaba, estaba siempre. A veces me pedía que lo ayude y yo iba, a veces no quería, pero hoy se lo agradezco porque me enseñó la cultura del trabajo. La verdad es que de mis viejos no tengo nada que decir.

M: - Te dieron bastante libertad por lo que me contás...

C: - Sí, sí. Siempre me dejaron hacer... bah, más que nada, yo sabía qué era lo que les podía molestar. Me inculcaron de chico y sin darme cuenta aprendí. Sabía que tenía que levantarme temprano e ir a trabajar, sabía que tenía que ir a estudiar. De hecho, no sólo tuve mi familia como enseñanza, cuando paraba en la iglesia del barrio, con el cura Eliseo, que fue lo mejor que nos pasó a nuestro grupo de amigos, era todo muy sano y vivíamos prácticamente ahí. Y claro, mi vieja religiosa y católica hasta las manos, estaba contenta y tranquila que estábamos ahí porque sabía que no estaba en la calle. A la misa no íbamos nunca con los pibes y las pibas, es más yo ahí aprendí que para ser buena persona no tenés que ir a misa, sino que la misa la tenés que hacer todos los días ayudando a la gente.

Te cuento una de Eliseo... en el año 1983, a mi me faltaban seis

meses para terminar el colegio y me propuso que sea chofer de Amalia Fortabat, que era en ese entonces la dueña de la cementera más grande del país. Yo estaba enloquecido por ir, lo único... tenía que ir a Olavarría porque ella vivía allá pero venía constantemente para acá y yo me acuerdo que le dije que no porque quería terminar el secundario para que mis viejos vean que había terminado el colegio.

En ese año yo seguía cursando, porque en el 1981 había dejado para empezar la colimba.

M: - Era obligatoria...

C: - Sí, claro... desde siempre, es más antes se hacía desde los 20 años. Pero los de la clase 56 y 57 no la hicieron para pasar a los 18 años y yo la tuve que hacer a partir de esa edad.

M: - ¿En qué año?

C: - El 11 de marzo de 1981... Me mandaron a llamar, me voy a La Plata. Éramos 500 ahí. Eso era el destacamento donde nos hacían la revisión médica a ver si estábamos aptos para entrar. No me acuerdo cómo se llamaba. Nos pusieron en fila para designarnos el lugar donde íbamos a hacer la colimba. Una fila iba para Cobunco -Neuquén, otra para Santa Cruz. Yo estaba asustadísimo... No va que me toca la fila de Cobunco, pero me pasé a la de al lado que era la Sargento Cabral, Campo de Mayo, San Miguel... si me llegaban a ver todavía estaba en la colimba.

Bueno, de ahí me mandaron para allá, yo estaba angustiado porque no quería hacerla, el único en mi barrio que tuvo que ir.

La verdad que cuando llegué allá fue un asco, todo sucio, nos tiraron en un playón y nos empezaron a cortar el pelo a todos, nos raron a cero. Pero bueno, a medida que pasó el tiempo me fui acomodando y terminé en Depósito de Intendencia. Por suerte salía todos los fines de semana, no hacía guardia... yo no tenía problemas con ningún cabo ni sargento porque necesitaban de mí, yo tenía toda la ropa limpia, ordenada y encima enganché a mi vieja (la hice trabajar) para que les haga unos sombreros, quedaron locos ahí, gracias a eso, es donde más me acomodé. No me quedaba otra, pero por suerte la pasé y me la rebusqué para pasarla lo mejor posible. Y bueno, el 13 de

noviembre de 1981 salí en la primer baja.

M: - Esta claramente relacionado con el golpe de estado, me gustaría que me hables un poco de eso...

C: - Si... Yo la verdad que no lo viví tan de cerca, no teníamos dimensión de lo que sucedía ni tampoco información, pero la vida era bastante disciplinada, por eso te digo que estoy bastante confundido con respecto a este tema, enterarme luego de 30, 35 años todo lo mal que hicieron, me hace pensar que en ese momento vivía una realidad paralela. Lo que más veía que hacían eran toques de queda, razia...

M: - ¿Qué era eso?

C: - En los toques de queda te dejaban estar hasta las 22 horas en la calle y más de dos puntos no podía haber. Pero mayormente hacían razia, todo el tiempo... se subían a los colectivos y pedían los documentos de todos.

M: - ¿Veías cosas raras?

C: - A mí nunca me tocó, pero supimos de pibes que los subían a los colectivos y los cagaban a palos, les rompían los dientes, amigos míos, algunos de los pibes con los que jugábamos en Independiente, chicos que no estaban metidos en nada e igual le pegaban.

También vi ahí en el barrio que un día a las 2 am vinieron unos Falcon verdes, con unos tipos adentro y se llevaron a dos muchachos mucho más grandes que yo (con los que jugábamos a la pelota en la calle), tenían ponele... 25 años y yo 12... 13... Trabajaban en la fábrica de Citroen, eran gremialistas y los encontraron con panfletos en contra de la dictadura militar. No volvieron a aparecer nunca más lamentablemente. Es el único caso que me tocó de cerca, ví a la madre y a la hermana sufrir mucho porque eran vecinos. Después casualmente la hermana terminó siendo la maestra de jardín de Claudio, mi hijo más grande.

M: - Después de eso me imagino el miedo...

C: - Sí, sí, me daba miedo, pero no estábamos muy interiorizados. Al no estar metido, no sabías de qué se trataba. De hecho en mi adolescencia, todavía era pleno gobierno militar, nosotros salíamos a las 3, 4 am a bailar o a pasear por todos lados, íbamos caminando y

nunca nos pasó nada.

M: - ¿Y cómo hacían con los toques de queda, ¿cómo sabían que habría?

C: - Había épocas que había y otras los sacaban.

Lo comunicaban, por la tele y por la radio, yo ahora no me acuerdo bien pero había una música, ¡una música!, que cada vez que lo escuchábamos nos quedaba grabada. Eran las cadenas nacionales. Pero nosotros cuando nos enterábamos salíamos de a dos o tratábamos de no quedarnos en una esquina.

M: - Usaban los medios para eso...

C: - Manejaban todo, ¡todo! Por eso uno no estaba tan interiorizado. De hecho, en la época de Malvinas, mandaron pibes que hicieron la colimba conmigo que no sabían ni tirar...

M: - ¿Qué fue la vida de ellos, sabés?

C: - De los que conozco sólo uno o dos sólo volvieron bien. Después algunos con depresión, otros que escuchaban ruidos y se tiraban al piso... Si bien como te dió que no me molestaron nunca los militares, estas cosas me daban mucha bronca, me ponía en el lugar de los soldados que eran pibes de mi edad y pensaba que podía ser yo, de hecho estuve dos meses de la guerra pendiente a cada llegada del cartero porque estaba de guardia, si me necesitaban me llamaban... Me daba mucha bronca la gente que donaba cosas también, me daba cuenta que esas cosas nunca iban a llegar... joyas, ropa, comida, se quedaban con todo. Eso fue toda una mentira.

M: - Hablemos un poco post esa época... ¿En qué año te pusiste a salir con la vieja?

C: - Con Lina en el año 1978, el 8 de mayo de ese año nos pusimos de novios y me casé en el 85, el 7 de septiembre. Me acuerdo de que me caía mal antes de ponerme de novio, muy mal, pero después me acerqué y le hablé. Al principio no creí que iba a ser la madre de mis hijos, pero pasaban los años y me lo iba confirmando.

M: - Formaste una familia con ella, finalmente...

C: - Dos hijos tuvimos. El más grande, Claudio, nació el 15 de agosto de 1988. En esa época yo trabajaba en Italfide, una fábrica que

quedaba en Wilde. No me acuerdo en qué mes me dijo que estaba embarazada, pero sí me acuerdo que me agarró un miedo bárbaro, pero después estábamos muy contentos. Yo estaba tranquilo laboralmente y podía enfrentar una crianza... tenía mi casa que era lo que más me preocupaba a la hora de pensar en una familia así que lo enfrentamos bien. Bueno seguí mi vida trabajando, Lina cuidaba a Claudio... y a los cinco años me vuelvo a ir a trabajar afuera, viajaba mucho con el trabajo. En ese año, en abril de 1993 me vuelve a anunciar el embarazo, ¡¿otro más?!, le digo... ¿cómo hacemos ahora? Pero estábamos contentísimos... a diferencia del primer embarazo no lo pude vivir entero, me tocó estar cuatro meses en Río Gallegos pero por suerte pude volver para presenciar el nacimiento de mi segundo hijo- Fueron las dos alegrías más grandes de mi vida.

M: - La infancia de los dos, contame...

C: - Al principio no sabíamos ser padres, crecíamos y aprendíamos junto a ellos. Cuando teníamos a Claudio nada más, era más fácil porque era un hijo sólo y vivíamos pendientes de él. Lo que quería o necesitaba tratábamos de hacerlo. Y a medida que iban pasando los años veíamos las necesidades de cada uno. Siempre tratamos de ser justos con los dos, darle a los dos lo mismo y bueno a Mauro acompañarlo de la misma forma que a Claudio.

Mauro se pegó mucho a mi, íbamos juntos a todos lados, desde ir a comprar algo con el coche a llevarlo a fútbol, a la psicóloga, al jardín, compartí un montón de cosas... pero como dije, siempre tratando de estar y acompañar a los dos de la misma forma, de educar con el ejemplo.

M: - Bueno, hicimos un recorrido por toda tu vida y quiero terminar preguntándote a qué apelas de ahora en más, qué cosas que no hiciste te gustaría hacer...

C: - A mí me encantaría que tanto Claudio como Mauro sigan su camino, que sean felices, que estén tranquilos y a partir de ahí disfrutar de a dos con Lina. Si puedo viajar, viajar que es lo que más me gusta, ir a la playa y lo que me encantaría tener es un quinchito, una pileta y una parrilla para ir todos los fines de semana. Tratar de jubi-

larme, hacer un buen asado, agarrar el auto y andar por la ruta, que hace mucho no lo hago.

Memorias del desconcierto

Hija: Milagros Mafucci

Madre: María Elena



Milagros: - Bueno, voy a hacerte una serie de preguntas que voy a grabar y transcribir para poder compartir un poco de tu experiencia de vida con otras personas. Lo primero que quería pedirte es que te presentes.

María: - Mi nombre es María Elena, y tengo 61 años.

Mi: - Si tuvieras que describir tu niñez en 3 palabras, ¿cuáles serían?

Ma: - Inocente... madura a la vez. Y pobre. Mi adolescencia también fue bastante sacrificada.

Mi: - ¿Y tú adulez?

Ma: - Mi adulez fue cuando me casé y empecé a tener a mis hijas, es decir cuando tenía 21 años. Considero que mi vida adulta fue bastante buena, me casé y crié 4 hijas que fue lo que siempre quise; en la adolescencia uno va pensando qué es lo que quiere y para mí era eso: la familia y el hogar. Gracias a dios tuve todo.

Mi: - En esa juventud tan conflictiva que recordás, ¿qué cosas te hacían sentir feliz?

María: - El estudio. Me gustaba superarme, y un gran objetivo era ése: superarme. Mi gran sacrificio fue estudiar, para poder estar un poco mejor.

Mi: - Estudiaste y ejerciste como martillera, ¿imaginabas llegar tan lejos con el estudio?

Ma: - No, la verdad no lo imaginaba. De chica iba al colegio cuando podía nomás, porque trabajaba mucho, tanto cuando vivía en Formosa como cuando vine con mi mamá acá a Buenos Aires. Iba más por la comida que por el estudio, yo no entendía que ahí podía superar todo lo malo que pasaba. No tenía con qué vestirme e iba muy desprolija, por eso no tenía amistades y me dejaban de lado.

Mi: - ¿Recordás alguna persona de esa etapa que te haya hecho sentir bien?

Ma: - Si, una quedó de recuerdo. No conservamos una amistad.

Mi: - ¿Recordás objetivos puntuales que tuvieras de chica para cuando fueras adulta?

Ma: - Lo único que pensaba cuando trabajaba en limpieza dentro

de una casa de familia era que quería tener hijos. Mi ambición más grande era tener hijos y formar mi propia familia. Por eso es que hoy en día ya no trabajo más, porque decidí priorizar esa parte de mi vida.

Mi: - ¿Qué sentís de haber tenido, acompañado y criado 4 hijas?

Ma: - Un orgullo bárbaro. Papá quería tener sólo uno o dos, pero yo quería seguir teniendo más así que le insistí y tuvimos a las cuatro. Antes creíamos que cuando ustedes fueran grandes íbamos a adoptar, pero al final no lo hicimos porque pasamos esa etapa y ahora disfrutamos de los nietos.

Mi: - ¿De dónde crees que sacaste esa fuerza para salir de la situación en la que estabas?

Ma: - Supongo que debe ser todo por lo que pasé... y la falta de mi padre. Viví demasiadas carencias y no quise que mis hijas pasen por lo mismo, por eso es que quise estudiar también. Además, logré ayudar a mis hermanas a salir de ese ámbito, siendo la mayor siempre traté de guiarlas en lo que pude.

Mi: - Me gustaría saber, ¿cómo viviste la etapa de la dictadura militar?

Ma: - La verdad que no entendía mucho qué pasaba... debía tener unos 15 años, no tenía televisor y tampoco tenía una familia donde se hable del tema. Tampoco conocía familias que tuvieran experiencias con el tema. Recuerdo una vez que mientras estudiaba en el Cruce Varela nos dijeron “salgan todos afuera que estuvieron tirando miguelitos en el puente” que tenían puntas de clavos y se usaban para pinchar las gomas. A veces te hacían bajar del colectivo y volver a subir. También recuerdo que una de las veces en las que iba a capital, a los 17 o 18 años, de repente frenó el micro muy bruscamente y todos cayeron al piso. Un tipo se cayó encima mío y mi pierna se clavó con un remache que había en el respaldo de uno de los asientos, me dieron el asiento, pero noté que la sangre de la lastimadura me llegaba a los pies así que el chofer me llevó a una clínica y me cosieron mal la pierna, por eso me quedó marcado un agujero en la piel. El micro había frenado así porque pasaban los militares. Con papá no estábamos bien enterados del tema, éramos trabajadores que no estaban conec-

tados con la política. Había horarios para volver, y si era diez de la noche, a las nueve y media ya estaba en mi casa.

Mi: - ¿No sentías que eso era una exigencia que no te tenían que imponer?

Ma: - No. Siempre me enseñaron cuando trabajé en casa de familia que tenés que seguir las reglas que tengan en esa casa, y si no te gusta te vas a otra casa.

Mi: - El tema con lo político es que no es simplemente cambiarte de país.

Ma: - Eso no entraba en mi cabeza, porque nadie me hablaba del tema ni tenía contacto con otras personas de mi edad.

Mi: - ¿Pero sabían que hacían desaparecer personas, o no sabían sobre eso?

Ma: - Si, escuché... Me enteré que cerca del puente de Bosques había una casa donde habían matado a varias personas. Sabía que buscaban gente. También se hablaba sobre la Noche de los Lápices, que después vi la película y supe que pasó en La Plata y que reclamaban por el boleto estudiantil, pero en ese momento no entendía nada. Por eso siempre les dije a ustedes que si van a ir a la facultad se fijen bien con quién se van a juntar, dónde van a ir, tener cuidado con las marchas... hay que tener cuidado con el pañuelo que usas también, porque muchos juegan con la realidad y no hacen que el fin esté dirigido a quien realmente lo necesita. El feto, yo lo ví. A los tres meses, estaba formado, era grande. Lo vi, porque me lo hizo ver. Mi mamá me hizo ver cómo se lo sacaba. Fue muy cruel hacérmelo ver, es horrible y peligroso.

La velocidad es una debilidad

Hija: Agustina Marchetta

Padre: Sergio Alejandro Marchetta



Todo comenzó un domingo de abril, cerca del mediodía. La pileta estaba de estreno y el sol no calentaba en diez minutos. Sergio, en la parrilla preparando los elementos para comenzar el ritual: prender el fuego. Yo lo observaba sentada en la reposera y de a ratos miraba el cielo con los anteojos puestos. Recordé cómo era el fondo de casa cuando era chica. ¿Cómo fue que llegamos a esto? Flores violetas de jacarandá, el fastidio desde la cama y los teros cantando a las seis de la mañana. La sensación de reposo bajo la sombra de un árbol, ver pasar mis pensamientos y la compañía de un perro. Había más tierra y menos cemento. La pileta grande en realidad no estaba de estreno, para mí era algo nuevo. Ese día le dije a Sergio que necesitaba ver fotografías de su niñez. Tal vez para poder compartir esa sensación de haber perdido algo, de haber pasado, entre miles de otras cosas. Me miró con sorpresa y no respondió nada, siguió haciendo lo suyo. Al rato, me trajo una caja con un archivo reducido. Me lo llevé a mi casa para poder inspeccionar con tranquilidad. El siguiente domingo lo visité temprano. Mientras desayunábamos saqué unas fotos apiladas del bolso y las dejé al costado de la mesa. Todo comenzó un domingo de abril, pero en realidad había comenzado mucho antes.

Agustina: - Tengo entendido que tenemos ascendencia italiana. ¿Qué sabés de eso, cómo fue que llegó tu familia a la Argentina?, tus abuelos, por ejemplo.

Sergio: - Mis abuelos paternos eran Calabreses, mi abuelo materno Siciliano, y mi abuela Marchigiana. Se escaparon de la primera guerra mundial, en el 14. Primero llegó la familia Marchetta. Se instalaron por los bajos de Quilmes y comenzaron a trabajar la tierra. Hasta 1920, había un solo comercio en la ciudad, quedaba al frente de la estación de Quilmes. Unos tres kilómetros, más o menos, desde mi casa. Me contaban mis abuelos que en Ezpeleta se subían a un árbol y con unos binoculares, que habían traído de Italia, veían si el negocio estaba abierto. Como no había construcciones altas, se podía ver hasta allá. Un día, van a hacer las compras y cuando el tranvía llega a la estación, baja una familia de extranjeros, de inmigrantes italianos. Se daban cuenta por la ropa, las caras. La familia Asilí se presenta y

conversan un rato sobre la guerra. Estaban en busca de un lugar donde quedarse y poder trabajar. Fue así como se conocieron. La familia Marchetta los refugia, y empiezan a trabajar juntos en la quinta.

Se apoyaban entre ellos, otra no quedaba, no tenían ni para comer.

Así que esa es la historia de la familia, trabajaron toda la vida juntos, uno como dueño y otro como peón, fueron amigos, compañeros, exiliados y refugiados. Con el correr de los años, en 1926, nace mi papá, séptimo hijo varón de diez hermanos. Seis años después, en 1932, nace mi mamá. Digamos que se conocían desde antes de nacer, desde que nacieron. Se criaron, crecieron, fueron novios, después se casaron y después vino la familia que formaron.

A: - Mira vos, o sea que pasaron toda su infancia, adolescencia y adultez en la quinta.

S: - Sí, en el año 70 se mudaron a mi casa. Yo nací en el 71, al año siguiente. Ellos, fijate vos, que hasta nacieron en el mismo lugar. Había dos casas en la quinta, una a 400, 500 metros de la otra, perteneciente a cada familia. En una de esas casas, primero nació mi papá, con una partera a domicilio y en la otra casa, posteriormente, nació mi mamá, con la misma partera y en el mismo lugar, en el mismo predio. Se comprometieron muy jóvenes, cuando mi mamá tenía 17 años, y mi papá 23. Sus padres no querían que se casen, y hubo un quilombo con los permisos.

A: ¿En qué lugar está tomada esta foto?



S: - Esto creo que fue agosto del 71' y yo nací en marzo del 71'. Tenía seis meses y estaba en el auto de mi papá. Es en la puerta de la casa donde me crié, la casa de mi mamá. Actualmente vive otra familia. La habitación de siempre y antes se usaba el auto en la calle, no

había ningún problema. La casa sigue estando hoy por hoy.

A: - ¿Qué modelo es el auto?

S: - Falcón, modelo 68'. En ese momento debería tener tres años de uso.

A: - ¿Por cuánto tiempo lo tuvieron?

S: - Después mi papá lo cambio por un Taunus, en el año 75'. En el año 78' vendió ese Taunus y volvió a comprar un Falcon, lo tuvo por muchos años. Después, ya no tuvo más auto, se había puesto grande, y tenía sordera, igual que yo, viste, ya te va a tocar a vos. Así que por esa razón no le daban más el registro. Sólo teníamos una camioneta, que la usábamos con mi hermano, los dos, la compartíamos.

Me llamó poderosamente la atención la cantidad de fotos de niños que hay de ambos, posando al lado de un vehículo. Como si esa tradición de fotografiar los hijos junto a los vehículos, que se iba teniendo con el correr del tiempo, fuera algo importante para nuestra familia y se hubiera terminado conmigo. Pero no le digo nada. Del montoncito sacaba de a una fotografía. Y la segunda que agarré, fue la del colectivo. Le dije que me encantaba. Sobre todo, porque el 98 me sigue dejando en muchos lugares a los que quiero volver. Los detalles del chasis me parecen genial. Me quedo mirando el contraste que se genera entre la gigantesca estructura de metal y él. Hasta que estira la mano y toma la foto entre sus manos.

S: - Esta foto es posterior, acá debería tener dos años. Este colectivo era de mi primo, éramos vecinos. Nosotros aprovechábamos porque lo dejaba abierto. En ese momento nadie tocaba nada. Venían los chicos del barrio y subíamos todos, era una forma de divertirse, estaba bueno. Hoy en día hay desfiles de colectivos antiguos. Algunas personas los mantienen en perfecto estado. Antes no todos los colec-



tivos eran de la línea, vos podías comprar uno, trabajarlo ahí y la empresa te daba un porcentaje.

A: - ¿Esta era tu casa?

S: - Sí, ésta es en el fondo de casa. Había un limonero, un naranjero y uno de mandarina. Después todo fondo, césped y de mano derecha se ve que hay un galponcito, típica: estaba el gallinero. No podía faltar, todos los días ir



a ver las gallinas, recolectar los huevos, darles de comer. Fue parte de la rutina, del entretenimiento. Siempre nos dedicamos al cultivo de la tierra, es un poco lo que se mamó.

A: - Me gusta esa sombra, y el gesto del niño a caballito.

S: - Esta foto es en la casa de mi tío y el Falcón de la otra foto.



La familia completa. Mi hermano es el que saca la foto, yo estoy con mi hermana, mis primos... no, está acá mi hermano, en la foto, mi hermano, mi hermana, yo, que me tienen a caballito. Uno de mis primos tiene la misma edad que yo, un par de meses más chico. Son de

parte materna. También era quintero, había llegado de Italia, junto a mi abuelo materno. Y como acá no tenía lugar, se independizó. Se fue a la zona de Abasto, cerca de la Plata, y se dedicó a lo mismo, a cultivar la tierra. Nosotros íbamos todos los domingos. Cuando llegaba el viernes, mi mamá se encargaba de ir hacer los mandados y compraba el seso, la carne y hacía los ravioles caseros. Y mi tía nos esperaba con un estofado y el postre para la tarde. Nosotros íbamos a la mañana temprano, pasábamos todo el día y a la noche nos volvíamos. La sali-

da del domingo: ir a visitar a la familia.

A: - ¿Cómo viviste tu infancia?

S: - Bien, feliz, hermosa. Si la tuviera que volver a elegir, la elijo, no tengo dudas. Me crié en un ambiente muy sano, con gente muy buena. Y me criaron, creo, de la mejor manera. Me dieron toda la libertad del mundo y nunca tuve un problema, ni me agredieron, ni me pegaron. Mi mamá me enseñó de la tradición italiana, ella lo llevaba en la sangre, cocinaba mucho. Y mi padre me dejó una enseñanza muy grande, contemplar la naturaleza y la libertad. Le gustaba el hábitat natural, estar al aire libre. Gozar de la tranquilidad, no mirar la televisión. Heredé eso de él. Nunca le importó mirar la tele. Decía que había cosas mucho más lindas para mirar.

A: - ¿Conociste a todos tus abuelos?

S: - La única que conocí fue Enriqueta Cotini. Vivía a 4 cuadras, estábamos siempre en la casa de ella. Tenía una casa grande. Y nunca se sacó la tonada italiana, siempre habló con el acento, 50 años viviendo acá y seguía hablando de la misma manera. Falleció de bastante grande, casi a los 90 años, a nosotros nos ayudó muchísimo. Cocinaba muy bien, mucho al horno de barro, amasaba y hacía todo casero.

A: - ¿Qué significó Marta en tu vida?

S: - Mi segunda mamá, era mi madrina también. Me crió, no sé si más o igual que mi mamá. Me parece que más, a la par estuvo seguro. Me iba a buscar todos los días al colegio, porque mi mamá no me llevaba, ni me iba a buscar. Siempre estuvo presente. Entre ellas se llevaban muy bien y compartían todo. Antes era tan diferente. Desde hacerse los mandados, la comida, de: “yo ya hice los fideos, espera que te llevo un poco” y así, compartían todo.

A: - Ella disfrutaba también de estar con vos.

S: - Sí, seguro. Me lo hacía sentir también, me llevaba a todos lados, con permiso o sin permiso.

A: - Como acá...

S: - Como ahí, desde corto tiempo. Tenía una casa en la costa y me llevó desde muy chiquito, al año, año y medio, como si fuese su



hijo. Y antes, no había ni teléfono, así que, me iba en diciembre y volvía en marzo. Mi mamá biológica estaba 4 meses sin verme.

A: - ¿Te gustaba estar allá?

S: - Me sentía tan libre, tan salvaje, tanta libertad. Estaba como en mi casa pero en libertad. Salir, andar, meterme por todos lados. Pocos vecinos. Había solo un galponcito en la playa, no existían los balnearios, ni las

carpas. Íbamos todos juntos, unos cuantos días a acampar, sol de noche y quedarse ahí. Nos divertíamos mucho. Era el campo, pero con mar. Lugares inhóspitos. Hoy por hoy es un lugar que está tan poblado. Hace años que no voy, ya no me causa placer ir. Es un lugar que me repele, no me gusta, los edificios, la gente, la abundancia.

A: - ¿Quiénes son estas personas?



S: - Uh no, no me acuerdo, serían unos amigos. Lo que más me gusta de esta foto es que mi papá me tiene a upa. Una de las pocas fotos en las me tiene en sus brazos. No era porque no me quería tener, no estaba nunca por una cuestión de trabajo. Estaba mucho tiempo

trabajando, hasta los domingos pobre cristiano.

A: - Acá dice 1980, ¿estabas en 4to grado?

S: - Esta señorita, Estela. Era bravísima.



A: - ¿Por qué con anteojos, no?

S: - No sé, encima eran anteojos de sol. Se sacó la foto del grupo mirando para abajo. O, tal vez, tenía vergüenza de sacarse la foto. Porque en las dos fotos tiene la misma postura y acá sabía que le iban a sacar la foto.

A: - Y vos mirando para el otro lado, también.

S: - No, porque, tal vez, hubo algo que me llamó la atención, algún compañero haciendo muecas.

A: - ¿Y te llevabas bien con algún compañero en particular?



S: - Si, al que recuerdo más, es a Walter. Vivía a dos cuadras de mi casa. Para ir al colegio, como mi mamá no me llevaba, ni me traía, iba hasta su casa, lo pasaba a buscar, con mi mochilita o mi portafolio, llevaba un portafolio marrón. Y de ahí nos íbamos, los dos solos o nos llevaba la mamá, también se llamaba Marta. Muy buena mujer, un amor de persona.

A: - ¿Tu mamá nunca te llevó al colegio?

S: - El primer día me llevó y me dijo: “bueno hasta acá”. Pero no porque no quería, porque pensó que no era necesario. Me tenía confianza y tenía fe en que podía ir y venir solo. Me la tenía que arreglar, estaba el semáforo ahí, había que cruzar y arreglársela. Como que me tiró a la cancha. Nunca me tuvo debajo de la pollera de ella, ni creo que lo necesité. Es más, llegaba del colegio y me ponía a hacer los deberes o me iba a la casa de Marta (segunda mamá) y hacíamos los deberes ahí. Antes había que buscar información en recortes,

era todo muy manual, muy artesanal. Y siempre me decía lo mismo: “hacé los deberes, yo ya fui al colegio, sé leer, se escribir, esto es para vos”. Siempre fue así. Tuve un hermano que no lo conocí. Había nacido entre mi hermano Alfredo y mi hermana. Era el intermedio de ellos dos. Tuvo un problemita al nacer, se le fue agravando y falleció. Eduardo se llamaba.

A: - ¿Sabes qué problema tenía?

S: - No se le habían desarrollado los pulmones ni los bronquios. Le creció todo el cuerpo, pero el sistema respiratorio era de recién nacido. Así que, bueno, lamentablemente, según mi mamá, ha sufrido enormidades. Ver cómo se ahogaba y todo eso, le fue tristísimo a ella. Siempre me dijo que no lo había superado nunca. Ver como su hijo, de cuatro años, sufría en sus brazos. No lo pudo superar jamás. Fue toda la vida una mujer depresiva, siempre. No quiso hacer más nada. Creo que nunca fue feliz.

A: - ¿Como fue eso que perdiste un año de jardín?

S: - Fue cuando subieron los militares en realidad, mi mamá no quería salir a la calle. Salía a hacer los mandados, nada más. Me llevaba a mí con ella. Mi viejo nunca dejó de laburar y mi mamá decidió no llevarme al jardín por miedo. No porque andaba en algo raro, sino por lo que pasaba. Era algo nuevo, no se sabía qué iba a pasar. No tenía miedo de andar a las tres de la mañana. Nunca la escuché tener miedo de algún sospechoso o algo. Es más, siempre enfrentaba la situación, de confrontar a la gente, si había algo raro capaz que iba y le quería partir el palo de amasar en la cabeza, en ese sentido, no tenía historia. Pero con respecto al jardín, no se sentía cómoda de que yo vaya al colegio, fue el primer año de la dictadura.

A: - Claro.

S: - Era un tema muy tabú, sólo comentarios. En la esquina de mi casa, siempre hubo un Club Social Deportivo, la gente hacía diferentes actividades, nunca vi un movimiento raro. Será que el entorno que tuve no estaba allegado a eso. A la vuelta de mi casa interrogaron a un pibe. En realidad, en ese barrio, cuando inició la banda, vivía uno de los integrantes de “VOX DEI”. Y este flaco era un vecino que

siempre anduvo con ellos, andaba mucho de noche. Una vida no alocada, ni nada raro, pero bueno, con otros horarios. Lo tuvieron dos o tres días, ahí dando vueltas, y después lo soltaron. Lo que pasa es que a las diez de la noche ya no andaba nadie en la calle, toda la gente durmiendo, y éste era el único que daba vueltas, con otros dos, de otros barrios.

Después, mi viejo, cuando fui más grande, me contó que cuando iba a trabajar, todos los días, en el mismo horario, se encontraba con los mismos militares, en diferentes vehículos. Un día andaban en un jeep, un día en una camioneta, otro en falcón verde, a paso de hombre, mientras él se iba a trabajar. Pero solo eso, los veía pasar.

A: - ¿Cómo definirías tu relación con los vehículos? ¿En algún punto, sentís que fue un mandato familiar? ¿Siempre te proyectaste arriba de un camión?

S: - Sí, por ahí, inconscientemente, fue mi vocación. En algún punto, estuve relacionado siempre. Igual, no me gusta la parte del automovilismo y todo eso. Me gusta manejar, viajar, disfruto de eso. La velocidad es una debilidad. Es parte de la adrenalina, algunos lo toman por ese lado. Pero, para mí, viajar no pasa por la velocidad, al contrario. Mi viejo jamás hubiera querido que sea un mandato, él siempre quiso que estudiara, pero bueno, qué se le va a ser.

A: - Imagínate que sale una ley, en Argentina. La condición para habitar el país es estudiar o instruirse en algo ¿Qué estudiarías?

S: - Veterinaria, daría cualquier cosa por los animales. Porque el ser humano tiene quien lo proteja, se puede desarrollar, se puede atender. El animal no tiene cómo expresar lo enfermo que está, qué necesita, o cómo se siente. Me gustaría estudiar al animal y saber qué le pasa. Un pájaro necesita eso, un caballo lo otro y, sin hablar, sé que me lo va agradecer.

Jugaban con tu necesidad

Hijo: Alan Maximiani

Madre: Lidia Mauricia



Alan - ¿Podrías presentarte?

Lidia - Me llamo Lidia Mauricia, nací en el pueblo de Tartagal, partido de Vera, al norte de la provincia de Santa Fe, el 26 de Septiembre de 1949.

A - ¿A qué edad viniste a Buenos Aires?

L - Vine a la edad de 9 años, en Enero del '59, en la época de Frondizi. Vinimos todos, papá, mamá y mis hermanos, algunos de mis hermanos más grandes ya estaban acá trabajando y viviendo, la mayoría ya estaban conviviendo con sus parejas.

A - ¿Estudiabas cuando llegaste?

L - Sí, fui al colegio y terminé la primaria, después tuve que empezar a trabajar.

A - ¿Te acordás de tu primer trabajo?:

L - Sí, tenía 15 años, trabajaba en una panadería, limpiaba el negocio.

A - ¿En Berazategui?

L - No, en Villa Domínico.

A - ¿Que otros trabajos tuviste?

L - Otra panadería, en Quilmes, después de ahí fui a los talleres de tejido de pulóveres en Wilde.

A - ¿Hasta qué edad trabajaste ahí?

L - Ahí hasta los 17, no me acuerdo, pero sé que era menor de edad, pero estuve poco tiempo y enseguida entré a trabajar a un matadero porque me pagaban más, antes de los 18.

A - ¿Cuánto tiempo trabajaste en el matadero?

L - 2 años, hasta los 19, después seguí trabajando en mataderos porque te trasladaban cada tanto, te tenían en negro, trabajé en uno de Burzaco, después uno de Ezeiza, hasta que abrieron una fábrica de cerámica a unas quince cuadras de casa, me fui a anotar y me llamaron, yo tenía 19 ahí.

A - ¿Cuánto tiempo trabajaste en la fábrica de cerámica?

L - Trabajé desde los 19 hasta los 32 años, ahí sí estuve en blanco todo el tiempo que trabajé.

A - ¿Te acordás del golpe de estado a Isabel Perón el 24 de marzo

del '76?

L - Sí, yo trabajaba en la fábrica en ese tiempo, Isabel nos dio bastantes beneficios cuando asumió, a pesar de que decían que López Rega la mandaba, nosotros ganábamos bien. Después que la derrocaron fue el quilombo, no nos aumentaban nunca, el sueldo era una miseria y no tenías derecho a protestar ni a hacer huelga, jugaban con tu necesidad de seguir trabajando.

A - ¿A qué edad te fuiste de tu casa?

L - Me fui en el año '79, pude sacar un crédito y compré un terreno en Berazategui y empecé a edificar, pude comprarlo al terreno porque estaba al alcance del sueldo promedio de un obrero, pero era en lugares alejados del centro, sin servicios ni cloacas, sólo pasaban los cables de la luz.

A - ¿En qué gastabas tu dinero en esa época?

L - Lo gastaba en pagar el terreno, en materiales para construir y en comida, lo poco que me sobraba tal vez me compraba algo de ropa, al tiempo pude comprarme una tele porque sólo tenía una radio y algunos libros, no tenía muchas cosas.

A - ¿Te acordás la fecha de fallecimiento de tu mamá?

L - Si, el 7 de septiembre de 1973. Yo cuando iba a cuidar a mamá al Hospital San Roque de la Plata, donde ella estaba internada, vi pasar los colectivos que iban a esperar el arribo del Gral. Perón en Ezeiza. Después me puse a seguir las noticias de la llegada por la radio, tenía una radio chiquita que llevaba al hospital.

A - ¿Tuviste ganas de ir al aeropuerto a ver a Perón?

L - La verdad que sí, tenía ganas de ir a verlo, pero tenía que quedarme a cuidar a mamá y tampoco sé si me hubiera animado a ir. Los del sindicato nos habían hablado antes y nos dijeron que no vayamos, que iba a haber problemas. Igual el sindicato no mandaba nada ya, estaba intervenido. Algunos se fueron igual.

A - ¿Tenías compañeros militantes en la fábrica?

L - Sí, había, sabíamos que militaban pero nunca se sabía a qué partido pertenecían, algunos pertenecían a la "juventud", la mayoría de nosotros como obreros, aunque no militáramos sentíamos afecto

hacia el Peronismo. Y yo todavía tengo la máquina de coser Singer que te regalaba Evita, era el único partido que pensaba en los más necesitados. No podías reunirte en libertad a charlar de política, entonces sólo hablabas de política con gente de tu confianza, más sobre peronismo que estaba o estuvo prohibido en aquellos años.

A - ¿A quién votaste en las elecciones del '73?

L - A Héctor Cámpora.

A - ¿Tu mamá muere el mismo año, recordás como fue la proce-sión?

L - Si, a mí mamá la velamos tres días porque tenía los hermanos en Santa Fe que querían venir a despedirla, ella murió un viernes y recién el domingo la llevamos al cementerio.

A - ¿Faltaste ese día a la fábrica?

L - Si, en la fábrica me dieron tres días hábiles para que me tome, me pagaban uno sólo pero igual no fui porque estaba re mal, me tomé cuatro días al final y no me dijeron nada.

A - ¿A quién le afectó más la muerte de tu mamá en la familia?

L - A todos porque era la primera muerte en la familia para noso-tros, nosotros vivíamos con ella, con papá y los hermanos que todavía estábamos solteros, desde que llegamos de Santa Fe estábamos jun-tos. Los que vivíamos con ella en el último tiempo la sufrimos peor. Una de mis hermanas nos traía sopa porque no teníamos ni ganas de hacernos la comida. Después del año recién nos recuperamos, uno o dos años estuvimos haciendo el duelo, nos afectó muchísimo.

A - ¿Tu papá trabajaba en esa época?

L - No, mi papá cuando vinimos a Buenos Aires al tiempo se en-fermó, le agarró una crisis nerviosa, él acostumbrado al campo y a ese estilo de vida nunca se pudo adaptar a la ciudad. Pepe, mi herma-no, le había conseguido un trabajo en una metalúrgica, pero renun-ció al poco tiempo, no se adaptaba. Estuvo internado en el Fiorito, era un hombre de campo, allá en Santa Fe él salía a cazar o estaba con sus animales, era un tipo grande ya, acostumbrado a un tipo de vida muy distinto al de la ciudad.

A - ¿Por qué vino a la ciudad si era algo que no le gustaba?

L - Vino porque mamá lo convenció, ella quería que viniéramos a Buenos Aires porque acá había trabajo y podíamos estudiar. La Forestal, que era la empresa que los ingleses tenían en todo el norte de Santa Fe, y de la cual dependía toda la gente del pueblo, se había ido y el lugar se estaba convirtiendo en un pueblo fantasma, todos se iban, la mayoría se iba a Buenos Aires, sabíamos que acá al menos había trabajo, allá vivíamos de lo que nos daba el ganado y la huerta. Primero vino América, mi hermana más grande con su marido, nos mandó cartas para que fuéramos a Buenos Aires y después se fueron mis hermanos. Mi mamá le dijo a mi papá que, si no quería irse de Tartagal, ella se iba a ir igual y nos iba a llevar. Al final mi papá vendió todos los caballos, las vacas y los cerdos y con ese dinero compró la casa acá en Berazategui para que vivamos todos, el terreno lo abandonamos porque no te pagaban nada por la tierra, después que la empresa cerró muy poca gente se quedó en el pueblo, dejamos atrás una vida.

A - ¿Cómo le afectó la muerte de tu mamá a tu papá?

L - Le afectó mucho, estaba todo el tiempo depresivo, se aislaba, no hablaba mucho con nosotros.

A - ¿Te acordás el día que falleció tu papá?

L - Sí, fue el 4 de octubre del '79, yo vine a vivir sola acá en septiembre de ese año y al mes fallece él. Ese día me pasó a buscar la Toty, mi hermana, y fuimos a velarlo, después lo enterramos junto a mamá en el cementerio de Ezpeleta.

A - ¿Pensás que tu mamá estaría orgullosa de vos?

L - Yo creo que sí, pude darles a ustedes lo que ella quería para nosotros.

Nací en Don Bosco

Hijo: Juan Parisi

Padre: Carlos Parisi



Juan: - ¿Cuándo y dónde naciste?

Carlos: - En el policlínico del vidrio que está en Don Bosco, el 27 de octubre de 1959. Mi partida de nacimiento dice Bernal.

J: - ¿Cuándo y dónde fue tu primer trabajo?

C: - Fui caddy en el club de golf que está en Ranelagh. El Ranelagh Golf Club. Tenía diez años.

J: - ¿Ganabas mucha plata?

C: -No, sacaba monedas.

J: - ¿En qué te gastaste tu primer sueldo?

C: - Me parece que me compré un pullover o un par de zapatillas.

J: - ¿Qué más hacías con lo que ganabas?

C: - Lo usaba para salir. Cuando tenía trece o catorce años habían abierto en capital un Pumpernic, una cadena de hamburguesas. Era toda una novedad acá. En el barrio estaba Oscar, un amigo, y su padre era supervisor de Ducilo. Tenían más acceso económicamente a otras cosas que nosotros. Entonces Oscar, que conocía Pumpernic, nos llevó a los chicos del barrio a comer ahí. Cada vez que hacíamos ese tipo de salidas por capital me lo pagaba yo.

J: - ¿Cuánto tiempo trabajaste en ese lugar?

C: - Trabajé hasta que tenía 20 años. Llegué a ser caddy de primera, una de las mejores categorías. Te pagaban mucho mejor. El dinero que obtenía por ir sábados y domingos era mucho más que el de un empleado de comercio que trabajaba todos los días.

J: - ¿En qué consistía tu trabajo como caddy?

C: - Le llevaba los palos a los que jugaban al golf. La gente que practicaba ese deporte, y ahora también, es adinerada. Recuerdo durante la década del 70 que sacaban un fajo de dólares del bolsillo. Así conocí los dólares. Eso de que el golf es un juego de caballeros es mentira. Jugaban por guita. Si una pareja ganaba por dos hoyos, entonces le pagaban por dos hoyos. El pago por hoyo de aquel entonces serían hoy diez mil pesos. Parte del dinero que ganaban me lo daban de propina y además por el derecho de cancha. Si sos caddy de primera jugás. Yo sugería: “Acá pégale con tal palo. Apunta para ahí.” Les daba indicaciones.

J: - ¿Te insultaron alguna vez por sugerir mal?

C: - No, era muy buen caddy.

J: - ¿No te interesó continuar con ese trabajo?

C: - No, era una careteada. Nos daban un sándwich de salchichón mientras ellos comían uno de jamón y queso. Si les pedías el mismo alimento no te lo daban porque eras caddy. No me parecía correcto. Además, yo era estudiante. Por lo general ganaba bien porque podía sostener una conversación interesante con cualquiera de ellos. Una mujer salía a jugar los domingos a la tarde y como yo estudiaba inglés, hablaba en inglés conmigo. Imagínate los pibes de la cancha de golf en ese entonces. ¿Cuántos chicos que trabajan de caddy en ese entonces sabían inglés?

J: - ¿Cómo fue que aprendiste inglés?

C: - Porque a mí me interesa todo. Cuando era chico, como andaba bien en el colegio, quería aprender a tocar la guitarra y cantar en inglés. Mi viejo consideraba que la guitarra era para vagos y terminé nada más que estudiando inglés. (se ríe) No pude aprender música. Una frustración mía de toda la vida.

J: - Pero la guitarra está. Hay una guitarra

C: -Me la compré con el ahorro que hice de ser caddy. Cuando estaba enamorado de mamá quería cantarle zamba. Entonces fui a aprender a tocar la guitarra. Aprendí por tonos. Me enseñó el Toto Putiel, en Berazategui, que había sido guitarrista de Gardel.

J: - ¿No volverías a tocar la guitarra hoy?

C: - Cuando me jubile, una de las cosas que retome seguramente, además del ajedrez y el billar, sea la guitarra.

J: - ¿Aprendiste a cantar?

C: - No, tengo una entonación de mierda. Seguramente tocando la guitarra mi entonación va a mejorar, pero no es lo que más me interesa.

J: - La abuela, ¿te incentivaba a tocar la guitarra?

C: - Sí, obvio, siempre. También a aprender inglés, a estudiar y a ser el deportista que soy hoy.

J: - O sea, karate, yudo, natación...

C: - Todo eso viene por la abuela. Si.

J: - ¿Y qué cosas positivas vienes del abuelo?

C: - El gusto por comer bien. La abuela cocinaba bien, pero creo que esas ganas por tener una buena carne, una buena comida, viene por el lado del abuelo. El vino, la responsabilidad por el trabajo y el hecho de plantarse viene por parte de él. Sin embargo, la seguridad, la confianza y la falta de miedos me lo dio la abuela.

J: - ¿En serio? Pensé que te lo había dado el abuelo.

C: - Si tu abuelo era cagón. Me sacaba del río cuando me metía a nadar porque tenía miedo que me ahogara. Se largaba a llorar cuando iba al servicio militar. Puede ser que ese aspecto de dureza y de parquedad vengan de él. Sin embargo, la seguridad, la confianza y cómo tratar las cosas viene de tu abuela. Por ejemplo, tu abuelo no sacaba un crédito, no se metía en esas cosas. Cuando nos casamos con tu mamá, y aprendimos el manejo de guita, nos mentimos en un crédito. Eso es por tu abuela. No porque me dijo que me metiera, sino porque esa cuestión de decidir me lo dio ella. El abuelo pensaba distinto a como pensaba la abuela. Política e ideológicamente.

J: - ¿Siempre estuviste tan seguro de la carrera a estudiar?

C: - No, estudié.

J: - ¿Por qué estudiaste farmacia y no otra cosa?

C: -Yo quería ser físico nuclear. Andaba bien en matemáticas. No tuve la suerte de tener a alguien que me pudiera orientar o que me explicara de qué iba ese oficio y donde se podía estudiar. Entonces el abuelo me preguntaba qué quería estudiar. El no sabía que era un físico y yo no le podía explicar. Me decía que estudiara algo por lo cual tuviera trabajo. La imagen de aquel momento era un farmacéutico, "Santanchini". Lo tenía medio idealizado. Entonces no tuve muchos recursos para elegir la carrera. Elegí bioquímica y me anoté en la UBA. Como había un montón de acomodados en Buenos Aires, no entré por vacante -pese a tener un buen examen de ingreso-. Fui a La Plata pero me pasé a farmacia, pude haber estudiado física, matemática, ciencias económicas. El tema era estudiar algo que te produjera ascenso social. La cuestión pasaba por otro lado en aquel momento.

No es como ahora.

J: - ¿Si tuvieras 20 años qué estudiarías?

C: - Chef, astrofísica o a lo mejor antropología. No tengo algo definido. Hay cosas que me gustan, que me llaman la atención, y en función de eso me dedico y hago. Yo descubrí más tarde que podría haber estudiado un montón de carreras. Ni conocía la palabra “astronomía” en ese momento y hoy me encanta.

J: - ¿Es tarde ahora?

C: - Sí. Es tarde para aplicar, no para estudiar. ¿Quién me va a tomar a los 65 años? (ríe). ¿A dónde voy a trabajar? Entonces si no puedo aplicar el conocimiento, no tiene mucho sentido o no se lo encuentro.

J: - ¿A qué edad empezaste a estudiar en la Universidad de La Plata?

C: - A los 17 años. Cumplí 18 en octubre y me fui al servicio militar en marzo de 1978. Tenía todas las cursadas de primer año aprobadas. Creo que fui uno de los pocos que había aprobado todas las cursadas en primer año. Hice el servicio militar pensando que podía estudiar una materia. ¡Qué vas a estudiar ahí adentro!

J: - ¿Qué cosas positivas te dio el servicio militar? Por lo general, cada vez que hablas del servicio militar decís que es una mierda.

C: - Ninguna, siempre fue una mierda (se ríe). Me enseñó que hay un montón de gente que ignora absolutamente todo y lo mierda que pueden ser las personas con un poquito de poder más que vos, cómo te pueden ultrajar, hasta violar psicológicamente. Como manejan el poder. Me ayudó a tener plena confianza en mí mismo, a no sentir culpa y a saber que me las podía arreglar solo. - Ahí robabas, zapatos, ropa, medias. No importaba el talle. Como ellos mismos te robaban, la misma gente del depósito que estaba bajo órdenes de un sargento, uno hacía lo mismo. No me sentí feliz, pero tampoco me sentía culpable. La cuestión era salir de ahí adentro.

J: - ¿Recordás alguna situación en qué la hayas pasado muy mal?

C: - El día que salimos de franco nos hicieron correr en las letrinas donde cagábamos y se nos ensució toda la ropa de mierda. Des-

pués con esa ropa nos metimos en un arroyo. Todo el día estuvimos así hasta que nos mandaron al cuartel. El uniforme, sucio, húmedo, lo metimos en una bolsa. Estuvo ahí los quince días que tuvimos licencia hasta que volvimos y usamos la misma ropa. Cuando volví de la primera licencia me compré una libreta para anotar todo y yo, como un reverendo pelotudo, escribí: “me volví a poner esa ropa sucia, húmeda y hedionda, que llamaban el uniforme del Ejecito Argentino”. No tuve mejor idea que escribir eso. Entonces andaba escribiendo hasta que me vió el cabo. Me preguntó: ¿qué tenés ahí? Cuando el tipo lo llevó me dijo “subversivo”... Me llamó aparte y me pegó una zaranda tremenda.

J: - ¿A qué te referís con una “zaranda tremenda”?

C: - Hacer ejercicios físicos. Ejercicios de paracaidista, correr, cuerpo a tierra, correr, salto en rana. Me decía que era un subversivo. Estuve cerca de que me chuparan. Por suerte no había ningún oficial en ese momento porque estaban de licencia. Llegaban a la noche o al otro día. El cabo llamó al suboficial de más cargo que, para mi salvación, era enfermero. Algún gen de civil tenía de algún lado. Lo llamó, le mostró la libreta que había escrito, y le preguntó que hacían conmigo. Yo ya estaba condenado, no daba más. “Dejámelo a mí”, dijo el tipo. Yo pensaba que ya estaba jugado. Me dio órdenes. “Carrera a mar soldado”, “cuerpo a tierra”, “alrededor mío carrera a mar”, “cuerpo tierra”. Después me metió adentro de la enfermería. “¿Vos sos pelotudo?, ¿qué te pasa?, ¿qué tenés, diarrea en la cabeza?, ¿cómo vas a escribir esto acá dentro? Mirá lo que hago con esto”. Rompió la libreta. “Te quedás acá un rato y después te vas para allá” Me salvó. Si era un oficial, me metía a un calabozo, no sé. No estaría acá contándote esto, no estarías acá. Me salvó. Habló con el cabo y quedó todo ahí. Recuerdo otra vez que nos llevaron a hacer procedimientos.

J: - ¿A qué te referís con procedimientos?

C: - Procedimientos. Golpear la casa, pegar la patada en la puerta, entrar en los domicilios.

J: - ¿Vos viste eso?

C: - Obvio que lo vi. Estaba ahí. Yo participé de eso.

J: - ¿Entrabas a las casas y veías como detenían personas?

C: - Sí. Ibas arriba del camión hasta las casas. A veces te hacían cerrar la calle. Mandabas el tránsito para un lado y para el otro. Hacían lo que querían. Si pasaba una mina que estaba linda le pedían documento. La chica se pegaba un cagaso de la puta madre. El abuso era ese. Pero otras veces a lo mejor iba un subteniente o un sargento con tres o cuatro soldados dentro de una casa. Entonces llegaban y gritaban: “Abran, carajo, Ejército Argentino” Y te daban la orden: “Soldado rompan la puerta”, y tenías que romper la puerta. ¿Qué vas a hacer? Yo estaba ahí con un fusil parado. Te paraban en la pieza mientras revisaban todo. Escuchaba compañeros míos que me decían que se afanaban todo. Desde relojes, alhajas. Fue así.

J: - ¿Vos fuiste alguno de esos soldados?

C: - Sí. Yo estuve ahí y participé de esa época.

J: - ¿Sacaste personas de adentro?

C: - Sí, sacábamos personas. Los llevaban en el camión con nosotros a Obras Sanitarias y los tenían ahí detenidos. Después los iban largando. Si había alguno complicado, -si era delegado, estudiante o con actividad política- era muy probable que lo mandaran a La Perla.

J: - ¿Vos estabas al tanto de la desaparición de personas?

C: - Sí. Los milicos nos decían: “A ud. lo vamos a mandar a La Perla”. Sí.

J: - ¿Cuándo arrancó tu militancia en el PC?

C: - En 1975 habré empezado. Mi actividad política inició cuando tenía quince años. La familia de la abuela era toda comunista y estaba influenciado por eso. Además, el padre de Hugo (un amigo) era comunista también. Entonces era imposible para mí no ser comunista. No me arrepiento de eso. Me dio la forma de pensar, de razonar, de asociar. Con Hugo empezamos a militar en la secundaria en la Federación Juvenil Comunista.

J: - Unos años difíciles...

C: -Yo siempre estuve del mismo lado. Pero vi los procesos desde un lado y del otro. Siempre me cuidé bien.

J: - ¿Cuándo estabas militando dabas nombres falsos?

C: -Sí, tenías nombres de militancia. Depende mucho el grupo con quien te movías. Si ibas a una reunión que eran desconocidos podías ser Pedro, Juan, Raúl. Teníamos una célula de actividad.

J: - ¿Qué era una célula de actividad?

C: - La célula de actividad estaba compuesta por mínimo tres personas. Un responsable político, un responsable de mesa y uno ahí que ayudaba o que estaba metido en el barrio. Entonces la célula repartía la prensa a aquellos que podían ser posibles adeptos para transmitir las palabras del partido. Hacían reuniones políticas, veíamos películas políticas para discutir, veíamos las necesidades de los chicos del barrio. De lectura, de juegos. Eras comunista, jugabas al ajedrez, por ejemplo. Que leían, que no leían.

J: - ¿El abuelo, que era peronista, no quería que militaras en el peronismo?

C: - El abuelo no quería saber nada de política porque era un ca-gón. Tenía miedo de que me pasara algo. Ni sabía que yo estaba militando.

J: - ¿Cómo viviste el retorno de la democracia con Alfonsín?

C: - En 1983 yo estaba en la facultad. Teníamos una celula en la facultad con la flaca Margarita (*una compañera*) y uno más. Yo era responsable de prensa en ese momento. Repartíamos “Nuestra PALABRA” que era el diario del partido. Lo repartía en la facultad y en Berazategui. Ese año yo tenía 23 años y lo viví con mucha contradicción. Yo pensaba, y no me equivocaba, que la mejor alternativa era la de Alfonsín. No era Luder, ni Herminio Iglesias, -que era lo que el partido proponía votar-. Entonces tenía muchas discusiones con la gente del partido. Me decían que tenía “prejuicios de pequeños bur-gueses” con el peronismo, cuando en realidad no era así. Lo viví con mucha contradicción porque obedecí al partido y voté al peronismo. El día de la asunción de Alfonsín me sentía muy emocionado. Para mí era un momento histórico que había que vivirlo.

J: - ¿Fuiste a la plaza?

C: - Fui a la plaza con Ricardo Sánchez, un amigo. Le dije a tu mamá si quería ir y no quiso. Yo consideraba que tenía que estar ahí;

ser participe de eso, y lo fui. Sentí una emoción muy grande. Cada vez que paso por el árbol donde estaba me acuerdo. Fue impresionante verlo a Alfonsín y ver que se había recuperado el poder y que, con mi granito de arena, con la actividad política que había hecho, había aportado en algo a esa historia. Había hecho algo para doblegarles el poder. En la lectura, en mi formación, en mi actividad política. Yo salía con la bicicleta y tenía la panza llena de revistas del partido. Veían eso y me mataban.

J: - ¿Cuál fue el mejor gobierno que viviste?

C: - El de Cristina, sin lugar a dudas. No el de Néstor, el de Cristina.

J: - ¿Cómo fue el 73 con Cámpora?

C: - Yo tenía 13 años con Cámpora. Tenía noción política y además estaba en la secundaria. Había mucha actividad política por parte de la juventud peronista y discutíamos mucho. Discusiones de chicos de 14 años. Del 73 lo que me acuerdo fue el día que mataron a Allende. El 11 de setiembre de 1973. Cuando me enteré de la muerte de Allende, me fui a la cama, me puso muy triste. No me levanté a cenar.

J: - ¿Te acordás de la muerte del Che?

C: - No me acuerdo la muerte del Che. Tenía 7 años.

J: - ¿Sabías lo que se venía en América Latina con la muerte de Allende?

C: - No, pero como el partido comunista chileno apoyaba el gobierno socialista de Salvador Allende, yo tenía noción de lo que era el golpe, con trece años. De los asesinatos, tenía noción de una pérdida de oportunidad histórica para Chile. No lo pensaba para América Latina. No te olvides que la casa de la abuela era comunista y se hablaba mucho. Llegaba el tío Ricardo y hablaba de política y yo lo escuchaba atentamente.

J: - ¿Te llevabas bien con tus abuelos?

C: - Sí, los quería mucho. Fundamentalmente a los padres de la abuela, Bernardino y Clotilde. Eran buenos, eran cariñosos. Mi abuelo Bernardino me hacía muchas cosquillas. El tenía sangre de pueblos originarios. La madre de mi abuelo era india. Me dio mucha pena

cuando murió.

J: - ¿Cuál es el recuerdo más lindo que tenés de ellos?

C: - Las reuniones, las juntadas con los primos

J: - ¿Con tus abuelos paternos te llevabas bien?

C: - Había cierta distancia en la relación entre el abuelo y sus padres. Igual, tengo lindos recuerdos con ellos. La abuela me hacía sándwich con albóndigas de tuco. Sándwiches riquísimos. Pasé lindos momentos con ellos también. Pero los momentos familiares más intensos los pasé con la familia de la abuela.

J: - ¿A qué jugabas de chico?

C: - A todo lo que se podía jugar y produjera diversión. Al yoyó, a las bolitas, al tronco, la payana, el ajedrez, a la pelota. Salíamos del colegio, comíamos, y a vaguear. Hasta las cinco o seis de la tarde y después mirábamos televisión. El show de Bugs Bunny. Jugábamos también a la escondida, al poliladron, al pilin pilin.

J: - ¿Alguna vez tuviste miedo al futuro?

C: - No, nunca. Si bien no sos todopoderoso, el futuro lo vas forjando. Pero además de irlo forjando, obviamente no todo depende de vos, lo tenés que aceptar. Yo pienso que si hay vino bueno, tomo vino bueno; y si el otro vino no me gusta, tomaré agua. No me voy a lamentar. Cuando tomas decisiones es eso. Después te puede ir bien o te puede ir mal. Y desde el punto de vista oriental, te pasa lo mejor que te puede pasar.

J: - ¿Cuántas novias tuviste?

C: - No tuve muchas novias. Tuve una novia de un viaje de fin de curso, después salí con una compañera del tío Jorge, muy bonita. Después conocí a mamá cuando tenía diecisiete años. Pero me puse de novio cuando tenía veintiuno.

J: - ¿Tenías algún ídolo de chico?

C: - No. Si quería ser como alguien era como el tío Ricardo. Me fascinaba porque había estudiado maestro mayor de obras y era bien visto en la familia, El hablaba de política y todos se callaban y escuchaban. Le iba bien, tenía un coche. Era el prototipo donde yo me miraba. No tenía la imagen de mi viejo como el querer ser como mi

viejo. Tenía cosas buenas porque era un laburante pero la admiración la tenía por Ricardo.

J: - ¿Te acordás o podés describirme tu primer recuerdo?

C: - Mirá, yo me acuerdo a tu abuela de joven. Me tenía a upa y recuerdo haberle dicho que para mí era hermosa. Recuerdo a Jorge (su hermano) chiquito en la cuna, con la frazada. Después recuerdo el día que me hice el chichón en la cabeza, no se qué edad tenía. La abuela esperaba a que viniera el abuelo de trabajar de Riggolo y estaba mirando el noticiero Esso. Las naftas, como Esso, tenían un noticiero. Me acuerdo que me subí arriba de la mesa, me até el delantal y pensé que era Superman. Como era chiquito y la cabeza era lo que más pesaba... Pum. Contra el piso. Me maté. Lloraba la abuela. Me hice mierda. Me acuerdo que dormí con la abuela ese día y con una bola de hielo en la frente (se ríe).

J: - Al ser padre, ¿qué sentiste?

C: - Un tremendo sentimiento de protección. El deseo de cuidarlos y de que nunca les pasara nada malo. De que no sufrieran. Es una dimensión del amor distinta.

J: - A lo Novaresio. ¿Nos morimos y qué pasa?

C: - No sé porque no me morí nunca. Seremos recuerdos para algunos y dejaremos de existir para la mayoría. No pasa nada. Te morís y te morís.

J: - ¿Te interesa el fútbol?

C: - No me interesa el fútbol. Como tema de conversación es interesante, pero eso lo podés leer. Pasas dos horas viendo un partido. No sos protagonista. Ves 22 tipos jugar y vos afuera.

J: - ¿Y qué es ser protagonista?

C: - Y... jugar

J: - ¿Y alguna vez sentiste que fuiste protagonista?

C: - Sí, con mi vida he sido protagonista.

¿Manual para ser hija?

Florenia Pimazzoni



Soy producto de una familia ensamblada. Tengo un hermano por parte de mi mamá y cuatro desconocidos por parte de mi papá. Recuerdo que en ese entonces la vida familiar se dividía en dos grandes equipos, “los hijos de tu padre” como decía mi vieja, y por el otro lado, nosotros, algo así como su “nueva” familia. En el medio de estos dos equipos estaba mi viejo, que no era para nada fácil de llevar, lo cual hizo que se generara entre nosotros una distancia gigante durante gran parte de mi vida.

Él tenía un problema, uno grande (aunque no fuese capaz de verlo). Era un ludópata y esto hacía que quererlo fuera algo complicado, por así decirlo. En realidad, lo complicado es cuando empezás a crecer y entender, porque cuando era chica realmente lo quería, a pesar de no haber sido un padre destacado.

Recuerdo que cuando cumplí 5 años mi mamá me organizó un cumpleaños especial: me compró una corona y un vestido de princesa, me hizo una torta en forma de castillo, y se preocupó porque cada detalle fuese tal como yo lo quería. Fue un gran cumpleaños hasta que mi papá se acercó para despedirse. En ese momento no entendía qué pasaba, por qué me dejaba en un día tan especial para mí. Le pedí entre llantos que se quedara conmigo, pero él cruzó la puerta y se fue. Algunos años después le pregunté a mi mamá a dónde había ido esa noche y su respuesta fue “al casino”. Nunca voy a entender cómo fue capaz de hacerme algo así, pero hubiera querido preguntarle si se arrepentía de eso o de cualquiera de las otras cosas que me hizo y nos hizo.

Creo que cuando la vida ya arranca así es muy difícil crear relaciones sanas con esas personas. Mi papá me llevó del amor al “odio” en muchos pasos, y lo pongo entre comillas porque realmente no sé si pude llegar a odiarlo en algún momento, pero tal vez no estuve tan lejos. En mi perspectiva él pasó de ser un súper papá que jugaba conmigo y dejaba que le hiciera peinados raros, a la persona que me hizo perder toda estabilidad. Mientras mis compañeros contaban como toda una aventura haber ayudado a mover una mesita de luz, yo ya tenía muchas mudanzas en mi haber, que duraban un día entero y en

las que todos teníamos que participar de una u otra manera.

Éramos una familia nómada, y como tal hemos vivido en todo tipo de lugares: algunos alquilados, otros prestados, pero lo único que seguía una lógica era que siempre terminábamos perdiéndolo todo y teniendo que mudarnos a escondidas para evitar pagar las deudas que mi papá dejaba en cada lugar. Incluso siempre rememoro un momento particular en el que no teníamos dónde vivir y nos instalamos en un galpón que nos habían prestado. Era literalmente un lugar lleno de ratas y madera y yo en mi inocencia lo veía como una gran pista de juegos. Todos los días tenía la libertad de andar en bicicleta en el “living” de mi “casa”, era realmente una locura, pero mis viejos intentaban ponerle la mejor cara a las situaciones que nos tocaban vivir. Qué lindo ser lo suficientemente chico como para atravesar los desastres como aventuras.

Recuerdo que este lugar tenía un patio con pastizales altos, como abandonado, y pasar de una punta a la otra era una prueba de obstáculos en la que más de una vez mi papá se enfrentó con alguna pequeña víbora. De todos modos, él siempre recordaba su infancia en el campo así que, estas cuestiones no eran cosas que lo alarmaran puntualmente. Ese galpón era un enigma. Una vez, chusmeando las cosas abandonadas que había, encontramos una caja llena de monedas antiguas que ni siquiera sé si eran argentinas o de dónde habían salido, pero como yo sentía mucha curiosidad por las cosas viejas y abandonadas les dediqué un buen tiempo de mi estadía a limpiarlas (porque muchas de ellas estaban mojadas y con óxido), para luego jugar a coleccionarlas.

Nuestra vida era así, complicada y llena de bochornos. Siempre nos acordamos con mi mamá del día en que nos vinieron a cortar la luz por falta de pago y de mi papá que salió a pedirles que no lo hagan, utilizando una tonalidad paraguaya. No quiero ser despectiva de ninguna manera, pero nunca entendimos por qué cambió su voz y acento, y aunque hoy lo recordamos entre risas, en ese momento fue realmente humillante ver el espectáculo que estaba haciendo, incluso llegó a decir que su vieja estaba complicada de salud, lo cual obvia-

mente era una mentira. E igual de obvio es que poco tiempo después de eso se vino la mudanza de emergencia, que fue la que más me dejó marcada porque el nivel de pérdida fue aún mayor que en otras ocasiones.

En esa casa habíamos estado instalados durante algunos años y teníamos una pequeña vida armada. Fue el único lugar en donde tuve mi propia habitación y eso me hacía sentir poderosa e independiente. Pero eso no fue lo peor, de hecho, perder cosas materiales era algo a lo que un poco a las patadas me había acostumbrado. Mi mayor pérdida fueron los animales que teníamos. Desde un gato y un perro, hasta un gallinero, un pato, palomas, y cualquier otro tipo de animal que se pudiera adecuar a un hogar. Cuando llegó el momento de irnos, paralelamente llegó el momento de rematarlos, algunos se vendieron, otros se regalaron, y el pato se fue como semental a un campo (nunca supe si esa historia fue verídica). Lo cierto es que los tuve que dejar ir a todos y sólo me pude llevar a mi gata con uno de sus hijos, los cuales tiempo después se perdieron de forma misteriosa. Tal vez si las personas que me rodean supieran estas historias tendría más sentido mi obsesión actual por los gatos, de hecho, siempre digo que mi sueño es tener 15 de ellos, y una parte afortunadamente ya está cumplida.

Volviendo un poco a mis pérdidas, esa había sido la segunda vez que tenía que dejar a mis animales, pero la primera era mucho más chica como para sentirlo. Aunque recuerdo una situación muy traumática de esa primera vez. Tendría unos 6 o 7 años y nos teníamos que ir de nuestra casa por los motivos de siempre, pero en esta ocasión se decidió trasladar a las gallinas. Mi papá resolvió meterlas en bolsas tipo arpilleras y yo le dije que era una mala idea, pero él estaba seguro de que no iba a pasar nada. Cuando llegamos a nuestro nuevo domicilio presencié cómo al abrir las bolsas se sorprendía porque casi todas las gallinas se habían muerto ahogadas. Debe haber sido el primer “te lo dije” de mi vida. Según mi mamá eso pasó porque ese día hacía mucho calor, yo no recuerdo detalles tan puntuales, pero estoy convencida de que es tremendo trasladar animales en una bolsa, pero, en fin, como mencioné anteriormente, todo esto era parte

también de su crianza en el campo.

No sé si en algún momento él pudo percibir todo lo que estaba perdiendo gradualmente o si lo vivió de forma natural. En la entrevista que pensaba hacerle una de las preguntas que estaba presente era si seguía jugando, y para mi decepción, aunque él no me la pudo responder, sí pudieron hacerlo todas las personas que lo rodeaban, y sin duda no era la respuesta que quería encontrar. Aún así, hoy más que nunca creo en las segundas oportunidades y me hubiera gustado ser esa presencia que le de la mano que todos a veces necesitamos. Pero lamentablemente no siempre es fácil soltar el pasado, ese que nos duele y desconcierta. Creo que son de esas cosas que muchas veces te das cuenta tarde, cuando descubris, por ejemplo, que por 17 años no te sacaste ni una sola foto, y que esos momentos ya no pueden volver.

Otra de las preguntas, la última para ser exacta, era si le tenía miedo a la muerte, pero la verdad es que no creo que esa haya sido su mayor preocupación, tal vez sí lo fue la soledad. Cuando me tocó despedirlo todos sus amigos me decían lo mismo: que él vivía hablando de mí, y que en su cabeza yo ya tenía tres títulos y dos posgrados, quizá para él fantasear con la relación y realidad que no tuvimos era la forma de atravesar sus verdaderos miedos. No sé, son cosas que pienso ahora que tengo que construir nuestra historia sin él.

Ser hija de mi papá no fue un lugar fácil de ocupar, no sólo por su enfermedad y consecuente irresponsabilidad, sino también por haber sido la menor de sus cinco hijos. Él había tenido dos hijos con su primera mujer, dos con la segunda, y finalmente yo. Parecen ser demasiadas partes para juntar y en el fondo no parecía querer juntarlas. No recuerdo que ellos participaran de nuestra vida en ningún sentido, no venían a los cumpleaños, ni a los asados, ni siquiera a su propio cumpleaños. Ellos eran sólo los hijos de mi papá, nunca mis hermanos. Y simultáneamente al hecho de que ellos no formaran parte de mi ecosistema, también se generaban rencores de su parte. Siempre, de alguna manera existía la emblemática frase “ella es tu preferida”, y no se pronunciaba de forma inocente como cuando sos

chico, sino que se demostraba en cada actitud que tenían conmigo. Igual, no los culpo, no ahora que sé que cuando mi viejo los dejó viendo solos eran apenas unos adolescentes.

Sin duda él cometió grandes errores, pero creo que se sentiría en paz si supiera que ya no tengo lugar para el rencor, ni hacia él, ni hacia ellos, de hecho, hubiese querido que formaran parte de mi vida, poder sentirlos como hermanos, pero no fue así. Tampoco sé qué tipo de padre fue con ellos mi papá, no sé si les demostraba afecto o se preocupaba, ni siquiera sé si realmente hubiera querido ser padre, sólo lo fue y supongo que intentó serlo de la mejor manera que podía, aunque en muchas ocasiones no fuera suficiente. En realidad, creo que todos hacíamos lo que podíamos, y a pesar de los malos recuerdos que tengo, también hubo una época dorada para nosotros.

Siempre voy a recordar cuando jugábamos al avioncito en la cama. Él me levantaba con sus piernas lo más alto que le fuera posible y yo por un instante sentía que podía volar. Qué cosa linda que es ser chico y qué poco lo apreciamos. También me acuerdo cuando jugábamos a cantar la canción de la rana, que en cada vuelta tenía más animales que recordar, seguramente fue un buen ejercicio para que hoy sea tan memoriosa y detallista. Creo que en realidad él cantaba su propia versión de esa canción, pero para mí siempre fue la única. “Estaba la rana sentada debajo del agua, cantando, vino el sapo y la hizo callar”, así empezaba, y la practiqué tanto para aprenderla que aún hoy no puedo leer esa oración sin que en mi cabeza suene la melodía que la acompañaba. Ya de chiquita me gustaba competir y no aceptaba perder, así que, no estoy segura por cuánto tiempo, si fueron días, semanas, meses, pero en algún momento fue constante mi petición de que me cantara la canción de la rana. Quería jugar todos los días porque para mí era una necesidad aprenderla para cantarla más rápido que él y obviamente sin equivocaciones.

De todos modos, lo que más amaba era jugar a la peluquería. Tanto mi mamá como mi papá eran peluqueros y yo quería parecerme lo más posible a ellos, afortunadamente mi papá era un excelente modelo para hacer peinados, a pesar de que cada vez tuviese menos pelo.

Podía estar peinándolo por horas y claro que cuando terminaba le mostraba con dos espejos de mano cómo había quedado. Mi viejo fue muchas cosas, pero siempre tuvo un amor natural por los chicos, era increíble, pero se le pegaban como chicles, y aunque cuando fui mayor eso me causaba asombro, de chica lo que sentía eran más bien celos, porque él era sólo mi papá y nadie más que yo podía disfrutarlo. Aunque a él mucho no le importaba mi posición absorbente, ya que a cada nene que veía le hacía los mismos chistes que a mí para hacerlo reír, qué profundo odio que me producía eso, indudablemente era una alta traición, aunque yo siempre fui su “regalona” (nunca supe qué significaba, pero era como le gustaba llamarme).

Es extraño, pero ahora que comienzo a escribir las buenas anécdotas se me ocurren un millón más para contar, como por ejemplo cuando mi papá me enseñaba a hacer fideos caseros, era un buen cocinero y me tenía un montón de paciencia. Aprendí qué ingredientes llevaba, cómo incorporarlos, cómo se amasaba, cómo darse cuenta cuando la masa ya está lista, y un montón de cosas más, pero lo más importante que aprendí al respecto es que los fideos caseros son mucho más ricos crudos que cocidos. Así que después de la jornada laboral mi mayor objetivo era robar la producción que estaba en la mesa esperando para ser sumergida en la olla caliente, claro está que cuando llegaba la hora de servir el plato yo ya estaba casi llena por toda la masa que había ingerido a sus espaldas, pero valía la pena por compartir ese momento que era todo nuestro. Seguramente no había muchos más chicos de 10 años que supieran amasar un fideo casero a la perfección, y sin duda hoy es una de mis especialidades, aunque a él le salieran siempre más ricos.

Ser hija de mi papá fue chocarme un millón de veces con paredes, de esas que duelen, pero también fue crecer, fue aprender a mirar de una forma distinta, fue entender desde temprana edad que las cosas no siempre son como queremos, pero que somos nosotros quienes decidimos qué hacer con eso que nos tocó.

Y al final, después de luchar toda mi vida por ser distinta a él, entendí que soy más parecida de lo que hubiera querido, que tengo

mucho de él en mí, y que gran parte de lo que soy y siento se lo debo a su desperfecta figura paternal, porque con todo lo que fue me enseñó más de lo que un padre ejemplar podría haberme enseñado. Y no tengo dudas de que la mayor lección me la dejó la tarde en la que se fue, así, todo amarillo y dormido en un coma inducido, sin que pudiéramos tener nuestra última charla. Así, roto por todos lados me enseñó el valor del tiempo, ese que muchas veces no sabemos apreciar, ese que dejamos pasar sin entender que es lo único que no podemos recuperar.

Mi viejo era las cosas simples de la vida, era el pasto, la reposera, la pelopincho y el asadito, y también era esa birra de verano que nos quedamos debiendo. Así lo recuerdo y eso es lo máspreciado que me dejó, el amor por las cosas chiquitas que nadie te puede quitar, por los olores que te llevan a otro lugar, por las sensaciones que te hacen sentir en paz. Él no sólo era un entrerriano testarudo, era una persona que amaba a su provincia y al pueblo donde creció, Basavilbaso, en donde dejó muchos amigos de toda la vida. Era un padre de esos que cuentan un millón de veces las mismas anécdotas de campo, y que, aunque en ese momento me cansaban, hoy las volvería a escuchar otro millón de veces más. Recuerdo que hace algunos años viajé a su pueblo a visitar a mi tía, aunque en realidad el objetivo era encontrarme a mí misma. Nunca llegué a contarle la experiencia de viajar sola a su rincón preferido, así como tampoco llegué a decirle que Entre Ríos es mi lugar en el mundo.

Es extraño, pero en estos momentos, mientras escribo estas líneas, lo siento más cerca que nunca y no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa, porque, aunque tuvimos momentos muy malos, todavía nos quedan historias lindas por recordar, en las que él era el papá que yo quería que fuera y yo era la hija que también hubiera querido ser por más tiempo. Es cierto que nadie tiene un manual que enseñe a ser padre, pero tampoco hay uno que me haya enseñado a ser hija. Todos hacemos las cosas como nos salen, aunque no siempre lo que nos sale sea la mejor opción. Una vez mi papá me dijo que no se podía tapar el sol con un dedo, y ahora que lo pienso no sé si me lo decía a

mí o se lo decía a sí mismo. Quizá siempre tuvo unas disculpas atragantadas (es algo que ya no podré comprobar), pero en el fondo me gusta pensar que él llegó a entender todo lo que perdió, y que ambos llegamos a perdonarnos por lo que fuimos, y por lo que no.

No podés cambiar la pasión por nada

Hijo: Tomás Rappa

Padre: Christian Rappa



La presente entrevista es, para mí, muy especial. Porque la persona que responde, obviamente, es mi papá. Pero, más allá de eso, es especial debido a que es la excusa perfecta para charlar con él, de muchos hechos en particular. La mayoría ya los conocía bastante, otros, a lo mejor no tanto (y de algunos no tenía ni la más mínima idea, pues es la primera vez que los escucho).

Aparte de eso, por la gran cantidad de casualidades (y causalidades) que integran su vida. Con el correr de las palabras tendrá más sentido esta frase. Sin más preámbulo, comencemos.

Considero necesario darles una descripción del sujeto en cuestión, con el fin de que no se nos escape ningún detalle, ni nada quede “en el aire” o inconcluso.

Christian es casado desde hace casi veinte años. Tiene dos hijos. Su profesión es Técnico Informático (aunque es más fácil para mí decir que “arregla computadoras”, aunque también brinda soporte a empresas). Es hincha de boca y fanático de Los Fabulosos Cadillacs. Por su trabajo, siempre estuvo ligado a la computación, y, por ende, a los videojuegos (que también le encantan). Tiene 44 años y dejó de fumar hace cuatro.

Es menester también aclarar, que no hay un solo “Christian” en este intercambio de preguntas; no es lo mismo él en su infancia que durante la adolescencia (ni tampoco lo es una vez casado, como tampoco lo será cuando tenga nietos).

Infancia

Tomás: - Sus amistades, lo que quedó de ellas, sus recuerdos, anécdotas.

Christian: - De chiquitito, en el edificio. Desde los 7-8 empecé a jugar con Facundo, Alcorta creo que era. O no lo sé, era el apellido de la madre, estaban separados sus viejos. También Mariela Rajoy, la hija de Mariela justamente, que sigue viviendo en el mismo departamento. Después estaba Ezequiel, no me acuerdo el apellido, pero sí que vivía en el tercer piso. Giselle que era más chica y no la dejaban salir. También el hijo del viejo Machado, Germán. Y por último siempre estaba Quatrochi, se llamaba Leonardo, pero le decíamos “Leo”.

T: - ¿Y a qué jugaban?, ¿qué hacían para pasar las tardes?

C: - A la escondida, a la mancha, a dar la vuelta a la manzana, cosas así de pibitos que éramos. Más o menos hasta los 7-8 o nueve años. Era tocar el portero e iban saliendo. Era hasta la hora de la comida, como iba a la tarde al colegio, siempre aprovechaba ese rato para boludear. Me acuerdo que mi viejo se calentó porque un día, con Quatrochi, le pinchamos las ruedas a toda la cuadra. Una señora nos vio y le botoneó. No me dejaron salir con él nunca más. Aunque había una gomería justo en la esquina que laburó como loco esa tarde.

T: - Ibas a la primaria durante la tarde, contame, ¿te acordás alguna cosa en particular?

C: - Sí, sí. Iba a “la 19” (Domingo Faustino Sarmiento). Lo que me acuerdo es que jugaba a la pelota todos los recreos. Y que siempre llegaba todo transpirado a las últimas dos horas. Me hinchaban mucho con el tema de la prolijidad, digamos que mucho empeño no le ponía. También, recién ahora me acordé, mi hermano Damián tenía de compañero a un tal Nacher, que siempre lo jodía. Yo era justo compañero de su hermano menor, Ariel. Era insoportable, no lo aguantaba nadie. Entonces, en los recreos lo corríamos, cuando le pasábamos por al lado le decíamos ¡Ole cuco abuelo! Y él nos perseguía para cagarnos a piñas. Le hacíamos bullying pobre muchacho. Un día, de tanto joder a todo el mundo, a mí me quiso pelear. Lo agarré del cuello del guardapolvo y lo levanté contra la pared. Él era un enano y yo justo era grandote, así que bueno.

T: - Obviando lo del bullying que ya “prescribió”, contame más del fútbol, ¿qué significa para vos?

C: - Bueno, como te dije jugábamos a cada rato en el recreo. Hasta teníamos un equipo; Marcelo Pereira al arco, el “10” era Humberto, era un groso, pero porque nos llevaba dos años. Después íbamos y veníamos Sergio y yo. No me acuerdo, el apellido era con “I”, pero no tengo idea.

T: - ¿Y contra quién jugaban?

C: - Contra todos los demás, éramos cuatro y ellos eran como veinte, eran un rejunte de lo que sobraba de nuestra división y del

otro tercero.

T: - Cuatro contra veinte, me imagino que perdían como locos.

C: - Para nada, eran durísimos, pero... Decí que teníamos a Humberto. Le tirabas una pelota y no lo podías mover, era durísimo. Yo le tiraba una piedra y el tipo te devolvía una pared. Encima era de boca, igual que yo. Como él jugaba tipo enganche, era lento y con una espalda enorme, decía que era Gareca. Y como yo tenía rulitos y pelo largo, él decía que yo era Maradona, un capo.

T: - No me terminaste de responder, ¿qué significa el fútbol para vos?

C: - A eso voy, te acabo de decir que soy hincha de boca. Si viste "El secreto de sus ojos" te vas a dar cuenta de lo que es una pasión; no podés cambiar la pasión por nada. Y eso es gracias a mi viejo, yo soy de boca porque él era fanático.

T: - Sí, entiendo. De eso también quería preguntarte: ¿Cómo era la relación con tus viejos?

C: - Macanudísimo, ¿qué te puedo decir? Tanto mi viejo como mi vieja me educaron y siempre trataron de darme lo mejor, a Damián y a mí. Siempre me ayudaron, me siguen ayudando. A mi viejo no lo tengo más, pero bueno. Siempre estuvieron presentes, si bien mi papá trabajaba mucho y de chico no lo veía tan seguido, sé que nos quería muchísimo, y yo a él. Mi mamá también.

T: - ¿Y tus abuelos?

C: - Mis abuelos de parte materna, bueno, él me caía bien, pero yo lo conocí poco, hasta que tuve nueve años, después falleció. Y ella no me daba ni pelota, nunca me saludó para un cumpleaños.

T: - ¿Y los paternos?

C: - Una locura. Gente muy buena, me querían un montón, me daban todos los gustos. Todo lo que es un abuelo bueno, eran ellos. Mi abuela se llamaba Amelia Eulalia Carbone, pero le decían "la negra", cada vez que iba a la casa era "¿qué querés comer nene?" y ponele que yo le pedía ñoquis. Te llenaba la mesa entera. Lo que tenía de corazón también lo tenía de buen comer. Y mi abuelo, Tomás Juan Rappa, era un capo. Macanudísimo, un tipo muy cariñoso, muy tranquilo. Tenía

un huerto en el terreno de al lado y me enseñó a plantar papas ahí. Como mi abuela le rompía mucho las bolas, él para no contestarle cazaba la bicicleta y me llevaba hasta la estación de Bernal. Siempre me acuerdo de la vez que me contó el origen de la onomatopeya del tren, era así:

“Iba Tachín paseando con su papá por la estación de tren. Tachín era un pibe muy preguntón, y dudaba de todo. En una de esas viene el tren, y el nene le pregunta al padre:

- ¿Parará, papá?

+ Parará, Tachín.

Tachín, que no se había quedado muy conforme al ver la velocidad a la que venía el tren, repreguntó:

- ¿Parará, papá?

+ Parará, Tachín.

A medida que se iba acercando el tren, cuanto más cerca, más repreguntaba y más le respondía el padre:

- ¿Parará, papá?

+ Parará, Tachín.

- ¿Parará, papá?

+ Parará, Tachín.

- ¿Parará, papá?

+ Parará, Tachín.”

Ese era mi abuelo.

(No encuentro manera de seguir el hilo conductor de la entrevista, hablamos de muchas cosas, ajenas al tema en sí, por lo que paso directamente a otra pregunta)

T: - ¿Y de tus mascotas?, ¿tenías perros o gatos?

C: - Sí, también tuve una tortuga, Lolita, aunque después nos dimos cuenta de que en realidad era “Lolito”, porque era macho. Lo tuvimos hasta que llegó la Paquita, una perrita que ya era medio viejita. Siempre lo ponía boca arriba, un día lo iba a terminar matando. Entonces lo regalamos. La Paquita era de un vecino que la dejaba sin agua y sin comida, atada en el patio, entonces la perra ladraba todo el día. Mi viejo, ya podrido, le dijo al hombre que la tenía que no la

dejara más afuera, y el tipo le dijo que iba a meterla adentro. Resulta que tenía dos patios; uno atrás y otro adelante, entonces, la cambió de lado. Nos dimos cuenta al toque, entonces fue a apurarlo de vuelta y el flaco le dice “si la querés te la regalo”. Mi viejo tenía que hablarlo con mi mamá todavía, y también convencerse él de tener un perro. Pero uno de esos días el dueño de la perra la dejó de vuelta en el patio que estaba del otro lado del paredón. Saltamos con Damián y la trajimos.

T: - O sea que quedó la perra sola.

C: - No, ya más de grande me encontré en la esquina de casa una caja de cartón que tenía una cachorrita adentro. No la podía dejar sola ahí, así que la llevé conmigo. Como ya te dije, mi viejo al principio dijo que no quería más perros. Pero después cedió, siempre le gustaron los animales. Le pusimos “Menena”. Esa noche durmió conmigo, pobre. Se meó y se cagó toda la cama. Pero era una dulce.

T: - Retomemos por un segundo el tema del fútbol. A vos, como a muchos otros, te tocó vivir en carne y hueso el mundial de México. ¿Qué te acordás de la copa?

C: - Todo, todo. Encima habíamos comprado la tele a color en el 85, entonces era un lujo. Mi viejo ponía la tele muda y el relato de Víctor Hugo.

T: - ¿Justo el de Víctor Hugo?

C: - Sí, porque no había delay como ahora entre la tele y la radio.

T: - Entonces escuchaste el partido con Inglaterra...

C: - Sí. Veníamos de lo de Malvinas y ese partido era algo especial, no era sólo un partido. La final era ahí. Me acuerdo de los dos; el de la mano, que lo grité como loco. Todos nos dimos cuenta que había sido con la mano, era imposible que le ganara de cabeza. Y después, el otro. Fue lo más groso que vi en mi vida. Se pasó a todos, ¿entendés? No lo podían parar, entró al área, lo desparramó al arquero... Una locura.

T: - ¿Y la final?

C: - Sabíamos que iba a ser difícil, pero que con él se podía. Arrancamos ganando con un gol de cabeza del Tata Brown, y después Valdano metió el 2-0 en el segundo tiempo, ya éramos campeones del mun-

do. Pero pasaron cosas; faltando 15 para el final, descontaron ellos, y a los 5 minutos, ellos de nuevo. Qué cosa de locos, los teníamos ahí y de golpe los que estaban fundidos eran los nuestros. Ellos volaban, nosotros no podíamos ni correr. Pero lo teníamos a él. El tipo estaba encerrado, lo marcaban de a 5. En una de esas le tira una pelota a Burruchaga y se va solo, mamá... Empezó a correr más o menos desde tres cuartos y veo que la tira larga, larga no, larguísima. Y encima adentro del área. Lo puteé en veinte idiomas diferentes hasta que pateó. Schumacher no salió hasta que no lo tenía encima. Burru definió por abajo y la pelota entró. 3 a 2 y ganamos la copa.

T: - ¿Y qué pasó en Italia?, ¿cómo veías a la selección?

C: - No era el mismo equipo, estaban más viejos, Pumpido se rompió con Rusia y nadie conocía a Goyco. Recién con Yugoslavia empezamos a ver cómo era la cosa.

T: - ¿Es real esa foto del tobillo de Diego?

C: - Obvio, pero no la mostraron hasta mucho tiempo después del mundial. Se sabía que estaba roto, pero el tipo iba a jugar igual.

T: - ¿Pensabas que iban a volver a alcanzar la final?

C: - Ni en pedo, cuando jugamos con Italia estaba ese Zenga que no le hicieron un gol en toda la copa. Encima cuando nos meten el 1-0 ese "Toto" Schillaci, yo en el entretiempo me fui a pasear a la perra. Ya estaba resignado. Después bueno, vino el gol de Cani y los penales. Y en la final ya sabemos, no fue penal.

Adolescencia

T: - Si en el 86 tenías once años, en Italia 90 tenías 15, ¿o no?

C: - Sí, estaba en cuarto año y me había armado el fixture yo con una hoja cuadriculada. Le había dibujado a "Ciao", el muñequito ése que hacía de mascota del mundial. Me acuerdo que me costó mucho tiempo completarlo. Después de la final me agarró bronca, así que el resultado tardó en figurar.

T: - Hablando del secundario entonces, ¿tus compañeros?, ¿qué tal?

C: - Bueno, me acuerdo que el primer año fue bastante complicado, me costó adaptarme. Aparte tenía una profesora de matemática

que me hacía pasar al frente todos los días para dar lección. Lección de matemática, ¿entendés?, la mina me había tomado de punto. Encima el Mosconi no es como cualquier escuela, eran once divisiones en el primer año, en segundo había nueve, en tercero había seis, para que te hagas una idea.

T: - Entonces no coincidiste ni de casualidad con ningún compañero de años anteriores.

C: - De primer año a segundo, de los 40 que éramos habrán quedado 10, y de ahí a tercero no quedó nadie.

T: - ¿Y compañeros que recuerdes del Mosconi?

C: - Sí, un montón. Baley, que me sentaba siempre con el de cuarto a sexto. Santiaguero el tipo, hace unos 4-5 años me lo crucé, anda manejando los trenes. Hace poco también casi nos juntamos, pero no me acuerdo por qué al final no se pudo. Después está Mario Diglio que era el más fachero de toda la división, ojos verdes, todo. Obviamente, cuando fuimos a Bariloche estaba con ese en la pieza, todas venían a buscarlo a él y como el resto éramos todos horribles, algo agarrábamos.

T: - El Mosconi, escuela técnica, título de técnico mecánico, ¿no?

C: - Ajam, ese fue el título.

T: - ¿Y ejerciste?

C: - Menos de seis meses en Kalop, la que hace enchufes, alargues, llaves de luz. Me fueron a buscar porque había estado en el cuadro de honor y me prometieron el cielo; un buen sueldo en blanco y después una bonificación en negro. El primer mes me pagaron bien, pero después ya te boludeaban, los mismos que trabajaban ahí me mandaban a barrer y hacer pavadas, para pagar "derecho de piso". Me terminé yendo porque la paga era cualquier cosa y me habían cambiado de la parte de inyección (de plásticos) a tornillería, que era un sector completamente distinto, con un sólo hombre que sabía más o menos cómo usar las máquinas. Cuestión que el hombre se enfermó y dejó de venir, entonces, quedé yo solo a cargo de tareas y maquinaria que no entendía. Los de control de calidad me venían a joder porque los tornillos no salían perfectos y entonces me calenté y me fui.

T: - ¿Y cuánto tiempo estuviste en el cuadro de honor?

C: - Cuatro años. Me vinieron a buscar de Kalop por eso, me habían hecho una carta de recomendación y todo.

T: - Me imagino entonces que habrás tenido muy buenos profesores.

C: - No tanto, de todo un poco. Estaba el “loco” Cores, por ejemplo, que lo habíamos tenido en química y en mecánica también, pero ese era loco en serio. No aprobaba a nadie, un día se cortó la luz en uno de los talleres (era a la tarde-noche) y lo cagaron a trompadas, el tipo se paró en la puerta para que no salga nadie y nos escapamos todos por la ventana. Después estaba un tal Tamborini, algo así, de Termodinámica, que fue la materia más jodida que tuve en toda la historia, pasamos cuatro. El tipo venía, se sentaba y te explicaba “el ejercicio es así y asá”. Todo bien papá, pero después venía la prueba y era cualquier cosa, 400 millones de cosas distintas. No te quedaba otra que cazar un libro y estudiar por tu cuenta.

T: - ¿Y cómo pasaste de ser técnico mecánico a las computadoras?

C: - Por necesidad, y porque siempre me gustó, de chiquito, con la computadora que le habían dado a mi hermano, este Aníbal Fernández, cuando Damián ganó ese campeonato juvenil de ajedrez, querían que juegue para la municipalidad. Le dieron una 286 que se la pagó el gobierno de la ciudad de Quilmes para que él pueda tener una base de datos, para eso. La usaba más yo que él. De hecho, la hice pelota porque ni bien la trajeron le borré todo, 9 años tenía.

T: - ¿Y cómo fuiste aprendiendo de computación?

C: - Cuando vino un tipo a arreglarla, me senté al lado y presté atención a cómo manejaba el DOS, le pregunté un par de cosas que me anoté y de ahí ya sabía bastante. Se jodía algo y yo la formateaba, la arreglaba, de hecho apretando la letra “F” ya cargaba el ajedrez para jugarlo. A mi papá le encantaba, estaba chocho. Era un .bat, primero cargaba el driver del mouse, hacía una pausa y te cargaba el juego. Se sentaba y se ponía a jugar.

T: - ¿Videojuegos?, ¿cuáles te gustaban?

C: - Y, todos. Consolas no tuve mucho, pero me iba a la casa del

que tenía, era así. Jugaba al Pitfall en la Atari, en el Family jugaba al Goal, el uno y el dos. Mario, G.I. Joe. Después en los fichines jugaba al Double Dragon, al Hat-Trick Hero. Y en la “Play” un montón, Dino Crisis, Metal Gear, el Bomberman.

T: - ¿Qué otros trabajos tuviste además de técnico informático?

C: - Bueno, el de Kalop que ya lo dije, después en el Correo, en la parte de servicio electoral. Digamos que llamaban por teléfono para averiguar dónde votaban y en qué mesa, número de orden y todo eso. Llamabas y yo te decía. Teníamos el padrón en una IBM me acuerdo, no el modelo exacto, pero era con terminales bobas. Los backups los hacíamos con cintas que se rompían cada dos por tres y te quedabas sin sistema, pero de verdad. No como ahora que te dicen que “se cayeron los servidores”, son de terror, pero bueno. Me acuerdo que venían los chabones de IBM y cobraban una fortuna por recuperarlo. Entonces yo me ponía al lado de ellos y veía los comandos que tiraban. Una de esas veces yo quise probar, le dije a Carlos, mi superior que yo había visto cómo hacían y lo pude solucionar, se quedó como loco. Después de lo del servicio electoral me mandaron a grandes clientes, y yo lo que hacía eran Data Entries, o sea; lo que tenía que hacer era subir datos. Cuando se jubiló Carlos, quedó a cargo otro que le tenía bronca, y, por ende, a mí también porque me llevaba bien con él, problema de ellos.

T: - ¿Entonces?

C: - Y a mí no me podía ni ver, me rompía las bolas todos los días y me calenté, tenía una computadora personal este hombre. No lo bancaba ni la secretaria, entonces, una de las veces que hablé con ella, le dije “mirá que algo le voy a hacer”. Le hice un “bat”, igual que a mi viejo. Nada más que, este bat, al apretar “enter” lo que hacía era ejecutar un comando como “delete all”. Al día siguiente nos cagamos de risa cuando lo vimos pasar con decenas de disquetes para formatear la máquina.

T: - ¿Algún otro trabajo además de ese?, ¿algo que quieras contarnos?

C: - También trabajé en Aguas Argentinas, en un Bingo y en un

kiosco. En aguas me mandaban a hacer lo que sería las revisiones en los asentamientos de emergencia, las “villas”. Me daban un auto que era un Daewoo Tico y yo tenía que ir con un formulario que decía “casa buena”, “casa mala” o “casa más o menos”. Así literalmente, tenía que revisar el medidor y apuntar que no estuviera pinchado (y la calidad de la casa también). Un poquito despectivo para mí, pero bueno. Después laburé en el kiosco de “Willy” un par de meses de día, pero a la tarde no había nadie en la calle y me afanaron como tres veces seguidas. El dueño me dio a entender como que la culpa era mía y que él no creía que me hubieran robado realmente. Entonces me calenté y lo invité a que venga para cagarlo a trompadas. No vino nunca. Mi hermano Damián también trabajaba ahí y me hizo saber un tiempo después que Willy quería que trabajara de nuevo, pero de noche, que yo era de confianza y no sé qué. Obviamente le pedí fortuna y aceptó.

T: - ¿Y cómo fue?, ¿no te robaban de noche también?

C: - No tanto, ese kiosco tenía una particularidad: era el único que te vendía alcohol después de las doce de la noche, teníamos un acuerdo con los policías. De hecho, la comisaría estaba ahí a la vuelta y ellos mismos también te pedían cerveza. Ahí me hice amigo de “Lamparita” y también del “Pirri”. Qué va a ser, amigos amigos no eran, pero pasar las noches solo no es recomendable. Ellos robaban autos por encargo. A mí me manguaban cerveza todas las noches, y cada tanto me “pagaban” con alguna cosa que se encontraban en los baúles de los coches. Era como una atención que te hacían. Ahí también me apretaban algunos personajes como “El Oso”, que me decía que me iba a mandar a matar si no le regalaba alcohol. Después le pregunté a Lamparita y me dijo que era un fantasma, la última vez que vino lo saqué a empujones y no volvió.

T: - ¿Y la policía no te hacía compañía?

C: - Para nada. No te daban pelota. El que sí venía era el portero de la casa de electrodomésticos de al lado. Cada tanto comíamos juntos ahí en el kiosco. No estuve mucho tiempo más trabajando ahí.

T: - ¿Hasta cuándo estuviste entonces?

C: - Poco más de navidad y año nuevo, no me acuerdo bien. Lo que sí me puedo acordar es que, para las fiestas, como éramos el único kiosco que vendía cerveza de noche, y, aprovechando que eran días especiales, le propuse a Willy abrir de madrugada para sacar una ganancia importante.

T: - Me imagino que dijo que sí.

C: - Al principio no, no quería saber nada. Pero como toda esa mercadería no la iba ni a tener en cuenta, le propuse cobrarla el triple. La mitad de la ganancia se la quedaba él. Y la otra mitad era para Damián que me iba a ayudar, y para mí. Llenamos tres freezers con lo que se te ocurra; cerveza, whisky, ron, de todo. Vendimos hasta tipo 7-8 de la mañana, nunca había vendido tanto en una noche. Al final también nos llevamos varios cartones de cigarrillos, golosinas y dimos vuelta la máquina de peluches, esa de la garrita. La vaciamos.

T: - Por último, para ir cerrando ya la entrevista. ¿Cómo fue tu trabajo en el bingo?

C: - Exactamente no era un bingo, sino un casino, el casino de "Titi". Así se llamaba uno de los dos dueños. Ahí laburé con Damián también, él les llevaba las cuentas y yo era mesero, hacía de todo en realidad. Hasta me hacían cargar los bolsones con fichas, que pesaban una tonelada. Así fue como saqué también la doble hernia de disco que tengo en la espalda. No duró mucho.

T: - ¿Por lo de tu espalda?

C: - No, porque era ilegal; el casino estaba en un edificio de varios pisos, con oficinas y otros negocios. Un día, en el estacionamiento, aparece un tipo que tenía toda la pinta de ser cana, preguntando por uno de esos negocios, como para confirmar si ese era el edificio. Yo me hice el boludo y le dije que no sabía nada. Cuando subí, al rato cayeron como 20 policías por todos lados. Mi hermano estaba en una habitación aparte con los dueños, escondiendo la guita para que no se la incauten. Nos llevaron detenidos a todos, menos a ellos. Así que se puede decir que también estuve preso. Aunque fue sólo un día y estábamos juntos en la misma celda. Así que nada, eso.

T: - Muchas gracias por compartir detalles tan íntimos conmigo

y con quienes nos leen.

C: - No, a vos. Gracias por escuchar.

Las huellas de un errante

Hijo: Manuel Rodríguez

Padre: Gustavo Rodríguez



Manuel: - ¿Cómo te presentarías?

Gustavo: - Me llamo Gustavo Rodríguez, soy padre de cuatro hijos -dos varones ya grandes y dos nenas un poco más chicas- y en este momento estoy desocupado. Tengo un oficio de pizzero y una pizzería montada, pero en este momento la tengo cerrada así que estoy desocupado.

Acá estoy, peleándola, complicado, pero voy.

M: - ¿Cuánto tiempo tiene la pizzería?

G: - Ahora en diciembre cumple 44 años. Se abrió el 31 de diciembre del año 1975. Ahora la cerré por una cuestión más que obvia, ¿no? Hay poca venta, una inflación terrible. Estoy esperando a que pase esto para volver a abrirla, porque tengo todo a disposición; tengo mis máquinas y tengo la ciencia de saber hacer las cosas, ya sean pizzas, empanadas, lo que sea.

M: - ¿Tus primeros contactos con la cocina se remontan a los primeros años de la pizzería?

G: - No. En realidad, viene de antes. Yo era muy chico, nací en 1967.

Mi madre, descendiente de alemanes, era muy buena cocinera y hacía empanadas de carne fritas ¡muy ricas! Yo recuerdo siempre los domingos venir de misa y ayudarla a hacer las empanadas de carne. Las armaba y les hacía el repulgue, pero no me dejaba freír por el peligro que era manejar el aceite caliente. Mis primeros contactos fueron esos. Le ayudaba a picar cebolla también. Desde muy pibe me gustó mucho la cocina, siempre.

M: - ¿Me querés contar un poco más de tu mamá?

G: - Como te dije, era descendiente de alemanes, lo que acá llamamos rusos. Peter Fuhr, mi bisabuelo, fue uno de los quince “ruso-alemanes” que fundaron San Miguel Arcángel, un pueblo que está acá muy cerca de Carhué, a unos 60 kilómetros más o menos. En San Miguel, Peter se casa con Ana Schab, mi bisabuela. Mi mamá nace ahí y después se casa con mi padre, oriundo de Galicia. Así, por medio de Isabel -mi abuela paterna-mi vieja aprendió lo que es la cocina gallega.

De comer, mi vieja hacía de todo, ¡absolutamente todo! no había cosa que no supiera hacer, tenía una mano terrible. Yo heredé de ahí mi amor por la cocina, las ollas, las tablas, los cuchillos.

M: - ¿Y tu papá?

G: - En 1975, cuando fue el desastre económico del Rodrigazo y quedó medio país patitas para arriba, mi viejo -artesano- cerró la fábrica de mosaicos y el bazar que tenía. Hizo un horno de ladrillos alimentado a leña y empezó a hacer pan. En ese año fue que puso la pizzería.

Mi viejo también cocinaba bien, la tenía bastante clara con la cocina. Hacía unas tortillas españolas excelentes, muy ricas. Y lindos pucheros también, que ahí aprendí yo a hacerlos.

M: - Respecto a los años 70, ¿Cómo los viviste y qué es lo que ves hoy de esos años?

G: - Nosotros, como para que te des una idea, no teníamos televisión, obviamente no había internet, o sea ¡tecnología cero! En casa todo lo que había era una radio a pilas, que era pertenencia de mi padre y que por ahí en invierno nos la prestaba a la noche para escuchar los partidos de Boca en la Copa Libertadores.

Se vivía con muy poco. El agua era de pozo, había un aljibe, una bomba a mano -algunas tenían motor-, el gas era de garrafa, se vivía diferente. Se vivía con muy poca plata, no se la pasaba muy bien porque la ropa no era la de ahora, las zapatillas eran bastante berretas, los pantalones los veníamos ligando de un hermano a otro, todos con esos parches que le ponías a las rodillas. Había días en que costaba poner la plata en la mesa ¡encima nosotros éramos diez! siete hermanos, mis dos viejos y mi abuela paterna.

Hoy lamentablemente estamos en una situación más o menos parecida. Obviamente con un poco más de tecnología, pero con problemas para pagar los servicios y los impuestos. La cosa viene complicada.

De todas formas, el hecho de que antes todo fuera diferente no quiere decir que no hayamos sido felices. Con muy poco éramos felices, porque no conocíamos lo que eran las cosas estrictamente ma-

teriales, no las teníamos. A los juguetes los hacíamos nosotros, nuestros padres nos ayudaban y los fabricábamos en casa. Era otra vida, pero igual la pasábamos bien. Dentro de todo no me puedo quejar. Éramos felices, pero con mucho menos de lo que hay ahora.

M: - Todas estas diferencias de las que me hablas en la vida que ustedes llevaban en Epecuén respecto de lo que vivía la gente en las grandes ciudades, ¿también se trasladaban al contexto político de esos años?

G: - Nosotros por ahí éramos muy pibes y encima viviendo en un pueblo del interior con todo lo que eso conlleva no nos dábamos mucha cuenta de lo que estaba pasando. Pero yo en La Plata tenía a mi hermana, la única mujer y la mayor de todos los hermanos. En ese tiempo ella venía y contaba que amigas de ella desaparecían. Ella hoy es enfermera y reside en La Plata.

Fue una época complicada y bastante nefasta para nosotros. No podías pensar, no podías escribir un tema musical, muchos artistas se tuvieron que exiliar. Por eso hoy si bien estamos mal, por lo menos estamos en democracia y de esta podemos salir. La pérdida de la democracia y de la expresión es lo peor que le puede pasar al pueblo.

M: - Llévame un poco a los recuerdos de tu infancia.

G: - Mi infancia fue sencilla, como cualquier pibe de esa época en un pueblo muy pequeño. Porque en Epecuén éramos más o menos unos mil habitantes. Había un club, el “Gauchos de Epecuén”, donde jugábamos al fútbol. De hecho, la primera y única vez en mi vida que salí campeón fue con mi amado Gauchos. Había una escuela, después hubo una parroquia ¡y para de contar!

Pero en verano Epecuén era una villa turística, con la laguna que es única en el mundo, porque no hay otra como la de Epecuén. Una laguna muy salada, casi tanto o más que el Mar Muerto. La diferencia entre ambos es que el Mar Muerto es un mar interno, mientras que Epecuén es una laguna. En verano se llenaba de turistas y era todo música y jolgorio, para los turistas, obviamente, ya que nosotros teníamos que trabajar.

Y como te decía hoy, nuestras pelotas eran de trapo, no había

pelotas de cuero. Los juguetes los hacíamos nosotros. Por ejemplo, algún karting que armábamos con rulemanes viejos que nos daba algún mecánico. No había gran cosa, no existían los juegos de mesa, salvo las cartas y los dados. Mi infancia era ir al club a jugar a las bochas, al metegol, al billar, al truco o algún otro juego de cartas.

Fue una etapa muy linda, la verdad que no me puedo quejar, obviamente que tenía muchas privaciones porque siempre nos faltaba la moneda, pero igual la pasábamos lindo, porque cuando vos no conoces una cosa, no la añorás. Yo ahora por ejemplo hace siete meses que corté el cable, entonces extraño la televisión. Antes no la extrañaba porque no la conocía, ni siquiera sabía lo que era un televisor.

Y así un montón de cosas. Los autos que tenían nuestros padres eran vetustos, catangos viejos que arrancaban cuando querían. Si alguno tenía un problema de salud había que ir hasta Carhué que está a casi 10 kilómetros, donde estaba el hospital.

M: - En esos años de formación, ¿cómo eras vos en la escuela?

G: - Mira, yo en la escuela primaria terminé con el mejor promedio. Tuve la suerte de que ya a los 7 años sabía leer y escribir. También a esa edad mi viejo me compró mi primer libro, Las aventuras de Tom Sawyer, no me olvido nunca. De ahí no paré más, siempre me gustó leer muchísimo. Como no había internet tenía que recurrir a la biblioteca y ahí leía todo.

Entonces yo en la escuela como alumno tenía problemas... como decirlo... bueno, ¡me peleaba todos los días! Porque en el recreo jugábamos al fútbol y yo siempre terminaba a las trompadas, con el delantal todo roto, mi vieja siempre me quería matar. Tenía muchos “problemitas” de conducta, pero como alumno terminé en la fiesta de graduación siendo abanderado. Era de ayudar mucho a los pibes que tenían problemas para entender ciertas cosas, yo les enseñaba, los llevaba a casa y les ayudaba a hacer los deberes.

M: - ¿Te acordás de tu primer amor?

G: - Si obvio, ¿cómo no me voy a acordar? Nadie se olvida de su primer amor.

En realidad, yo tuve noviecitas como cualquier pibe, esos amores

platónicos que se llaman, ¿viste? no había casi roce, no había nada. Pero sí, a los 16 años yo estaba en cuarto año de secundario y ahí salí con mi primera novia. Salimos cuatro años más o menos.

A veces por ahí la cruzo y nos saludamos. Quedó una buena relación con ella y también con las otras dos novias que tuve y después con la que fue mi esposa. Las relaciones siempre terminaron bien, gracias a Dios.

M: - A poco del retorno de la democracia, ustedes se encuentran con la inundación.

G: - Y si, poco menos de dos años después. La democracia vuelve en diciembre de 1983 con Alfonsín y la inundación de Epecuén fue el 10 de noviembre de 1985.

Eso fue una verdadera desgracia. A veces por ahí discuto con gente más o menos de mi edad, gente de cincuenta/sesenta años que no vivió en Epecuén y que me dicen que en Epecuén no se murió nadie ¡y yo les digo que sí! a mucha gente la mató la inundación, mucha gente se murió de tristeza. Perder toda una vida de laburo, perder tu casa, tu trabajo. Gente que yo hoy me pongo a pensar y, por ejemplo, mi viejo -nacido en 1932- tenía 53 años. O sea, todavía era joven, ¡pero ya no era un pibe! Y esa gente quedó mal.

Yo conozco muchos casos de gente amiga mía, padres de mis amigos que se terminaron muriendo muy jóvenes a causa de la tristeza que les ocasionó la pérdida de su pueblo. Fue algo terrible porque no sólo lo perdés todo y te encontrás a los cincuenta y pico de años sin nada, sino que toda tu vida de trabajo queda tirada a la basura por culpa de un par de tipos que manejaron mal las cosas.

Estuvimos 26 años sin poder ir a Epecuén porque estaba tapado en agua. Hace muy pocos años que podemos ir porque bajó el agua y quedaron todas las ruinas al descubierto.

M: - ¿Qué fue lo que hicieron tras la inundación?

G: - Nosotros justo estábamos haciendo acá en Carhué una casa. Entonces nos vinimos todos ahí. Epecuén se inundó el 10 de noviembre de 1985 y yo el 18 de marzo de 1986 entré a la colimba, donde estuve 12 meses exactos.

Acá en Carhué se hizo un barrio, que le dicen “La pluma verde” y está en las afueras. Yo laburaba ahí cuando había salido de la colimba y entre todos juntábamos la moneda. Hicimos un horno, una cuadra y abrimos de nuevo la panadería y la pizzería.

Fueron muy duros esos años, porque después yo anduve por La Plata varios años laburando en una panadería muy grande que estaba en 58 y 15 y que ya me dijeron que no existe más, panadería “El toro” se llamaba.

Después nos fuimos a Monte hermoso, luego estuvimos en Mar del Plata y por último, volvimos nuevamente a Carhué. Fue un camino de errante, ir de un lado para otro, no teníamos lugar. Cuando te sacan un pueblo, cuando te lo arrancan así, no tenés espacio en el planeta. Hicimos pizzerías por todos lados. Teníamos que arrancar de cero constantemente.

Como te decía hace un rato, nosotros éramos varios hermanos, la mayoría varones, y entre todos le metimos rosca y más o menos fuimos para adelante. Pero hubo mucha gente que la pasó mal y muchos que terminaron falleciendo en esa tristeza tan profunda.

Fue complicado, justo lo de Epecuén agarró una época muy brava en la Argentina, muy áspera y con poco trabajo, te pagaban dos mangos. Después al final de la época de Alfonsín, con una inflación monstruosa que también nos dejó patas para arriba; luego agarramos la época de Menem, donde hubo una primera época linda y terminamos quedando patas para arriba otra vez.

Para rematarla terminamos agarrando el 2001 con De la Rúa, donde medio país se fue, entre ellos cinco de mis hermanos y también mis viejos, que terminaron en España.

Ahora quedan tres de mis hermanos allá, mis viejos volvieron, mi hermana volvió y un hermano también volvió. La pasamos jodido, ¡no damos pie con bola con los gobiernos!

M: - Vamos por partes, ¿Qué pasaba en la colimba?

G: - Hoy en día hay gente que no tiene ni idea de lo que habla y dice que la colimba tendría que volver, diciendo que la mayoría de los pibes ahora son todos NINI, ni estudian ni trabajan.

Yo te digo lo mismo que decía mi viejo sobre la colimba. Ahí aprendí a robar por la fuerza, porque me robaban a mí y después te pasaban revista sobre lo que tenías que tener de manera obligatoria.

Entonces para zafar de esas sanciones tenías que robar. También fue la primera vez en mi vida que pasé hambre, ¡siendo que yo era cocinero en el rancho de tropa!

Como venía de una pizzería me pusieron de cocinero y yo cocinaba para ciento y pico de personas. Me acuerdo que un 31 de diciembre salí de licencia, porque yo estaba preso tiro a tiro por robarle la comida a los milicos.

Con una gonzúa yo entraba en sus espacios para robarles la comida y repartirla a los pibes que se cagaban de hambre, y ahí me agarraban y me metían preso. Entonces mientras que todo el mundo tenía un mes de licencia, a mí solamente me daban quince días por las sanciones que tenía.

Nos daban cualquier cosa de comer y cuando ellos querían. Podías estar dos días sin comer ¡a esa edad no podés estar así!

Por eso mis recuerdos de la colimba no son nada lindos. Si bien conocí buenos tipos, la mayoría son una reverenda porquería, gente muy chota, que no respeta. No sólo aprendí a robar, sino que también aprendí a tenerle más asco a las botas.

La colimba no sirve. Te hacen laburar todo el día, comés cuando podés y cómo podés, la verdad no sé qué sentido tiene eso. Por eso la colimba no forma hombres, al hombre lo forma la vida. El otro día me decía un pibe “¡loco qué lindo sería ser como vos!, sos albañil, electricista, pintor, apicultor, panadero, pizzero...”; y yo le digo “si loco, pero a eso no lo aprendí por internet, lo aprendí laburando de albañil, de electricista, de pintor, de apicultor, de panadero, de pizzero...” Lo que quiero decir con esto es que la colimba no te enseña ningún oficio, te hacen laburar de cualquier cosa.

La colimba es una verdadera macana, en mi opinión no sirve. Estás todo el día ahí encerrado y cuando un milico se levanta con los patos volados te hace hacer lo que se le canta. Vos tenés 18 años, no entendés nada y preguntás “¡¿por qué?!” y te responden “¡Porque es-

toy enojado!”.

M: - Saliste de ahí, te fuiste a La Plata y te reencontraste con tu hermana.

G: - Estuve viviendo un tiempo en lo de mi hermana hasta que encontré trabajo allá. La estábamos pasando muy mal económicamente. Encontré trabajo en esa panadería que te dije hoy, “El toro”. Después alquilé un bulo con quien era mi jefe en la panadería. Alquilamos en Berisso, pasando la 122, frente a esos fósforos grandes que estaban quemando todo el día, no sé si seguirán estando aún.

Viví en La Plata y ahí aprendí muchísimo, tuve la oportunidad de hacer unos cursos con “Calsa”. Me acuerdo que al primero me lo pagué yo y el resto me los pagó el dueño de la panadería porque veía que yo era pibe y que quería aprender. Ahí aprendí sobre hojaldre y a hacer todo tipo de galletería.

Quizás si no se hubiese inundado Epecuén no hubiese aprendido nunca todo lo que sé. Así que supongo que no hay mal que por bien no venga, como dicen ¡qué sé yo! Yo me vi obligado a salir porque necesitaba empezar a vivir. Más allá de que tenía un poco de ropa, una cama y me daban de comer, eso no era vida, yo necesitaba hacer algo, y ahí me fui a La Plata.

Agradezco realmente a la familia de los dueños de esa panadería que me ayudaron mucho. Y bueno, de paso también ayudé mucho a mi hermana, a mi cuñado, a los nenes de ellos que eran chiquitos en ese momento. Mi hermana siempre recuerda mucho todo eso.

Después de lo de Epecuén anduve por todos lados, unos diez años dando vueltas por distintos lugares de la provincia hasta que al final me instalé definitivamente acá en Carhué.

M: - ¿Cómo vino la mano cuando vivieron en la costa?

G: - A Monte Hermoso decidí irme un día a dedo, pero no tenía mucha idea de nada, ni siquiera sabía dónde quedaba, sólo sabía que estaba pasando Bahía Blanca. Con mi familia alquilamos un local y pusimos pizzería ahí. Estuvimos el primer verano en pleno centro de Monte.

Laburábamos a full, lo que hacíamos lo vendíamos, jera imposi-

ble hacer más! Yo a veces le digo a la gente que un domingo nos faltó poquito para llegar a vender 2500 empanadas. No pudimos vender ese número porque no dábamos abasto para hacerlas, ¡era imposible! Ahí mi viejo hacía unas empanadas que él llamaba Fortineras, unas empanadas de carne que eran fritas, ¡alucinantes!

Ya en el invierno agarré trabajo con un albañil. No me olvido nunca de él, un colorado, ¡renegado como él solo! Pero conmigo era genial. Laburé ahí y también hice un curso de albañilería en un centro de formación profesional que estaba en las afueras, donde él era mi profesor.

En la segunda temporada, ya teniendo el local pago hasta marzo inclusive, nos terminamos volviendo a Carhué a mitad de febrero porque la hiperinflación nos hacía imposible seguir ahí, era terrible. En esa primera vuelta a Carhué puse una panadería que tuve durante un año y medio, La flauta dulce se llamaba.

Después de eso nos fuimos a Mar del Plata, donde estuvimos 4 años. En Mar del Plata trabajaba en la construcción, a las alturas, con silleta ¡Me daba terror! si hay algo a lo que le tengo miedo es a la altura.

Pero yo me colgaba en una silleta y pintaba edificios y revocaba. Son épocas lindas, vivencias interesantes.

M: - ¿Cómo era Carhué cuando volviste definitivamente?

G: - Yo vine a Carhué a principios del año 1995. El pueblo estaba bastante devastado, las calles estaban hechas percha. Con el tema de la inundación se habían hundido varias casas. No había cloacas, había pozos para los baños. El asfalto estaba hecho bolsa.

Ese año nosotros agarramos por licitación el buffet de la Terminal de ómnibus. Mis viejos estaban en Mar del Plata aún, seguían con la pizzería allá. Compraban un semanario carhuense que se llamaba Nueva Era y ahí se enteran que salió en licitación lo que era el buffet de la terminal. Hicimos un curriculum diciendo lo que era “La Gallina Verde” -nuestra pizzería- y bueno, ahí se vinieron ellos para Carhué, arrancamos a trabajar y nos fue muy bien.

De hecho, fue ahí cuando después de haber estado un par de años

con mis viejos le dejamos la pizzería al menor de mis hermanos y le enseñamos el oficio a él y a quien hoy es su esposa. Hoy él tiene su pizzería y se llama justamente el “Pollito Verde”, hijo de La Gallina.

Entonces con mis viejos nos fuimos y compramos esta esquina donde yo vivo y laburo actualmente. Acá mudamos a La Gallina, aunque en este momento no está abierta y lamentablemente no la tengo funcionando, va a volver muy pronto.

Eran años difíciles. 1995 fue un año muy complicado, pero a la vez fue quizás la mejor época de mi vida porque ahí conocí a la mamá de mis hijos, que en ese momento tenía dos varones. Al otro año ya me fui a vivir con ella y varios años después llegaron las dos nenas. A pesar de las dificultades económicas, fue una época muy linda porque fue como empezar de cero, pero bien y rodeado de amigos.

M: - En la crisis del 2001 se va gran parte de tu familia para España, ¿Qué paso ahí con vos?

G: - Yo también iba a ir, me había quedado sin trabajo. Trabajaba en una fábrica de materiales de apicultura y a la vez le atendía las colmenas al dueño, un amigo que era de Epecuén. En una época éramos 14 personas trabajando ahí. A lo último éramos 5 o 6. Me quedé sin trabajo en enero de 2002 y estaba medio desesperado.

Hablé con la madre de mis hijos y le dije “mira negra, yo quiero ir a España un tiempo y juntar unos mangos”, porque mi hermano ya instalado allá había montado una pequeña empresa y me dijo “¡venite loco! Mira que acá tenés laburo y un lugar donde vivir, te doy unos mangos para que te vengas con tu mujer y los nenes”. Pero resulta que me salió un trabajo con el hermano del amigo con quién yo trabajaba en la fábrica y me fui a laburar con él.

No había un mango, costaba comprar un litro de leche, un paquete de yerba, un pedazo de carne, costaba todo. Era trabajar para poner unos platos de comida si podías y nada más. Si tenías que comprar pilchas o algo para la escuela era imposible. Gracias a Dios, eso pasó, como va a pasar esto de ahora también.

M: - En esos años estaba presente la apicultura.

G: - Tenía poquitas y agarré un par de años buenos donde pude

acomodar un poco la casita de barrio que teníamos. Yo la fui renovando, la di toda vuelta. Levanté los pisos, hice la carpeta nueva, puse cerámicos, hice un comedor nuevo, un altillo, un galpón. Pude hacer todo eso por suerte. También me compré una camioneta, viejita pero linda, andaba bien.

Fueron años muy buenos con el tema de la apicultura. Ahora mis amigos me quieren llevar y yo les digo “loco, ¡no tengo más espalda!”. Ellos ya son todos tipos más o menos de mi edad y me dicen “bueno, a mí me pasa lo mismo, por eso estoy buscando gente”. Es un trabajo muy duro y exigente. Tenés que estar mucho tiempo agachado, levantando cajones que pesan 50 kilos, no es joda. Y ya no lo puedo hacer, me encantaría hacerlo porque es un trabajo que realmente me fascina.

El tema de la abeja es algo hermosísimo. Yo leí mucho, hice algunos cursitos, fui a charlas. Cuando empecé a trabajar con las colmenas iba al campo con un cuadernito y anotaba todo lo que veía. Tengo un montón de anécdotas de las colmenas.

Los años en los que me dediqué a la apicultura fueron años muy buenos. A mí me sirvió y me ayudó mucho porque con eso pude apoyar los dos años en los que mi ex mujer estuvo en Leubucó con dos de mis hijos viviendo en una chacra abandonada sin gas, ni luz, ni agua. Sin las colmenas nunca lo hubiésemos podido bancar.

M: - ¿Qué pasó para que tuvieras que dejar de lado la apicultura?

G: - Lo que pasa es que así como estuvieron los años buenos, empezaron a venir los años malos. Yo ya estaba laburando acá en la pizzería y era imposible mantener las colmenas. En ese momento tenía dos campos con mis colmenas, uno de un conuñado mío y otro de un amigo.

Cerraba la pizzería los martes, así que el lunes terminaba destrozado -porque trabajábamos todo el fin de semana a full- cargaba la camioneta y el martes estaba todo el día laburando con las colmenas.

A eso sumáale que ya no me daban bien los números y ya no me empezaba a dar el físico. La cosecha es en verano, arrancás a las 5 de la mañana y a veces terminás a las 11 de la noche y no paras en todo el

día de hacer fuerza y laburar como un loco.

Así que agarré y las cambié todas por aberturas de aluminio y con eso hice el comedor nuevo en casa. Yo ya no podía seguir. De hecho, tengo un montón de amigos que ya dejaron las colmenas, ya están bien económicamente y van abandonando las colmenas para dejar la entrada a otros pibes jóvenes.

Porque a las colmenas las podés laburar muy bien, pero ya cuando entraste a los cincuenta y pico de años no te da el físico, por más que ames el laburo, que es hermoso, las cosas no cierran. Así que bueno, por esas razones yo largué las colmenas y me decidí por la pizzería. Las colmenas fueron lo más lindo que me pudo pasar en la vida. Mira que me encanta la panadería, la pizzería, pero las colmenas es algo único, realmente hermoso.

M: - Calificaste gran parte de tu vida como errante, ¿cómo entran tus pasiones ahí?

G: - Yo tengo la suerte de tener dos nenas chicas todavía; y me gusta mucho estar con ellas. Pero hay tres cosas que a mí me apasionan en la vida: los libros, la música y mi familia. En este momento estoy leyendo dos libros, uno de García Márquez y otro de Felipe Pigna. A veces me agarran las cuatro de la mañana leyendo, me duermo con los anteojos puestos y el libro en el pecho. Me vuelve loco la música, me gusta mucho el blues, ¡pero mucho, eh! Me gusta la música clásica, el rock and roll, no el rock muy pesado -el heavy metal que le llaman-, no soy mucho de ese palo.

Y obviamente me gusta mi familia, pasa que lamentablemente ahora la tengo un poco disociada, un poco dispersa digamos, porque estoy separado. Mi familia me encanta, tengo una buena relación con la mamá de mis hijos por suerte.

M: - Mirando en retrospectiva, ¿Cómo te sentís hoy con vos mismo y con todo lo que hiciste?

G: - ¡Mira! (risas) ¡Temita complicado si los hay! Yo toda mi vida fui un tipo que intenté ayudar a la gente. De hecho, lo hice, ayudé mucho. A amigos, no tan amigos, a conocidos. Y qué se yo, por ahí no me pagaron con la misma moneda y es complicado el tema. Si volviera el

tiempo atrás obviamente quisiera cambiar un montón de cosas ¿no? tenía la oportunidad de estudiar y no sé, de última hubiese sido maestro, periodista, algo medio cortito, ¿no? de lo que yo pueda laburar.

Pero por ese lado no estoy arrepentido. Sí estoy arrepentido de haber ayudado a mucha gente.

En los últimos diez años tuve varias pérdidas, no sólo por mi matrimonio, también perdí a mis viejos, falleció mi sobrina de 14 años, un sobrino de 31 años. Tuve muchas perdidas y no vino nadie a darme una mano. Gente a la que le di manos muy grandes.

Así que si miro en retrospectiva te diría que no sé si ayudaría a tanta gente. Ayudé tanto como pude y sin esperar nada a cambio, siempre. Y bueno, quizás la pifíé porque le di mano a mucha gente que después me metió un boleo en el tujes ¡y listo, ya está! No es que esté arrepentido, yo lo hice y estoy tranquilo conmigo mismo.

Hoy tengo el apoyo de algunas personas como mis hermanos, mis hijas, mis hijos, la madre de mis hijos. Estas personas me están ayudando mentalmente en estos momentos en que estoy sin laburo.

Mirá, creo que hay vida detrás de esta vida, es lo que yo pienso. Hay un padre celestial, energético, llamáale Dios, Jehová, Yahvé, Alá, ¡como quieras llamarle! no me interesan los nombres, pero sé que hay un creador energético y celestial. Sino no tendría sentido vivir esta vida, ¿no? porque te pegan un cachetazo atrás de otro y vivís estando mal.

Migración

Luis Romero



El autor, en su casa.

Mamá (18) y papá (17) nacidos en Gualeguaychú, Provincia de Entre Ríos.

La falta de oportunidades laborales y de crecimiento en lo social hizo que decidieran migrar hacia Buenos Aires, en busca de nuevos horizontes para conseguir un futuro mejor.

Contaban que se habían venido con lo puesto, un bolso con poca ropa, sin plata. Nada más que para el viaje y algo para comer, que era más pan que otra cosa. Lo que se dice: con una mano adelante y la otra atrás. Se reían cuando contaban esto, eran pobres muy pobres. Sin educación formal, mamá tercer grado y papá segundo grado.

Trabajo

Pasaron la noche en Retiro. Al otro día mamá se fue hasta Avellaneda, a una casona, donde trabajaba una co-provinciana conocida, con la que ya habían hablado y sabía que necesitaban una chica para la servidumbre (éramos las sirvientas) consiguió trabajo el mismo día, como sirvienta y con cama adentro. A papá sólo lo veía una vez por semana. En la casa los patrones tenían dos hijas que eran mayores que ella, fueron éstas las que le enseñaron a leer y escribir bien, también a manejar el dinero, a ahorrar e invertirlo. Contaba que era la envidiada de las otras sirvientas. Siempre recordó bien a esta gente, la trataban muy bien, le tenían cariño.

Papá fue al puerto a hacer changas, también consiguió el mismo día. Decía que no le pagaban mal, pero que el trabajo era pesado y extenso en horario.

Vivía en una pensión, amontonado con changarines que venían de otras provincias, al igual que él, a ganarse el mango y poder vivir. Contaba de los borrachos, de los olores, de las peleas, también de las reuniones, guitarreadas y del buen humor (chistes y cuentos).

Ahorro

Gastaban poco, casi nada, salvo mamá en las salidas con papá y hasta en el alquiler de la pensión y en la comida que no era mucho, ya que se juntaban varios para parar la olla. Mamá era la tesorera en

su trabajo, podía ahorrar tranquila, sin miedo a que le robaran, en cambio a mi papá sí podían hacerlo.

La pareja - la familia - hogar

Al tiempo mamá queda embarazada de mi hermana mayor. Por recomendación del patrón de mamá, que sabía que se estaba organizando un barrio en Berazategui, y que los terrenos eran accesibles en lo que era el pago.

Compraron, les gustó el lugar a quince cuadras de la estación de trenes y a quince del Río de la Plata. El asfalto o mejorado más cercano estaba a nueve cuadras de la Av. Mitre.

Papá consiguió trabajo en la panadería de “La Chaqueña” (Berazategui) como ayudante de panadería y en el reparto de pan a los almacenes, trabajo que hacía en un carro con caballo. Dejó el trabajo en el puerto y se dedicó además de su trabajo en la panadería, a alambrear el terreno y a construir la casa, muy precaria, por cierto, hecha con postes, tirantes, alfajías y chapas de lata el techo y de cartón las paredes, con puertas y ventanas hechas por él mismo.

Mamá contaba que antes de ser panadería en este lugar vivió Julieta Lanteri, una mujer llegada desde Italia que fue la primera en votar (1911) en Argentina y en Sudamérica. Fundadora del Partido Feminista Argentino, quinta mujer en recibirse de médica en el país. Junto con la primera egresada fundó la asociación Universitaria Argentina, contaba también que en su primera votación los hombres que estaban en la fila no entendían que hacía esa mujer ahí, era como que no entendían que la mujer ejerciera su derecho a sufragar. Más adelante la Doctora Lantieri se postuló como Diputada, no pudo serlo, pero consiguió 2000 votos (recordemos que los votantes eran todos los hombres) mi madre se reía cuando decía que el pan de “La Chaqueña” era un pan con historia.

Hace un mes, por no tener los recursos (dinero) para seguir pagando los sueldos y alto costo de los servicios (por la macrisis) y después de 65 años las puertas de la panadería “La Chaqueña” cerraron.

Evita y la Doctora Lantieri fueron ejemplos a seguir para mamá.

Siempre fue muy feminista, una luchadora. Aconsejaba y guiaba a las mujeres del barrio, las defendía; cuando alzaba la voz había que escucharla, tenía un lomo importante que intimidaba. Más de una vez cagó a trompadas a los que borrachos se ponían en “hombre” y golpeaban a mujeres.

Unos meses antes de parir a mi hermana, dejó el trabajo que hacía en la casona de Avellaneda, contaba que las hijas de los patronos y ella, lloraron juntas.

Con los ahorros que tenían, pusieron un almacén, mamá hizo venir de Entre Ríos a la hermana que le seguía, mi tía negra que nunca entendía, por qué le decían así, ya que era de piel blanca, con pecas en la cara y el pelo castaño tirando a rojizo, para que la ayudara. Papá en el reparto de pan conseguía la mercadería para la venta.

La familia se fue agrandando, tuvieron seis hijos, yo soy el menor, tengo un recuerdo imborrable, muy precioso, tenía 5 años y todavía tomaba la teta, mamá se sentaba en el cajón de Fanta, que eran de madera, y yo de parado la abrazaba para disimular, y tomaba la teta, casi a los seis tuve que dejar de tomar teta porque empezaba la escuela y quedaba medio como chocante y me tenía que aguantar las cargas, no daba. Recuerdo que siempre estaba papá, yo pedía a mamá para que me diera la teta y me hacía más el chiquito, el bebé, y le decía a mi papá: “papi, mamá no me quiere dar la lota” y mi papá le decía a mi mamá: “dale la lota, él es bebé todavía” y se cagaba de la risa y yo feliz y contento tomaba la “lota”.

Religión

En casa no se respiraba aire de religiosidad. Si bien mis hermanos y yo fuimos bautizados y ellos tomaron la comunión y confirmación y toda esa pelota del Espíritu Santo y amén, en casa no teníamos esa creencia religiosa de estar con el Dios en la boca todo el tiempo, si el gracias a dios, el adiós gracias y el Dios proveerá. Si había crucifijos y biblias, estaban guardadas en algún cajón como recuerdos, ya que nadie las utilizaba.

Nos enseñaron que teníamos que conocer bien a las personas y

sólo creer en lo que veíamos y en lo que se nos demostraba. Nada de ángeles, vírgenes, santos, espíritus, fantasmas.

Si tenían fe, esperanza. Nos enseñaron a vivir en optimismo, con resiliencia. Nos enseñaron que en la vida hay épocas buenas y épocas malas, y que en las épocas malas íbamos a tener poco y con ese poco hiciéramos algo que construyéramos algo y que no esperaríamos ayuda de ningún dios, ni de nadie, que éramos nosotros los que teníamos que salir adelante, encarando. Que si hay vida todo es posible.

Mamá no creía en dioses y papá menos.

Conocí a mi abuela materna, que en su casa la visitaban personas que venían de todos lados, era algo así como una curandera, su rancho era de adobe con techo de juncos y en el frente había un santuario con imágenes, estampitas, crucifijos, velas, montones de velas prendidas donde oraban y esas cosas. Yo la visitaba, seguro estaba empachado, me ponía una cinta en la panza y yo la sostenía, hacía como que me medía el empacho con señas y cruces en el aire y con un “fuz, fuz” me quitaba el dolor maléfico. Nos reíamos. Siempre que la visitaba, le cebaba unos mates y conversábamos. Me contaba que había aprendido de remedios caseros y a curar algunas dolencias, hablaba de la fe de las personas que la visitaban y del santuario que habían construido, que le daba más fuerzas. Ella había aprendido a conocer a las personas, sabía que todas necesitaban unas palabras de fe, esperanzadoras, y eso es lo que les daba.

Recuerdo una vez, escuchen esto por favor, yo llegaba al barrio, borracho, mal, en la entrada al barrio había una casona en un terreno que ocupaba media manzana, también había eucaliptus inmensos. A todo esto, le adjudicaban historias de fantasmas, de cucos y todo eso, yo no creía... pero. Faltaban 50 metros para llegar al lugar y de la nada escucho un fuerte silbido en el oído, miré para todos lados y no ví a nadie, me cagué todo, se me fue el pedo, apuré el paso y sin darme vuelta llegué a casa. Al otro día voy de mi abuela y le cuento todo lo sucedido. Mi abuela me tomó de la cara y me dijo: “hijo querido eso quiere decir que el diablo está lejos suyo”. Unas noches después, escucho el mismo silbido, pero esta vez lo veo, era un murciélago que al

casi chocarme silbó para tener en cuenta el camino de vuelo.

Un personaje mi abuela.

Murga - comparsa

En 1958, mi papá junto a mi tío rondó la murga “Los Vacantes”, alegría, ritmo y color. En primer lugar, los integrantes fueron gente del barrio, después se incorporaron otros barrios vecinos. La murga participaba en el corso de la ciudad. Por ese entonces no tenían ningún medio de transporte, se juntaban en casa y caminaban juntos hasta el corso que quedaba a unas quince cuadras y también se presentaban en las calles de los barrios, bailes, en quermés, parques, actos políticos, de religión, etc. A veces les pagaban (hacían contrato de palabra) y otras veces mangaban al público, pasaban una gorra o algo parecido a una alcancía. Se divertían.

Papá tenía una particularidad, que con cualquier ritmo: vals, tango, carnavalitos, cumbias él ideaba una letra, la escribía, componía y la cantaban los murgueros. Pienso que hoy con los ritmos modernos como el rap o el trap que son pegadizos, cantables y bailables se haría una fiesta.

Cuando las cosas empezaron a irles bien, la murga se fue agrandando. Además de activar en la ciudad y en corsos vecinos la murga hizo tres viajes a Gualeguaychú. Yo participé en dos, a los 12 y 14 años. Recuerdo que nos veían como artistas famosos, como ídolos. En ese tiempo, Gualeguaychú era más bien un pueblo donde vivían 30 mil personas. Familiares, parientes de mis padres vivían en ese lugar.

Hoy Gualeguaychú, tiene alrededor de 100 mil habitantes, posee el espectáculo artístico de carnaval, a cielo abierto, más importante del país. Con respecto a esto, mamá decía que, si “Los Vacantes” fueran hoy a Gualeguaychú, los sacarían a latazos (haciendo referencia a los responsables de la espumita)

En el año 1985 mis padres juntaron dinero entre todos y se lo dieron a mi hermano para ir a comprar instrumentos a Brasil, para organizar una comparsa. Mi hermano tenía un micro con el que trabajábamos unos muchachos y yo, de vendedores ambulantes reco-

rriendo la Provincia de Buenos Aires. En ese micro, viajaron (yo no pude hacerlo me faltaba el documento, me quería matar) Compraron los instrumentos musicales para armar una batucada: zurdos, cajitas, panderos, marcas, tamborines, agogos... todo lo que hacía falta; en el viaje de vuelta comenzaron, convencieron a siete integrantes de una comparsa correntina cinco hombres y dos mujeres, todos jóvenes para venirse a Buenos Aires y enseñar el ritmo de samba y de baile de batucada a los integrantes de la nueva comparsa. Hoy la mayoría de estos muchachos tiene su familia y vive en la ciudad.

Papá compró la tela para la ropa de los integrantes de la batucada y de un grupo que hacía una coreografía bailable llamada “Águilas Voladoras”. Mamá se encargó de la ropa de las chicas, ella decía que las chicas iban a vestir todas distintas, que no estaban en un ejército...

En la comparsa se incluyó a chicos, jóvenes y adultos con capacidades distintas, diferentes, especiales, a travestis, en fin, a muchos que no tenían lugar en otras comparsas. Había que ver la felicidad que tenían estos integrantes al sentir que en la comparsa no se hacía discriminación por sexo, color de piel, religión, ni por capacidad física ni intelectual.

Nos acompañaron familias de todas las clases sociales del Gran Buenos Aires, también en distintos actos políticos (peronistas) fue invitada por sindicatos, la batucada fue invitada a acompañar al primer equipo del QAQ en los campeonatos de fútbol organizados por la AFA, también a acompañar a la selección mayor en partidos amistosos, jugados en nuestro país. Fue invitada a la inauguración y a la clausura de acontecimientos deportivos, sociales, culturales.

Todos los años, al finalizar el carnaval, la comparsa hacía una fiesta de despedida y en nuestra mesa han participado integrantes de las distintas creencias religiosas, políticas, sociales y culturales. Participaron ministros, intendentes, concejales, deportistas, artistas, etc.

Dictadura

Recuerdo que cuando yo tenía 12 años fui junto a mi hermano, tío

y los integrantes del sindicato del vidrio a Ezeiza a presenciar el regreso de Perón, el día de los enfrentamientos a tiros. Cuando pregunté por qué paso esto, me dijeron que el Peronismo era un movimiento muy grande y que los líderes disentían unos con otros.

Por eso pasó lo que pasó. Con Perón en el país el líder era él. Tengo presente aquel Julio de 1974 cuando falleció nuestro presidente Juan Domingo Perón. En el Instituto Gral. San Martín en el que cursaba 2° año, hicieron el anuncio y suspendieron las clases. Ver a los profesores abrazados con fuerza todos juntos y con un llanto que se hacía sentir, me quedé pensando para verlos y escucharlos, quedé preocupado. Llegué a casa, mis padres y mis hermanos llorando, me abracé a ellos y lloramos juntos.

Papá me explicó que el que había fallecido era nuestro líder, nuestro guía y que en adelante no se sabía quién iba a gobernar el país, que las cosas no estarían bien.

Dos años después, me di cuenta del por qué del temor de mis padres y profesores: golpe de Estado-Dictadura Cívico Militar.

Con mi familia vivíamos en un barrio muy humilde en el que la policía siempre hacía razias, si no les abrias la puerta, te la tiraban abajo, era un abuso constante que ejercían sobre los humildes. Siempre llegaban muy temprano a la mañana, no permitían que nadie saliera ni entrara al barrio. En casa en el comedor, teníamos cuadros de familia y por encima de estos, dos cuadros de Perón y Evita, les decían a mis padres que tenían que sacarlos. Un día unos policías, intentaron sacarlos, mis padres se les pusieron adelante, mamá les dijo: “Los cuadros no se tocan, somos trabajadores, es una casa de trabajadores y ni ustedes ni nadie va a venir a decirnos qué es lo que podemos tener o qué es lo que tenemos que hacer, los cuadros no se tocan”

El oficial a cargo dijo: “Señora un día pueden venir los militares y si ven los cuadros van a terminar presos”

Papá respondió: “Si vienen los militares y nos tienen que llevar presos, que nos lleven presos, los cuadros no se tocan”

Los cuadros jamás se tocaron.

Hice el servicio militar en el año 79. Plena dictadura. Cuando lle-

gamos al grupo artillería, nos separaron en filas, peronistas, intransigentes, radicales, comunistas, socialistas..., los peronistas éramos más de la mitad del grupo y fuimos los que nos comimos el primer baile por ser peronistas.

Recuerdo que por una de las calles que rodeaban al playón, venían bailando la compañía de las clases comando, serían 100 soldados o algo más, parecían abejas sobrevolando un panel, bailaban a las órdenes de un mayor, después me enteré de que era peronista. En el momento en que se encontraban en dirección a las filas formadas “este mayor” les ordenó alrededor mío: “carrera mar”; fue entonces que cinco o seis de los soldados se salieron de ese grupo y a la carrera, encararon las filas preguntaron quiénes eran los peronistas y al ver que éramos muchos asintieron; sí, sí, bien (a viva voz) los peronistas somos peronistas, acá y en cualquier lado, viva Perón, carajo. Y al unisonó se escuchó un ¡Viva! Los soldados a la carrera, volvieron a su grupo, los corrieron, quisieron atraparlos e identificarlos, no pudieron, se mezclaron en el baile en el que estaban (eran todos iguales) y siguieron, pero ya cantando la canción del “paracaidista”.

Finalizando

Mis padres tenían en cuenta que siempre se reconocía la lucha que hicieron en contra de la dictadura a: políticos, artistas, escritores, peronistas, deportistas, sacerdotes y a personas de distintas profesiones; pero no a los humildes a los pobres, que fueron los que mantuvieron una lucha constante, soportando abusos e injusticias; fueron los que trabajaron para sacar al país adelante, los que de verdad pusieron el pecho y el lomo, los que se quedaron y no se refugiaron.

Mis padres me enseñaron que, en nuestro país, siempre el que termina pagando, es el pobre, los humildes.

Con mis padres y hermanos, no todo fue felicidad, no siempre fuimos felices y comimos perdices. Sí fue muy agradable el tenerlos y conocerlos, fue toda una experiencia, dos personajes. Mamá y papá. Si bien hoy no están presentes físicamente, estoy muy orgulloso de los padres que tengo.

**El desafío mío era relacionarme
con la gente**

Hija: Sofía Sánchez

Padre: Alejandro Carlos Sánchez



Probablemente todos los días decimos cosas nuevas, contamos anécdotas nuevas, olemos, miramos, decimos de maneras nuevas, sin darnos cuenta. Hasta inventamos palabras nuevas. Lo difícil está en rescatar eso: lo desconocido, y retenerlo. Para llegar al punto de retener lo desconocido hay que escuchar distinto, hay que pensar en escuchar, adentrarse y sacarle sus frutos. Mi papá es mi papá desde que fui un deseo, es mi papá en cada charla de sobremesa, en cada carcajada después de los miles de comentarios sin sentido que salen de nuestras bocas. Por eso me saqué mis oídos rutinarios para escucharlo, y escucharlo pensando, y retenerlo, y olvidarme por un momento de que lo veo todos los días, para nunca olvidarlo.

Difícil tarea la de buscar cosas nuevas en lo conocido, en lo recontra conocido. Más difícil se vuelve, quizás, al proponérselo, todo suele esconderse un poco cuando lo buscamos en serio. Lo lógico es pensar que se sabe casi todo de la persona con la que uno compartió toda su vida, o casi todo. Tal vez ese es un limitante, tal vez, como por lógica lo conocemos, no indagamos. ¿Qué puedo no saber de mi papá? Y... un montón de cosas, no somos tan básicos los humanos. Acá me propuse desconocer a mi papá, para volverlo a conocer, y conocerlo un poco más.

El aroma a domingo invadía la casa: pava llena y en la hornalla, mate lleno esperando que el agua eleve temperatura, pájaros cantando, hermana durmiendo como un tronco, y el sol radiante, destellante, otoñal. Es así, el domingo se huele, se siente en el ambiente, se ve en las caras de la gente. Era una mañana de abril, y mi papá estaba despierto hacía rato, con su cara de domingo, planeando qué hacer, pero haciendo nada...

Infancia: un tipo bastante quilombero

Mi papá se llama Alejandro Carlos Sánchez y nació en el 63. Su infancia transcurrió en Banfield, en una casa compartida con su mamá, Virginia María Luisa Mussini; su papá, Salvador Carlos Sánchez; y su hermana dos años menor, Virginia Estela Mussini.

Salvador Carlos era viajante de comercio, vendía productos de perfumería de la empresa Odol (que ya no existe más). Virginia María Luisa era modista y ama de casa. Toda la ropa que Alejandro Carlos tuvo en su infancia fue hecha por su mamá. De chico pasó mayor tiempo con ella.

Al ser su padre “viajante” de comercio, se pasaba casi todo el día afuera, intentando cumplir el objetivo de ventas del día. Más tarde también fue profesor de tenis, lo cual ocupó sus fines de semana, y Alejandro se angustiaba mucho. Al estar tanto tiempo viajando, lo consideraba extremadamente vulnerable.

Virginia tuvo que encargarse de la pequeña criatura, orientarla para que se convierta en un ser responsable. Alejandro comenta que lo que más destaca de su madre son sus palabras.

Alejandro: - Mi mamá era muy estricta, y yo era un tipo bastante quilombero. Pero, sin embargo, esa rigidez de mi madre, que trataba de enderezarme un poco, no la recuerdo como algo malo. Mamá buscaba que yo cambie mis conductas a través de las famosas repeticiones, el “no debo hacer” tal cosa me lo hacía repetir 100, 200, 300 veces conforme a lo malo que había hecho. Yo jugaba contra eso, era como buscar el límite. Mi vieja siempre llegaba al límite, entonces venía la penalización, y la penalización no se perdonaba por nada en el mundo. Así que me he pasado tardes escribiendo. Creo que la más extensa fue de 400 repeticiones, esa fue jodida porque me llevó toda la tarde, ya no sabía cómo escribirlas, si las frases completas, o hacer columnas con cada una de las palabras que conformaban la frase... me aburrí mucho esa vez...

Las personas significativas de la infancia: el marcar la cancha/cercanía, la palabra, la calidez y el reto/vivieron con nosotros, terminaron sus vidas con nosotros.

Sofía: - Hay una condición: no podés elegir a tu mamá, ni papá ni hermana.

A: - Bueno, a ver...-piensa- mi abuela Luisa. La mamá de mamá. Y ahora me pregunto por qué no digo la abuela Ester, la mamá de mi papá. No me salió... era más dura... mirá vos. La quise mucho. Era una mujer de mucha energía. Pero era más dura ahora que los pienso, más fría. Mi abuela Luisa en cambio era muy cariñosa. Era increíble... qué curioso. Vivieron con nosotros, terminaron sus vidas con nosotros. Una se me murió al lado, mi abuela Ester. Estaba toda la familia comiendo. Mientras mis padres llamaban a la ambulancia, yo fui co-

rriendo a la casa del médico... 4 cuadras me corrí, sin parar. Bueno, no hubo nada que hacer, fue un paro cardíaco. Mi abuela Luisa vino después, y falleció en el hospital de Adrogué, en lo que hoy es la clínica IMA.

El haber destacado a una abuela y no a la otra lo dejó pensando un largo tiempo. Se sintió algo culpable, y quizás, la intensa búsqueda de la razón que lo llevó por ese camino fue una especie de disculpa. De todos modos, no quiere dejar de aclarar que a Ester la quiso mucho, dice que tenía un espíritu muy "español", que era muy sanguínea y que le daba para adelante a las cuestiones de la vida.

A: -Mi abuela Ester un día dijo "no quiero vivir más.... Ya está, es suficiente..." y se murió al otro día. La verdad que... dios quiera uno pueda elegir así ¿no?

La segunda persona es la maestra de tercer grado. Una mujer encantadora que me mostró lo mismo que me mostraba mamá: cercanía, la palabra, la calidez, y el reto... el marcar la cancha, "flaco... tenés que ir por acá". Es LA maestra del primario. Las demás, ok, todas tienen su lugarcito, pero doña Elida... espectacular... única. Y con-fabulada con mi mamá, un día se pusieron de acuerdo en ponerme todos los puntos, el boletín en rojo para que yo empiece a cambiar, porque era un quilombero. Casi me muero... y fue el principio del cambio.

Bueno la tercera figura... la tercera figura va a sorprender a todos los que lean esto que vas a escribir vos... la tercera figura que voy a destacar es el padre Grassi, es decir, alguien que tiene que ver con la iglesia, y alguien que, insólitamente... tiene que ver con lo peor de la iglesia.

S: - ¿Cómo lo conociste?

A: - Yo fui a catecismo a mis 8, 9 años. Después fui a la acción católica a los 10, a los 11 y a los 12. Es decir, estuve mucho tiempo vinculado a la iglesia, la Sagrada Familia de Banfield. Tuve una relación muy buena con el padre Delgado, del cual aprendí mucho, y estaban los seminaristas que eran los catequistas, y entre ellos a mí me tocó él.... ¿Qué tenía de bueno él? Tenía una visión muy humana de la igle-

sia, es decir, las figuras de la iglesia no eran próceres, no eran figuras imaginativas, eran seres humanos. La virgen María era un ser humano, Jesús era un ser humano, hasta el mismísimo Espíritu Santo para él tenía la forma de un ser humano. Nos explicó muchas cosas de la liturgia católica y lo hacía de una manera divertida, agradable. El catecismo en sus manos era un catecismo diferente, era divertido ir... y fue el primer tipo que me habló de sexo en mi vida. No lo habían hecho mis padres, termina preso por eso. ¿Sería en aquel entonces... tan jovencito? Porque si yo tenía 9, 10 años, él podría tener 17, ponele, 18, ¿podría ya estar... si se quiere, por decirlo de alguna manera, arruinado? No, yo diría que no, en ningún momento él me hizo pensar en algo... digamos, en ningún momento me influenció en algo. Simplemente contó las cosas de una manera que fue tan buena. Mis padres no me habían explicado nada...

S: - ¿Y en la escuela tampoco?

A: - Tampoco.

S: - Y cuándo te enteraste que estaba vinculado con todas estas cosas, ¿qué sentiste?

A: - Fue un shock, fue un shock... porque primero estaba muy orgulloso de que él haya sido el creador de la fundación Felices los Niños, que tenía mucho que ver con sacar a los niños de la calle, darle un cobijo, ayudarlos a crecer y demás. Entonces después no entendí lo que pasó, sinceramente es muy triste... Tuve la oportunidad de verme con él después, justamente... y bueno, es una pena, realmente es una pena.

S: - ¿Qué te dijo?

A: - Justamente el problema es que no me dijo nada. A buen entendedor, pocas palabras.

Que quede bien claro que me fui de la iglesia católica. A mis 18 años, escuchando un sermón en la iglesia de Adrogué, a un cura se le ocurrió defender las acciones de la dictadura y decir que la iglesia no tuvo cómo participar para evitar que las cosas fueran como fueron. Entonces no terminó el sermón, que me levanté y me fui. No volví más. Quise volver hace unos años, por una cuestión personal. Y lo

que terminó por dar por tierra definitivamente fue la posición de la iglesia respecto al aborto, que, digamos, no me preocupa y me parece justo que cada uno manifieste su voluntad y sus opiniones, pero que tomen acciones concretas, corporativamente, en la calle, para defender esas posiciones... me pareció atroz. Entonces fue el final. No more... Mi fe está intacta...

Qué curioso que uno destaque a tanta gente de la infancia ¿no?

S: - No destagues gente por compromiso...

A: - No, no, pero... tenía unas vecinas que eran muy particulares, y que fueron capaces de darme muchísimo cariño. Era increíble eso de salir de casa y decir "mamá me voy a lo de la tía China". La tía China vivía a cuatro casas de la mía, o a tres, sobre la misma calle, y me recibía siempre con una calidez total, y me daba sus tostadas con Mendricrim, que en casa no había... Disfrutaba enormemente de estar con ella. Resultó ser que la tía china tenía dos hermanas, eran las 3 solteras. Una de ellas era la organista de la Sagrada Familia, y me sorprendió, siempre me sorprendió. Parece ser que tocó el órgano el día que se casó mi mamá... La otra hermana era pianista. Tres hermanas solteras... Qué curioso que ahora no me puedo acordar el nombre de la pianista, pero era... era una mujer muy coqueta, era una modelo. ¿Qué edad tendrían? Cuando yo hoy las veo como señoras mayores.

S: - Tal vez no eran tan mayores...

A: - Tal vez no eran tan mayores. Lo cierto era que Porota, que era la más grande, la organista, tenía el pelo blanco.

Me gustaría acordarme de alguien de mi adolescencia... pero fue tan solitaria que no recuerdo que alguien me haya impactado así fuertemente.

Adolescencia: cambio violento/eso de hurguetear, de buscar cosas diferentes, nuevos caminos/ era de noche todo el día / uno se acostumbró a respirar ese aire contaminado

S: - ¿Cómo pasaste de ser un chico quilombero a ser un chico solitario?

A: - La mudanza. Mudarme a Mármol fue contundente en ese sen-

tido. Empecé a desarrollar toda una parte introspectiva mía porque fue un cambio violento. No solamente me mudo, sino que también tengo que empezar la secundaria... y en un industrial, todos hombres, máquinas... o sea, de pronto la hostilidad total. Lo que nunca jamás cambié fue eso de investigar en las cosas, eso de hurguetear, de buscar cosas diferentes, nuevos caminos. Ya de chico desarmaba cosas, rompía cosas, hacía cortos circuitos... grandes desastres. Era muy creativo, terriblemente creativo.

Yo era tímido, pero... el desafío mío era relacionarme con la gente. Mi timidez me limitaba en varias cosas, era un esfuerzo terrible hacerse una amistad, pero yo me las hacía. Pero no tenía ningún amigo en el barrio. Entonces eso que yo hacía en Banfield, que salía de la puerta de casa, hacía una cuadra y media y tenía dos amigos, hacía dos cuadras y tenía tres amigos, hacía cinco cuadras y tenía otros dos... Tenía miles de amigos acá, eso cambió. Ya no tenía ningún amigo en el barrio, tenía amigos en el colegio. El colegio era en Temperley, ¿y mis amigos en dónde vivían? En Temperley, en Lomas de Zamora, en Burzaco, ninguno ni siquiera vivía en Adrogué. La actividad del colegio era muy intensa, había torneos de cualquier cosa, yo me prendía en todo. Pero ok, eso era en el colegio, volvía a casa y estaba solo. Además, era doble escolaridad, o sea, ¿a dónde quedaba el tiempo? No había tiempo. Esto que hace tu hermana de decir “che bueno me voy a la casa de tal” no lo pude hacer. Ir a la casa de tal era subirme al tren y hacer dos estaciones, eso era descabellado.

Yo era muy buen estudiante, pero admiraba a los malos estudiantes, porque tenían algo que yo no tenía, que era la libertad... la libertad de ver las cosas de otra manera. Para mí lo importante era estudiar, después jugar al fútbol, después... otras cosas. Para todos esos, estudiar estaba en la última línea. Bueno, entonces, yo era muy amigo de todos esos, pero yo era el número 1 estudiando, ellos eran el número 20. La cuestión fue tal que me empezaron a adoptar, me empezaron a incorporar a su grupo, y terminé saliendo con ellos mucho tiempo. Nos íbamos en auto a pubs de la zona norte a pasar la noche, a divertirnos... y yo disfrutaba de todo eso, pero ¿qué pasaba? Bueno,

aparecían chicas en la mesa porque ellos eran amigos de los colegios que tenían chicas, entonces venían, y yo empecé a interactuar con mujeres como nunca en mi vida. Pero el problema era cuando abrían la boca, el único que hablaba con autoridad era yo, entonces, me trataban del “doctor”, hablaba yo y se callaban todos.

S: - ¿¡Por qué?!

A: - Insisto -se ríe-, yo tenía un capital cultural y encima la tenía a mi madre... mamá es un compendio, yo me pasaba las tardes hablando con mamá... cuando podía ¿no?, cuando no estaba en el colegio. Entonces tenía una explicación para muchas cosas que los adolescentes no. Pero... yo no tenía ese punch con la generalidad de la sociedad. Entonces bueno, me terminaban invitando y yo era el distinto. Y me gané un lugar en ese medio, y yo los admiraba a ellos porque tenían algo que yo no podía tener: ellos eran extrovertidos, yo era introvertido, yo era tímido y ellos no lo eran, ellos tenían el chiste a flor de piel, yo no, ellos tenían la diversión en primera línea, yo la tenía en la última. Mi diversión pasaba por otro lado... pero la diversión de ellos era divertida.

S: - En esos momentos de introspección, ¿te daban ganas de tener más presente ese tipo de diversión o vos estabas contento con tu orden de prioridades?

A: - No, yo estaba contento. Lo que sí, con el paso del tiempo, me empecé a interesar mucho interactuar con las chicas, y yo no tenía acceso, y el acceso fueron ellos... increíble... los peores. A mí no me daba para exponerme en un boliche a sacar chicas para bailar, que no es como ahora, que tienen la libertad de bailar entre ustedes o no bailar, les importa un carajo. Para mí ir a un boliche era ir a bailar, si no, ¿para qué? Si no voy a conocer a una mujer, ¿para qué voy? En esa época era todo tan represivo, que uno tenía que sacar a la mujer a bailar viste... era una mierda. Y por ahí... dos te decían que no y la tercera te decía que sí. Era todo discriminativo, es decir, no salgo con vos porque no me gusta tu cara, ni siquiera te voy a escuchar. Yo eso no lo compré nunca, de hecho, nunca me enamoré de una persona de esa manera.

Mi papá hizo todo el secundario ENET N°1 de Temperley. En el año 1976 arrancaba las clases, y también arrancaba la dictadura militar. Al ser tan chico, y al no tener sus padres ninguna participación política, no fue consciente, en ese momento, de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Aclara que la dictadura “se respiraba”, pero que los datos concretos los supo tarde, ya cuando el poder de los militares estaba decayendo. Por esos motivos no tuvo demasiados “roces” con esa realidad, excepto por dos momentos: el primero fue previo al proceso, mientras asistía al primario. Tenía un compañero hijo de desaparecidos, pero en ese momento, comenta, no se les decía de esa manera. “Se llevaron a los padres de ese”. Dice que lo tenía ahí, sentado al lado suyo, pero que nadie decía nada más. Era un clima de violencia institucional, que de chico “respiró”, pero no comprendió. El segundo momento fue en el secundario, cuando tuvo la oportunidad de ser abanderado. Al subir al estrado cargando la bandera, sus amigos, los “malos”, comenzaron a gritarle barbaridades de todo tipo. La dirección del colegio les hizo una denuncia policial por considerar que ese acto podía ser la “semilla germinal”. Todo se solucionó rápidamente gracias a la carta de disculpas redactada por uno de los padres, donde aclaró que, en ningún momento, la intención fue faltarle el respeto a la bandera. Les dijeron que eso era peligroso, que tenían que tener cuidado; pero ya para ese entonces eran los últimos momentos de la dictadura.

A: - Hubo detallecitos que me dijeron “che, ojo que pasa algo”. Algo que se dijo el otro día en casa, no sé si lo escuchaste... familiar directo de mi abuelastro, una sobrina creo, Esther Norma Arrostito, era una de las integrantes de Montoneros, es más, la secuestran acá en Lomas de Zamora. Pero yo me enteré de eso cuando tenía 15 años. Me parece que era del ERP, no recuerdo... bueno, ¡me lo contó mi abuela! Aquella época era la época de la oscuridad, era de noche todo el día, tenías un Estado represivo que manejaba tu vida, lo que podías hacer y lo que no podías hacer.

Malvinas fue en el primer año de la facultad, en el 82, o sea al año siguiente de haber egresado. Era lógico que cuando uno terminaba el secundario tenía que ir al servicio militar obligatorio. Yo tuve la suerte de tener número bajo, pero muchos de mis compañeros de

secundario terminaron adentro, y muchos de mis amigos fueron a la guerra: un compañero de catecismo y dos del colegio. El único fallecido fue el famoso Massad, compañero mío de la acción católica y de catecismo.

Bueno, entonces la dictadura definitivamente se respiraba. Uno se acostumbró a respirar ese aire contaminado.

S: - Mi papá y la música: *más asociado a las afinidades que a las costumbres*

A: - Indudablemente es algo que vino conmigo desde el día que nací. Ya de chico mi abuela decía que yo le prestaba atención a la música cuando sonaba en la radio, que ya tarareaba ciertas canciones, que tenía cierto fanatismo por algunos artistas, y que solía hacerme de una radio para escuchar. Las voces o la música que salían de una radio para mí eran mágicas. Mi mamá solía tener una ubicada en la cocina, yo me sentaba al lado mientras ella cocía a escuchar música... Y después hubo condimentos. Mi abuelo tenía una colección enorme de discos, los catalogaba, y se pasaba toda la tarde escuchando música, cosa que a mí me sorprendía de sobremanera. Tenía un tocadiscos Winco, agarraba su disco, lo ponía, y después ponía otro. Y así ponía hasta tres, porque en esa época se podían apilar, y se pasaba las tardes escuchando música.

S: - ¿No te parece un poco lejano eso en esta época? Distinto a nuestra manera de escuchar la música ahora. Me refiero a que antes te sentabas exclusivamente a escuchar música, ahora, no digo que nadie lo haga, pero te llevás el celular encima y mientras estás haciendo otra cosa, mientras viajás, limpiás, lo que sea...

A: - Digamos que la tecnología actual hizo que la música acompañe al ser humano, o las palabras acompañen al ser humano donde quiera que esté. Sin embargo, el ser humano que tiene cierta afinidad por escuchar música se sienta a escucharla de la misma manera que lo hacían en el año 1820, es exactamente lo mismo. Es como el que lee un libro, si vos no estas sentado, concentrándote, es muy difícil que descubras las virtudes de lo que quiso hacer el artista. Te tenés que poner en una sintonía especial para entender lo que quisieron

hacer. Yo creo que, aun hoy, hay muchos chicos que se sientan a escuchar música, y no hacen otra cosa cuando escuchan música. En ese sentido... es algo más asociado a las afinidades que a las costumbres. Bueno, en fin, lo que yo te quiero decir es que fui de esos que se sentaban a escuchar música en mi adolescencia. Era un entretenimiento, un placer. Yo ponía un disco y apagaba la luz, ponía un disco y me concentraba...

Entre los 7 y los 8 años empezó a interesarse por los Beatles. Los escuchó por primera vez en la radio, pero, por esas cosas del destino, tuvo amigos fanáticos de la banda, y además, músicos. Con ellos pudo escuchar otros estilos ya que, en su casa, lo único que había era tango. Su padre venía de Barracas...

A: - En Barracas era la vereda, la calzada y el tango viste... era inevitable. No me gustaba, pero no le tenía mucho rechazo...

Mi primer disco lo compré a mis nueve años con la plata de mi comunión. Me fui derecho. Le pedí permiso a mamá... podía comprarme dos, pero me dijo "comprate uno sólo eh". Entonces me compré "Abbey Road" en una disquería que había en Maipú. Lo gasté, lo rayé todo. Ese fue el despertar. Y a mis 11 fui al supermercado y vi la tapa de un disco que me hizo alucinar, "¿y esto?" dije. Era un disco de Yes, lo compré por la tapa. Cuando lo escuché... se fue todo al carajo, me voló la cabeza.

Otra actividad elegida para pasar el tiempo fue la lectura. Cuenta que elegía lecturas complejas, como Baudelaire, Herman Hesse, Henry Miller; pero en este momento de su vida tiene más presente la música.

A: -Para mí es lo que tiene digestión directa. A esta altura del partido la entiendo de solo escucharla. Cuando tenía 8, 9 años me generó una expectativa enorme. Pero era desde la escucha, no desde la ejecución. Me gustaba mucho como tocaban la guitarra los demás, pero yo no la tocaba.

Años más tarde, ya sin depender de que algún ser humano detectara su posible talento con la música, decidió comprarse su primer teclado, un Casio que todavía funciona como el primer día. Un tiempo después compró otro, un Roland, que sufrió un desperfecto y en el año 2018 lo so-

lucionó comprando teclas nuevas por MercadoLibre y viendo un video en Youtube. El arreglo le llevó aproximadamente un mes, y quedó impecable. Lo tiene ubicado en su sector especial de la casa: el quincho, donde en sus tiempos libres se recluye a conectarse profundamente con la música.

A: - Yo puedo conectarme con la música, pero tengo que entrar en un estado alfa... o lo más parecido a un estado alfa... un estado de concentración extrema. No tiene nada que ver con aprender música. Por eso creo que... yo no hubiera estudiado... no hubiera aprendido. Me parece que lo mío no pasaba por ahí... es una lástima que papá y mamá no lo hayan intentado, pero no me veo, sabes que no me veo...

S: - Papá y mamá: Paseo Colón 850 / Hidráulica General

A: -La conocí en 4to año de la facultad de ingeniería, en la sede de Pase Colon 850, ahí en el bajo, en la clase de Hidráulica General. En aquel entonces era la única clase que compartíamos, pero como era habitual utilizar la biblioteca, la veía ahí. Y por esas cosas de la vida, yo veía a ella y no veía a las demás. Me gustaba esa mujer, terriblemente. Y no hablaba con ella porque no tenía cómo. No fuimos compañeros hasta ese 4to año.

S: - ¿Cómo fue la conexión? En algún momento tienen que haber cruzado dos palabras...

A: - La busqué. En esa clase de hidráulica me fui acercando a ese grupo de chicas, sigilosamente. Fuimos intercambiando palabras por la clase. Nos fuimos saludando porque bueno, ya éramos conocidos, y... después me doy cuenta que viaja para acá porque me la cruzo en un tren. Vamos teniendo un cierto dialogo porque alguna vez volvemos juntos. Yo volvía con Carlos, un amigo, entonces volvíamos los tres. Y el toque final para, digamos, buscar una relación diferente, fue que un día le pido un libro prestado. Yo creo que era para dar el examen final de esa materia. El pedirle el libro fue una excusa pero, insólitamente, el número de teléfono estaba en la primera hoja. Ella dice que el número de teléfono lo escribió para esa oportunidad...

S: - ¿Fue a propósito?

A: - Sí, sí. Entonces la llamo para devolverle el libro, y se van dando las cosas, o sea, como que uno busca. Buscaba incesantemente vol-

ver con ella en el tren. Lo del libro fue una buena excusa.

Decidí llamar a mi mamá, que estaba en su cuarto organizando algunos papeles, porque algo me pareció sospechoso.

S: - ¿Es verdad? ¿Lo pusiste a propósito?

Mamá: - Yo tenía la costumbre de poner en todos mis libros la pertenencia. Ponía mi nombre, mi apellido, en ese momento el teléfono, y a veces la dirección. Yo creo que fue algo del destino que él miró ese número de teléfono y llamó.

S: - O sea, no fue a propósito...

A: - Qué triste... qué desilusión...

Mamá: - No fue a propósito, pero creo que algo del destino hizo que él le preste atención y que me llame. Y después de esa llamada telefónica, a lo largo de nuestro primer año de novios hubo varias cositas, así como casuales. Como, por ejemplo, él estaba en Paseo Colón y yo en Las Heras, y salimos de una clase y yo lo fui a buscar. Y... me baje del colectivo, no había celulares, no había manera de comunicarse... y él estaba cruzando la calle -risa, sorpresa-

A: - Era una avenida gigante, podría haber cruzado tan solo a 10 metros, o por un lugar diferente, y ya no la veía...

S: - Bueno entonces se buscaron y llegaron a una relación intensa. Pero, ¿en el medio estaba siempre Carlos?

A: - Mucho. De hecho, al primero que le digo que me voy a tirar a la pileta fue a él, entonces me dice "bueno che, viajá solo". Y bueno, uno va empezando a tener una cierta amistad, o relación. Y así me entero que era profesora de piano y bueno, otra vez la música viste...

Una tarde de viernes decidió dar el paso: invitarla al recital del pianista Lito Vitale, que tocaba esa misma noche en Lomas de Zamora. Mamá dijo que sí. Sin esperar más, papá llamó a su casa para pedirle el auto a su padre, y la respuesta también fue positiva.

A: - Me fui corriendo a casa, me bañé corriendo, los saludé a todos y me fui. La pasé a buscar. La pasamos bomba.

Tengo muy gratos recuerdos. Hay cosas que me quedan más que otras. Una noche de verano en una confitería al aire libre en una terraza en Santa Fe y Callao... estaba muy bonita, muy hermosa, me

acuerdo de ella de una manera muy interesante... muy linda estaba esa noche. Ella fumaba por aquel entonces, y tenía esto de que... ella es de piel caliente, muy caliente. Entonces ella se ponía un perfume y los aromas eran tanto más explosivos que en cualquier otra mujer, y el aroma del tabaco también, era como que el tabaco se le quedaba impregnado digamos. Estaba totalmente atraído por esa mujer, lo cual está muy interesante porque yo no era de noviar con cualquiera.

S: - ¿Cuánto tiempo estuvieron saliendo hasta que se pusieron de novios?

A: - Eso fue cortito, habremos salido tres veces.

S: - ¿Quién dio el primer paso?

A: - Yo, en un viaje de colectivo.

S: - ¿Y ella?

A: - Se re copó. Sí, enloqueció. Sí, sí, le encantó.

S: - ¿A partir de ese momento ya hicieron juntos la carrera?

A: - No recuerdo que hayamos cursado tantas cosas juntos. Nos juntábamos a estudiar, tampoco era algo tan común. La facultad nos juntó, pero sin embargo nuestro noviazgo en la facultad no fue terriblemente intensivo, que estábamos pegoteados permanentemente. Para eso esperábamos los fines de semana y punto, y salíamos. Digamos que los noviazgos no eran como son ahora ¿no?, mi vida en ese momento ya no era de tener grandes amistades, mi vida pasaba mucho por ella, y la de ella pasaba mucho por mí. Así que teníamos algunos amigos y buscábamos compartirlos, pero estábamos siempre juntos, esos fines de semana.

S: - ¿Fue natural eso o como las relaciones en ese momento eran así, se dio de esa manera, porque era así?

A: - Era bastante común, pero... siempre existieron las relaciones más abiertas. A ver, entre los varones era bastante común que uno tuviera novia y que a su vez saliera, llamemos por izquierda o por derecha, no importa, pero que saliera igual, sin ella. No era tan común...

S: - ¿No ponía presión eso?

A: - No, ninguna presión. Estaba bueno, para mí era natural, nunca me sentí incómodo. Además, era divertido... era increíble cómo el

padre de ella nos corría, nos perseguía, no nos dejaba, y ya éramos grandes y nos hinchaba las pelotas que no te puedo contar. Insoponible. No podíamos salir de vacaciones juntos, salíamos a escondidas. Yo estuve en el departamento de San Bernardo... oculto -risas VER-. Los hermanos me bancaron, gracias a Dios. En casa era muy diferente. Mis viejos siempre fueron muy libres en ese sentido, no había drama.

S: - ¿Cuándo fue que se mudaron a la casa de tus papás?

A: - Cuando nos casamos. No convivimos antes... convengamos que no era común en la época.

S: - ¿Por qué se casaron?

A: - Porque en el momento, digamos, manifestar esa intención de juntarse para convivir era casarse. Era muy atípico juntarse así a convivir... rarísimo. Existía eso de proponerte casamiento, que era todo un hecho, y había lo que se llamaba en ese entonces “compromiso”, con el objetivo de casarse más adelante. Pero ese compromiso era lo que dice “la palabra”, es decir, yo me comprometo a convivir contigo, a serte fiel y a ser bueno y 10 puntos. Y entonces se cruzaban anillos y todo eso que era una soberbia pelotudez que no hicimos. Si bueno, hubo un punto en que le propuse casamiento.

S: - Pero, ¿qué se sentía en ese momento? ¿Al ser una costumbre era necesario proponer matrimonio para sellar la relación, sino era considerado algo poco serio o duradero? ¿O no necesariamente?

A: - Duradera no sé. Sería sí, visto desde los demás. Yo siempre fui un poco volátil. O sea, para mí proponerle casamiento era una cosa posta, estaba buena. Era un hecho muy trascendente. Yo me quería casar con ella, punto. Y una tarde de fin de semana, un sábado, le dije... bueno, te propongo casamiento. A ella la tomó por sorpresa. La fecha se la dije en el momento, eran tres o cuatro meses después, y me dijo que no, me dijo que no... o sea se preocupó mucho más por... como hoy, o sea, es el calco de lo que es hoy, es decir, la cantidad de cosas que había que organizar para llevar eso adelante no le daba, no le daba el tiempo para la fecha que yo decía. Entonces la discusión fue la fecha, no el hecho mismo de casarse. Es lo de hoy, es lo de siempre,

va. Yo le había puesto fichas a ese momento, para mí era mucho más intenso y hubiera esperado otro tipo de respuesta. La verdad fue un poco decepcionante para mí.

S: - Pero al final, después de que te haya dicho que no, pusieron fecha...

A: - Sí, porque ella siempre tiene razón en ese sentido, lo que pasa es que hay formas y formas de manejar el momento. El momento tenía otro sentido, que era el proponer casamiento, y eso tiene una connotación muy fuerte, por lo menos lo tenía para mí. Hubiera sido mucho más simple, vivir el momento, y después discutir la fecha, total a mí qué me importaba correrlo tres meses, cuatro meses, me importaba un huevo -se ríe-, si lo más importante para mí era, "che, demos el paso". Después que yo haya propuesto a tres meses sí, era imposible, es cierto.

Cada pareja es como es. Cada vida, cada historia hay que respetarla. No me gusta proyectar la vida, me parece que no nos corresponde, que eso sí... si hay alguien que está de alguna manera orientando o guiando nuestras vidas, que lo haga, yo no veo que nosotros tengamos autoridad para proyectar, es decir: esto se hace de esta forma... las pelotas se hacen de esta forma, en su caso es lo que yo diseñé para mi vida, pero tampoco le voy a poner tantas fichas. La vida a mí me demostró que las cosas salen de otra manera, no de la manera en que uno las piensa...

Mamá: - ¡No saben el frío que tengo!

A: - Pero por qué no te llevas la estufa, la eléctrica, está ahí a mano en el local de enseres... si tuvieras un hombre a tu lado... ya está, ya tenés la estufita, pero como no me pusiste en la lista...

Resulta que, algunas horas antes, mi mamá comentó que tenía una lista de como siete ítems para completar en el día, y ninguno de ellos era estar con mi papá... Fue un fin de semana atareado.

Mamá: -Voy por el segundo ítem de la lista, viste...

Mi papá y la ingeniería: siempre arriesgué

A: - Estoy muy contento con la carrera que elegí, me ha producido de todo: alegrías, tristezas, satisfacciones, orgullos, depresiones...

todo lo que te puedas imaginar. Lo bueno y lo malo lo viví, y bue, voy a seguirlo viviendo. No es una carrera fácil, es muy difícil. Y si estoy orgulloso de algo es de no haberle quitado nunca el pecho a las balas, es decir, siempre arriesgué, no fui un ingeniero que se quedara en el molde. La única diferencia es que lo hice asociado todo a la misma empresa, todas las balas las tiré en la misma empresa y todos los riesgos los asumí en la misma empresa. Hoy no se lo aconsejo a nadie, pero yo no me arrepiento de lo que hice, porque lo que hice lo hice desde un ángulo que fue muy interesante para mí, que fue plantearle a la empresa siempre cambios en mi vida profesional. Yo no me quería ir, entonces mi propuesta era: “señores, me aburrí de lo que estoy haciendo, ¿tienen alguna idea de a qué me puedo dedicar?”, ¡y siempre había algo!

Reflexiones finales: romper la burbuja / encontrar tu propia voz

A: - No me arrepiento de nada... yo todas las decisiones las tomé según una serie de circunstancias y esa serie de circunstancias me llevaron a tomar una decisión. Yo lo analizo de esta manera, hay gente que se arrepiente de las cosas, yo no me arrepiento, bántacela.

S: - Y ¿qué te hace sentir el paso del tiempo?, ¿te pone mal?, ¿te hace reflexionar?, ¿te cuesta aceptarlo? Viste que antes me dijiste que te gustaría tener dos años menos...

A: - Primero y principal lo veo como algo absolutamente natural. Angustiar sí, me angustian muchas cosas, pero no el paso del tiempo, para nada. Hay una diferencia entre tener la edad que tengo y tener 25 años, y que tiene que ver con lo siguiente: a tu edad, o a los 25 años, o tal vez todavía a los 30... siempre hay posibilidades de jugarse una carta más grande, digamos de arriesgar mucho más, yo justamente lo que siento hoy día y lo añoro, es no tener esa posibilidad.

S: - ¿Pero la tuviste en algún momento?

A: - Sí, sí, sí, sí... te lo estoy diciendo. A ver, yo me dediqué a estudiar, yo estudié una carrera jodida. Mi decisión fue esa, yo me quería recibir, punto. Y después querían laburo, y, de hecho, no conseguí laburo como ingeniero y me puse a trabajar como docente. Y después conseguí laburo como ingeniero en otro lado, y después en otro lado.

S: - ¿En dónde fuiste docente?

A: - En un instituto privado que preparaba alumnos para la facultad. Yo daba análisis matemático, física y mecánica.

S: - Mirá, no sabía eso... ¿y te gustó?

A: - Sí, me encantó. Me gustaba estudiar, entonces di clases de las materias que me gustaban. Y... me considero un buen docente, volvería tranquilamente a la docencia, ganaría mucho menos, pero no importa, estaría mucho más tranquilo de la cabeza. Entonces, ¿cuál es la diferencia? Lo veo mucho en la juventud de hoy, ser joven implica tomar riesgos, asumirlos, hacer y deshacer. Entonces yo hoy lo veo como algo positivo, muchas veces te lo dije. Hacer y deshacer, hacer y deshacer, buscar, pum, tiro un tiro, me voy, vengo, pruebo acá, pruebo allá. Yo no lo hice, yo no lo hice...

S: - En parte tuviste suerte porque si ahora no te arrepentís de nada...

A: - Pero por concepto no me arrepiento de nada porque sería muy injusto conmigo mismo, muy injusto. ¿Qué? ¿voy a vivir toda mi vida pensando que lo que hice estuvo mal hecho? Ni en pedo, eso será para otro. Yo hice muchas cosas, algunas las hice mal, pero qué va a ser, ya las hice. El problema de este momento es que, si yo ahora tomo una decisión drástica en mi vida, es probable que no tenga la posibilidad de rehacerme si me va mal. Entonces bueno, es una edad para estar más conservador, de hecho, casi todo el mundo se pone conservador a esta edad. Pero a veces ves gente que tiene nuestra edad y que tiene una vida alocada, yo digo "uh, qué raro, qué sorprendente", no los odio, los respeto. Por ejemplo, mi amigo Jorge es un tipo que pareciera tener una cabeza adolescente en el cuerpo de un hombre grande, por el riesgo que toma en todas sus actitudes y actividades. Él tomó esa decisión hace mucho tiempo.

S: - ¿Y te gustaría tener eso? Salir de tu zona de confort fácilmente...

A: - Y bua... siempre lo digo, que es una pregunta bastante habitual, ¿por qué te quedaste? ¿por qué estabas en tu zona de confort? La respuesta es no, te lo acabo de decir, yo fui a la empresa a decir "estoy

aburrido". Me incomodé infinidad de veces, y eso es lo que busqué siempre. (Jorge se incomoda solo -rie-). Pero, a ver, ¿añoro eso? Bueno, yo soy diferente, qué sé yo... A veces me gustaría tener un poquito de eso, de esa vida libre y de asumir riesgos, ya no depender de terceros. Me hubiera gustado tener algo de eso. Ojo, no sé si no lo voy a tener dentro de un par de años, de asumir alguna actividad independiente... ya mi cabeza se va preparando para eso. Pero, reconozco que no tengo esas oportunidades del deshago y hago de vuelta como antes.

S: - ¿Sentís que ahora, como padre, te parecés a tus padres? ¿qué ves reflejado en vos de sus cosas?

A: - De los dos... De mi madre lo analítico, lo profundo, soy muy profundo en muchas cosas, infinidad de cosas, super analítico. Y de mi padre en la diversión, ¿es hora de divertirse? ¿sí? a divertirse. Mi padre era un hombre libre, loco. Bien, yo compro esa locura, pero... mi madre era analítica, entonces yo tengo mis momentos de no locura. Hoy necesito mucho de esas locuras, cada vez por ahí tengo menos, pero me gusta salirme de la cáscara.

S: - ¿Y te gustaría tener un poco más de tiempo para salirte de la cáscara? Teniendo en cuenta que te vas todos los días muy temprano y volvé tarde.

A: - Y... sí. Me gustaría poder desarrollar otras actividades, lo veo como algo necesario para mi edad, para mi época, mi momento. Me gustaría tener otra cosa. Me parece que voy arribando a eso, lentamente. Todavía no sé cuándo va a ser, pero creo que voy a querer buscar otra cosa, algo que me dé satisfacciones, algo que me permita desarrollar esa otra parte que tengo yo, que tiene que ver con divertirse ¿no? Hoy por hoy la vida pasa por demasiadas cosas serias, estoy un poco hinchado las pelotas... este país es complicado. Me hace pensar demasiado en cómo vivir estratégicamente. A veces me dan ganas de mandar todo a la mierda. No lo hago, pero creo que teniendo una actividad alternativa podría tener ahí una vía de escape.

S: - ¿Y tenés alguna idea de eso que te puede hacer escapar?

A: - Cantar. Hace dos o 3 años que lo pienso, no hace mucho. Porque... noto que cantar tiene un proceso de liberación que no me dan

otras cosas. Eso de poder expresarte en el canto me parece muy liberador, muy saludable. Y, ¿qué pasa?, como es un instrumento natural, necesitas que te enseñen algo, pero tengo algo muy intuitivo adentro mío. Yo busco una nota, la toco y la encuentro, pero la estoy buscando. Con la voz la encuentro instantáneamente, entonces es algo que puedo manejar sin estudiar.

S: - Claro, necesitás alguien que te oriente un poquito...

A: - Claro, que me enseñe la parte psicológica, de romper la burbuja, de aprender a expresarse, de encontrar tu propia voz, de cantar ante terceros y que no te dé vergüenza... Hay todo un proceso de liberación y de exposición personal que empiezo a entender como algo muy positivo. En los últimos años de mi vida profesional yo me expuse mucho. Encontré que logro mucha atención, logro generar grupos de trabajo muy positivos, hay una forma de comunicación y de valoración del otro que me está dando muy buenos resultados. Bueno... es otra forma de exponerse, me parece que lo voy a hacer, probablemente.

Hermana: - ¿Te puedo hacer una pregunta? Mamá dice que siempre tardas mil años en salir del trabajo, ¿por qué es?, porque vos sos así, porque siempre tardaste en hacer las cosas o... o sea vos te tomás tu tiempo, pero ¿te quedás porque querés o por otra cosa?

A: - Nunca me quedo obligado. Hay un problema, en la jornada laboral, en el horario habitual que termina a las 18:30, es de sonar los teléfonos, de las palabras, de las reuniones, de la interacción con gente... Y a las 18:30 todo termina, la gente se va, dejan de sonar los teléfonos, vuelve el silencio...Y yo encuentro nuevamente el estar conmigo mismo, todo empieza a fluir, ya nadie me interrumpe, todo fluye, soy 100% rendidor. Entonces me gusta hacer una horita más. A mamá no. Entonces mamá me llama 18:31, “¿nos vamos?”.

Papá aparecía y desaparecía

Vanessa Saúl



Escena I: En este mundo

El día que nací, me cuenta mi madre, hacía frío; esos fríos secos de Córdoba que en el invierno se meten hasta los huesos. Mis hijos también nacieron en el mes de mayo, igual que yo; el más grande quiso nacer el mismo día de mi cumpleaños y mi hija unos días antes, cuatro años después. Vinieron a resignificar el mes de mayo -me gusta pensarlo así- a tornar lo más hermoso.

Mamá recuerda que nací rápido, apurada por el goteo. Después de nacer, me acomodaron sobre su pecho y nos dejaron a las dos solas en un pasillo casi a oscuras.

Quería irse rápido del hospital.

Tal vez tuvo miedo con la escasa luz de aquel pasillo de la maternidad: un tubo fluorescente parpadeaba, escuchaba las puertas vaivén de la guardia. Pudo oler el humo denso que flotaba, olor a caucho quemado. Tal vez habrá temblado y me habrá agarrado fuerte, cuando escuchó afuera, en la calle, las frenadas de los camiones del ejército, las pisadas de las botas contra el empedrado mojado de rocío, los cascos y bufidos de los caballos de la policía montada, el silbido inconfundible de las balas. La gente gritaba, corría desorientada vaya a saber adónde. Todo se le mezclaba con el sonido de las sirenas de las ambulancias, con la luz de los patrulleros que, por aquellos días y los que vendrían después, iluminaban las paredes del Hospital del Barrio Clínicas. Eran finales de mayo de 1969, los días del Cordobazo. Tal vez pensó que todo pasaría rápido. Que pronto estaría en la casa, en el barrio San Vicente.

Así llegaste al mundo, me dice siempre mi mamá cuando me llama para mis cumpleaños, será por eso que fuiste bastante rebelde -me dice- y nos reímos. Pero no habla mucho de lo que sintió. Le cuesta hablar de sus sentimientos. A mí ese miedo se me metió en la piel, los años en dictadura que vinieron después fueron cubriéndome con capas de espanto.

Escena II: las canciones de mi infancia

Mi nona sólo había hecho hasta el tercer grado de la escuela pri-

maria. Desde muy chica trabajó en los tambos de leche, ordeñando vacas. No hablaba mucho de eso. No le gustaba. La recuerdo ayudando a mi mamá, se quedaba por meses en casa.

A mí me gustaba una canción, que cantaba en piamontés; mientras me balanceaba entre sus piernas decía: “Dalin dalan, l'è mortie el can, el can bucin's, ciamava Giuanin. Giuanin cutel, tajeie la pel, a pel l'è tajà”...Una vez le insistí para que me la tradujera, decía algo así: Dalin Dallan, ha muerto un perro, un perro chiquito llamado Juanito, le sacaron la piel, la piel le sacaron...me acuerdo que después lloré mucho porque me gustaban los perros.

Cantaba canciones de la pos guerra, hablaban de campos de batalla, de mutilados o de familiares esperando el regreso de sus seres queridos. Pero lo que más me gustaba era cuando contaba historias de aparecidos, de fantasmas, historias que habían sucedido en su pueblo. Me las contaba a escondidas de mi mamá, a la hora de la siesta. Yo me agarraba fuerte a sus manos, nudosas y arrugadas.

Escena 3: Mamá no siempre fue mi mamá

Cuando era chica, y hasta pasada mi adolescencia, hablar con mi mamá no era tarea fácil. Yo lo intentaba, pero las palabras se me atropellaban en la garganta, deseaba profundamente conversar con ella como lo hacían mis amigas del barrio con sus mamás, contarle las cosas que me pasaban, sobre todo mis miedos. En ocasiones pensaba que ser madre había sido un castigo para ella, algo que no había podido elegir. Le costaba dar un abrazo. A veces los domingos a la tarde se encerraba en su pieza y se escuchaba que lloraba, nos decía que no le pasaba nada.

Yo sentía una gran atracción por sus cajones: una vez encontré una caja atada delicadamente con una cinta cuadrillé, en el interior había fotografías con dedicatorias, cartas, recortes de revistas, poemas escritos a mano con una letra muy prolija, también había mechones de cabellos de nosotras, nuestros dientes de leche. Mi mamá era de guardar todas esas cosas, como si fuesen marcas, huellas de su maternidad. Las fotografías que había en aquella caja, eran de acto-

res del cine americano, de los años 50. A escondidas de mis abuelos, sobre todo de mi abuelo Miguel, que tenía un carácter difícil, enviaba cartas a las productoras de cine y éstas le enviaban las fotos autografiadas de los actores y actrices que admiraba en secreto en su adolescencia. Mamá se sabía de memoria los actores que trabajaban en cada película, tenía sus películas favoritas, a veces los días de lluvia cuando mirábamos juntas alguna película que ya había visto, recitaba los diálogos enteros o imitaba a los actores y terminábamos riéndonos mucho.

Las fotografías en blanco y negro eran de ella cuando estudiaba danzas clásicas y aparecía vestida de varón.

Escena III: de acá para allá

Las mudanzas forman parte de mi infancia y de mi vida adulta. Mudar, dejar lugares, irse, volver a empezar, dejar cosas, objetos, amigas, amigos, compañeros de escuela, hoteles, casas, pensiones, vecinos nuevos.

Después de que mi papá se fue, hubo otra mudanza, a otro barrio, lejos, a empezar de nuevo.

La casa era grande, con dos habitaciones, en una de ellas dormíamos las tres, tenía las paredes pintadas de colores chillones, brillantes, una cocina amplia y un patio enorme con muchas plantas, un árbol de naranjo y un limonero.

Ahí jugábamos con mis hermanas, armábamos casitas e inventábamos historias.

A mediados de los años 80, con la hiperinflación, los precios se fueron por las nubes, un día era un precio, a las horas otro. Mamá no sabía ya qué inventar, entonces empezó a vender fideos, azúcar, harina, yerba sueltos, todo era muy difícil, íbamos en bicicleta a comprar alimentos para luego venderlos sueltos. También compraba pollitos bebés para vender. Había armado un gallinero donde los criábamos. Algunas noches, apretados entre ellos, tiraban el agua del bebedero. Desde la habitación que compartía con mis hermanas escuchábamos el aleteo desesperado.

En ese tiempo venía gente de otros barrios más humildes a comprarle, la querían mucho, daba fiado, tenía un cuadernito donde anotaba lo que se llevaba cada uno y después, como podían, le iban pagando.

Desde muy chica tuvo problemas de visión le diagnosticaron astigmatismo y miopía. Empezó usando lentes con mucho aumento y después, con un oftalmólogo conocido de Córdoba, pasó a usar lentes de contacto que tardó muchos años en pagar.

A mí me gustaba verla cuando se colocaba las lentes, que eran de un color verde como sus ojos y brillaban al sol, se estiraba la parte de abajo del párpado y se las ubicaba con destreza. De vez en cuando alguna se le caía al suelo, nos hacía quedarnos en el lugar quietas y después ayudarla a buscar la lente perdida. Era un festejo cuando la encontrábamos, con el tiempo fuimos adquiriendo práctica, pasábamos una escoba o tanteábamos el piso con las manos hasta que la lente se nos pegaba en la piel. Con el correr de los años el problema se le fue agravando hasta casi perder la visión completamente, esto la sumió en un enojo y depresión profundos.

Escena IV: 1976, Papá

Hay una fotografía que guardo, una de las pocas imágenes que tengo de él. Yo debo estar cumpliendo unos tres años, me está alzando alto para que alcance unos globos, me sostiene con sus brazos fuertes y un cigarrillo en la boca, parece como si me estuviese presentando al mundo.

Mi papá se llama David. Hace muchos años que no lo veo.

Nació en Paraná y se conocieron cuando él estudiaba arquitectura y mamá se había ido a vivir a Córdoba. Estuvieron juntos seis años, a veces había peleas y discusiones, en general era porque el dinero escaseaba y no había trabajo estable. A comienzos de 1976 se fue de la casa. Mamá se quedó sola con nosotras tres. El mismo año que se fue de la casa, sucedió el golpe de estado, mamá pensaba que andaba en “algo” y que se lo había llevado la policía. Creo que en fondo sabía que la había dejado, abandonado y sentía mucha vergüenza por eso.

San Vicente era un barrio muy tranquilo, de trabajadores, estudiantes, alquilábamos una casita con un patio muy pequeño, pero todo empezó a cambiar. De la noche a la mañana se prohibieron los corsos del carnaval, ya no pasearíamos con mis hermanas en el pato gigante de Plaza Lavalle, tampoco jugaríamos más con agua o con espuma.

El diario local La Voz del Interior, por aquellos días publicaba noticias: enfrentamientos del ejército con guerrilleros o extremistas, que no eran otra cosa que asesinatos y secuestros a dirigentes sindicales, trabajadores y estudiantes. Las imágenes que se publicaban eran en blanco y negro. Sin pudor mostraban personas muertas, cuerpos mutilados, bañados en sangre. Con titulares como: terroristas abatidos en enfrentamiento con el ejército, subversivos muertos. San Vicente fue uno de los barrios donde los militares más se ensañaron
Papá aparecía y desaparecía, como una metáfora de la época.

Final

Mis padres hicieron lo que pudieron. Tantas mudanzas, tanto ir y venir, avivaron mi asombro por los lugares, por la observación. Cada lugar nuevo era la oportunidad para la invención de los espacios, jugar con mis hermanas, mis primos, era imaginar otros mundos

Una habitación pequeña se transformaba en un mundo por descubrir, un árbol de naranjos en una selva, una estufa vieja en un auto, los huevos del gallinero en una torta mezclada con barro y yerba que sacábamos a escondidas, las camperas de lana eran nuestros cabellos largos y así, las escapadas a la hora de la siesta a caminar por el costado del canal de agua, buscando piedras que brillaban y otros pequeños tesoros.

De más grandes íbamos a pasar el día a Cuesta Blanca, Tanti o Biolet Massé, volvíamos a la tarde cuando caía el sol, con la piel ardiendo y el olor a río en la piel.

Había festividades en las calles

Hijo: Jeremías Vazquez

Madre: Claudia Adriana Depalma

Padre: Jorge Vazquez



Me dispongo a entrevistar a mi padre y a mi madre.

Los invito a presentarse.

Jeremías: - Mi mamá, Claudia Adriana Depalma, se presenta:

Claudia: - Bueno, ya lo dijiste, soy Claudia. Soy madre de tres hijos. Tengo cincuenta y tres años. Soy una docente ansiosa por jubilarse. A esta altura del año ando un poco cansada.

Jeremías: - Se presenta entonces mi papá:

Jorge: - Me presento, mi nombre es Jorge Vázquez, tengo casi cincuenta y cinco años. Estoy casado y tengo tres hijos. Jeremías tiene veintiocho, Elizabeth tiene veinticuatro y Keila tiene quince.

Je: - Le pido a Claudia que me cuente sus recuerdos más lejanos, ella recuerda:

C: - Tengo recuerdos del Jardín de Infantes. Me acuerdo el día en que vino Papá Noel. Me acuerdo que tenía un compañero que era muy malo y le pegaba a todos. Un día estábamos él y yo jugando y él se estaba portando bien conmigo. Pensé sorprendida “epa, es bueno” y entonces me tiró un ladrillazo y ya no se portó más bien. Siempre lo retaban, pobrecito.

Recuerdo a otro compañero con el que éramos novios.

Yo iba al Jardín 902 que estaba en Ortiz de Ocampo y Mitre. Ahora que lo cambiaron de esquina está en Guido y Alvear.

Je: - Le pido a Jorge que me cuente sus recuerdos más lejanos, él recuerda:

Jo: - Hay que recorrer varios kilómetros para llegar a los recuerdos más lejanos. Recuerdo que jugábamos con unos ladrillos como levantando paredes en el Jardín de Infantes. Había una profesora de música que tocaba el piano.

En una de las ocasiones en que mi papá me llevaba al Jardín en auto, me bajé y entré, mi papá ya se estaba marchando cuando me dijeron las maestras que no había clases. Sólo recuerdo la desesperación que me agarró, ya no sé si es que después me fueron a buscar o qué. Recuerdo más lejano no tengo.

Je: - Luego del Jardín, Claudia fue a la Escuela n°19.

C: - Convenientemente para la trama, la escuela estaba al lado del

Jardín. Mi mamá había hecho una tramoya para que yo pudiera empezar la escuela, ya a los cinco años. Así me salté la que tal vez sea la sala más importante del jardín, el año preescolar. Parece que se hacía mucho porque había otros chicos que también hacían esa trampa para ahorrarse un año. ¡Qué ansiedad tenían los padres porque los hijos se graduaran pronto del Jardín y empezaran la primaria!

Se rumoreaba que tomaban un test para decidir en qué división entrarías. Al “A” irían los de mejor resultado, al “B” iría el resto. A mí se me hace que yo había quedado en un salón más chiquito los primeros días y después nos cambiaron de salón. Habrá habido un “C” durante un tiempo, pero seríamos pocos y quedamos todos en el “B”.

Durante primer y segundo grado, iba a la escuela en micro. En tercero, mi mamá me empezó a llevar hasta la parada del colectivo. En la parada yo esperaba al colectivo con algunos compañeros de la escuela que eran del barrio. Éramos tantos que el viaje en colectivo era muy parecido al viaje en micro.

Ya entrada en los años de primaria, yo me preocupaba mucho por las responsabilidades de la escuela. Pasaba mucho tiempo haciendo tareas en casa. En la escuela no tenía problemas con mis compañeros salvo esas cosas que supongo que nos pasan a todas, que tenemos conflictos con algunas compañeras porque quizás te juntás más con una y las demás te hacen rancho aparte y cosas por el estilo.

Las maestras de la primaria me hacían sentir muy querida. Yo tal vez era de esos alumnos que no traen problemas, que llevan la tarea hecha y esas cosas, pero eran todas muy cariñosas. No recuerdo docentes enojados ni nada de eso. Por ahí, todos los nenes se portaban bien en esa escuela, no como me tocan a mí los salones ahora.

Je: - Claudia cuenta cómo se filtraba la realidad política en su vida de niña.

C: - Recuerdo algunas amigas del barrio.

A la vuelta de mi casa vivía una nena cuya familia recuerdo haber oído hablando de Isabelita. Supongo que serían peronistas. Alguna vez escuché a la nena cantar alentando “Isabelita, Isabelita” y yo no entendía qué podía saber ella sobre lo que cantaba. Ese fue el primer

contacto más intenso. Qué preferencia política tenían mis viejos, nunca supe.

Otra vecina tenía los padres separados y, cuando llegaron los militares, se decía que el padre había estado con Montoneros o algún grupo de esos. Las veces que esta chica pasaba tiempo con su padre, el padre la traía de vuelta a la casa de la madre, pero la dejaba en la esquina. Tenía esos cuidados, era evidente que estaba escondiéndose, siempre en movimiento. En algún momento nos enteramos que se había ido a Brasil porque él, por suerte, tenía familiares allá. Esta amiga mía estaba siempre muy temerosa y con razón. Mis viejos nunca hablaron de política y me apena mucho que no se hubiera hablado nunca de lo que pasó con la familia de esta chica, después.

La madre trabajaba en capital y ella se quedaba junto a su hermano en la casa de la señora que vivía enfrente, cuando volvían de la escuela. Un día vio cómo llegaron los militares y entraron en su casa. Los militares hicieron un destrozo, ensuciaron todo, le dieron vuelta la casa y se fueron. No encontraron nada. Se decía que no les iba a volver a pasar porque la mujer no tenía una cama matrimonial ni tenía imágenes de Perón, porque al separarse había retirado todo eso. Ya no pensarían que él podía estar ahí.

En una ocasión, entre las películas que daban en época de Pascuas, veíamos “Rey de Reyes” y cuando llegábamos al momento en que Juan el Bautista está todo encadenado, mi amiga comentaba que temía que así lo tuvieran al padre si lo llegaban a agarrar. Yo le decía que eso era antiguo, que no son así las cárceles ahora. No podía entender que ella se imaginara una cosa así. Más tarde descubrimos todos que había sido mucho peor.

Je: - Jorge cursó la primaria en el colegio de curas Don Bosco de Bernal.

Jo: - Tuve buena relación con todos mis maestros. Tal vez exceptuando a Marta Piso, la seño de tercero, que era brava, retaba mucho, era muy seria. Ni te cuento la cara de enojada que tenía.

La seño de segundo era muy joven, yo estaba casi, casi enamorado. La seño de cuarto se llamaba Raquel y años después sería maestra

de tu madre. El maestro de séptimo, Gasparri, además se encargaba de organizar las actividades deportivas. En la escuela había muchas actividades, jugábamos al fútbol, armábamos campeonatos, había mucho ejercicio y mucha competencia.

En quinto grado teníamos a Bernocchi. Ese año, todos corríamos riesgo de no aprobar. El maestro nos dijo al final que pasábamos todos excepto uno que tendría que repetir el año. Fue un momento de mucha tensión. Dijo que el que no pasaría de grado... era él mismo. Y bueno, un chiste viejo.

Yo continuaba en la escuela con la diversión que tenía en la calle. Me gustaba mucho la calle, me la pasaba jugando con los vecinos del barrio.

Con los amigos que vivíamos en este barrio nos juntábamos con los chicos de la villa que está a tres cuadras. Así se armaban los equipos para jugar a la pelota. Era otra época, otras costumbres y diferente idea de lo que es un barrio. En aquel entonces había gente en la calle, niños y adultos, como no los hay ahora. Mi papá sacaba una silla a la puerta de su negocio y pasaba gente que se quedaba charlando.

Había festividades en la calle. Cuando tomábamos la comunión, se mandaban a imprimir estampitas para la ocasión, como las invitaciones de un cumpleaños de quince, y pasábamos por las puertas, todos bien vestidos para entregar las estampitas y a cambio nos daban plata. Durante los carnavales también recibíamos plata porque nos disfrazábamos y pasábamos puerta por puerta cantando murgas. Hasta los adultos salían a mojarse a baldazos en carnaval. Así como jugábamos a la pelota, jugábamos también con cochecitos.

Se jugaba tan variado que sólo esto daría para largo.

Je: - Jorge cuenta cuál era la actualidad nacional durante su infancia:

Jo - De lo que fue la elección de Perón y lo que pasaba en política mientras yo estaba en la primaria, no tengo recuerdo. De cuando fue el golpe sí recuerdo algo. En aquel entonces nosotros habíamos ido a vacacionar a Córdoba y no sé bien si fue el mismo día que volvíamos o esos días antes que vi la ruta llena de militares a la vuelta. Con eso me

hice la idea de que venían los militares, pero no tenía noción de qué era un golpe de estado. No tenía una formación política a esa edad. A mí me llegaba muy indirectamente esa realidad.

En la navidad del '75, una festividad que asocio con la alegría y la diversión de los fuegos artificiales, ocurrió una explosión muy grande en el batallón Viejo Bueno. Fue una matanza y no recuerdo si fue algo que se habló en Navidad o si fue que llegamos a escuchar la explosión. No creo que la escucháramos porque aquello está a 5 kilómetros. Será que los escuché hablando de eso a los adultos.

Je: - Mi mamá nos muestra cómo vivía los años de secundaria:

C: - Al principio fue muy difícil la secundaria. Tengo la sensación de que nunca pude disfrutar del todo la experiencia. Me costó mucho adaptarme. Extrañaba la primaria, tener dos maestras, el salón. Yo no era muy extrovertida y era toda gente nueva. El primer día me senté con una chica que se llamaba Laura y hoy sigue llamándose Laura y sigue siendo mi amiga desde aquel entonces.

Yo era muy tímida, muy vergonzosa, no hablaba, por eso casi ni participaba en clase, no levantaba la mano. Así habré estado dos años, que usaba los recreos para estudiar y estudiaba en casa. Al tercer año ya me empecé a adaptar mejor y tener tratos con los compañeros. Empezaba a notar que disfrutaban de un montón de cosas que yo no estaba aprovechando.

Los profesores eran muy distantes comparados con los docentes de la primaria. No recuerdo que hubiera onda excepto tal vez con una profesora de matemática que me hizo sentir que yo podría ser profesora de matemática. También estaban los profesores típicos, los malos, los temibles.

Yo iba a la Escuela Nacional de Comercio Independencia del Perú. Le decían "La Cárcel". Ahora creo que es la Media N°15. Las chicas teníamos que ir con pollera, los varones no podían ir con guardapolvo porque tenían que ir con saco y corbata, siendo colegio estatal y todo. A las chicas nos dejaban ir en pantalón recién cuando hacía mucho frío. Los colores de los pantalones y de la campera que te ponías arriba del guardapolvo tenía que ser marrón o azul, parecía que fuéramos

uniformados. El pelo tenía que ir atado y yo no iba a transgredir absolutamente ni una regla porque, si me agarraban a la entrada a la vista de todos y me retaban por eso, me moría. Una vez se me salieron unas tiritas que me sostenían el pelo, y me agarraron. Me hicieron subir a una rampa, con el pelo suelto, mientras cantaba la aurora.

Había que ir con las medias hasta las rodillas. Salían unas Penguín cortitas que todas queríamos usar, pero no, había que usar las Ciudadela que eran horribles, y que no vean que se te caigan un poquito las medias porque corrías el riesgo de que te amonesten. Lo mismo con el pelo suelto. Te pegaban un reto y te hacían pasar un verano adelante de todos. En tercer año ya estaba más relajada. Dejaba el estudio para hacerlo en casa y disfrutaba un poco más de la escuela, de hablar con los compañeros. Los profesores llegaban y, antes de entrar, esperaban en la puerta a que los preceptores nos hicieran parar al lado del pupitre.

Teníamos un profesor en Instrucción Cívica que nos decía que eso que nos enseñaba era algo que no estaba funcionando en ese momento, porque claro, el Congreso no estaba en actividad. Otro profesor, el de taquigrafía, que nos enseñaba a codificar las letras con rayitas y todo eso para escribir más rápido, él era taquígrafo, taquígrafo del senado. Claro, tampoco trabajaba porque el Senado no funcionaba. Para el último año ya estaba todo más relajado. A los varones se les permitió ir con guardapolvo y querían hacer a los de quinto ir con guardapolvo también. Un profesor insistió con que no, porque les harían comprar ropa solamente para ese año ¡Era una locura que ya se podía usar jean!

Locura había sido la guerra de Malvinas, yo estaba en cuarto y algunas chicas tenían novios a los que llamaban para ir a la guerra. Tu papá zafó porque prorrogó los llamados para terminar la secundaria, pero eran todos más o menos de esa edad. Eso y los operativos que hacían cuando paraban colectivos y hacían bajar a los hombres que viajaban. A la escuela no iba con el documento, pero a la noche sí por el miedo que se vivía de que te paren. Igual tampoco es que saliera mucho. Si salía a bailar, me llevaba mi papá.

Je: - La experiencia de la adolescencia de mi papá es contada así:

Jo: - Digamos que fue muy complejo el pasaje de la primaria a la secundaria. Hice colegio técnico y la carga horaria pasó a ser doble turno. Volvía de cursar con mucho que estudiar o mucha tarea que hacer. Me tenía que levantar temprano y volvía muy cansado. No quedaba casi nada del tiempo que yo pasaba en la calle años atrás. Mis amigos estaban viviendo cambios parecidos.

Primero y segundo año cursé en una escuela que dependía de la destilería Shell. Le decíamos “La Shell”. Mi cuñado era empleado en la fábrica y él influyó en la decisión de mis viejos. La escuela estaba adentro de la destilería y la educación era muy estricta, muy militar. Ahí me ofrecieron retirarme muy amablemente. O sea, me echaron. Nunca entendí bien el motivo.

Citaron a mis padres y fue mi mamá. Recuerdo que fue un disgusto muy grande para ella, pero no recuerdo por qué me estaban echando si yo no tenía problemas de conducta. Sí estaba teniendo problemas con las notas de algunas materias, pero no parecía motivo suficiente. No podía ser por las amonestaciones, tenían un límite de nada más que diez, pero yo no tenía diez. Las inasistencias también eran pocas las que toleraban, diez o quince. Ahora que lo pienso veo que no tengo idea de por qué me echaron y no es por vanagloriarme, pero a la distancia sí veo que me hicieron un favor.

Entré en la escuela técnica de Berazategui. Hice tercero, cuarto y quinto. En quinto año me llevé tantas materias que tuve que rendirlas al año siguiente y no pude pasar de año. Debería haber repetido el año, pero no quise, preferí rendir libre las materias que debía. Eso hice durante el año siguiente. Cuando tuve que cursar sexto, opté por rendir también libres todas las materias de ese año. En ese tiempo estaba con ganas de trabajar y tener una cierta independencia económica. En el medio, igual hice el viaje de egresados con mis compañeros.

Cuando estaba en quinto año falleció mi mamá. Un poco por esto ya estaba pensando en buscar trabajo. Ocurre este revuelo en la secundaria y fallece mi papá cuando yo preparaba las materias de quin-

to o sexto, no me acuerdo. No sé si habrá sido por eso que dejé de cursar, quizás me lo habré planteado en ese momento, pero entonces lo pensaba como que me quería independizar económicamente. Era un doble motivo de querer independizarme y un poco necesitar hacerlo.

Esa era la época de la Guerra de Malvinas, además. Yo solicité una prórroga para terminar los estudios el año que me tocaba hacer la colimba. Se hacía un sorteo con los números del documento y los que quedaban por debajo de determinado número no hacían la colimba. Habiendo pedido la prórroga, el número había dado por debajo así que no me tocaba. Al año siguiente volvieron a llamarme por medio del sorteo y tampoco me tocó, pero siendo que se había declarado la guerra ¡y contra Inglaterra! nada menos, no sabíamos qué iba a pasar. No sabíamos cuánto duraría la guerra, en tiempos de guerra las reglas pueden cambiar inesperadamente. Finalmente, la guerra duró dos o tres meses, pero, si llegaba a prolongarse, yo estaba en edad para ir. Todos mis compañeros y yo teníamos ese miedo.

Ya para cuando nos estábamos recibiendo, mis compañeros en el '83 y yo en el '84, estaba un poco más atravesado políticamente, aunque no mucho más. Con las elecciones era medio inevitable involucrarse. La cuestión imaginaria era fuerte con toda la ciudad empapelada de afiches, no había manera de no enterarse de que había un movimiento diferente.

Lo más fuerte fue cómo se vivió la Guerra de Malvinas. Previo a eso, quizás se sentía alguna cosa de alerta o no sé si es algo que pienso desde acá. Tal vez cuando Argentina sale campeón en el '78 se sospechaba que había algo raro con toda la festividad en la calle. Por supuesto que lo había, pero no sé distinguir si no es que lo recuerdo así porque lo sé ahora.

Je: - ¿Cómo entró mi mamá en la juventud adulta?

C: - Venía haciendo cursos para prepararme para rendir el ingreso a farmacia. En febrero me presenté y me fue mal. Estuve trabajando en algunos lugares hasta el año siguiente que lo volví a intentar, pero para entonces el sistema había cambiado. En la época de los militares había cupo para entrar a la universidad. Se tomaba un examen

e ingresaba una equis cantidad de personas a partir de la mayor nota para abajo. Si se llenaba el cupo, no importaba que tu nota hubiera sido un aprobado, tenías que ir a presentarte de nuevo a dar el examen al año siguiente. Lo que se hizo en el '84 fue liberar el cupo y permitir ingresar a todos los chicos que habían aprobado el examen el año anterior, durante la dictadura vigente al comienzo del año '83. A esos se le sumaban todos los que aprobaban el ingreso en el '84.

Yo igual dí mal ese año y al siguiente, en el '85, entré en el nuevo sistema del Ciclo Básico Común. Los del Pellegrini y los del Nacional Buenos Aires entraron directo porque esos colegios se articulaban con la UBA. En el '86 cursé el primer año de facultad y a la mitad del año siguiente largué la facultad. Seguí haciendo una materia nomás porque me había gustado. Ya estaba anotándome para ingresar al magisterio. Entonces en marzo del '88 me casé. Las clases empezaron más tarde porque se estaba haciendo la marcha federal, un paro gigantesco. Ahí arranqué el magisterio y esa fue una experiencia que sí me gustó, ahí sí la pasé lindo, me encantó.

Me encantó porque la facultad la sufrí mucho, el sistema me ponía muy mal, nerviosa, muy tensa. No había acercamiento con los docentes de la facultad. No entendías algo y andá a saber. Por ejemplo, para Química tenías que llevar todo estudiado porque a la entrada te tomaban un parcialito, eran seis parcialitos de los que había que aprobar sin falta cuatro. La materia era práctica y lo que te pedían en los parcialitos no te lo estaban dando en las materias teóricas porque estaban tratando otros temas. Física es la única que no terminé de rendir. Matemática también fue un lío porque los temas no tenían nada que ver con lo que venía de ver en la secundaria. Biología quizás es una con la que no tuve tanto problema.

En el viaje a la facultad me descomponía de los nervios. No estaba segura de nada de lo que estudiaba porque tampoco tenía con quién estudiar. Venía de la otra punta del mapa y no me encontraba a nadie en el viaje ni charlaba con nadie esas dos horas y media de viaje. Así que cuando me anoté en el profesorado, que lo cursaba en la escuela N°6, que estaba en un salón, que iba casi todos los días, que

tenía compañeros, que me juntaba con gente a estudiar, que tenía a los profesores ahí nomás adelante, no al fondo de un aula escalonada. El magisterio me gustó, lo disfruté, fue otra cosa.

Je: - ¿Cómo entró mi papá en la juventud adulta?

Jo: - En el '83 voté por primera vez junto con personas diez años mayores que yo. Las últimas elecciones habían sido en el '73 así que ahí estábamos los debutantes de la democracia, una franja etaria entre los dieciocho y veintisiete años.

Por ese entonces es que muere mi papá. En la Planta Alta de la casa estaba viviendo mi hermana con su familia, ella insistió en que fuera a vivir con ella. Así pasaron uno o dos años en que vivía y comía con su familia, pero trataba de no depender de mi hermana. Todavía era un chico chico cuando iba a trabajar, las responsabilidades laborales de un joven adulto se mezclaban con la energía de la diversión de un chico.

No lo quiero pintar como que ya era un adulto responsable, yo quería salir con mis amigos. Si mis amigos querían salir de vacaciones y no me correspondían vacaciones en el trabajo, renunciaba, me iba de vacaciones igual y a la vuelta me ponía a buscar otro trabajo. Terminé de rendir las materias de la secundaria en el '84 y me anoté para entrar a estudiar ingeniería en el '85. Entrado en los veinte años, buscaba trabajos sin mayores aspiraciones, alguna cadetería, o me iba a vender ropa a la calle. Ya había logrado cierta independencia laboral, cuando no conseguía trabajo, compraba cosas y vendía.

En el '85 estaba confeccionando remeras e iba por los barrios vendiendo. Entré a la facultad con el envión de haber logrado rendir los últimos años de secundaria que me habían parecido un objetivo difícil y que todos me decían que sería imposible. Dieciocho o veinte materias que di libres. Con esa motivación y ese entusiasmo es que empecé la carrera de ingeniería electrónica que en ese momento era por lo que más me sentía atravesado. Tanto me había entusiasmado que dejé el trabajo por cuenta propia para buscar uno relacionado con la Electrónica. Mi secundaria había sido de formación electromecánica e imaginé que laburando en la electrónica podría adquirir

algo de experiencia.

En el '85 entonces también ocurrió que entré a trabajar en una fábrica de electrónica como armador, soldador. Dos años y pico habré estado ahí. En la facultad me fue muy bien el primer año, aprobé casi todas las materias. El segundo y tercer año tuve un ritmo más lento, estaba aflojando. Ya por ese tiempo estaba viviendo solo y en el '88 me casé con tu madre. No fue un problema económicamente porque vivíamos en la casa que había sido de tus abuelos, pero el trabajo en la fábrica, con todo lo que me gustaba, no era mucha plata. No sé si hoy viviría con la miseria económica de aquel entonces. Pero el amor que sentía entre la carrera y la larga luna de miel que fueron esos primeros años de casados predominaron sobre cualquier realidad.

Cuando naciste vos, veníamos de haber conocido la hiperinflación de Alfonsín y estábamos en medio de la aparentemente olvidada hiperinflación de Menem. Por ese entonces yo me había puesto a fabricar circuitos impresos por mi propia cuenta. La facultad, que había empezado en actitud de hobby y no con las aspiraciones por el título que parecía tener el resto, sin dejar de ser un gran amor comenzó también a sentirse como una molestia. No veía que fuera a proveernos más plata el laburo de ingeniero que lo que sabía hacer con la compra-venta.

Je: - Mi mamá se refiere a mi papá con lo siguiente:

C: - En una de esas raras veces en que iba a bailar conocí a papá. Quedamos en vernos y empezamos a salir. Salíamos los martes, los jueves y los sábados. Nos encontrábamos en Quilmes por la tarde, mientras era todavía de día porque a la noche ya tenía que estar en casa. A los dieciséis años, papá ya venía a casa de los abuelos y empezamos a salir de noche. Ya salía más que antes en esa época porque me juntaba con las amigas que había hecho en el grupo de amigos de papá.

Siempre fuimos más de quedarnos en casa, aparte de que no había un mango para salir. En el '88 nos casamos sin anticiparlo demasiado. Tuve tres hermosos embarazos y hermosos partos.

J: - Mi papá se refiere a mi mamá con lo siguiente:

Jo: - Cuando me casé con mamá, nada parecía un problema. Hasta me volví un fundamentalista que predicaba a mi grupo de amigos. Nosotros nos habíamos casado antes que nadie y lo habíamos hecho con una soltura que no se permitían mis amigos, tenían preocupaciones que yo jamás me había planteado. Nos tocó en suerte disponer de una casa, otros no tenían eso. Al tiempo naciste vos y también estuve predicando la paternidad.

Las últimas palabras que ofrecen mis padres a esta entrevista hablan de una aspiración. La integridad como objetivo. Una integridad que se pueda observar en el núcleo familiar y que se pueda proyectar sobre el panorama social y político. Esta aspiración, reconocen que ocurre en el fuero más íntimo de las experiencias personales de sus hijos y que no es fácilmente comprobable. Lo demás, claramente, queda en manos de sus tres hijxs que soy yo y son mis hermanas Elizabeth y Keila.

Muchas gracias a mis padres por participar con tan buena predisposición y tanto entusiasmo. Este trabajito termina acá, las lecturas continúan.

Tuve que salir a trabajar

Hija: Victoria Malvina Satta

Madre: Alicia del Carmen Acosta

Entrevista de Victoria Malvina Satta a Alicia del Carmen Acosta, ama de casa de 47 años, madre de la entrevistadora. Vive en Ezpeleta, partido de Quilmes. Y en esta entrevista sabremos algunos aspectos de su infancia y cómo es su punto de vista en la actualidad sobre eso y algunas cosas que también nos marcaron a todos como país.

Victoria: - ¿Qué recuerdos tenés de la infancia o de algo que te haya marcado para ser lo que sos hoy?

Alicia: - Bueno, mi recuerdo de la infancia que me haya marcado es que me encantaba andar en bicicleta. Era una loca por la bicicleta.

V: - ¿Andabas mucho en bicicleta o era difícil en esa época?

A: - No, no andaba mucho en bicicleta. En ese tiempo no estaban asfaltadas las calles, entonces las calles de tierra y los barrios eran para los chicos y para salir en libertad, no como ahora que todas las calles están asfaltadas y eso impide que los chicos sigan andando como antes.

V: - En tu infancia o adolescencia, ¿recordás algo de cómo era el sistema político y social de los militares?

A: - Mucho de los militares no recuerdo, era chica. Lo que sí puedo decir es que había tranquilidad en la calle, cosa que hoy está más cambiado. Hoy es más peligroso, hay más delincuencia. Antes se respetaba el horario de la noche, había más conducta. Yo de los militares no puedo hablar tan mal, aunque sé que algunos se equivocaron en cómo hicieron las cosas.

V: - ¿Alguno de tus familiares afrontó problemas con ese sistema?

A: - No, no, ninguno.

V: - ¿Conociste a alguien fuera del ámbito familiar que sí haya tenido problemas de represión?

A: - No, tampoco.

V: - Ahora, a tu edad, ¿cómo ves o pensás sobre lo que ocurrió en el último golpe de estado?

A: - Pienso ahora que nadie tiene el derecho de matar personas por matar. Se hicieron las cosas mal, fue injusto para muchos. Torturar me parece un horror, o quitarles los chicos a los padres cuando

los mataban. El problema también venía por el lado de la política, si estaban en un sindicato, partido político o por ir a reclamar a las calles, como pasó con los estudiantes con el boleto estudiantil, iban y te hacían desaparecer. Eso lo veo mal, porque todos tenemos derecho a expresarnos y reclamar, sin tener miedo de que nos maten.

V: - ¿Cómo era el trabajo de tus papás en esa época?, ¿a qué se dedicaban?

A: - Mi mamá era ama de casa, ella me criaba a mí y a mis hermanas. Y mi papá trabajaba en el Correo Central en Capital.

V: - ¿No tuvo problemas en el trabajo?

A: - No, no, era todo muy tranquilo. En esa época el que tenía trabajo lo mantenía, no como hoy en día que te tienen tres meses, cambian de personal o hay más agencias de trabajo.

V: - ¿Cómo describirías a tus padres?

A: - Mis padres los describo como buenas personas, trabajadores. Me dieron una buena educación, enseñanza, hoy soy lo que soy gracias a ellos. Obviamente no todo fue color de rosa, también tuvimos nuestras diferencias y desacuerdos. Pero me hicieron, me considero yo, una buena persona. Para mí ellos fueron los mejores.

V: - ¿A quién de tu familia solías pedirle consejo cuando eras una niña o adolescente?

A: - En ese sentido era una persona que no pedía consejos. Siempre me las arreglaba sola, me la trataba de rebuscar.

V: - ¿Cómo fue tu experiencia en la escuela, ya sea con las personas, los estudios...?

A: - Bien, lindo. Tanto el jardín, la primaria y el secundario fueron muy lindas experiencias.

V: - ¿Tuviste oportunidad de estudiar en un terciario a nivel universitario?

A: - No.

V: - ¿Por qué?

A: - Porque tuve que salir a trabajar por diversas razones. Tengo que reconocer también que por la ignorancia de no saber lo que iba a pasar en el después. Yo quería trabajar, tener mi propia plata, com-

prarme mi ropa, quería ser más independiente. Y eso con el tiempo me afectó en la vida, porque no es lo mismo un estudiante con una carrera hecha, tener una chapa, que bueno... ir a un trabajo. No es que quiera desmerecerlo, pero es otra cosa. Estudiar para mí es la base de todo.

V: - ¿Querés decir que eso te influenció mucho en lo que sos hoy?

A: - Sí, sí, influenció mucho. La he pasado mal en los trabajos que he hecho, que tenía. Eran la mayoría trabajos en fábrica.

V: - ¿Qué tipo de malas experiencias eran?

A: - Y bueno, era renegar en el sentido de que uno al estar bajo patrón tenés que aceptar las ideas de ellos. Era trabajar de siete a siete, y no poder retirarme a las nueve horas de trabajo porque te obligaban y exigían que hicieras doce horas todos los días. A veces, aunque no lo parezca, cuando sos joven, te afecta, porque no tenías vida más que para el trabajo. Y encima no progresabas.

V: - Si hubieras tenido la oportunidad de entrar a una Universidad, nivel terciario o profesión, ¿qué hubieras estudiado o hecho?

A: - Bueno, cuando terminé el secundario, lo primero que pensé es que quería ser policía, ir a la Vucetich allá en La Plata. Pero como debía materias, se me hizo imposible. Y bueno, como dije antes, en toda ignorancia, abandoné todo y me fui a trabajar.

V: - Si pudieras volver a un solo día de tu infancia, ¿cuál sería y por qué?

A: - (risas) Volver a andar libremente en bicicleta en las calles, sin tener miedo de que me roben, me golpeen o me maten. Porque ya pasó una vez que intentaron robarme hace unos años la bicicleta y el chorro estaba armado. Era un día de verano, mucho calor, pleno 2 de la tarde. Y eso no debería pasar.

El jardín fue la mejor época

Hijo: Matías Semenchuk

Madre: Carolina Ferreira



Carolina Ferreira, de 42 años, es una madre de tres hijos ya divorciada que ha vivido un matrimonio en un país distinto y lejos de su familia directa. Como su hijo he querido presentar preguntas acerca de su experiencia y su aprendizaje de vida, sabiendo sus vicisitudes y dificultades como madre soltera.

Matías: - ¿Cuál es el primer recuerdo que se te viene a la mente respecto a tu infancia?

Carolina: - El jardín, la mejor época.

M: - ¿Por qué?

C: - Iba al jardín Los Peces, y ahí nos reuníamos con niños con los que desayunábamos, comíamos y compartíamos todo el día.

Quedaba en el límite de Berazategui y Ezpeleta, era un jardín con un grupo de 20 niños y 2 docentes. Solamente compartíamos desde la mañana hasta el mediodía, después nos retirábamos y volvíamos a casa.

M: - ¿Quién y cómo fue tu primer amor?

C: - Mi primer amor calculo que habrá sido uno platónico, fue en secundaria y se llamaba Ulises, era distante pero muy lindo.

M: - ¿Qué pasaba por tu cabeza al terminar el bachiller?

C: - Quería estudiar algo que tuviera que ser relacionado al arte, como profesora de dibujo, fotógrafa o bailarina clásica.

M: - ¿Cómo conociste a papá?

C: - A tu papá lo conocí en un colegio nocturno, porque era compañero de una prima mía y yo salía de mi negocio a las ocho de la noche e iba a buscar a mi prima, ella salía con su grupo de compañeros, entre ellos estaba tu papá.

M: - ¿Cómo empezaste a salir con él?

C: - Porque se acercó a mí, yo era muy distante y Argentina era inalcanzable. Ya viajaba, trabajaba y tenía responsabilidades. Él era muy charlatán.

M: - ¿Cuál fue el desafío en tu maternidad a los 20 años?

C: - Era saber que iba a tener que hacer todo sola.

M: - ¿Estando con mi papá te pasó eso?, ¿no te sentías apoyada por él?

C: - No porque los conceptos son diferentes en la familia cuando lo conocés...

Yo conocí a tu papá ya estando de novia, y ahí yo vi las primeras evidencias del machismo aún sin identificarlo. Yo sabía que había conceptos de mujeres muy fuertes en mi familia.

M: - ¿Tenés alguna impresión o recuerdo de la dictadura o los años posteriores?, ¿cómo fueron los años posteriores en la familia?

C: - No pertenezco a la época de la dictadura. Solamente recuerdo que en el secundario tuve buenos profesores que nos contaron lo sucedido mediante historias o vivencias de ellos o personas que les contaron.

De mis padres sólo tengo el recuerdo de ellos. No pertenecían a ningún cuadro político y consideraban que debían alejarse. Si no pertenecías a ningún color político no eras tocado por nadie.

No puedo decir algo que evidencie algo porque no lo vivencié, en mi familia no hay hechos trágicos.

Todo lo demás es solamente contado, leído o visto en películas. Yo no pertenezco a esa época, entonces solamente escuché historias. Es algo que existió, pero en mi caso, por edad, yo no viví.

M: - Cuando te tocó ser madre soltera, ¿cuáles fueron tus primeras decisiones?

C: - Poner el primer y segundo nombre a mis hijos. Ya me sentía soltera, no me sentí acompañada en esa época. Era joven, pero sabía que no estaba acompañada.

M: - Cuando tuviste que volver a tu país, ¿qué tuviste que hacer?

C: - Mi primera prioridad fue la educación de mis hijos, antes de venir reservé el cupo del colegio con ayuda de mis primas. Durante los primeros 6 meses estuve con mis hijos en el proceso de adaptación con ayuda de mis padres, entonces comencé a trabajar y con mi primer sueldo pagué la cuota del colegio.

M: - ¿Cuáles serían las personas por las que sentís admiración?

C: - Mi mamá y mi papá, porque sin tener el primario completo ellos pudieron venir de otro país, trabajar en blanco, comprarse un terreno y hacer su casa que es lo más maravilloso que hay. Tuvieron

la satisfacción de dejar algo a sus hijos, y lo más importante en herencia a sus nietos: el trabajo honrado. Es lo más importante.

M: - ¿Qué opiniones tenés de la forma de ser de tus hijos?

C: - Para mí son lo más maravillosos, son distintos, si hay algo que tienen en común son los valores. Después cada uno de ellos decide, porque son libres, son responsables de sus decisiones.

M: - ¿Cómo creés que tiene que ser una relación de pareja adulta?

C: - Cuando son adultos son libres, son sólo compañeros de ruta. Con principios iguales, valores iguales, pensamientos tal vez distintos. Pero cuando elegís a un compañero, lo elegís con sus diferencias. Hay que pasar por etapas de vida para ello.

M: - Cuando te enteraste de los noviazgos de tus hijos, ¿Cómo te sentiste?

C: - Triste, muy triste. Te das cuenta que tus hijos crecieron y ya no son tuyos, se vuelven adultos responsables de sus decisiones.

M: - ¿Hay algún familiar fallecido que extrañes?

C: - A mi abuela Eulogía, era una mujer que escuchaba a cada uno y tenía un corazón muy noble. Yo como nieta la sentí diferente, distinta a la época en la que estaba, adelantada. Ella me quería mucho, yo no sé si era porque fui la primera hija de tu abuelo, pero la abuela Eulogía les hacía comida distinta a ustedes y me escuchaba. Yo iba y le contaba lo que estaba pasando con tu padre, era chica para haberme separado, ella me decía que no afloje.

Tu papá decía cosas muy feas de mí, porque quería que me los saquen. Yo estaba rodeada de gente buena que me ayudaba, no pudo hacer nada porque yo era intachable.

En un principio tu papá me dijo “mi mamá tiene plata para que los nenes se queden con ella y para que vos vayas a la Argentina”. Le respondí “no, ni por más pobre que sea. Eso no va a pasar.”

Por ese entonces tu papá tenía que pasar por ustedes una cuota de 150 mil guaraníes, yo tenía que gastar 70 mil guaraníes en llamadas para recordarle que depositase la manutención. Yo ganaba poco y, aunque tus abuelos pagaban el alquiler, debía pagar la comida, el colegio, y la niñera. Él esperaba que yo no pudiera hacer nada y que

ustedes queden a cargo de tu abuela, ni siquiera a cargo de él. Y tu abuela paterna estaba dispuesta a ese rol.

Cuando pude venir a Argentina dejé de reclamar, y la justicia terminó poniéndole una orden de captura por la orden judicial de manutención. Habían pasado tres años sin que pague, y a él lo terminaron deteniendo, tuvo que pagar en “cuotas” por la mora, a mí no me importaba porque yo trabajaba y los mantenía con ayuda de mis padres, incluso con el sueldo mínimo, lo que me aportaba no me cambiaba nada.

El papá tiene derecho a mora, la mamá tiene derecho a esperar, tiene la obligación de esperar tres años por la leche, por el pan... raro.

**Dictadura: Testimonio de un
extranjero**

Hijo: Samuel Vargas Rodríguez

Padre: Mariano Vargas Mezza



Mariano: - Cuando tenía 19 años realizaba changas. En su momento mi familia ya era pobre, dormía en el piso, comía pan de ayer... entre otras cosas.

Si no mal recuerdo, un noviembre de 1978 o 1979, no recuerdo con exactitud bien, con unos compañeros nos sentamos en una esquina a pasar el rato, después de las changas. Por la estación de radio escuchamos una voz que nos decía que había toque de queda, persecuciones, gente muerta, gente desaparecida, y lo que te puedas imaginar. Mi compañero me da un codazo y dice: "Tonto, eso sucede en Argentina". Lo sentimos como causa nuestra.

Oímos que todos los indocumentados eran devueltos a su país y que al oponerse habría consecuencias. Ahora no sólo me preocupaba, me afectaba en cómo esto nos perjudicaría. Escuché que uno tenía hermanos ahí, otros sobrinos, otro a su padre, a su hija... Retiro estaba tomado por militares, así que todos los que estaban sin papel, subían al tren. No sabían si realmente existía ese tren, no sabían si llegarían bien, no sabían qué les pasaría a aquellos que no podían subir...

Por más que no tenía conocidos o familiares en Argentina, me afectaba, porque soy boliviano, y a cualquier extranjero sin registro, lo sacaban.

Los primeros trenes llegaban llenos, algunos, aunque pisaran nuevamente el suelo boliviano, a los días volvían a Argentina. En ocasiones los expulsaban otra vez, y en otras, no. Pero igualmente no eran sólo bolivianos, eh, también argentinos que se casaban con extranjeros, y otros que, desesperados, subían a esos trenes huyendo, fue un caos. Dejaban familias atrás con tal de encontrar un refugio.

Semana tras semana llegaban más trenes.

Ya por 1982, la guerra de Malvinas, que fue una tapadera para "sagnar" las cosas ocurridas en la dictadura, de querer cerrar heridas, de fingir que hacían algo. Nosotros desde acá sabíamos que eso no iba a resolver nada, sólo crear más sufrimiento, que es lo que se sabe hoy en día. Toda guerra, toda dictadura, tiene una causa, un propósito detrás. Hoy en día las cosas que sabes, si lo miraras con otra perspectiva, te darás cuenta por sí solo de lo que hablo.

En 1984 vine para la Argentina y sí, tenía miedo, tanto en el transcurso del viaje y llegada, pero a la vez tranquilo porque tengo y sigo teniendo todos mis papeles legalmente.

Aunque la dictadura había terminado, aún había pequeños asentamientos en algunas provincias. Cuando alguno de esos asentados atacaba, volvían los recuerdos para todos.

En ese entonces tenía un familiar acá y me dijo que venga, que se vivía bien; nomás pues vine, porque quería un buen futuro para mis hijos.

Teniendo unos meses de haber llegado, realizaba changas hasta estar en una metalúrgica. Mientras estaba ahí, nadie, pero nadie, hablaba ni de casualidad sobre el tema, aún había miedo de la dictadura. Ni bolivianos cercanos la mencionaban, ni murmuraban. No querían ser un desaparecido más, y los entiendo. En mi país también hubo dictadura, pero la actuación e impacto era diferente en Argentina. En mi lógica esa dictadura era dictada por otro lugar, fuera de ese país. ¿Por qué un país que no es Argentina tiene más información de la dictadura que la propia misma?

En estos últimos años, la gente lo puede hablar, hablar en el sentido de encontrar respuestas, de alivianar esas heridas irreparables. Ojalá que, por una vez en su vida, aquellos que juraron proteger este país, confiesen y le den un poco de paz a aquellas familias, si esto no es así, no son dignos de llamarse argentinos.

4. Relatos de cuarentena

Lo esperado

Jorge Di Benedetto

Hace unos años, no sé muy bien, pero digamos dos aproximadamente, comencé a tener cada mañana una sensación extraña, sentía que algo grave sucedería, no tenía el nombre del suceso, pero sí era la certeza de algo catastrófico y que necesariamente iba a involucrar a grandes masas de la población porque observaba a mucha gente como yendo distraída por la vida.

El delirio a muchos de mi generación nos ha llevado a imaginar, cada vez que apoyamos la cabeza en la almohada, que alguna vez podríamos ser protagonistas de alguna revolución social o un cambio en las formas de vida sobre este planeta, todo esto a luz de algunas novedosas experiencias políticas ya inexistentes, pero todo esto, sólo quedó en nuestras ilusiones.

Después de tratar de entender al mundo con sus guerras, sus sistemas de explotación, sus crisis económicas y todo tipo de calamidades planetarias a partir de este hecho inesperado del Covid 19 me caben muchas preguntas: ¿Se podrá, después que pase esta pandemia, cambiar el yo para transformarlo en un nosotros? ¿Quedará más visible que nunca, que el bien colectivo es más importante que lo individual? ¿que la salud será un derecho para todos y no solo de quien tenga la cuenta del banco más gorda? ¿Los modos de producción, seguirán siendo los mismos, para no seguir envenenándonos? ¿La libertad seguirá siendo una entelequia para el que no tiene agua potable? ¿comprenderemos finalmente que somos insignificantes a los ojos del universo? ¿cuantas preguntas más habrá que hacerse? Ahora lo que sí ha cambiado ostensiblemente en estos tiempos son algunas miradas sobre la importancia de un médico, un enfermero, un basurero y sobre todos aquellos que su labor es indispensable, pero me voy a detener en los adultos mayores como una de las partes más vulnerables de nuestras sociedades. Cuando vemos que esta enfermedad es más cruel en esa franja etaria, nuestra actitud ha cambiado radicalmente.

No sé si esto es más para psicólogos, pero lo cierto es que toda esa carga de culpa que a veces le hemos endilgado a nuestros padres por sobreprotegerlos cuando éramos niños no creo que mi caso sea

el único hoy se ha vuelto inverso. La cuarentena nos ha separado físicamente, pero paradójicamente, nos ha obligado a estar más cerca de nuestros mayores, más atentos, más serviciales, como si hubiera una especie de reciprocidad moral y lo percibo tanto como hijo y como padre.

Por último y recordando el viejo refrán “no hay mal que por bien no venga”, cuando esta pesadilla pase, estoy seguro que también los niños que estuvieron en cuarentena con sus padres tuvieron tiempo de conocerlos mejor porque algunos no los conocían por falta de tiempo y otros muchos descubriremos los monumentos de las plazas que nunca miramos. Cuando regresen los abrazos con nuestros seres queridos y este tiempo nos haya dejado la enseñanza perpetua de que podemos seguir descubriendo cosas aún en las adversidades y de que nadie es descartable, tenga la edad que tenga, espero que hayamos aprendido que hasta el último segundo de nuestras vidas hemos hecho lo imposible para preservar la especie humana en toda su dimensión, si así no fuera, estoy convencido que solo nos espera el fracaso.

El Abuelo "Titanes y Sofistas"

El abuelo José había llegado de España allá por 1904, en uno de los tantos barcos que llegaron a la Argentina para sumar brazos al país que se estaba gestando. Cuando yo era chico recuerdo que él tenía dos amores indisolubles: el Club Deportivo Español y aquel famoso programa televisivo de Titanes en el Ring, donde se enfrentaban luchadores estrafalarios como Gengis Kan, el Caballero Rojo, Martín Karadagian, y donde también se destacaban personajes como el juez William Boo, el relator oficial Rodolfo Di Sarli o el mismísimo y misterioso hombre de la barra de Hielo, que nunca supimos adónde iba con semejante peso sobre los hombros. El abuelo tenía su luchador predilecto y ése era José Luis, el campeón de España. Recuerdo que en el invierno encendía el calentador a kerosene marca Bram Metal para calentar la cocina y lo ponía debajo de la mesa, después encendía la tele y se acomodaba en su sillón para verlos. Cuando José Luis subía al ring al abuelo le brillaban los ojos. También recuerdo cuando despotricaba contra Williams Boo, un árbitro de cuerpo voluminoso que solía ganarse el abucheo de la tribuna porque lo que menos hacía era impartir justicia. Más de una vez veía al abuelo frente a la tele propinándole todo tipo de insultos y vituperios inconfesables. Mi abuelo se murió convencido de que lo que veía era todo real. Yo, que iba creyendo, me había dado cuenta de que todo era parte de una farsa y para no desengañarlo jamás me animé a decirle que ese show estaba montado para entretener a la gente, porque era más que obvio, nadie salía demasiado machucado de aquel cuadrilátero. Quiero comparar ese programa con algunos programas actuales.

En la televisión hay una cantidad innumerables de programas donde un ejército de panelistas practica la ciencia de la opinología. Pareciera que con la pandemia mundial se han desarrollado una cantidad de todólogos en los medios masivos de comunicación dignos de competir con el peor de los virus sobre el planeta. Estos personajes pueden hacer deducciones de cualquier tema con una flexibilidad que

a veces sorprenden por su poco apego a la ética y al mismo tiempo su falta de rigor científico. Lo hacen con un grado de osadía digno de aquellos grandes actores de las mejores escuelas de teatro del mundo. Hacen como una especie de debate sobre cualquier tema, donde todo se transforma en una polémica, mientras del otro lado del televisor, un iluso telespectador sesgadamente, elige qué opinión coincide con la suya mientras descalifica a aquel panelista que le cae menos simpático. Después sin darse demasiada cuenta, todos los días rutinariamente pasará a formar parte de toda esa comparsa televisiva. ¿Existe mucha diferencia entre estos opinólogos de bar con aquellos titanes de la lucha que veía mi abuelo? A veces me parece ver en Fabián Doman al mismísimo William Boo, aquel polémico juez que no dudaba en molestar antes del combate al ancho Rubén Peucelle, lo mismo que hace Doman con Brancatelli cada vez que puede. William Boo se distinguía por colocarse siempre del lado del peor, a tal punto que era capaz de hacer que su luchador preferido, estando medio groggy y caído sobre el cuadrilátero se pudiera recuperar alargando impunemente el conteo de nocaut para darle a este una nueva oportunidad de seguir sobre el ring como si nada. Otro de los personajes de estos programas de opinión sería el periodista Daniel Santoro, semejante al relator Rodolfo Di Sarli, que era capaz de inventar con su forma de narrar una historia que no tenía nada que ver con lo que uno veía sobre el ring o sea sobre lo que yo veo en la realidad. También podría ser visto como la momia que hacía las veces de muerto vivo porque a este panelista-periodista se lo procesó recientemente por sus vinculaciones con algunos servicios de inteligencia en operaciones ilegales y otro tipos de aprietes por el estilo. Otra característica de aquel legendario programa de catch, era que a veces solían tener, al igual que estos programas de debates, algunas figuras invitadas. Entre estos personajes había un atleta disfrazado de payaso que los niños esperábamos con mucha ansiedad que lo llamaban Pepino del 9, que, con sus cabriolas, sus patadas voladoras y sus tomas doble Nelson hacía de las delicias de todos. Este alegre sujeto bien podría asemejarse al payasesco y polémico economista Javier Milei, porque sin dudas sus cualidades

retóricas e histriónicas sólo pueden despertar interés, al igual que aquel Pepino del 9, en ciertas mentalidades infantiles. Definitivamente podríamos asignarle a cada uno de estos panelistas cualquiera de aquellos personajes de ficción que tanto divertían y emocionaban al abuelo. Por último y haciendo un paralelismo con la historia, la filosofía puede también darnos una respuesta acerca de que todo esto ya estaba inventado desde hacía mucho tiempo atrás. A mediados del siglo V A.C., Atenas estaba en la cumbre de su vida artística. Ictinos y Calícrates diseñaron y construyeron el Partenón. Fidias esculpió sus frisos. Píndaro escribiría sus últimas odas. Sócrates presentaría Antígona y Edipo Rey, y otras tantas obras que quedarían en la posteridad, pero también surgirían los llamados sofistas. Estos personajes se atribuían el título de "maestros en sabiduría", andaban de canal en canal, perdón, de un lado hacia otro y poseían la capacidad de simular que sabían sobre cualquier tema, podía ser sobre astronomía, geometría, aritmética, fonética, música, pintura. etc. Su ciencia no buscaba la verdad sino la apariencia de saber, porque ésta generaba cierta autoridad y por esto encima cobraban. Enseñaban la areté requerida para estar a la altura de las nuevas circunstancias sociales y políticas (recordemos que la palabra areté, traducida generalmente por virtud, no tenía entonces las connotaciones morales que nuestra palabra virtud tiene hoy; era más "lo que es propio de", o la capacidad para hacer algo bien -como en castellano "ser un virtuoso" del piano, por ejemplo). La principal exigencia de la areté era el dominio de las palabras o el arte de la persuasión. Poder convertir en fuertes y sólidos los argumentos más débiles. Se trataba de adquirir un dominio de razonamientos engañosos o falaces sin requerir de evidencia alguna. Este arte de la persuasión no estaba al servicio de la verdad ni mucho menos sino más bien sobre los intereses del que hablaba. A este arte se la llamaba también "conducción de almas". Platón lo llamaría "captura de almas" y para el bueno Sócrates la areté sería conocimiento, pero eso es otra historia. Finalmente, sobre aquellos sofistas charlatanes de la antigua Grecia, los titanes de los años '70 o los panelistas de hoy sólo podemos afirmar que la engañifa sigue siendo la misma,

que en esto la culpa no la tienen los chinos, que no se previene con alcohol en gel ni con lavandina, que sólo han cambiado las formas de consumo y que el producto sigue siendo el mismo. Lamentablemente, y por lo que parece, todavía deberemos esperar mucho tiempo para encontrar alguna vacuna contra este mal, que aqueja desde hace siglos a toda la humanidad.

Crees en la vida eterna

Ivana Daniel López Saracco

“ No lo medité, salí y caminé ”

El padre de una amiga había fallecido. Estamos en cuarentena y aunque el aislamiento social y obligatorio es lo que debemos acatar, la familia allí estaba, mis amigas. No había nada que pensar, quería estar allí para acompañarte. No lo medité, salí y caminé.

Te fui a ver ese domingo por la mañana dejando de hacer mi rutina, agarré la campera, también el barbijo y me fui. El velatorio quedaba a un par de cuadras. Miraba mis pasos, notaba cada sensación en uno y en otro. Adelante mío vi a otras personas caminar también con el mismo sentir, como una caravana, la caravana al cielo.

Cuando la vi a ella y a su mamá, no lo dudé: las abracé. Fue sentido, se notó que “el distanciamiento social” se rompía. El corazón ya estaba roto y la distancia con su padre ya no se podía medir. Ahora él se había ido para siempre.

Cada cual con sus formas de cuidarse, todos con barbijo, alcohol en gel, y tratando de conversar lo mejor posible, bajé la cabeza, y me encorvé. Mi amiga estaba dolida como nunca la había visto, qué más decir, qué más hacer que un abrazo no lo exprese.

¡Maru! -la llamé- había salido del velatorio, la vi desconcertada por un segundo, como buscando algo o a alguien, y me tomé el atrevimiento de llamarle la atención. No dejó pasar ni un segundo que se acercó y empezó a hablar, a abrir su corazón: “él me dijo que volveríamos a comer juntos esa picada con cerveza, hasta lo había escuchado discutir como siempre con mi hermano, la fiebre le había bajado, pero esa noche en casa le dije a mi marido, que algo más iba a pasar”, -comenzó a llorar-, y cuando iba a continuar contando, alguien la interrumpió.

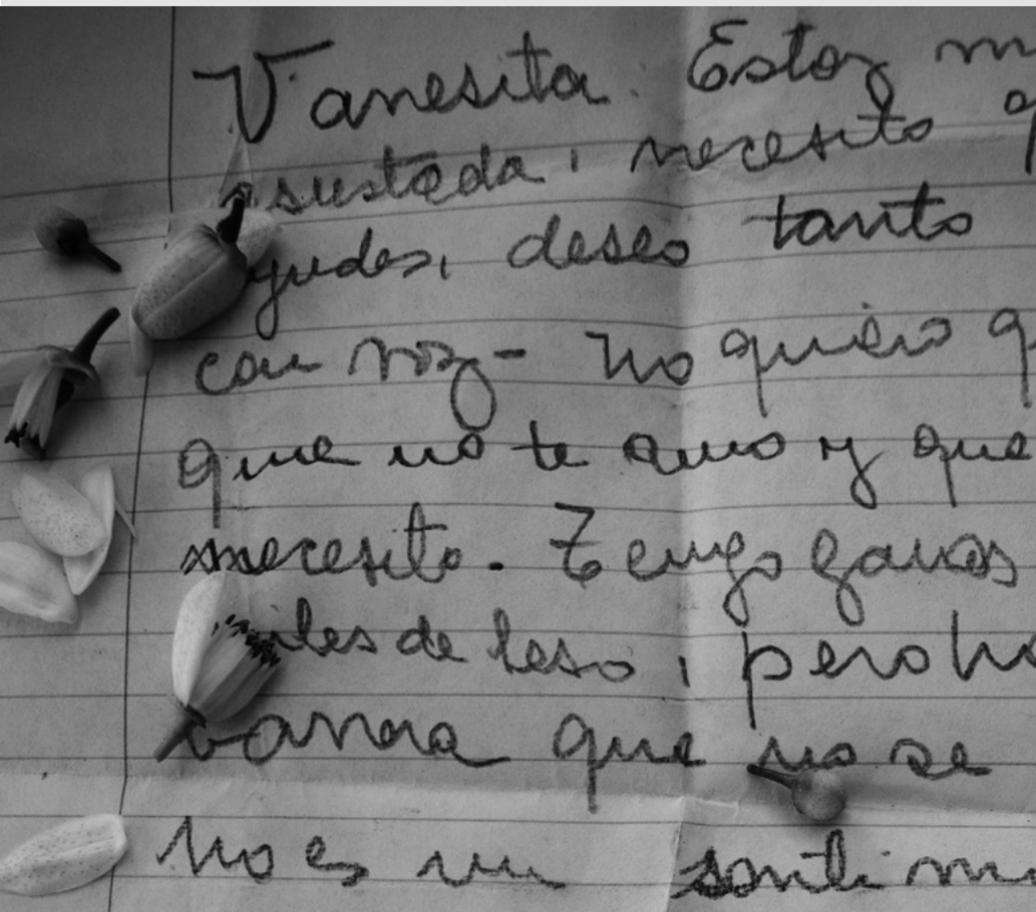
Ya terminó todo lo que mis oídos querían escuchar, a ella, a su corazón, a los últimos segundos de vida que unían a ella y su padre, un lazo muy fuerte que nos va a acompañar siempre durante y después de la vida

Seguimos contándonos anécdotas de esta “pandemia”, de cómo uno se previene y de cómo algunos otros cometen errores. No pasaron más que quince minutos, mi amiga se acercó con la mirada triste, otras dos decidieron acompañarla hasta el entierro, claro, todas no

íbamos a ir, y volver a darle un abrazo, y regresé a casa. Me gustó estar allí, y poder acompañarla en este sentimiento tan difícil de compartir.

Contar el aislamiento: El miedo

Vanesa Saúl



“ Es la primera vez que soy vieja ”

Entreabro los ojos.

Allá, después de la ventana, los esqueletos de los árboles están como suspendidos bajo una neblina espesa.

Dudo en levantarme. Me duele el cuerpo.

Los huesos, estoy más vieja.

He observado en este encierro cómo mi piel se puso más pálida, descubrí nuevos surcos en mis manos y en mi cara. Todo es una novedad en este tiempo detenido, es la primera vez que soy vieja.

Anoche otra vez estuve con insomnio.

Di vueltas en la cama hasta tarde. En la oscuridad aparecen formas, imágenes horribles de muerte.

Cambio varias veces de posiciones con la esperanza de quedarme en alguna, quieta, muy quieta, hasta que venga el sueño y al fin dormirme.

Lo último que escuché al filo del amanecer fue la risa de mi hija chateando con las amigas.

¡Qué hermosa es su risa!

¡Qué suerte que tenga amigas durante este aislamiento!, pienso.

El año pasado repitió tercer año de la secundaria.

La cambié de escuela, la misma donde hicieron mis dos hijos toda la primaria. Este año pasó a cuarto año.

Durante la cuarentena los grupos de wasap de la escuela me hicieron colapsar varias veces, la preceptora me llamó un día para hablar de Julia. Que por qué viene demorada con la presentación de los trabajos. Entiendo su preocupación, pero no sé qué decirle. Me angustio. Intento explicarle que esto no es la escuela.

Me acuerdo de mi propio terror en la escuela, me callo, no le digo nada, ella continúa hablando y me da consejos de cómo acompañarla en sus tareas. ¿Tareas? Me suena a trabajo, tengo ganas de decirle que la escuela está alejada del trabajo, que es un lugar para estar con otros, aprender juntas, atravesar la entrada y saber que alguien te espera, amigos, abrazos, pero no le digo nada de todo eso, me quedo paralizada.

Después me dice que también está cansada, que es preceptora en

otra escuela del B° Iapi, un barrio que conozco bien por mi trabajo; ¡hay que caminar estos barrios del Quilmes profundo!, con los dientes apretados para no llorar y tampoco volverse una máscara inmune a tanto desamparo.

La entiendo, escucho su angustia. Me cuenta que los chicos y las chicas no tienen internet y menos computadora o celular, lo sé, le digo y parece que por un momento nos ponemos de acuerdo. Pero otra vez arremete con Julia, que por suerte ella tiene celular para cumplir con las tareas y que no debería retrasarse con las entregas. Ya no sé qué decirle. Se despide y lloro.

Pero mi hija tiene a sus amigas, su tribu y va a salir adelante.

El año pasado, después de separarme del padre de mis dos hijos, me pidieron desocupar la casa que alquilábamos. Llevo en el cuerpo marcas del desarraigo, de mudanzas, cosas, objetos que se pierden. Siempre me atraviesa el miedo de no conseguir lugar para alquilar, que no me alcance el dinero, el frenesí de la búsqueda, pedir préstamos, estar endeudada.

Tuve que mudarme después de alquilar por muchos años. En esa casa crecieron, saqué una foto antes de cerrar definitivamente la puerta. Es la imagen de la pared donde anotaba las marcas, con un fibrón, de cuánto iban creciendo, con sus nombres al lado y la fecha. Llegamos a esa casa en 2001 en plena crisis, mi hijo mayor tenía apenas un año.

Este año quiso empezar a estudiar en la universidad, estuvo viviendo conmigo un tiempo. En el living le acomodé un lugar. Al tiempo se fue con su papá, necesitaba su lugar. Miro su cama vacía. Desde marzo que no lo veo, tampoco escribe ni llama por teléfono. Tal vez necesitaba aislarse de mí. Un tiempo.

Miro las paredes de la casa. Siempre viví en lugares pequeños. Con pocos muebles.

No me acostumbro a esta casa. Es espaciosa, entra mucha luz por las ventanas. Cualquiera me diría: ¿Qué más podés pedir?

Paso muchas horas en mi habitación o en la cocina, como en una guarida, a la espera.

Cuando sopla el viento, las ventanas tiemblan y parece que todo va a salir volando.

Enciendo la radio y anuncian los números de los muertos. Mas números sin nombres, sin vidas. Odio el reporte del número de muertos. No entiendo lo de la curva aplanada.

¿Alguna vez nos acordaremos de todo esto o haremos mucho esfuerzo para olvidar?

Miro los mensajes del celular.

Tengo mensajes sin leer de mi padre. Volvió a aparecer en la cuarentena.

Vive en Gerli, me dijo una vez. No esta tan lejos pensé. Pero sí.

Tal vez tenga miedo a morir.

Y la culpa lo debe carcomer por dentro.

Me promete cosas, me manda mensajes que no entiendo, me habla de sus recuerdos de cuando yo era una niña.

Ese es el registro distorsionado que tiene de mí. No me conoce. No sabe lo que hago. Me siento como en una imagen congelada en una edad que, muchas veces, hago esfuerzo por olvidar, pero aparece y me la vuelve a enrostrar. Como diciendo: mirá, eras así de chiquita cuando las dejé, a tu madre y tus hermanas.

Hoy no pienso responder sus mensajes.

Tengo que ir a trabajar.

Trabajo en una dependencia del Estado. En Niñez y Adolescencia. Somos trabajadores esenciales, nos dicen. Cuando vuelvo a casa me sube por la panza, fuerte, un miedo a contagiar a mis hijos. Me saco la ropa, los zapatos. A veces dudo en abrazarlos.

Ayer hablé con mi madre. También tiene miedo.

Pero es el miedo que le transmiten los noticieros, mamá hace años que no sale de su casa.

Todo el día tiene la televisión encendida.

Mañana voy a llamarla.

Me pongo el barbijo. Tengo varios colgados en un ganchito, se pueden lavar.

Es rara la imagen.

B. Palabras finales

“ Escribir sobre mi padre fue un gran reto, no sabía por dónde empezar sin desplomarme. Sin embargo, de alguna forma el proceso ayudó con mi duelo y reconstruir buenos y malos recuerdos. Ser parte de este libro para mí es un remolino de emociones, agradezco tanto que en el proceso tuve la contención de quienes están involucrados. Sin ellos este camino hubiese sido más difícil de transitar.” **Annette Caicedo Mora.**

“ Cuando surgió la idea de hacerle una especie de entrevista a mi madre, para que su testimonio histórico personal quedará en un libro de la universidad, lo primero que me preguntó fue ¿Qué tengo de importante yo para la universidad? Fue precisamente ahí que entendí que ése era el verdadero objetivo principal del libro: retratar aquellos testimonios que parecen insignificantes para entender que nuestras vidas se constituyen de esas pequeñas historias hacia una historia mayor. Las sociedades no sólo se construyen por los hechos trascendentes que los hombres y mujeres produjeron en el pasado, también se forman de esas partículas de experiencia que cada uno fue dejando sobre el camino y que la memoria guarda como un gran tesoro. **Jorge Di Benedetto.**

“ Los años pasan y nos dejan marcas de quienes fuimos, al mirar atrás nos damos cuenta que aquellos niños que tenían sueños, hoy convertidos en adultos tienen otros deseos. Deseos que ya no son solo para ellos, deseos que con el correr del tiempo fueron mutando. Nos ahondamos en aquellos recuerdos de juventud, para darle paso a las sensaciones pasadas, saludar a una niña que hoy ya no existe mas que en la memoria de ser, caminar tomados de las manos al fantasma de un niño que jugo alguna vez a la pelota y empujado a los golpes entro a una casa que hoy existe solo que en el ayer. Nos sentamos en la vereda del recuerdo y saludamos a aquellos que hoy ya no son, pero que siguen siendo, nuestros padres y sus vidas antes de serlo. **Lucía Ibarra.**

“ Si tuvieras que repetir un momento en tu vida, cual sería. Fue necesario dar un paso a la imaginación para entrar en los zapatos de cada historia narrada. En esa sala cuando nos presentábamos con el texto se extendían los segundos de silencio, hasta que algunos de nosotros comenzaba a contar, lo que iba escribiendo para esta etapa del libro, Titulado: Entrevista, Padres e Hijos.

Tuvimos la oportunidad, de escuchar a quienes habían ya pasado por esta experiencia, y realmente dejaba en el aire esas ganas de poder sentir lo que transmitían cuando nos contaban, su participación y experiencia. Ana Jusid, quien dirige y acompaña junto con su equipo esta iniciativa tan tentadora a la hora de escribir, es quien nos narra su escrito, diciéndonos lo importante que es leer y ser ese lector y, por supuesto, narrar una historia, escribir, desde el corazón y sin pelos en la lengua.

Bueno, concluyo, al fin...y así saboreé cada rato cuando había reunión, porque se avanzaba mucho, y para mí fue ese desafío en verme al espejo, recordar y ondear hondo en lo que para mí fue, la experiencia de no tener físicamente a mis padres para la entrevista, me enfrente con mis miedos, mis prejuicios y lo que jamás le había contado a nadie, pero sentí, que en esta oportunidad estaba haciendo algo que a mis Padres, los haría sentir orgullosos de mí y de lo que soy ahora.” **Ivana López.**

“ En la persistencia del tiempo: Creo que pocas cosas perduran tanto como la palabra, en el momento que hice esta entrevista a mi madre lo hice más allá de un simple trabajo académico, lo hice para tener ese momento que todos nos debemos dar con nuestros padres alguna vez, el ejercicio de escuchar, de aprender y sobre todo de valorar. Las historias no se olvidan si las contamos, desde cualquier lugar y en cualquier momento, y si las contamos y aparte las escribimos perduran mucho más. En esta entrevista quise mostrar eso, el poder de la palabra, en la persistencia del tiempo.” **Alan Maximiani.**

“ Cuando comencé a planificar la entrevista que realizaría, mi papá falleció de forma repentina, en realidad, repentina para mí que hacía años que no hablaba con él. En ese entonces esperaba que este proyecto fuese el puente para llegar a algún tipo de reconciliación, pero finalmente la escritura me dio mucho más que eso. A través de cada página que narré hablando de nosotrxs me pude reconectar con una parte de mí olvidada que, creo, es un gran regalo para su memoria. Sin duda su muerte fue un golpe difícil de atravesar, pero, a riesgo de sonar obsecuente, debo reconocer que en ese duro momento la UNQui fue un refugio y la escritura una forma de gritar lo que sentía. Hoy, habiendo cicatrizado algunas heridas, sólo tengo agradecimientos hacia este equipo de trabajo que me permitió sangrar cuando fue necesario, para luego ayudarme a sanar. ”
Florencia Pimazzoni

“ Este libro le pone fin a una larga etapa de aprendizaje. Etapa en la que escuchar las experiencias de los compañeros, sus dudas, sus entrevistas o sus memorias fue clave, así como la guía de Ana Jusid, con toda su experiencia, y de Manuel Eiras. Hacerle la entrevista a mi papá significó un hermoso e interesante momento, fue conocer más a la persona que me acompaña desde que nació. Pero el conocer a una persona es un proceso que nunca acaba, y el aprendizaje tampoco. Por suerte, las historias son infinitas.” **Sofía Sánchez**

“ Desde un inicio me interesó la propuesta de Ana y Manuel: escribir sobre la experiencia de ser hija de mis padres. Nada más ni nada menos.

Un proceso de escritura que llevó casi un año y medio. Nos juntábamos cada quince días en un aula del Departamento de Ciencias Sociales y entre mates y galletitas compartíamos en voz alta nuestros escritos. Así también fui conociendo las historias de mis compañeras y compañeros y a sus padres a través de sus escritos.

Escribir sobre mis padres, fue como atravesar un túnel del cual que

muchas veces busqué la salida a tientas, a oscuras y del que salí distinta. “No te asustes” me decía Ana durante la escritura de primeros borradores, “seguí”. Pienso que ella como buena maestra, pudo sentir el miedo que significaba, adentrarme, con esa especie de desdoblamiento, muchas veces doloroso, otras luminoso, escribir sobre mis padres. Fue también un ejercicio de memoria y reconstrucción. Durante ese tiempo paso algo que marcó un antes y un después. Mi padre al que hacía años que no veía, se comunicó conmigo. Me paralicé, no podía seguir escribiendo, no lograba conectarme con la escritura y decidí abandonar el proyecto. Pero allí estaba otra vez Ana, que, con algún mensaje o una palabra, me volvía a agarrar la mano.

Finalmente, puedo decir que el proyecto de este libro colectivo fue un proceso sanador para mí, pude volver a ser hija de ellos y así resignificar mi propia historia. **Vanesa Saúl.**

“ Entrevisté a mi padre y a mi madre respondiendo a la consigna que nos asignaron en el Taller de Escritura y Expresión Artística en la Universidad de Quilmes. La consigna era entrevistar a algunx de ellxs pero opté por ambxs, ya que era una alternativa que habían sugerido en el taller. En mi caso particular, papá y mamá siempre han tenido ocasión de contarme sobre sus vidas y muchas de estas anécdotas ya me eran conocidas. El ejercicio resultó interesantísimo para focalizar con las preguntas en distintos puntos de estas anécdotas pero al mismo tiempo preferí dejar cierta apertura para que ellxs mismxs desarrollaran la respuesta cómo y cuánto más gustaran. Sus juventudes ocurrieron en tiempos oscuros de nuestro país y en estas entrevistas, ellxs reflejan el signo de esos tiempos un poco desde la perspectiva actual, ya formada por sus experiencias, y otro tanto intentando rescatar la forma en que los veían y entendían en aquel entonces.

Muchas gracias, por todo esto que se logró, a Ana y a Manuel que nos acompañaron tan buenamente.” **Jere Vaz.**

Entre madres, padres e hijos

Autores

Micaela Belén Alvarez
Timoteo Barceló Massone
Annette Caicedo
Esteban Céspedes
Jorge Di Benedetto
Bruno Diglio
Manuel Eiras
Matias Figueira
Abigail Herrera
Lucía Ibarra
Ana Jusid
Ivana D. López Saracco
Mauro D. Loricchio
Milagros Mafucci
Agustina Marchetta
Alan Maximiani
Juan Parisi
Florencia Pimazzoni
Tomás Rappa
Manuel Rodríguez
Luis Romero
Sofía Sánchez
Lucas Vadura
Jeremías Vazquez
Victoria Malvina Satta
Matías Semenchuk
Samuel Vargas Rodríguez

